



Secuestro en el tiempo

Cristina Gómez Esquiús

III

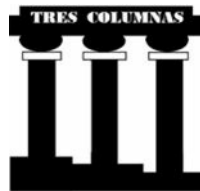
D.J.57

Secuestro en el tiempo

Secuestro en el tiempo

Barcelona 2013 ~ Londres 1685

CRISTINA GÓMEZ ESQUIUS



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

“Secuestro en el tiempo”

© Cristina Gómez Esquiús, 2018

©Maquetación Andrés Ruiz Sanz/Editorial Tres Columnas

©Diseño de cubierta Andrés Ruiz Sanz/Editorial Tres Columnas

©Ilustración de cubierta Manuel Gómez López-Egea

©Editorial Tres Columnas

1ª edición: junio de 2018

IBIC: FY

ISBN: 978-84-948764-0-0

D. L.: MU 671-2018

Alex,
mi mejor amigo,
mi soporte y mi vida entera.

“La distinción entre pasado, presente y futuro
es solo una ilusión, obstinadamente persistente”

Albert Einstein

PRÓLOGO

Mi querido amigo, te comunico que tienes en tus manos un "Agujero de Gusano".

Hace muy poco tiempo, Einstein descubrió los fundamentos del espacio y empezó a deshacer el embrollo del tiempo. Intuyó las verdaderas dimensiones de los cuerpos y su inconsistencia. Nuestra generación ya nació con la posibilidad de los viajes en el tiempo y con el dominio de los movimientos en el espacio.

Desde entonces, nadie ha superado la emoción que nos produjo saber que existían los "Agujeros de Gusano". Nos pareció que, pronto, podríamos volver a donde nunca estuvimos y viajar, en cada momento, a dónde nos hubiera gustado estar y con quien nos hubiera encantado convivir, en un abrir y cerrar de ojos. Pero, yo, en el fondo, nunca entendí la dificultad que tenían los físicos en lograr viajar hacia atrás o hacia delante. Yo, tuve la suerte de tener a alguien que, desde pequeño, me enseñó a viajar a los años medievales; o a la antigua Roma; o a la Persia de Darío; o a la luna. Tuve un "hermano-amigo".

En 1980, Lorenzo Milá, dio por televisión la noticia de que unos científicos habían descubierto que en la luna, había agua, aunque fuera en forma de hielo. Y, con un guiño cómplice, este genial periodista nos recordó sonriente a los fans de Tintín

-como él- que nosotros, eso, ya hacía tiempo que lo sabíamos. Nos lo descubrió el capitán Haddock, en su paseo explorador en el episodio "On a marché sur la lune" «"Aterrizaje en la luna"».

Ahora, vuelvo a revivir mi edad de los diez años, en la que uno de mis

cinco hermanos me llevaba de la mano a descubrir el fondo del mar, dentro de un maravilloso submarino, lleno de luz cálida. Los dos nos quedábamos agazapados, en silencio, en una esquina de su alucinante sala de mandos, contemplando al inescrutable y majestuoso capitán Nemo y cómo tocaba la fuga de Bach, en su fantástico órgano de tubo. Los niños nos curábamos las fiebres con «quinina», extraída de la corteza de un árbol en la selva húmeda de la «Isla Misteriosa»; o nos sumergíamos en el espacio de otro siglo, en la sala comedor del castillo de Camelot, en la Corte del Rey Arturo, donde, sentados en la gran mesa de madera rústica, comíamos, con las manos, un succulento venado horneado en la chimenea, mientras admirábamos el ingenio de Amadís, o a Lanzarote del Lago, y la belleza encantadora y sublime de Ginebra.

Descubrí, como todos mis amigos a un revoltoso muchacho inglés, intentando tapar sus manchurriones, y maldiciendo a su «linda» enemiga, su hermana mayor, Ethel, mientras paseaba a su perro «Jumble», y pateaba una lata cerca del seto. Nos agazapábamos en el interior del cohete que nos llevaba a la luna; vivíamos el fantástico viaje en la cestilla de un globo, surcando los paisajes, majestuosos y espectaculares de los alrededores de París. O nos deslizábamos por los oscuros corredores de la Torre de Londres, a visitar la mugrosa y húmeda celda, llena de verdín en la que el rey Enrique había encerrado al hombre más bueno de Inglaterra, Sir Tomás Moro. Eso sí que eran viajes, sin cohetes y sin necesidad de gastar millones de dólares en combustible...

Entonces, con mis amigos, ya hacíamos esos viajes sin artilugios ruidosos ni trastos, ni máquinas del tiempo; sólo con un libro.

Todo esto es lo que he vivido y enseñado a los míos desde que me convertí oficialmente -y muy a mi pesar- en persona mayor. Pero, igual que León Werth, no he dejado nunca de soñar como un niño. Sigo llevando en el bolsillo mi dibujo de una boa digiriendo un elefante y a todo el que me encuentro, le pregunto qué creen que es, por si les parece que es un sombrero, u otra cosa.

Hoy sigo viajando hacia esos momentos del tiempo, de la historia y del espacio como nuestro Pequeño Príncipe, sin cohetes, sin combustible, atado con unas cintas a una bandada de palomas.

Este libro, este tercer libro de Cris, sí que es un «Agujero de Gusano»...y no lo de Hawking. Cristina consigue llevarnos a esos lugares a través de la fantasía (o no) de la existencia de vidas pasadas, si dejamos volar a nuestra

mente por este agujero de gusano, será una gran aventura.
Gracias por todo, Cristina.

Barcelona, 23 de Abril de 2018. Fiesta de Sant Jordi.
Manuel Gómez López-Egea

Agradecimientos

A mis incondicionales amistades alrededor del mundo, a las que crecieron conmigo, a las que me acompañaron en mi juventud y a las que he conocido de adulta, porque todas ellas han sabido ver siempre en mi interior y me quieren tal y como soy.

A Maite, mi segunda madre, que debiste marchar demasiado pronto pero siempre me animabas, apoyabas y te enorgullecías de mis escasos logros. Sé que te hubiera encantado...

A la Editorial Tres Columnas por no dudar ni un segundo...

A Yolanda y Sergio, que me recomendaron Editorial Tres Columnas...

Y a todos los que me van a apoyar en este viaje, que empieza hoy y acabará el día que me vaya...

Dedicado

A mi padre, que a los doce años me regaló un diario en blanco despertando en mí la magia por la palabra escrita.
Por su preciosa “tapa” y el prólogo y sus primeras correcciones. Mi guía.

A mi madre, porque a pesar de haber leído más de cinco mil libros en su vida con una capacidad de crítica increíble, fue primera persona que lo leyó tres veces y me animó a que lo publicase.

Y a mi hermana, que de pequeña me iba dejando libros encima de mi escritorio sutilmente, pues de jovencita no me gustaba leer.

Entre los tres supieron despertar en mí la magia de la lectura y la escritura.

13 de abril de 2013

Justo en el mismo instante en el que creí que mi vida tenía un sentido relativo –por no decir ninguno– me crucé con algo que la cambió.

Para los Mayas, en diciembre del año 2012 el mundo tendría que haberse acabado según las incontables profecías encontradas entre sus ruinas. Y aunque el sentido común de fondo nos hacía vivir con cierta normalidad ese periodo que se acercaba, la realidad es que, por primera vez, las bromas en la calle pasaban a convertirse en despensas llenas dentro de casa. Quien más quien menos hacíamos acopio, disimuladamente, para no quedar como unos locos, de agua y latas en conserva para el esperado «día D» que, por supuesto, no llegó jamás.

O quizás sí, al menos para mí, porque unos meses más tarde de ese esperado fin del mundo, en lugar de la oscuridad estelar del universo que andábamos esperando, nuestro pequeño universo social que habíamos construido a base de especulaciones y políticos corruptos, esa vida tal y como la conocíamos, quedó anulada por completo.

La pirámide de nubes de algodón que tan delicadamente nos dedicamos unos y otros a construir durante tantos años, se disipó ante nuestras narices y en menos que cantó un gallo mañanero, miles de familias quedaron literalmente a la intemperie. Los ricos ladrones, banqueros y políticos, finalmente empezaron a tener miedo y a conocer la cárcel aunque solo fuera visita de un día; cambiando aprisa sus escondites en paraísos fiscales, buscando nuevas cuevas para guardar su oro, como debieron de hacer los Mayas miles de años antes.

Las tramas aguardaban en la puerta de los juzgados como quién hace cola para subir al autobús. El resto, parados de todas las edades, jubilados y trabajadores pagadores de impuestos, seguíamos preguntándonos qué tipo de broma era esta.

Por estas mismas fechas, el otro lado del mundo se peleaba contra grandes tsunamis, líderes locos, huracanes, terremotos, incendios, inundaciones y desgracias humanitarias; pobreza y poblaciones enteras que morían de hambre. Quizás ese fue el final que algunos iluminados profetas veían en sueños después de unos largos tragos de absenta.

Paseando por las calles de mi ciudad, con la mente distraída pensando en que quizás el fin del mundo sí había llegado aunque en otro formato y, pensando en mi propio nuevo y particular problema por haber perdido yo también mi trabajo en apenas unos días, vi un reclamo en una pequeña tienda valiente –por abierta– en el que ofrecían esas terapias alternativas que se usan para reconfortar a los que tenemos el alma inquieta.

Entre varios carteles, rezaba el de Reiki, medicina oriental...e hipnosis.

Entré silenciosamente en aquel local. No sabía si preguntar por una sesión de Reiki para calmar mis primeros días de asociada al Inem o por cualquier otra cosa que me sosegara los ánimos. Sin embargo, al final me decidí por algo nuevo. Siempre había tenido curiosidad por la hipnosis, así que me animé a realizar una sesión para reducir la ansiedad por mi adicción al dulce y poder perder al fin unos kilos. ¡Eso es! Haría una sesión de hipnosis.

Me recibió un hombre que dijo ser Psiquiatra especializado en este tipo de terapia para dejar de fumar y cosas por el estilo. Estaba sentado en un sillón y delante había un sofá, que parecía bastante agradable. Se levantó para saludarme con un apretón de manos y me invitó a sentarme delante.

Una vez instalada recuerdo que me preguntó por mis inquietudes, es decir, el motivo de que quisiera hacer una sesión de hipnosis. Le dije que quería que me reprogramase para no estar todo el día picando dulces, sobre todo ahora que iba a tener mucho más tiempo libre. Había llegado a mis oídos que esto podía funcionar para algunas cosas.

Es cierto que, a veces, pequeñas decisiones que crees que no tienen importancia, son las que acaban dando un implacable giro a tu vida.

Así que, sin siquiera haberlo planeado, ahí estaba mi destino esperando agazapado para demostrarme que, él y solo él, podía disponer de mi vida.

Pronto me encontré hablando con este caballero que cada vez se me hacía más amigable. Tal fue así, que de pronto y sin saber por qué, me encontré a

punto de preguntarle algo que me rondaba la cabeza desde que había estado viendo unos programas del canal Bio.

–Señor Álvarez –quise saber cómo simple curiosidad– ¿Sabe usted algo de las regresiones? ¿Es cierto que se hacen a través de hipnosis? ¿Ha hecho usted regresiones alguna vez? –me animé a insistir.

–Pues no, no he hecho regresiones, pero sé a qué te refieres y parece que funcionan –le oí decir con algo de emoción en la voz.

–He oído que hay gente que dice haber vivido otras vidas anteriores, ¿cree usted que podríamos intentar hacer una hipnosis, en lugar de para perder peso, para saber si he vivido en otras vidas?– insistí un poco inquieta, como el que sube a un caballo muy alto de patas muy largas por primera vez.

–Podríamos probarlo, dependerá de lo receptiva que estés tú en estos momentos. ¿Te han hipnotizado alguna vez? –preguntó bajando la vista a su cuaderno.

–No y no sé si estoy «receptiva», estoy en proceso de cambio vital, si quiere saberlo –confesé.

–Dejaremos a tu mente que nos cuente qué recuerda y si no funciona, pasaremos a tratar el tema de la comida. ¿Te parece? Grabaremos la sesión, para tener más datos –sentenció mientras encendía su grabadora.

–Me parece perfecto, gracias –dije con más desconfianza que otra cosa.

Me tumbé lo más cómodamente que supe, con una almohada en la cabeza. Recuerdo esta parte porque me entró un sopor rápidamente, como si fuera la hora de la siesta.

Su voz suave pero firme me empezó a dormir. Me fui dejando llevar por ese estado por primera vez en mucho tiempo, relajado y con la mente en blanco.

De repente, dejé de oír su voz. Estaba visualizando un lugar extraño, pero me sentía cómoda y reconfortada, como si estuviera en mi casa. Sentía un frío aterrador, pero era como si ya estuviera acostumbrada. Hablé en voz alta de una ropa que me pareció llevar puesta, como antigua. Me vi a mí misma describiendo una falda tupida y larga, aunque en realidad no era mi ropa.

Hablaba en otro idioma, lo conocía bien y yo misma tenía un nombre inglés. Pero no recuerdo qué nombre mencioné. De pronto describí una zona próxima al Támesis y a una mujer que me era familiar. Dejé que los recuerdos que fluían en la mente, se fueran haciendo reales a través de mis palabras. Como medio ensoñada, abrí un poco los ojos y me pareció verle a él sentado delante tomando notas y moviendo la grabadora de sitio. Quizás la

estaba acercando para grabar mejor, mientras yo seguía describiendo las cosas que veía tan nítidamente como al principio veía al terapeuta, sin inmutarme por sus movimientos pero contenta de notarle ahí. En un más inquieto y borroso momento, me pareció que él se levantaba, pero yo no me moví ni dejé de sentirme en aquel otro lugar en el que ya estaba cada vez más cómoda.

Lo siguiente que recuerdo es estar realmente pasando frío, un frío que ya no me gustaba, en un lugar que solo creía conocer en realidad de un par de viajes de Semana Santa y una escapada con mi madre, que guardo en mi memoria, más por los recuerdos de libros que había leído en algún momento. Algo era claro, estaba en un Londres más desconocido que nunca.

Mis jeans seguían conmigo, pero las mujeres que pasaban a mi lado llevaban unas faldas largas y tupidas como la que recordaba describir segundos antes. Sin embargo, yo tenía cada vez más frío. Pero me parecía tener los brazos cubiertos por la manta que el terapeuta me había puesto encima antes de la sesión. Aunque yo ya no estaba en el cómodo sofá.

Recuerdo que intenté cerrar y abrir bien los ojos para poder volver a mi lugar de inicio y buscar la voz de mi terapeuta, que ya no estaba. No oía su voz susurrante, no veía su figura tomando notas. La tranquilidad que había estado sintiendo se convirtió en angustia. Él ya no estaba ahí. Y yo tampoco.

Como quién intenta despertar de una pesadilla, me encontré intentando despertar de lo que ni siquiera era un sueño. Estaba estirada en una especie de banco de piedra, fría, congelada y húmeda. Mi memoria me empezó a jugar una mala pasada y, aparte de un sopor fuerte que supongo que derivó en un desmayo, no recuerdo mucho más.

16 de abril de 1685

Ahora, a las escasas luces de estas velas casi incandescentes, recuerdo con añoranza ese paseo tranquilo y me pregunto por qué tuve que ceder a mis impulsos más viscerales que me llevaron a entrar en ese local. Yo nunca había destacado por ser una persona curiosa, así que todavía me remuerde la conciencia por haber actuado así.

Tengo frío, un frío cruel que no logro describir. Nunca había tenido sabañones ni la sensación de que los huesos se me iban a partir en dos, congelados. Llevo como cinco capas de ropa de lana, que además huele a rayos, y trato de mantener la pluma erguida para que no se me congelen los dedos... ni las letras.

Ahora cualquier pequeña cosa, como un mísero boli Bic, me parecería un lujo. Me las he tenido que ingeniar para conseguir unas pequeñas planillas sucias y una pluma con su tinta, para poder plasmar todo lo que me está pasando que, por increíble, no deja de ser real.

No sé qué va a pasar mañana, pues mis esperanzas de cada despertar son encontrarme en el calor de mi pequeño piso de alquiler. Y si finalmente no consigo salir de aquí, quizás tenga que empezar a aceptar lo que sucede. Es posible que muera de un simple resfriado o –Dios no lo quiera–, de algo peor.

Me acerco a las pequeñas brasas que quedan, con el miedo todavía en el cuerpo de lo que me ha costado encenderlas. Yo tenía mucho miedo al fuego y ahora tengo que meter casi las manos dentro para no perder la sensibilidad.

No sé si me aturde más el miedo al frío o el miedo a la soledad. Estoy en un pequeño cuartito que he alquilado para un mes, vendí una pequeña pulsera de cuero que se vino conmigo en este extraño viaje.

El lugar es pequeño pero ahora entiendo por qué: con una habitación y un fuego ya es suficiente, porque si fuera más grande, no habría manera de calentarlo.

Ya puedo volver a mis papeles, parece que reavivar el fuego y calentar un poco de agua me está haciendo efecto. Pero no tengo nada que echar al agua hervida, porque no me atrevo a salir a comprar nada; todo me asusta, todo me da miedo. La gente es extraña, antigua, como salida de las historias de la Edad Media que tanto me gustaba leer; pero todo es bastante diferente, claro está.

Los tres primeros días los tengo ya borrosos en mi mente. Es como si me hubiera quedado dormida en algún rincón sin moverme, pero no había muerto de frío, cosa extraña en aquel lugar. Algo o alguien debe de haber cuidado de mí hasta que apareció la mujer que ahora me da cobijo. Pero por mucho que intento que mi mente fluya, no recuerdo nada: ni cómo he llegado hasta aquí ni qué ha sucedido estos últimos días. Solo hoy he empezado a recuperarme de todo.

La mujer que me ha rescatado me ha alquilado un cuarto. Ella vive abajo y es bastante amable, quizás debería pedirle algo de comer, con un poco de pan bastará. Tengo tanta hambre que hasta siento añoranza cuando recuerdo el juego de la infancia que tenía con mi hermano, en el que con un «chusco» de pan, jugábamos a «pobres».

Mi familia... ¿me habrán echado ya de menos? Lo dudo, en la primavera que he dejado hace apenas unas horas en lo que está claro que es otro siglo, mis padres todavía estarán en su crucero por el Nilo y luego directos a las Islas Griegas. Mi hermano y su familia se iban todo el mes a Francia, a ver a la familia de mi cuñada. Así que, afortunadamente, si no les cojo el móvil, no se sorprenderán porque siempre han sabido que soy muy independiente y que voy a la mía. Espero estar de vuelta para cuando ellos lleguen de sus viajes. De lo contrario, se pensarán que he sido secuestrada... pero, ¿por quién? ¿Es aquí, quizás, donde van las personas que desaparecen y que no aparecen mutiladas y enterradas por sus asesinos?

En cualquier caso, estoy agradecida de no tener este peso encima, nada podría tranquilizarme menos que saber sufriendo a mi familia.

Así me podré dedicar a averiguar cómo salir de aquí sin más tensión que la

de sobrevivir día a día.

Me he dirigido al piso de abajo por las escaleras de madera nueva, pero crujiente.

–Buenas tardes, Madame –digo con el inglés menos americano que me es posible.

–Buenas tardes Miss... Miss... no recuerdo su nombre señorita.

–Puede llamarme «Smith» –recojo este apellido en honor a un novio que tuve hace años y por inglés y sencillo (el apellido, no el novio). Si algo he podido saber es dónde me hallo, pero debo averiguar mucho más... –Señora, tengo hambre, quería saber si es posible disponer de algo de comida, lo que sea.

–Por supuesto, por unos peniques más al día podrá usted desayunar, comer, y cenar con nosotros –busqué un «nosotros» pero solo vi una cuna–. De acuerdo, entonces –y sin dejarme responder, añadió– Pero hoy ya no, no nos queda nada. Le hemos dado los restos de pan a las gallinas.

Ahora deseaba ser gallina. Pero como eso no iba a pasar –o quién sabe, teniendo en cuenta de dónde vengo y dónde estoy– prefiero ir a dar una vuelta por la calle, que todavía no está oscura. Me dirijo lentamente al portalón de madera, para no asustar a ese bebé que acaba de dormirse y la abro sigilosamente, notando cómo el gélido frío del invierno inglés –que siempre he odiado, por cierto– me congela las mejillas. Pero he de salir. Quiero ver en dónde estoy exactamente, dónde está el Támesis para orientarme y, sin parecer una loca, intentar hacerme con la fecha exacta o al menos el año en curso. Pero ¿cómo hacer eso sin que me miren extrañados? ¿O sin que, entre el acento de norteamericana–española y mis preguntas, manden a alguien a meterme en algún lugar peor?

Empiezo a caminar con bastante miedo por la primera calle que veo delante de mis narices, y muy lentamente. El peso de las botas –que me parecían algo horteras cuando me las prestó mi arrendadora de habitación y ahora me parecen dignas de un Rey–.

Junto con el barro y el lodazal que hay, se me hace una eternidad cada paso. Pero insisto en avanzar.

Con este esforzado caminar recuerdo las palabras de mi padre que me dijo la primera vez que perdí a un ser querido –un novio de esos que parecen eternos pero que luego se van por donde han venido–. «Cariño, tú solo levántate cada día y pon un pie delante del otro». Y en eso estaba yo ahora, intentando poner un pie delante del otro, pero en esta ocasión, sin un atisbo

de depresión, solo por pura supervivencia.

Veo una rata pasar delante de mis narices, grande, negra y sucia. Ahora me apena más mi situación incluso, que la de una rata de alcantarilla. Ella, al menos, sabe a dónde dirigirse.

Cuántas veces dije: «Cuando muera, pediré que antes de ir al cielo me dejen dar un paseo por los tiempos antiguos: Roma, Egipto, Constantinopla, el Londres de la Edad Media...» Ah, entonces, ¿quién no me dice a mí que me he muerto y que solamente estoy dando una vuelta por ahí, tal y como pedí? ¿Quién me dice a mí que mañana no estaré en Egipto prestándole el rímel a Cleopatra? «Sonreí por no llorar».

Me encuentro a muchos años de distancia de donde yo estaba hace tan solo unos días, eso está claro. Voy poco a poco haciendo acopio de recuerdos, de información rescato de mis libros de historia o de cuando leía cosas de épocas pasadas que tanto me gustaban.

No tengo idea todavía de en qué fecha estoy pero está todo oscuro, sucio y lo que más me llama la atención es el entorno y el olor. Un olor algo nauseabundo que circula por las calles. Lo primero que noto es que la gente va sucia, poco lavada. Las ropas tienen pocos colores, son muy oscuras. Intento pensar en una fecha que me encaje con ese entorno. Escudriño cada rincón de la ciudad que veo, busco letreros, carteles o relojes, tratando de entender en qué siglo he caído para empaparme de todo. En esos momentos mi esperanza de que mañana pueda despertar me hace sentir cierta emoción por poder estar viendo un mundo viejo y nuevo pero desconocido para mí. Así que pretendo no perderme nada de lo que veo. Aprieto los dientes para combatir el miedo que me da encontrarme ahí, pero me pesa más la curiosidad.

De pronto, un pinchazo en el estómago de pura hambre me devuelve a la realidad de lo que he salido a buscar. Una fina capa de lluvia me da ‘al bies’ sobre la cara. Veo que la gente se tapa la cabeza con los trozos de lana en los que van envueltos, yo les imito porque odio la lluvia, si no es vista tras el cristal de una ventana. Pero he de seguir buscando algo que me llame la atención para comer, porque no voy a encontrar una bolsa de chips a la vuelta de la esquina... De pronto mentalmente la imagino, la abro, la huelo, cojo una... con sabor a jamón por ejemplo, y me la meto mental y deliciosamente en la boca. Creo que nunca había disfrutado tanto una patata frita, y menos sin haberla comido realmente.

Cuando apenas me había bajado la imaginaria patata por la garganta, me

encuentro una señora envuelta en lanas, que vende... ¡patatas! Le pido una bolsita y se me ocurre que puedo hervirlas en mi cuarto y al menos, tendría algo alimenticio esa tercera noche de desconcierto y frío. Los dos primeros días no recuerdo haber comido más que algo de pan, pero esta noche...

¡Esta noche me iba a dar un manjar! El ánimo de poder tomar una buena cena, me ayudó a buscar algún complemento a mi patata y de paso pensar que, ya que la patata venía de América, probablemente, estaríamos en algún año posterior a 1492. Adiós Edad Media profunda, afortunadamente.

Con este agradable dato que me hacía sentir más orientada, y con mi ansiada saca de patatas en la mano a cambio de medio penique, me alejé de la vendedora pensando en mi próxima víctima alimenticia, unas zanahorias quizás.... Por primera vez desde mi aparición en esa escena, sonreí ligeramente, mientras unas nubes se apartaban para dejar paso a un hilito de sol, que me rozó agradablemente la cara.

La lluvia se fue del todo, pero el frío no varió ni un ápice. Según deshacía mis pasos, trataba de recordar las calles para volver sana y salva al único lugar que tenía ahora. Me acordé del cuento del niño que tira miguitas de pan para saber volver. Me reí sola imaginando tirar miguitas de pan en el lodo que había bajo mis pies. Probablemente fuera más fácil cualquier otra cosa, que tirar miguitas de pan.

Finalmente me orienté por la posición del río, que debía ser el Támesis, y los vendedores ambulantes que llevaban a cuestas sus viandas, pero que más o menos guardaban su sitio como si les perteneciera ese hueco de la calle.

Poco a poco me fui frustrando porque no había zanahorias por ninguna parte, ni nada de comer que yo pudiera reconocer. Mi desconocimiento y poca pasión por la cocina no me ayudaban en nada, mucho menos saber que tendría que cocinar en una pequeña cazuela mugrienta.

De pronto, me volvió el miedo. Miedo al desconocido nuevo entorno, miedo a enfermar sin un ibuprofeno a mano, miedo a que alguien me hablase en un inglés antiguo irreconocible pero, sobre todo, miedo a no volver jamás a casa. ¿Dónde me encontraba exactamente? Creía estar en una zona céntrica de un Londres apagado y descuidado. Las gentes iban bastante sucias en general. Un escalofrío de angustia me dijo que no sería fácil obtener agua potable y limpia para cada día. Estas gentes no tenían pinta de lavarse muy a menudo.

Sin tener idea de la fecha exacta ni de lo que me iba a encontrar a cada paso, puse lodo en polvorosa lo más aprisa que pude y desanduve mis pasos

pensando que desde el calor del hogar, podría ir averiguando más cosas, poco a poco, si es que mi destino era quedarme ahí. Tendría que saber cuáles eran las costumbres de esta época y situarme bien, porque en estos momentos me sentía como Gurb en su primer viaje a la Tierra.

El sol, como si supiera que yo tenía prisa, empezó a esconderse más rápidamente de lo que yo había calculado. Levanté la cabeza y casi me pareció verle reírse de mí. Ahí, todo redondito y de color anaranjado, me decía: «Yo estoy en el mismo sitio, pero tú ya no».

Logré llegar a la que parecía la casa de la mujer amable y di unos golpes fuertes a la puerta, más por el susto de haberme equivocado de puerta, que porque no me fuera a oír. Tardó unos interminables cinco segundos en abrir y, con una sonrisa cálida, me acercó un cuenco con lo que parecía ser caldo. No hablé pero le cogí el cuenco con otra sonrisa de vuelta y me senté sin ser invitada a la mesa de maderita, sencilla y modesta, en la que tenía ella sus remiendos. Miré alrededor, viendo al niño dormir plácidamente, todo parecía hasta normal. ¿Cómo pueden sobrevivir los niños con este frío? Con lo sobreprotegidos que tenemos nosotros a nuestras criaturas, si alguien viera a este pobre pequeño con estas escasas ropas y mantas y sin calefacción... sin chupete, sin escuchador, sin leche materna sin lactosa, sin pañales anti-roce para día, anti-pis de siesta de tarde, y pañales de noche larga y profunda, con una forma para niña y otra para niño, lamparitas con luces que reflejan ositos y aparatos que simulan pequeñas peceras, con música celestial de nanas.

Me acerqué a mirarle, bajo la atenta mirada de su madre. No me sorprendió que desconfiase, porque yo era una extraña muy extraña. Me había recogido de la calle con tan solo una manta encima de unos tejanos finos de primavera-verano y una camiseta de tirantes. Fue mi salvadora la única que pareció entender que necesitaba abrigo rápidamente, y sin hacer preguntas me escondió en su casa y me dio ropa adecuada para la época, y no me refiero al invierno.

Cuenco en mano, caí en un letargo como ensimismada, mirándome los dedos asidos al cuenco y pensando en que escasos días atrás no sabía qué color ponerme en las uñas, que si francesa, que si color turquesa –una moda que todavía no he logrado entender-. Así, agarrada fuerte al caliente cazo, empecé a notar de nuevo los nudillos y los huesos, de dentro a fuera. No podía casi ni mirar a la buena mujer, que hacía como si yo no estuviera, pero que a buen seguro se preguntaba muchas cosas sobre mí.

Tendré que contarle una historia, «pensé», la que sea, pero que suene

verosímil. Porque esta mujer es mi única posibilidad de sobrevivir decentemente. Quizás si me pregunta, se me ocurre una historia así improvisada.

Antes de que me quisiera dar cuenta, la mujer estaba sentada delante de mí y me miraba inquisidoramente. Estoy segura de que no le encajaba nada de mí. De la misma forma que a mí no me encaja nada de lo que parece una maldita pesadilla.

Caroline, como me había dicho que se llamaba la buena mujer al recogerme de la calle el día anterior, parecía de mi edad por sus ojos y su pelo sin canas, pero por su aspecto general no le hubiera puesto menos de cincuenta. Me asustó pensar que esa edad, cincuenta, era posiblemente la edad a la que la gente solía llegar con algo de suerte. Se me pasó por la cabeza que si me quedaba ahí, solo me debían de quedar unos diez años de vida. Genial.

Después de mirarme un rato largo, mientras yo aguantaba el tiempo mirando al cazo, finalmente me habló:

–Tu inglés es raro, ¿de qué parte eres? –pensé que había sido una suerte no caer en Alemania, porque ahí tendría que haberme hecho poco menos que la muda.

–De una zona del norte, cerca de Escocia –contesté intentando recordar la historia de Escocia e Inglaterra, no fuese uno de esos momentos críticos entre ambos países– me dejaron en un convento cuando era un bebé así que no conozco nada más que a esas monjas, prácticamente es la primera vez que me encuentro en una zona tan habitada y casi no sé ni dónde estoy.

¡Qué sorpresa tuve de mi misma! ¡Qué verborrea más acertada! Casi sin pensar, se me había ocurrido la mejor historia que podía explicar, dadas las circunstancias. Un lugar recóndito, una mujer que parece una extraña en todas partes, unas ropas raras –ya me inventaría algo para el tema de la ropa– y un desconocimiento incluso del año en el que vivíamos. Soy una fenómeno «me dije para mis adentros, recordando cuántas veces mi jefe me lo había dicho: eres una fenómeno, en un alarde de actitud motivadora».

La cara de sorpresa de la mujer no fue la que yo me esperaba. Casi comprensivamente, me miró con dulzura y me hizo una señal, para que me acabase el caldo. Bebí despacio para no perder la compostura. Con lo rarita que he sido siempre con la comida, esa sopa me supo a gloria. Quizás es que incluso estaba buena de verdad. Seguí bebiendo y entrando cada vez más en calor hasta que noté que la cara se me ponía colorada al fin, después de varias

horas de color lila.

Cuando acabé mi sopa, me di cuenta de que había dejado abandonadas mis patatas por algún lado, pero no las encontré a primera vista. Me empecé a poner nerviosa porque tenía más hambre. Miré a Caroline con cuidado para no ofenderla, pero ella me señaló al cazo grande del fuego. Sabía perfectamente que yo estaba buscando mis patatas y muy inteligentemente las había puesto a hervir durante el tiempo que yo había estado entre ensimismada y aturdida. Así que para cuando finalicé mi caldo, las patatas estaban prácticamente hervidas. Estaba contenta de saber que había caído en buenas manos y le sonreí muy agradecida; mientras ella me servía dos patatas en un plato de barro, como los que compramos en los chinos, pero hecho a mano. Me pareció precioso y auténtico, pero las patatas aún me lo parecieron más.

Las partí en trozos sin importar quemarme los dedos y las devoré con piel y todo. Sin acompañamiento alguno. Solo patata hervida. Fue la mejor comida que he probado nunca. Me acordé, mientras acababa, de cómo las hacía mi madre: al horno partidas por la mitad, con las marcas de un cuchillo al bies para decorar y con un poquito de aceite y sal. Pensar en mi madre me devolvió a mi realidad. ¿Qué había pasado con mi vida y mi universo? Recordé aquellos programas que tanto me gustaban sobre experiencias extrañas. Como el grupo de siete jóvenes que perdió a un compañero en el bosque mientras veían que un ovni se lo llevaba.

Efectivamente el chico desapareció durante cinco días. Después de polígrafos varios al resto de compañeros que vieron el aparato volador y después de la vuelta del desaparecido, unos días después en estado de shock, le realizaron varias hipnosis que confirmaban su abducción. La vida de ocho jóvenes quedó destrozada para el resto de sus días porque ninguno logró superar esa experiencia y aún había gente que no les creía. Como si ellos hubieran decidido hacerse el harakiri directamente, para hacer una broma de mal gusto al pueblo, porque eso se insinuó que habían hecho. Así que, si volvía yo con mi historia, ¿qué se suponía que la gente me iba a decir?

Sonaría más verosímil contar que llevaba un tiempo en la Antártida, Nueva Zelanda o cualquier otro lugar. Incluso lo del ovni sería más creíble.

Acabé con estos pensamientos casi a la vez que con las patatas hervidas. Caroline estaba como asombrada por mi rapidez al comer, o por lo extraña que resultaba toda yo. Necesitaba hablar con alguien, sincerarme aunque fuera una historia irreal, tener una confidente, una amiga.

Me ofreció más patatas y más caldo, pero yo ya no tenía pensado comer más. Durante toda la vida había estado luchando con mis kilos extras, unas veces consiguiendo aparentar un tipo decente, y la mayoría de las veces, sin conseguir quitarme esa sensación de estar regordeta. Culpa solo mía por mi amor a los dulces. Ahora, a no se sabe cuántos años de distancia de mi realidad, había logrado perder esos seis kilos que siempre me habían sobrado en tan solo, calculé, cuatro días.

Mi ropaje nuevo estaba tapando, claro está, mi nueva silueta. Y realmente, aun sabiendo que estaría estupenda en bikini, en esos momentos hubiera preferido estar con setenta kilos de más, embutida en un bañador y en una playa de Varadero rodeada de musculosos hombres. De repente, los kilos me importaban un «pimiento colorao». Solo quería volver a mi casa, meterme debajo de mis sábanas de Ikea y dejarme llevar por el sonido de fondo de CSI Miami, con Horatio a la cabeza.

Volviendo a la realidad que tenía delante y viendo a Caroline mirarme sin remedio, como esperando una sola palabra mía, empecé a contar el resto de mi historia, hecha única y enteramente para ella.

–Convento de Sant Mary, en Ullapool, Scotland –recordé tan solo el nombre de un pueblo escocés, de un viaje que había hecho años atrás– me abandonaron ahí mis padres y me crie con las Madres del convento... no sé mucho de la vida, me marché hace un tiempo arropada por un comerciante que viajaba junto a su hija, de pueblo en pueblo.

–¿Te escapaste? –preguntó una sorprendida Caroline.

–Más o menos. Querían que tomara los hábitos, pero yo quería vivir más la vida, necesitaba saber más cosas del mundo.

Sí, concretamente quería saber cómo volver a casa. Céntrate Julia y sigue contando «le dije a mi mente».

– ¿Cómo hiciste para sobrevivir un viaje tan largo? –dijo ella con cara de susto.

–Mmm, pues... me hice pasar por hija de un comerciante que encontré por el camino. Como dos hermanas viajando con nuestro padre. Así mantuvimos a raya a todos los asaltantes que más nos respetaban por vender productos de primera necesidad, que por viajar acompañadas por un hombre. Este comerciante llevaba de todo para vender y en algunos casos material para regalar a cambio de dejarnos seguir nuestro camino.

»Me costó dejarles partir al llegar a Londres pero no podía continuar con ellos, demasiado gasto en comida y cuidados en general –acabé mi

imaginativa historia con satisfacción.

–Ah, pues has tenido suerte, muchacha –dejó caer Caroline– normalmente las mujeres de tu edad, solas por ahí, no duran mucho.

–¿Y tú? –acallé sus comentarios sobre mi vida rápidamente– ¿qué hace una mujer viviendo sola con un bebé? ¿Dónde está tu esposo? –pregunté, en parte por saber si seguiría teniendo esta paz y tranquilidad o si pronto aparecería un problema en forma de mastodonte rudo y peludo.

Caroline torció su boca en una mueca pero esbozando únicamente media sonrisa. No logré captar si de pena, tristeza o cierta alegría.

–Yo soy viuda –bajó la mirada hacia sus manos, que ahora tenían un telar que se movía entre sus dedos.

–Lo siento, Caroline –dije muy en serio–. Nunca he estado casada «oh, lo primero cierto en mucho tiempo» –pero supongo que debes estar desolada. Además, vivir sola con una criatura no debe de ser fácil.

–Pues en realidad tuve bastante suerte. Mi boda fue pactada desde pequeña con un hombre bastante mayor que yo. Me cuidó mucho y bien y se encargó de que tuviera siempre un buen futuro. Ahora sé que estaba enfermo y por eso se preocupó de dejarme más o menos cubierta.

»Además, su familia vive cerca y suelen venir a visitarme y a cuidar de mí. Se encargan de que no me falte de nada –otra mueca extraña– y el niño y yo estamos bien. Me dedico a tejer vestidos para estar entretenida. Hasta que te vi en la calle aterida de frío –dijo, señalando a la puerta. Luego miró al bebé y añadió–: Se llama Samuel –dijo ella mirando hacia la cuna–. »Tiene 9 meses y está bien de salud. Ahora es lo único que me importa, cuidar de él.

Mi instinto maternal de mujer en estado fértil me hizo levantarme a mirar al niño. Me entraron unas terribles ganas de tomarlo en brazos, quizás por recordar a mi sobrino a su edad. También recordé las últimas palabras de mi médico que ponía en duda mi posible maternidad. Dejé mis feos pensamientos a un lado.

El niño estaba completamente despierto, con unos ojos azules preciosos, y me miraba bastante perplejo.

–¿Puedo cogerlo en brazos? –dije a Caroline–. Está despierto.

–Claro que sí, ¡adelante! –contestó ella.

Tomé a la criatura en mis brazos. Estaba muy bien abrigado, lo que me dejó tranquila. Sus mejillas estaban muy sonrosadas y en cuanto le puse en mis brazos, me dirigió una sonrisa que me pareció preciosa. Me lo llevé hasta la mesa y me senté con él acunándolo. Caroline me miraba bastante

complacida. Notó claramente que el niño estaba a gusto y que por el momento, ella no estaría sola con un bebé; pues se creó un vínculo que ni yo misma sospeché que ocurriría al tomar al niño. Ahora las dos íbamos a cuidar de él.

Fue un momento muy bonito. La estancia estaba curiosamente caliente, yo había cenado bien, tenía una nueva amiga y un bebé al que proteger. Que además, se estaba durmiendo en mi regazo. Por un momento pensé que dadas las circunstancias y quitando el hecho de que me estaba perdiendo los últimos cuatro capítulos de mi serie favorita, casi pensé que ese momento tan especial era mucho mejor que cualquiera de los que había pasado en mi siglo, durante los últimos dos años. Meciendo al niño, en silencio, ambas, nos miramos y sonreímos. Pues estoy segura de que ella se sentía reconfortada de la misma manera que yo.

Curiosamente tuve la sensación de que me escondía algo. Pero como yo también le escondía muchas cosas a ella, no me preocupó nada de lo que quisiese callar.

–Caroline –dije en voz susurrante– voy a subir a dormir, estoy agotada.

–Perfecto, señorita Smith, ¿o te puedo llamar por tu nombre? –dijo en un tono que me pareció algo sarcástico pero divertido...

Arg. Mi nombre de pila, claro. No había pensado en eso. Mi cabeza pasó de la relajación total del crepitar del fuego y el silencio, y se puso a trabajar como una locomotora. Casi sin poder darme tiempo a escoger un nombre que al fin me gustase, me vino a la mente mi actriz favorita, Meg Ryan.

–Megan –dije lo más natural que pude– puedes llamarme Meg.

Con este trámite superado, dejé cuidadosamente al niño en su cuna, que ya estaba muy dormido, dejé después mi cuenco de comida en lo que parecía un cubo con agua para tales fines.

–Caroline, déjame ayudarte con la casa. A partir de mañana me puedo encargar de pequeñas cosas como fregar los platos y arreglar la casa....

–No te preocupes por eso ahora. Yo me apaño bien, pero ya veremos qué puedes hacer si quieres ayudar –dijo mientras se levantaba a acompañarme hasta las escaleras y a recoger a Samuel–. Si necesitas algo durante la noche, no dudes en bajar tú misma a buscarlo –dijo en su habitual tono cálido.

–Gracias, Caroline, que tengas muy buenas noches.

No quise saber cuán protegida se quedaba la casa, ni dónde dormía ella

con el bebé, ni quién apagaría el último fuego. Por una vez desde mi llegada, quería sentirme protegida. Como cuando de pequeña papá era el último en acostarse y él apagaba la calefacción y cerraba la puerta con llave. Mis recuerdos me acompañaron mientras subía los escalones de madera con cuidado, pues hacían bastante ruido.

Mis faldas, fuertes y bien tejidas, tropezaban con los escalones. Los leotardos eran nutridos de buena lana. Esa era mi única ropa, quizás tendría que dormir con ellas también, «pensé».

Mientras subía hacia mi cuarto tuve un escalofrío. Como si detrás de toda esa calma quieta en la que me encontraba, se fuera a convertir en una tempestad en cualquier momento. Pero como no tenía más datos que mis propias sensaciones y estaba realmente muy cansada, me tuve que conformar con tomar prestada la frase de mi amiga Escarlata O'Hara, pensando por lo bajo un gracioso: «Ya lo pensaré mañana».

Al entrar en mi cuarto alquilado, le dediqué una mirada atenta a los detalles para poder recordarlos bien. Lo mismo que intenté hacer en la calle, retener recuerdos del momento, por si mañana no estaba ya ahí.

El fuego seguía vivo, como si lo hubieran vuelto a atizar.

Había un cubo con agua cerca de la ventana, cortesía de Caroline seguramente, mientras yo estaba fuera. El camastrillo parecía más cómodo que cualquier banco de la calle. Era como una especie de colchón relleno, quizás de paja, quizás de plumas. Estaba bien cosido, así que pronto la camita empezó a pronunciar mi nombre. Estaba puesta lateralmente en la pared y encima había una especie de camisola de lana, con unos leotardos limpios y aparentemente abrigados. También había tenido el detalle de darme ropa de dormir nueva y limpia. ¿De dónde ha salido este ángel de mujer? Lo que me llevó a pensar, mientras me cambiaba, ¿de dónde ha salido todo esto?..

Fuese lo que fuese lo que me había sucedido, por el momento no había dado con una mala situación. Mi positivismo me permitió tranquilizarme un poco.

Pronto me había acostado ya, con mis ropitas limpias de dormir, mirando en silencio el fuego vivo. Mi mente empezó a recordar cosas, y antes de cerrar los ojos quise hacer un repaso a mi surrealista situación, intentando volver al siglo al que pertenezco. Caroline no parecía tener muchos recursos económicos, sin embargo no faltaba el buen fuego, tenía ropas limpias extras y ella no parecía estar pasando hambre. Definitivamente, algo no cuadraba. Pero sucumbí al cansancio.

Me despierto de madrugada con los pocos recuerdos que poseo en esos momentos. Una mujer llevándome a su casa mientras me cubre con una manta. Llora porque no sé qué pasó y veo con terror que sigo en el mismo lugar. No ha sido una pesadilla y no he despertado.

En realidad no sé quién soy. Solo porque me miro las manos y las reconozco como mías, puedo tener la conciencia despejada.

Me seco la cara de esas lágrimas nocturnas e intrépidas, mientras me imagino en una película de esas que hacían algunos iluminados sobre cosas que no podían suceder, como viajar a Marte o tener robots que actúan como humanos.

Quizás esos túneles del tiempo de los que hablaban los astrónomos sí que existen. Quizás una regresión a una vida anterior en un mal momento y estando en el lugar inadecuado. ¿Una simple vuelta atrás en un túnel temporal? Algo así tendría que haber pasado, pero ¿cómo y por qué?... ¿Era posible esto científicamente?

Pronto me estiro otra vez y me quedo dormida con la ilusión de despertar algo más tarde, pero ya en mi casa, en mi calle y en mi ciudad.

En este segundo sueño, tengo pesadillas, camino por un pasillo oscuro, nadie me ve, nadie me conoce. Luego estoy en mi casa, en el año al que pertenezco, pero tampoco me conoce nadie.

Me despierto cubierta en sudor unas horas más tarde. El fuego ya se ha apagado, quedan unas escasas brasas. Siento el frío del ambiente y se me ocurre que podría encender de nuevo el fuego. Me refresco el sudor con un poco del agua del cubo y me siento delante de la chimenea para encenderla y así poder calentar mis ropas de dormir, que están empapadas por sudor y agua fría. Mezcla perfecta para una gripe.

Se me va la cabeza hacia todo tipo de pensamientos. ¿Qué ha podido suceder? Si esto ha sido una regresión y yo viví otrora aquí, ¿entonces también habré desaparecido de mi casa Londinense? ¿Me están buscando dos familias? La habitación me empezó a dar vueltas, tales eran mis elucubraciones sobre las posibilidades reales de que no volviera nunca a casa. Pero, ¿cuál era mi casa? ¿Volveré a nacer en el siglo XXI? ¿Tendré que volver a pasar por mi vida, otra vez? Y en ese caso, ¿me volveré a meter en una hipnosis?

Me viene el recuerdo de aquella película «El día de la Marmota» y me preocupa haber entrado en un círculo complejo de no saber cuál es mi sitio.

He de reconocer que he llorado mucho. A veces quiero morir, me siento atrapada como cuando uno queda en un ascensor que no se abre. Esos minutos en los que no sabes si estás solo en el edificio y morirás ahí tirado y sin aire, si nunca jamás vendrá a buscarte nadie. Así me siento en ocasiones, en las que creo que estoy en un viaje sin salida, sin vuelta. No sé si me oyen llorar porque mi ansiedad hace que pierda los papeles cada vez que se me ocurre pensar qué hago yo aquí. Lloro hasta caer dormida...

Abro los ojos unas horas más tarde. Mientras me levanto recuerdo que de noche todos nuestros problemas y pensamientos, se vuelven más oscuros y adquieren dimensiones de dragón con cuatro cabezas. Aunque yo tengo razones para estar inquieta. Con la luz de la mañana mis miedos se empezaron a disipar.

Ya más despejada, y dando por finalizada la noche, en seguida me di cuenta de que mi pesadilla continuaba tal como la había dejado el día anterior. Podía ver claramente la estancia con la poca luz que entraba por la ventana. Calculé que debían de ser las seis o siete de la mañana.

Oía ya ruido en la calle, una calle bastante transitada aunque no era principal. La gente gritaba y se llamaban unos a otros. Pensé que estarían montando las paradas ambulantes que recordaba del día anterior, que las mujeres estarían recogiendo agua para los desayunos. En general, se suponía por el ambiente callejero una bonita y gélida estampa.

El frío de mi cuarto me estaba volviendo a dejar sin tacto. Así que rápidamente me vestí con las ropas del día anterior, haciendo un gran esfuerzo por lavarme un poco con un agua a punto de congelación. Yo, que me duchaba dos veces al día, ahora tenía que conformarme con mojarme un poco de vez en cuando.

Una vez lista con una buena manta cubriéndome todo el cuerpo, me dirigí hacia la planta principal, por si Caroline estaba dispuesta a darme algo de desayunar.

Ahí estaba ella acunando a su bebé, dándole algo de leche materna. Me miró sonriente y me dijo seria y sin muchos preámbulos:

–Meg, o como quiera que te llames, te están buscando –y siguió mirando a su bebé.

Yo no sabía muy bien qué decir pero parece ser que lo que se me había ocurrido pensar por la noche, empezaba a tener algo de sentido. Había desaparecido también de mi vida anterior, o sea, de esta.

–¿Quién me busca? –dije intrigada por su respuesta.

–¿Quién va a ser?, tu familia –intuí cierto reproche en el tono–. Tu madre está desesperada y han dado la voz de alarma por todo Londres. Yo no voy a ser quién te juzgue, porque tus razones tendrás para haber escapado y haberme mentado. Pero me gustaría que al menos a mí, me contases la verdad. Te dejaré quedarte conmigo, si no sales mucho a la calle. Si te encuentra aquí los gendarmes, tendré que dar explicaciones: Y no puedo poner en peligro a mi hijo, ¿lo entiendes? –me miró fijamente, pero no noté ni un sincero atisbo de amenaza en sus ojos.

Mi familia. De momento ya me busca una familia, la que debía tener en Londres y que me habría visto desaparecer. Una familia que yo no conocía. Eso me hizo pensar en la que había dejado atrás. Ya empezaban mis problemas.

–Te agradezco la información. Antes de volver con mi «familia», tengo que aclarar algunas cosas –dije para ganar tiempo.

–Perfecto, te he preparado un cuenco con leche caliente, y ahí encima tienes algo de pan. Sírvete tú misma –dijo, sin dejar de mirar a su hijo.

–Espero que cuando te aclares, me cuentes la verdad –aun siendo palabras que sonaban amenazantes, su tono no fue tal.

Sin querer darle más explicaciones por el momento, me fui a por la leche y el pan y me senté delante, en la ajada mesita de madera. Moje el pan en el interior del cazo, cual croissant en café ou lait y disfruté de lo que se me antojó un grandísimo desayuno. La leche todavía tibia, tenía un sabor muy fuerte, como si la acabaran de ordeñar, y tenía grumitos. Pero no me importó. Estaba donde estaba, así que mis hábitos y mis tonterías alimentarias tendrían que desaparecer.

–Bueno, querida. Así que Escocia, ¿no? –estaba claro que quería explicaciones inmediatas–. Empieza por el principio, ¿Cuál es tu nombre?

–¿Cómo has sabido que me buscan, si no sabes mi nombre? – dije, ganando algo tiempo, mientras acababa mi leche.

–Bueno, te han descrito perfectamente y han hecho un dibujo que se te parece mucho. Dicen que desapareciste tres días más tarde de lo que te encontré y tú dijiste que llevabas varios días vagando. Josephine, cuéntame qué ha pasado por favor. Eres casi una extraña y estás viviendo en mi casa. Merezco tener más detalles.

¿Josephine? ¿De qué me sonaba ese nombre? Yo lo había pronunciado no hace mucho, quizás en aquel acogedor sofá, medio adormilada con aquel médico delante. ¿Era yo ahora verdaderamente la misma persona a la que me

llevó la regresión? Rápido «dije a mi mente» ¡a seguir inventando! Por un breve instante pensé en decirle toda la verdad. Al final de ese instante fugaz decidí una cosa: jamás de los jamases le contaría a nadie mi extraña e increíble historia. De decir la verdad al cadalso, había un solo paso.

–Bueno, Caroline. Hay algo que debes saber sobre mí. Siento haberte engañado con lo del Convento, pero no podía decirte la verdad. No sabía si eras de confianza. Ahora ya sé que sí. Hará unos días tuve una fuerte caída. Intentaba subir a unas escaleras para arreglar un terrado y di fuertemente de cabeza contra el suelo. Cuando recuperé la conciencia, no recordaba nada. No sabía quién era, ni cómo me llamaba, ni dónde vivía. Una mujer se asomó por la puerta y se puso a gritar llamando a más gente. Así que me asusté y tan pronto como pude, me puse a correr sin mirar atrás. No sabía nada de lo que sucedía a mi alrededor, así que simplemente me fui. Cuando tú me encontraste fue una bendición, pero no sé cuántos días anduve en la calle, no recuerdo mucho –otra verdad auténtica–. Y ahora me acabas de decir mi nombre, cosa que todavía no recordaba. Josephine, ¿qué más? –le pregunté aprovechando la circunstancia de mi golpe en la cabeza.

–Josephine Jones, de los Jones Spencier. Viven a unas cuadras no muy lejos de aquí.

–Josephine Jones –repetí en alto–. Me pareció un nombre de lo más chistoso. Jo, Jo.

Todavía asimilando mi nueva personalidad, me pareció que mi historia era bastante verosímil. Ni siquiera tendría que explicar por qué no quería volver con unas gentes que ya no me eran conocidas y en todo caso necesitaba tiempo para saber cómo recuperarme sin forzar las cosas. Esa vida no era mía y no tenía pensado continuar algo que yo no había empezado. Si no tenía ya mi vida, debía empezar otra de cero. Podría aceptar un cambio de nombre. Yo ya no sería Julia, sino Josephine. Pero no podía aceptar una vida que no reconocía en absoluto. De todas formas necesitaba más información, saber la edad que debía tener, quizás la misma con la que desaparecí. Necesitaba saber el mes y lo más importante, el año en el que estábamos. Edad Media ya sabía que no, pero ¿me iba a pillar la peste? ¿El gran incendio de Londres?..

–¡Qué terrible lo que me explicas! –me gritó con una voz más alta de lo normal en ella–. ¿Cómo no fuiste a que te viera un médico?, ¿por qué no pediste ayuda?

–No lo sé, no sabía nada de mí ni de dónde me encontraba, ¿cómo iba a llegar hasta un médico? Ahora, pasados unos días y con tus cuidados, me

encuentro estupendamente –dije con buen tono, para evitar que me llevase ella misma a ver a un médico.

–Bueno, pero igualmente...

–No insistas Caroline, no iré a ver a nadie. Estoy bien, te lo prometo. Si noto molestias o dolor de cabeza, te aviso.

–Está bien –dijo mirando a Samuel–. No te insistiré, creo que ya tienes edad para saber qué haces. No como él, que todavía me necesita –dijo levantándose hacia la cuna.

–Gracias, eres muy comprensiva –suspiré aliviadísima.

–Mira, a mí no me gusta que se metan en mi vida por eso, respeto lo que cada cual quiera hacer con la suya. Solo dime cómo quieres que te llame. ¿Meg o Josephine? –dijo con lo que me pareció una mueca algo sátira.

–Puedes seguir llamándome Meg. Si se corre la voz de que una tal Josephine vive aquí, y ya me andan buscando, seré un blanco fácil. De momento me mantendré como Meg.

–De acuerdo, Meg. Creo que seremos grandes amigas –sonrió bastante más confiada que hacía unos minutos.

–Lo sé... me parece que tú también escondes cosas, así que estamos en las mismas, ¿no crees? –sonreí sin maldad.

–Vaya, parece que eres una chica lista –dijo– ¿qué crees que es lo que escondo?, Megan– dijo, mientras mecía al niño en sus brazos.

–Pues no lo sé seguro. Pero está claro que vives muy bien para trabajar con apenas unas prendas para tejer a la semana. No te falta de nada, pero no me parece que vayas al mercado. Ayer tenías la despensa vacía, hoy está llena. Sin embargo no has salido aún. ¿Quién, durante esta madrugada, te ha provisto de estas cosas? Tus ropas están bien y son de buena calidad. Me has prestado ropa de dormir a mí y sospecho que están más limpias que la ropa de las gentes que andan por ahí fuera. Presiento que sí, efectivamente, tú también tienes secretos. ¿No es así, querida? –sonreí de nuevo.

–Ja, ja, ja –rio ella–. ¡Qué observadora eres! ¡Y eso que solo llevas unas horas aquí!

–Bueno, hago lo que puedo –dije, arrancándole con cuidado a Samuel de sus brazos, me apetecía oler a bebé recién levantado.

Dándome al niño, se sentó de nuevo en su silla.

–Bueno, mi querido y fallecido esposo murió repentinamente y durante un tiempo pensé que mi vida iba a ser un infierno. Él me protegía de todo y me cuidaba. Trabajaba como capataz en unos almacenes del puerto y se ganaba

bien la vida. Y entonces, me quedé sin nada. Su familia me intenta ayudar, no viven muy lejos. Me traen comida casi todos los días y vienen a ver al niño cuando sus tareas se lo permiten. Pero yo seguía asustada por depender de gente ajena a mi propia familia, así que empecé a tejer para la gente rica. Como soy huérfana y sin hermanos, ellos son lo más parecido a una familia, pero no son de mi sangre –dijo, con un ademán algo triste–. Un buen día, intentando ajustar una tabla de madera de las de mi cuarto, que se movía mucho, se levantó algo más de lo normal. Cuando la saqué para ver de dónde se había roto, me encontré una sorpresa. Había una cajita bastante grande, cerrada con llave. Imagínate mi estupor cuando la vi.

Me senté con la caja en el regazo y tardé un tiempo en pensar cómo abrir la caja, ya que no recordaba ninguna llave.

Finalmente, fui a por una herramienta de cocina y como pude, la forcé.

Ahora la que tenía cara de intriga era yo. ¡Qué emoción! Estaba tan inmersa en su explicación que me olvidé por un momento de mi tragedia personal.

–¿Y bien? ¿Qué encontraste en la caja? –dije con mi cara más expectante.

–Meg –dijo mirándome a los ojos como si quisiera hacerme prometer algo –, lo que te contaré, no has de decirlo jamás. Podríamos tener grandes problemas el niño y yo, y ahora que le has tomado tanto cariño, no querrás que le ocurra nada malo ¿verdad? –rumió entre dientes.

–Nunca he sido de traicionar a nadie, puedes contar con que este niño y tu misma, seréis siempre mi prioridad. De no ser por ti habría muerto congelada en la calle. Te debo algo demasiado grande como para decepcionarte. Adelante.

–Bien. Lo primero que vi fue una carta dirigida a mí. Estaba bien escrita, lo que me sorprendió porque mi marido apenas sabía escribir, o al menos eso me dijo siempre.

Ella se levantó y abrió una pequeña caja de madera que estaba en un hueco al lado de la chimenea. La abrió con sumo cuidado.

La carta rezaba así:

«Querida y amada esposa mía: Hace tiempo que sé que padezco una enfermedad pulmonar que ya desde tiempos que ni recuerdo ha matado a gentes de mi familia durante varias generaciones.

No me queda mucho y es por eso que te quiero hacer este presente, para el

hijo que me has dicho hoy que hemos concebido. En verdad no sé si le llegaré a conocer.

No me culpes de no haberte referido este problema de salud, pues no quise preocuparte y, como nuestro matrimonio se pactó tiempo ha, no quería prescindir de tu amor y tu cariño y mucho menos decepcionar a tu padre, en Paz descansa. Siempre supe que me amabas como un tío no como a un esposo. Pero yo siempre estuve enamorado de ti. Desde que te traían a casa y tú jugabas frente al fuego con una muñeca que te regalé. Yo te miraba embelesado, porque eras tremendamente hermosa. Y tu padre quería morir sabiéndote en buenas manos. Te ruego, esposa amada mía, que no nos reproches, ni a mí ni a tu padre, el haber condicionado tu vida en cuanto al amor se refiere. Sé que tú aprendiste a quererme a tu manera y que jamás te quejaste de tu destino. Me cuidaste hasta el final de mis días.

Ahora lee atentamente y no te enojas antes de terminar. Te he de confesar que yo no trabajaba en el puerto como capataz. Fui una persona de confianza de un importante personaje de la Corte. Pero mis misiones siempre secretas, me impedían referirte la verdad.

Desde mis primeras toses hace unos años, acumulé toda la riqueza que pude para dejarte bien atendida a mi muerte. Me pagaron más que bien mis servicios todos esos años de fidelidad al Rey y mi secretismo hacia la Corte. Así que ahora verás que en esta misma caja, debajo de esta carta, tienes dinero para vivir tranquila tú y nuestro hijo para el resto de vuestros días, si te lo administras bien.

Ahora viene una segunda parte que también debes conocer. Quiero que sepas que sé tu secreto y que esa criatura que llevas en tu vientre no es hijo de mi sangre, pues siempre he sabido que yo no debería darte hijos por evitarles el sufrimiento que da esta enfermedad. Por eso cuando supe de tu embarazo me ilusioné por saber que ya no te dejaba sola. Y que, al mismo tiempo, alguien más te iba a amar.

Respecto al padre de tu hijo, también tuve yo algo que ver. El muchacho de buen ver que conociste aquel día en el mercado, era un compañero mío de la Corte de total confianza. Le pedí que me hiciera el favor de acercarse a ti e intentar cortejarte bajo cualquier precio. Con la intención de que pudieras quedar preñada para que tu vida tuviera algún sentido en mi ausencia. Y no quería que el niño fuera mío, porque hubiera heredado la enfermedad casi con toda seguridad.

Sé perfectamente que te dejaste llevar porque es un hombre apuesto y con

algunos ardides que le conté que te agradaban, pudo en tan solo unas noches, conseguir el objetivo pactado. Te ruego que no te tortures por haberme sido en cierta manera «infiel». Yo no considero que lo fueses, puesto que yo provoqué toda la situación, para que no quedaras sola a mi falta. Y con un hijo mucho más sano de lo que yo podría haberte ofrecido.

Tu fidelidad hacia mí fue en otro sentido y esa es la única que valoro. Yo en esa época me alejé de ti ciertamente a propósito, para que fuera más fácil conocer varón por mi falta de cariño. También sé, y eso te honra, que no quisiste seguir con ese juego de amor, por el respeto que tenías hacia mí. Pero por tus expresiones durante esa corta época en que yo ya agonizaba en silencio, detecté que en cierta manera te habías enamorado de él. Ahora ya te puedo confesar que él siente lo mismo por ti, nunca me lo dijo pero esas cosas se saben. Por respeto a mí persona, no se te acercará más de lo que tú le permitas, pasado el luto. Te dejo el tablero de juego persa con buenos movimientos, es tu decisión continuar la partida como deseas. Pero el niño tiene un padre, si es que algún día te pide las explicaciones pertinentes.

Este muchacho y gran amigo mío, siempre velará por ti y por la criatura en una discreta posición. Y respetará que no quieras tener más relación, por viuda, con él. Pero siempre será tu aliado porque ambos somos hermanos de sangre, que un día unimos bajo una cruz sagrada.

Los otros hermanos que me dio Dios y familia toda, estarán siempre cuidando de lo que puedas precisar, pero recuerda que nunca bajo ningún concepto, les debes detallar lo que en herencia te corresponde a ti. En mis años en la Corte he aprendido que el poder y el dinero trastocan a los hombres. Y llevar la misma la sangre no es ninguna garantía.

Vive una vida modesta y sencilla. Procura que siempre parezca que te falta algo y nunca alardees de lo que tienes. Trabaja para dignificar tu espíritu y sobre todo para proteger tu realidad.

Ahora debo dejar de escribir, pues tú misma estás a punto de entrarme la cena al lecho para que no me tenga que mover de la cama.

Tu hermoso vientre, que crece día a día, me da ánimos para pensar que mi vida no fue en vano. Tuve a la mujer que amé, y la dejo cuidada, protegida y con un hijo sano.

Tu amante esposo que te adorará siempre»

Charles Stuart
En el año del señor 1685

A pesar de que había seguido la carta con gran conmoción, mi mente pensó por su cuenta, ¡¡¡1685!!! ¡Cuántas cosas más tenía que preguntarle! Sabía que debía esperar para obtener más información, sutil y delicadamente. Pero ¡qué gran emoción, saber dónde me encontraba! Si la memoria no me fallaba, no estaba en la Edad Media, Londres estaba reconstruyéndose y ya no debían de ser tan bárbaros como antaño. Me encontraba en un año en el que las cosas estaban empezando a cambiar para mejor, ¡de eso estaba segura!

–Caroline, no sé qué decirte. Es demasiada información para una sola nota –quería volver a leerla atentamente porque era mejor que cualquier peliculita de domingo por la tarde. Me estaba imaginando ya cómo sería una Corte realmente, las intrigas y esas cosas que sucedían en las películas. La idea de poder ver en directo algo así, me hizo estremecerme de emoción. Y de miedo, porque sobre la Corte Inglesa yo había leído muchas barbaridades.

–Pues sí, tardé varios días en asimilar toda la información. Miré a Samuel varias veces para intentar detectar las facciones de Marius, el hombre con el que tuve ese pequeño desliz. Siempre intuí que, por las fechas y el color de su pelo, podría ser hijo suyo, mas no quise nunca reconocerlo.

Me fue difícil dejar a ese hombre, del cual, efectivamente, me enamoré. Pero no soportaba mentir a mi esposo y me alejé de esa relación que creí perversa.

Ahora resulta que mi propio esposo me engañó con gran astucia y durante gran parte de nuestra vida en común.

Al principio me enfadé mucho, lloré largamente sabiéndome manipulada de todas las formas posibles. Acepté los deseos de mi padre y mi pronto prometido nunca me pareció un hombre desagradable, estaba de buen ver y era sumamente respetuoso conmigo. No necesité mucho para tomarle afecto real. Pero sabes, Meg, poco a poco me di cuenta de que me quiso tanto que renunció a mí arriesgándose a perderme lanzándome en manos de otro hombre, para que yo no quedara sola pues sabía que él no me iba a dar un hijo sano. Además, trabajó toda su vida para guardarme ese dinero. En realidad, no tengo absolutamente nada que reprocharle. Ni siquiera necesito saber a qué se dedicaba.

Ahora tengo a Samuel que es toda mi vida y dinero suficiente para no pasar penurias. Tengo una gran suerte. Por eso cuando te vi tan desamparada, necesité hacer algo por ti, como para compensar todo lo que la vida me ha dado a mí. En realidad soy una mujer muy afortunada. Pero de cara a los

demás soy una pobre viuda.

–Bueno, y de cara a los demás yo soy una desaparecida –acerté a decir cuando recordé que yo debía seguir protegiendo mi propia historia.

–Eso es, y por eso creo que ambas tenemos algo en común y algo que debemos de esconder detrás de esa puerta. Tú, Samuel, y yo. Presiento que tu presencia aquí no es casual.

–Ya, pero no me creo que no quieras saber más. ¿En qué trabajaba tu esposo? –dije con mirada disimulada.

–Por el momento he preferido no investigar, con un bebé tan pequeño podría ser peligroso –dijo inquieta–. Quizás cuando se vaya el frío y pronto la primavera salga un poco más a la calle y me anime a preguntar –acabó.

–La primavera... –repetí– así que está a punto de llegar la primavera. Dime, Caroline, ¿estamos en abril? –dije algo preocupada por si le parecía demasiado extraño que no supiera ni el mes.

–Sí, la segunda quincena del mes de abril. Diecisiete de abril de mil seiscientos ochenta y cinco, para ser exactos –contestó sin ponerme pegas–. El tiempo está siendo bastante frío, el invierno no acaba de querer marchar.

Estaba contenta por tener otro dato. De pronto en un acto reflejo de mi mano busqué mi móvil para ver la hora, porque se nos había ido la noción del tiempo, me di cuenta otra vez de que ya no estaba en mi siglo.

Miré entonces por la ventanita de madera con, todavía, el niño en brazos y supuse que sería casi media mañana. Había mucho alboroto fuera, pero el día era hermoso y claro. El sol había hecho acto de presencia y no había demasiadas nubes en ese momento. Disfruté del panorama por encontrarlo verdaderamente bonito, si no fuera porque no podía apagarlo con el mando de la tele. Además, la idea, de que llegaría pronto el buen tiempo, me animó como pocas cosas.

Hordas de hombres se acercaban a nuestra calle, cargados con cestos con piedras grandes pero bien talladas. Otros llevaban postes largos como faroles. Con mi poco conocimiento de historia, pero ya sabiendo que no estábamos en la Edad Media– menos mal– volví a centrarme en la idea de que Londres estaba en un proceso muy importante de cambio social. ¿Estarían en verdad trayendo piedras para las calles? ¿Sería posible que yo pudiera volver a salir fuera sin tener que hacer tanto esfuerzo a cada paso?

Volví a mirar a Caroline, porque sentía curiosidad sobre el resto de la historia, pero ella ya me estaba cogiendo al niño para cambiarlo y no quise

interrumpirla. Seguí mirando la ventana un rato más. Entraba algo de aire gélido porque los postigos no eran muy firmes.

Este aire era fresco y limpio, a diferencia de los hedores que parecían emitir las calles en los días anteriores. Me gustó mucho la idea de que pudiera ver y vivir un proceso de cambio tan importante como ese, aunque de momento me conformaba con hacerlo detrás de un pequeño ventanal. Todo estaba fuera de mi control.

Seguía ensimismada con lo que había fuera de la casa y de pronto sonó la puerta fuertemente. Me sorprendió mi despiste al no haber visto a nadie acercarse a la casa.

Caroline me miró asustada, por si venían a por mí.

–Ya abro yo, tú atiende al niño –dije con aplomo.

–Buenos días –estaba mirando a los ojos a un fornido caballero.

–Buenos días, Madame. Estamos avisando a los vecinos de esta calle para que no salgan esta mañana de sus casas, de ser posible. Como ya sabrán en unos días se corona al nuevo Rey. ¡Dios salve al Rey! Y en su honor han mandado cubrir las calles de esta zona de la ciudad con piedras. Necesitamos que se queden dentro de sus casas para no entorpecer nuestro trabajo. Esta mañana estaremos ocupados precisamente en esta calle. Si precisan salir para una emergencia, nuestros hombres les cargarán para que no pisen el empalme de los baldosines hasta que no estén secos.

–Muchas gracias caballero –gran palabra para tal gañán– no teníamos pensado salir esta mañana y puede que tampoco por la tarde. ¿Puedo saber por qué han decidido poner piedras en las calles? Me parece una idea excelente –exclamé.

–Señora, parece que después de la peste de hace unos siglos atrás y en vista de que el Rey ha visto que en otros países se está poniendo de moda; también se están poniendo faroles con velas y un aceite nuevo, para que la noche no quede tan oscura. Todo Londres se va a ver mejorado en los próximos meses.

–¡Qué maravilla! –exclamé–. Son ustedes muy amables por darnos aviso –dije cerrando la puerta antes de dejar que el hombre se volviera a calar el gorro en su enorme cabezón.

Para mi sorpresa, puso la mano impidiéndome cerrar.

–Disculpe la molestia, ¿la viuda Margaret está bien? ¿Puedo preguntarle quién es usted, Madam? –acusó.

–Pues no, en realidad no tengo por qué explicarle, pero en fin. Soy su

prima venida de Escocia –en realidad no quería tener problemas con nadie, mejor estar a buenas.

–Pues salúdela de mi parte, a ella y a Samuel. Le dice que sigo esperando a que me permita acompañarla algún domingo a la iglesia.

–Bien, se lo comunicaré –cerré corriendo en cuanto tuve oportunidad.

Caroline estaba escondida detrás de la cocina, con el niño en brazos y con cara de susto.

–Por favor, Meg, mira por la ventana a ver si ya se ha ido.

–¡Pero cómo quieres que se vaya si tiene que estar todo el día rondando por aquí! Oye, eres una rompecorazones –reí divertidamente, pero ella no me escuchaba, ahora tenía el semblante muy serio y preocupado.

–No tiene ninguna gracia, lleva meses pensando que soy una pobre viuda que necesita un hombre para llevar la casa y mantenerme. Ya le he insinuado que no estoy interesada, pero no parece querer entender.

–Voy a echar uno de los dos postigos, por si intenta mirar desde fuera. No habrá tanta luz, pero en realidad lo que necesitamos es seguir hablando de muchas cosas –dije.

–De acuerdo –parecía que ella también tenía ganas de charla.

–Vale, ahora –dije sentándome con curiosidad– ¿quién es Marius?

–Marius, ya lo has oído, es el padre de Samuel. Es un hombre adorable y apuesto que me conquistó como nadie lo había hecho nunca. De verdad que no he sido nunca una mujer muy inclinada a acercarme a los hombres. Me casé con quien mí padre quiso y nunca había sentido lo que era el amor. Hasta que vi a Marius. Pero todo fue un engaño como pudiste ver. Yo no creo que él sintiera nada por mí, en verdad.

–¿Cómo estás tan segura? Yo más bien he entendido lo contrario en la carta.

–No. Estoy segura. Creo que ahora anda con alguna mujer de la Corte, una hermosa dama. Tenía que casarse pronto, no quiero saber ni con quién. Y yo no voy a ser nunca la otra de nadie. Samuel es, a todos los efectos, hijo de mi esposo y mío y no pretendo nada más que sacarlo adelante. ¿Alguna pregunta más sobre el tema? –dijo mientras dejaba al niño en la cuna.

–No, no. Está bien. No seré yo quien te diga lo de debes hacer. Bastantes problemas tengo con mi vida. Y eso es lo que pretendo hacer estos días, con tu ayuda. Quisiera investigar a mi familia, verla sin ser vista e intentar recordar algo sin tener que dar explicaciones. ¿Te parece que me podrías ayudar, cuando acaben con las calles? –le propuse.

–¡Claro que sí! En cuanto cambie un poco el tiempo, Samuel ya podrá salir de vez en cuando y, por primera vez en mucho tiempo, tendré algo interesante que hacer aparte de tejer.

–Perfecto, mañana en cuanto acaben de poner piedras en nuestra zona, trazaremos un plan para buscar a quien me está buscando. Luego ya decidiré qué hago –dije mirándola para obtener su aprobación a mi plan.

De repente, sentí como si la cabeza me pesase una tonelada. Necesitaba subir a mi cuarto y echarme un rato. Para pensar en todo ese plan que tenía que trazar. En primer lugar, debía poner en orden mis ideas. Después, trazar un plan inicial. Y en tercer lugar, empezar a aceptar que mi vida no iba a cambiar y que probablemente, aunque estaba como viviendo una pesadilla ajena, esa podría ser mi vida para siempre.

Me disculpé con mi amiga por haber pasado una mala noche y llegué a mi catre a tenderme un rato. Ya estirada mirando aquel techo de madera pero bien tapado, dejé que mi mente pusiera en orden mi cabeza.

Decidí que lo mejor sería empezar por el principio. Si tenía una supuesta familia nueva en el Londres de 1685, tendría que encontrarla antes de que me encontraran ellos a mí. Salí a pasear cerca del Támesis. Este no era el río que yo recordaba. Sus aguas estaban enlodadas porque las porquerías de la ciudad en gran parte iban a parar ahí. Me recordaba más a un vertedero que a otra cosa, y el olor que salía de ahí era nauseabundo en según qué zonas. Al principio me daba bastante asco pero como con todo, uno se acostumbra hasta al mal olor y a la suciedad. A pesar de ser un río desagradable, me inspiraba para pensar en mis cosas y a esos paseos acabé recurriendo con regularidad durante el tiempo que estuve en casa de Caroline.

Así, pensativa, yo creía que podría convencerlos de que había perdido verdaderamente mi memoria y de que no los recordaba. Así podría aprovechar para apartarme de cualquier tipo de vida que hubieran decidido organizarme. Y, quién sabe, tener familia a veces podía ser una ventaja. Tendría un lugar a donde ir de visita y donde tomar siempre una buena comida.

Después tendría que trazar un plan mental para no pensar en lo que podría estar ocurriendo en mi siglo. Intentar olvidar a mi familia, mis padres, hermano y sobrinos. Mis amigos y bueno, sobre el trabajo ya no tenía que preocuparme. Si no me presentaba al Inem a fichar, no me iban a echar de menos. Pero no iba a dejar que las cosas acabasen así simplemente. Tendría que buscar la manera de dejar escrito quién soy, mi nombre y dónde y en qué

siglo vivo. Contar de alguna manera qué me ha sucedido y tratar de alguna forma de que mi historia llegue a alguien. Quizás si guardaba este escrito para generaciones posteriores, se pudiera publicar y en algún momento, le llegaría mi historia a mi familia. Porque tarde o temprano, mi siglo tendría que volver a suceder.

Con estas reflexiones, volví a quedarme dormida. Soñé que veía los Simpson mientras mi madre hacía la comida y el olor del guiso iba poco a poco esparciéndose por la casa hasta llegar a mi nariz. Me levantaba y me acercaba a la cocina. Eran fechas cercanas a la Navidad y una hermosa flor de pascua estaba en el centro de la mesa, bien puesta.

El olor del guiso, empezó a hacerse real. Mi boca empezó a ensalivar como si pudiera saborear comida y poco a poco, mi mente me mandó un subliminal mensaje para despertar.

Grata sorpresa, porque el olor del guiso era real, solo que no era mi madre la que me llamaba para comer. Tardé en reconocer la voz de Caroline como quien tarda en despertar de un sueño y volver a la realidad. El mareo se me había pasado ligeramente y tenía hambre. Debía de haber dormido tres horas aproximadamente. Me lavé un poco la cara con lo que sobraba del agua y dejé que el fuego se consumiera sin avivarlo. Era un día soleado, mejor ahorrar madera para la noche.

Bajé hacia la cocina a una hora que debía de rozar las doce del mediodía, contenta por poder saciar en breve mi hambre, pero también apenada porque aunque el guiso olía de maravilla, no era mi madre la que me esperaba abajo con su afectuoso y habitual cariño.

Intuí que Caroline tenía muy buena mano para la comida. En el centro de la mesa había un gran cuenco con lo que parecía un estofado. Y una gran hogaza de pan al lado. Más que suficiente para una hambrienta desorientada como yo.

–Creo que te has dormido un buen rato –dijo Caroline–. He intentado despertarte varias veces pero parecías muy necesitada de sueño.

–Sí, creo que llevaba muchos días con poco descanso. Estoy agotada por todo lo que he vivido –nada de mentiras mientras me fuera posible.

–Bueno, espero que te guste mi guiso especial; he utilizado las patatas que sobraron ayer, de las tuyas –sonrió.

–Me parece perfecto, huele de maravilla. ¡Qué bien cocinas! –pensé que un halago real haría mucho bien a nuestra relación.

–Bueno, me defiendo. Para mi esposo solía cocinar más a menudo. Ahora

me cuesta más si no tengo invitados, pero tú eres mi huésped –dijo mientras cogía el cazo para servir.

Sin esperar a que me diera más explicaciones y mirando muy hambrienta el guiso preparado, me lancé rápidamente hacia la comida, para servirle primero a ella y después a mí misma. Cuando las dos estuvimos servidas, empezamos a comer en silencio. Me pareció que ella no tenía mucha hambre, quizás estaba más pendiente del hombretón que estaba trabajando tan cerca de su puerta o pensaba en Marius. No sé qué más le podía preocupar a una mujer que tenía todo lo necesario para vivir bien. En cambio yo, tenía tantas cosas por las que preocuparme que se me hacían lejanos, muy lejanos ya, los pequeños problemas que había dejado unos siglos adelante.

Caroline meneó un poco la comida, pero no me pareció que la cantidad de su cazuela hubiera bajado casi nada.

–Caroline, no quiero parecer tu madre, pero tienes un bebé que alimentar. Él depende de que tú comas el plato entero, ¿no crees? –espeté con lo que me pareció poca mano izquierda.

Levantó la mirada, como ofendida. Pero en el fondo sé que no lo estaba. Porque era lo más sensato que le diría cualquier persona que viera su forma de comer. Mientras la vida de un pequeño está en juego, una madre no puede darse por ofendida –pensé.

–Tienes razón –acompañó la respuesta con una bajada de mirada, directa al plato.

–¿Qué te ocurre?, ¿por qué no tienes hambre? Te advierto que yo no tengo leche –sonreí para animar el ambiente.

–No lo sé, me pone muy nerviosa ese hombre que ha venido esta mañana. Me deja como sin energía pensar que lo voy a tener rondando toda la vida. Parece no rendirse y me da algo de miedo, porque es rudo y demasiado autoritario.

–¿Y el pequeño Samuel se va a quedar sin comer por ese energúmeno? Si tanto te preocupa, me comprometo a sacártelo de encima en las próximas semanas. Haremos un *quid pro quo*. Tú me ayudas a mí y yo te protejo a ti. ¿Te parece?

–Te ves una mujer fuerte, Meg, me das confianza y seguridad. Creo que podría dejar que intercedieras en este tema –sonrió–. Y sorprendentemente, empezó a comer con algo más de ánimo.

Yo, viendo que el momento de comer continuaba, di rienda suelta a algo que en mi siglo nunca solía hacer: repetir plato.

Cuando ambas hubimos dado buena cuenta de las viandas, Samuel empezó a llorar amargamente. Caroline se levantó como si tuviera un resorte y le tomó en brazos mientras se desataba los cordeles de su, ya de por sí suelto, corsé.

Yo me levanté a lavar los platos sin decir nada y ella se sentó de nuevo con el niño ya entre sus pechos. De reojo miré su contacto con el niño, ese gran momento que toda madre debe sentir cuando da de mamar. Y dejé que mis pensamientos volvieran a mis planes futuros, ya que cada vez tenía más claro que mis días iban a terminar ahí.

De pronto, cuando ya estaba yo en proceso de secado de platos, sonó un estruendoso trueno. Las nubes habían tapado el sol que anteriormente nos había animado la mañana y la lluvia empezaba a hacer un fuerte ruido en nuestro tejado. Asustada, miré a Caroline.

–Tranquila, es a prueba de tormentas –me sonrió–. Las nuevas construcciones de después del Gran Incendio, son más fuertes y mejores –aclaró–. Es hora de volver a encender el fuego. Ve a tu cuarto y empieza a calentarlo, de lo contrario, luego no podrás ni dormir del frío. Cuando llueve la humedad te hiela la sangre. Descansa un rato y yo te espero aquí abajo. Dentro de nada, nos tomaremos un té bien caliente –dijo mientras me apremiaba a dejar de fregar platos e irme a descansar.

El niño ya estaba dormido en su cuna y, aunque hizo un respingo con el trueno, solo cambió de posición. Siguió durmiendo plácidamente.

Atendí el ruego de Caroline después de tomar una brea larga con fuego y subí los escalones que ya no sonaban porque el ruido de la lluvia atenuaba los sonidos del crujir de la madera. Mi nueva amiga me había dicho que yo le parecía valiente y ahora, mientras el cielo parecía caer sobre nuestras cabezas, yo debía hacerme la fuerte. No recordaba haber pasado una tormenta como esa, excepto aquel año que pasé en Estados Unidos, donde las cosas parecían siempre mucho más grandes. Incluso las gotas de lluvia. El cuarto estaba oscuro ya. Las nubes parecían haber adelantado la noche. Cogí las maderitas de la cesta de mimbre y las lancé al fuego, que parecía no querer encenderse con la especie de cerilla alargada que yo llevaba.

Los días parecían tan cortos.

Cuando por fin se hizo la lumbre, me senté encima de una manta estirada en el suelo y me quedé oyendo la tormenta y el crepitar de las llamas al mismo tiempo.

Con mis manos alrededor de mis piernas encogidas, seguí pensando en mi

próximo plan.

17 de abril de 2013

El doctor Álvarez se encontraba en un rincón de la sala de interrogatorios de los Mossos d'Esquadra. Estaba pálido y, sin duda, en una situación en la que jamás se había encontrado.

Los padres de la joven desaparecida estaban en una sala contigua, recién llegados de un largo viaje vacacional. Les había llegado la noticia a un crucero que estaban realizando por el Nilo. Una llamada desesperada de un amigo, un mejor amigo de los que siempre están pendientes de tu hija. Uno de esos chicos que no tienen apariencia de gay pero que tampoco han tenido pareja estable nunca. El mejor amigo de su hija, la persona que día a día estaba pendiente de ella. Una llamada de Daniel anunciando que desde hacía cuatro días no tenía noticias de Julia. Habían quedado para cenar una de esas noches y Julia no era de las que fallaban. Y menos cuando tenía cosas de las que desahogarse.

Todos ellos, incluido Daniel, estaban al lado de la sala de interrogatorios pero no podían ver ni oír al terapeuta. Santi estaba de camino de Francia a España. Aunque no estaban seguros de que estaba desaparecida del todo, o se había ido de viaje sin avisar, Santi tenía un gran amor por su hermana, suficiente como para estar inquieto y querer estar al lado de sus padres en estos momentos. Su hermana tenía una mala racha, ya larga, pero escaparse o huir no era su estilo. Y los viajes siempre los programaba con mucho tiempo. Conducía con cuidado y calculó que llegaría al amanecer a Barcelona.

El comisario encargado del caso ya les había dado su opinión sobre el terapeuta. Según él este hombre no parecía tener nada que ver con la desaparición de su hija. Estaba tan o más estupefacto que los propios padres. Aseguró que en mitad de una hipnosis recordando cosas del pasado, él tuvo una emergencia y la dejó echada mientras iba al baño. Cuando regresó, la chica ya no estaba. En un primer momento no tuvo duda alguna de que se

había marchado por su propia voluntad; pero cuando fue a la recepción para contrastar esa información– y de paso ver si había pagado la sesión– la recepcionista le dijo que por ahí no había pasado nadie.

Volvió y se acercó con miedo a la ventana mirando a la calle, pero abajo tampoco había nadie, afortunadamente. No le dio más importancia porque pensó que la recepcionista se habría despistado. Precisamente había dejado las terapias con enfermos por el miedo a que alguno se tirase por la ventana.

El médico contó que dos días más tarde del raro suceso, un chico joven paseó por el barrio y preguntó hasta hartarse. Varios vecinos, que conocían mucho a Julia, le aseguraron que la vieron entrar en el local. Así que entró y preguntó. Efectivamente estaba el nombre de Julia anotada con el sr. Álvarez y al lado, apuntado a lápiz, decía: pendiente de pago.

Daniel había pedido ver al doctor y éste le contó la verosímil historia. Que ella seguramente se habría ido en mitad de la sesión, lo más seguro. Daniel sospechó, no por la pinta del hombre sino por lo raro de la situación, y lo denunció a la Policía.

Al segundo día, estaban avisando a los padres de Julia a través de un *WhatsApp*.

Ellos habían dudado en volver, porque creían que Julia podía estar de vacaciones o de escapada rural. Pero Daniel dejó muy clara la situación. No les dio muchas opciones y cuando ya vieron que la cosa tenía atisbos de gravedad real, hicieron rápidamente las maletas, dejando Luxor a medio ver. En el viaje de vuelta, rápido por cortesía de la agencia de viajes, los padres de Julia empezaron a ser conscientes de que el tema podía ser grave. Sabían que Julia era luchadora y que no iba a dejarse hacer daño sin pelear; pero el hecho de pensar que podía estar en malas manos o en apuros, les hacía perder los ánimos de todo. Se estremecían a cada paso que daban. Su pequeña Julia.

El teniente volvió a entrar en la sala, quería detalles de la sesión de hipnosis pues aunque no creía en nada que no pudiera demostrarse con datos, como buen detective, había oído cosas más raras en sus años de experiencia. Se guardó para sí, por el momento, la información que el terapeuta le dio sobre la regresión que realizaron. Y se iniciaron todos los protocolos de desaparición de personas por un posible secuestro.

–Señores, deberían ustedes estar en su casa, por si les llaman –dijo en un tono serio, intentando ser amable.

–¿Está usted diciendo que nos pueden llamar para algo en concreto?

¿Insinúa que nos van a pedir un pago como si fuera un secuestro? –dijo el padre de Julia, atemorizado y como en una pesadilla.

–No estoy diciendo nada. Solo que vayan a casa, porque podría ser una posibilidad; o incluso que ella misma llame para explicar por dónde anda, si es que se hubiera ido de viaje por su cuenta –volvió a intentar calmar.

–Muy bien, ¿y hasta cuándo tenemos que esperar mirando el teléfono? –dijo la madre de Julia, bastante molesta.

–No lo sabemos, nosotros nos ponemos en marcha para avisar a todas las comisarías y si es necesario acudiremos a los medios. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para encontrarla. Vayan a su casa, será lo mejor –espetó a unos asustados padres.

Santi llegó a casa de sus padres a media mañana. Tuvo que parar a dormir por el camino porque era arriesgado seguir conduciendo en su estado de nervios y agotamiento. Cuando entró en la casa, sus padres se arrojaron a sus brazos. Su madre sollozaba muy nerviosa y, aunque ya le habían dado algunas pastillas, ella seguía en pie.

–Bueno, contadme qué ha pasado. Daniel, dame tú todos los detalles que ellos no están para hablar coherentemente.

Daniel, que se había pasado la larga noche de insomnio con los padres de Julia, se sentó delante de Santi y le contó con detalles las últimas conversaciones con Julia. Los planes que tenían para esos días porque ella ya no tenía trabajo y disponía de más tiempo. Las cenas previstas y algún que otro cine. Lo normal de su vida. Los pequeños problemas que tenía ella y la ruptura con su especie de novio, aunque de eso ya hacía un tiempo y no era ya un problema para ella.

Santi escuchó toda la conversación de Daniel con pelos y señales y tomó algunas notas. Él era abogado, algo podría hacer con sus contactos. También quiso saber el nombre del terapeuta que ya debía de haber vuelto a su casa, porque no había pruebas contra él. Decidió que si Daniel, se quedaba con sus padres, él mismo podría ir a ver al doctor Álvarez para que le contara todos los detalles que sabía e incluso otros que pudiera sospechar. Alguna persona que se la hubiera llevado o cualquier otra cosa.

Poniendo orden en la casa, sentó a sus padres con tranquilidad y les habló:

–Antes que nada, quiero que guardéis la calma. Julia es una mujer adulta y sabe lo que hace. Por si no lo sabíais, parece ser que la habían despedido en el último ERE de su empresa.

–Típico de Julia, escondernos las cosas malas –dijo una enfadada madre,

olvidando que su hija estaba desaparecida por unos instantes.

–Siendo así, podría estar buscando trabajo en otro lugar –continuó Santi haciendo caso omiso al comentario poco acertado de su madre–. Nosotros estábamos todos de viaje, así que quizás no nos avisó por no preocuparnos. Vamos a pensar en lo mejor.

–Muy bien hijo –contestó un resignado padre.

–Pues eso, no es ningún drama por el momento. Tenemos que ser cautos y esperar a que la Policía revise la casa de Julia por si encuentra algún dato que nos pueda servir. Daniel se encargará de hablar con todos sus amigos y de publicar avisos en Facebook y en Twitter de todas las personas que la conocen. Hablará también con su antiguo jefe y compañeros de trabajo. Yo me encargaré de llamar a algunos contactos de la Universidad y a otros detectives privados para que nos ayuden. Con todas estas acciones lo único que tenéis que hacer vosotros es quedaros en casa y esperar, que con suerte, ella llame desde algún lugar.

–Así que ¿crees que está bien?, hijo –dijo su madre con un aire muy triste.

–Mamá, conociendo a Julia, estoy convencido que está bien –volvió a mentir–. Y ahora, –dijo mirando a Daniel– pongámonos en marcha.

Afternoon, 17 de abril de 1685

Una mano me movió dulcemente el hombro.
—¡Meg, despierta! Has vuelto a quedarte dormida y se está enfriando el té —me despertó—. Por suerte no tuve pesadillas durante esa siesta.

Me levanté despacio porque dormir en el suelo me había dejado las piernas entumecidas y casi no las sentía. La tormenta seguía pero ya no era tan fuerte. Ella me ayudó a levantarme con cuidado, volvió a cargar el fuego con más madera y me acompañó hasta las escaleras. Bajó delante de mí y me espero abajo con un té caliente encima de nuestra ya mesa de reunión, punto central de la casa. Le indiqué que tenía que ir al baño y me dijo que tenía dos opciones. Un cazo grande en mi cuarto (que ya usé por la mañana) o salir a fuera por la puerta de atrás al pequeño jardín. Tenía un moderno y nuevo sistema de algo parecido a un baño entre cuatro maderas, que salía directo a un agujero al suelo. A pesar de la lluvia, me arriesgué a salir al jardín. En lo que a mí respectaba, iba a usarlo cada vez que me fuera posible. Lo de tirar el cazo grande por la ventana ya era cosa del pasado —pensé— en un lugar como Londres. Y si lo estaban adoquinando todo ya, dentro de nada sería una prohibición.

Fue trabajoso por las faldas densas y por atinar en el hoyo. Pero quedé agradecida de no tener que volver a usar el orinal. Volví empapada de la lluvia y más entumecida por el frío y la humedad. Así que el té me sentó mucho mejor de lo que podía haberme imaginado. No sé qué hora sería, pero, por primera vez en años, el horario ya no me importaba.

Estaba todo bastante oscuro, ya no sé si por la tormenta o porque el sol se había puesto, aunque no debían de ser mucho más de las cuatro de la tarde. Nos sentamos de nuevo una frente a otra, mientras Samuel se removía en su cunita, bien tallada. Gustosamente me hubiera acercado a cantarle una nana, pero no hubiera sabido cómo justificar las canciones que yo me sabía.

–Meg, mañana habría que ir al mercado. Deberías de ir tú porque yo tengo que acabar y entregar unos vestidos. Te diré lo que precisamos comprar para acabar la semana. Si te tapas bien, podrías aprovechar para averiguar quién es tu familia y acercarte a ellos sin ser vista. A ver si así empiezas a recordar algo. Si te vas por la zona Norte, hacia arriba, creo que les encontrarás. He oído que vives por esa zona.

–Muchas gracias, así lo haré. Empezaré mis pesquisas antes de comprar, porque si no voy a tener que cargar con todo durante mucho tiempo.

–Bueno, pero ten cuidado que las mejores viandas las tienen bien de madrugada. No me vayas a traer ahora la comida en peores condiciones –sonrió maliciosa pero simpática.

–De acuerdo, iré primero al mercado –no pensaba discutir con ella –y luego me adentraré en la zona norte, siguiendo el río.

–Mañana no podré acompañarte, me vendrán a recoger estas piezas; pero si no me encargan nada más, es posible que vaya contigo las próximas veces.

–Muy bien, estaré feliz de que me acompañéis tú y Samuel.

El té sabía a unas hierbas que no conseguí reconocer en un primer momento. Pero con este frío, qué importaba las hierbas que fueran. Si hubiera estado tomando un té de marihuana, no hubiera notado la diferencia.

–Caroline, me gustaría saber dónde puedo encontrar más papel para escribir cartas, se me está terminando el que me prestaron.

–Creo que en el mercado hay un puesto que provee al alcalde de material de escritura, lacre, plumas y tinta. Es posible que pueda tener también papel. Pero es muy caro. Me sorprende que sepas escribir. Si la familia que te busca es la que creo, no entiendo cómo puedes haber aprendido, creo que sois panaderos.

Bueno, otra mentirijilla piadosa que tendría que trabajarme rápidamente.

–Seguramente tendremos algún familiar que fue monje – me inventé–. Alguien me debió de enseñar, lástima que no lo recuerde –contesté divertida por mi propia mentira.

–Y ¿qué necesitas escribir? –preguntó muy curiosa.

–La lista de la compra, por ejemplo –me reí.

–Jajajaja. No digas sandeces, ¡eso no hace falta anotarlo! –rio conmigo.

Decidí que no tenía más argumentos para seguir con el tema de mis escritos, así que me levanté a por más té y me quedé mirando por la ventana. Parecía que el hombretón pretendiente de Caroline estaba trabajando bajo la lluvia, sin descanso. Y aproveché para contraatacar y así abandonar la conversación anterior.

–No parece un mal hombre, se le ve fuerte y robusto –dije mientras miraba mi té alternando con la mirada puesta en la ventana.

–¡Por Dios! No digas esas cosas que me pongo muy nerviosa, es un hombre rudo y no tiene nada que yo pueda desear. Además me has prometido ayudarme a sacármelo de encima. No me andes ahora con esas –me regañó dulcemente.

–Es cierto, disculpa, solo es que visto desde lejos y tan trabajador, no pensé que fuera un mal partido –dije todavía malvadamente.

–Pues quédatelo para ti. Seguro que si le muestras alguno de tus encantos, puede caer en tus redes –me había topado con una buena contrincante.

–Bueno, para mí tengo pensado otro estilo de hombre, no sé –dije mientras le miraba su ancha espalda–. Esos tipos nunca han ido conmigo.

Conversación sobre mi capacidad de las letras zanjada.

Caroline ya estaba otra vez nerviosa y pensando en otras cosas, como en no tener que encontrarse de cara otra vez con ese hombre.

–El domingo iremos juntas a la iglesia y ya le dejaré claro quién es tu prima y que si quiere acercarse de nuevo a ti, tendrá que apartarme primero a mí de un empujón –la tranquilicé.

–No le tientes, podría ser capaz de apartarte de un soplido. Es más fuerte de lo que crees y cuando se enfada, dicen que puede tirar puertas con el dedo meñique.

–Bueno, bueno... eso ya lo veremos. A ver quién puede más. Con las palabras adecuadas le puedo ridiculizar como para no acercarse más a ti en meses. No todo es la fuerza, mi querida amiga –previne.

–En ti confío, en ti confío. Pero no te acerques demasiado. Su ira puede ser perjudicial para nosotras. Creo que su gran compañero es el alcohol en sus largas noches de soledad.

Me hubiera gustado seguir preguntando por Marius, porque, ahora mismo, la idea de imaginarme la Corte, con sus intrigas y sus gentes, y sus vestidos, que siempre había visto en las películas, me parecía de lo más interesante.

Además, ¿qué más cosas agradables hay que una buena conversación durante una buena tormenta, con un té caliente y una buena compañía? Me daba algo de reparo sacar el tema de Marius, porque a la vista estaba que a ella no le apetecía saber nada del muchacho. Pero la celestina que llevo dentro me animó a seguir curioseando.

–¿Cuándo fue la última vez que viste a Marius o que supiste algo de él? –la cara de Caroline cambió por completo y, mirando al pequeño, contestó:

–Lo veo cada día. Lo acuno en mis brazos y le doy de mamar con mis pechos. Le veo en los ojos de Samuel, en sus labios y en su naricilla –se lamentó–. No hay día que pueda olvidar al padre de este niño. Por mucho que intente pensar que mi esposo era el único padre que debió tener, Marius está todo él en esa cuna.

–No sé si lamentarlo porque te cambia la cara cuando le mencionas –dije sinceramente.

–Lo sé. Todavía recuerdo aquellos momentos, no tan lejanos, en los que me lancé en sus brazos. Pero me he sentido tan culpable durante tantos meses que, al fallecer mi esposo, tuve que ir a confesarme durante días y días. Y luego aceptar haber sido engañada por dos personas que amé tanto. Y en tan diferentes circunstancias. Estoy todavía en un estado extraño de sentimientos – en estado de shock pensé yo–. Y aunque Marius se acercó a mí al morir mi esposo, yo me encontraba, y todavía me encuentro, de luto. Así que por el momento quiero aclararme las ideas.

–Te entiendo pero, ¿le quieres? –directa a la vena, pensé.

–Querida, el amor es una cuestión muy complicada. No me criaron para amar sino para atender a un esposo. Supongo que igual que a ti, aunque no lo recuerdes. Es eso lo que hacemos las mujeres desde el principio de los tiempos.

–Definitivamente no lo recuerdo –espeté con algo de rabia. No estaba acostumbrada a oír este tipo de declaraciones tan machistas y tan poco propias de mi tiempo.

–Pues muchacha, quizás te has librado de casar con algún hombre que tenían pensado para ti, porque a tu edad, como mínimo, deberías de haber tenido ya descendencia.

Miré para otro lado de la casa por no seguir con una conversación que no iba a entender. Seguí buscando quedarme con recuerdos del momento, en parte para no hablar de mí y en parte por si mañana amanecía de nuevo en mi casa, con mis cosas y mi familia cerca. Qué esperanza más tonta seguía

teniendo. Quería recordar esos detalles tan bucólicos: los cuencos apilados en una especie de estantería; un fuego siempre encendido; unas chirriantes láminas de madera en el suelo; una cuna hecha a mano, pero poco pulida; unas ropas demasiado gordas, pero perfectas para el frío invernal de un Londres sin calefacción.

–Está oscureciendo –dije–. Si te parece voy a barrer un poco el suelo y a alentar un poco todos los fuegos de la casa. También puedo hacer algo yo de cena, si tienes unos pocos huevos.

–Perfecto, yo voy a mi cuarto a acabar de tejer. Te dejo con el niño un rato mientras haces estas faenas, y si llora me avisas, que será que le toca la toma.

–Muy bien, te avisaré para la primera de las dos cenas que se tercie antes. Esperemos que mañana amanezca más despejado porque tenemos muchas cosas que hacer las dos –sonreí.

No me hacía ni pizca de gracia tener que madrugar tantísimo, con el canto del gallo como me había dicho Caroline. Pero tenía que estar pronto en el mercado para empezar a jugar a detective privado, por mi propia seguridad. Debería abrigarme bien, pues parecía que la época de las nieves estaba por llegar.

Durante las siguientes dos horas me esmeré arreglando la pequeña casita, echando un vistazo de vez en cuando al bebé que parecía tener un sueño profundo. Barrí con una escoba muy curiosa hecha de ramas fuertes y bien pulidas. Podía arrastrar la mugre hasta de dentro de los machihembrados de las maderas. Se me fue la mente a nuestras escobas que a veces parecen hacer el efecto contrario, esparcir el polvo con cada movimiento. Después de barrer, traté de mojar unos trapos y fregué las maderas del suelo de rodillas, para dejarlo bien reluciente.

Una vez hube terminado con la casa, busqué alguna florecilla por el pequeño jardín trasero; pero con esas temperaturas, lo más que pude encontrar fueron unas hojas verdes y hermosas que arranqué.

Cuando hube terminado con todo, las hojas estaban en posición central de nuestra mesa de madera, en un vasito de agua, debajo de uno de los tejidos de Caroline que rondaban por ahí sin ser usado.

La casa olía a limpio y yo me sentía satisfecha de poder haber contribuido con algo a la hospitalidad de mi nueva amiga.

Llegó el momento de hacer la comida. Encontré una olla no muy profunda que bien podía servirme de sartén. Cogí unos huevos que estaban a un lado de la repisa y un cazo hondo. Batí los huevos tratando de buscar algo de sal, sin

éxito. Y corté un pedacito de queso que estaba tapado por un trapito. Con manteca unté la olla dejando que actuara de aceite y lancé los huevos batidos dentro, junto con el queso que empezaba a derretirse. Con la imposibilidad de hacer una tortilla a la francesa, acabé preparando unos huevos revueltos con queso, que para mi sorpresa, tenían una pinta estupenda cuando estuvieron terminados.

Los repartí en dos platos y corté un poco más de pan. En otra olla encontré sopa de la noche anterior y también la calenté y repartí en otras dos cazuelitas. Cena lista.

Cuando terminamos de cenar, ella me enseñó los lucidos trajes que finalmente había terminado de tejer. Eran muy bonitos, a mí me parecían disfraces, pero supongo que para la época eran maravillosos.

–¿Quién te hace los encargos? –pregunté mientras recogía las cazuelas de la comida.

–Depende, algunos me los traen mis cuñados, a través de sus conocidos. Otros, me llegan de la Corte, para algunas damas de compañía que han de ir bien vestidas. No sé realmente de quiénes llegan. Yo los tengo terminados cuando me indica la persona que los trae. Siempre intermediarios.

–Quizás te los hace llegar Marius –la Celestina a mi lado era una novata, pensé.

–Ya lo he pensado, pero entonces es cuando me lo imagino con alguna de estas damas. Algo me han contado por ahí que no me agrada saber demasiado, así que no pregunto. Dicen que si los ojos no te enseñan, tu corazón no sufre.

–Me suena el dicho. Si tú andas de luto y además sabes que fuiste engañada por él a causa de tu esposo, quizás es un poco injusto enfadarse porque tenga algún «entretenimiento». Al fin y al cabo es un hombre y...

–Y los hombres tienen sus necesidades –acabó la frase. Parece que es una frase que lleva siglos por delante de nosotros.

–Tú lo has dicho. Quizás más adelante se acerque a ti. Si el fortachón que te acosa lo deja –reí.

Sin reírse de mí ya usada broma, pero sin una sola mueca de reproche, recogió su bonito trabajo y se fue a amamantar al niño que curiosamente todavía no había pedido nada. Me pareció que su mente ya no estaba ni conmigo ni con el bebé. Parece que se había abierto una pequeña brecha entre su conciencia y su corazón. No había prisa, pero mi mente de alcahueta ya

estaba trazando planes, casi olvidando los míos propios.

Lavé los platos rápidamente, pues ya estaba empezando a sentir los efectos del vino que habíamos tomado y además, mis capacidades para seguir reproduciendo aquel inglés antiguo se estaban agotando. La mitad de las palabras que me decía Caroline las tenía que procesar rápidamente para intentar verles el sentido. Ahora estaba empezando a acostumbrarme a usarlas yo también, pero mi mente estaba ya agotada. Si hubiera caído en Toledo, quizás todo esto no me estaría dejando tan exhausta.

Esa noche, Caroline y Samuel se durmieron juntos y yo fui la encargada de cerrar bien los postigos de las ventanas y la puerta trasera del jardín, dándome el lujo de salir para volver al baño y de paso ver que nada ni nadie acechaba la casa. Me enorgullecí del valor que en ese momento me demostré a mí misma. Me estaba adaptando bien y ya con menos miedo a esa nueva forma de vida. Y me sentía fuerte y valiente, quizás por haber un bebé en medio y sentirme en parte responsable de que él estuviera bien cuidado por dos mujeres adultas.

Una vez apagados los fuegos del comedor-cocina, procuré tapar bien a la pareja y reavivar su fuego para que no se enfriasen durante la noche. Me estaba convirtiendo una experta en el fuego.

Apagué todas las velas dispuestas en la casa y subí a mi cuarto. Me dispuse a seguir escribiendo todo lo sucedido como ahora sigo haciendo, ya que a pesar del madrugón que me esperaba, no conseguía ni un pequeño bostezo que anunciara sueño. Me encontraba en una especie de *jet lag* en el que dormía por las tardes y las noches se me complicaban de mala manera.

Durante como mínimo una hora, continué sin parar, hasta acabar toda la tinta y todas las hojas que tenía a mi alcance. Mañana tendría que encontrar más.

Soplé la última vela de mi cuarto y dejé que me hipnotizaran las llamas de mi chimenea; debí de quedarme dormida, sin ni siquiera darme cuenta.

Esa noche en uno de mis sueños estaba jugando a los bolos con Daniel. No lo habíamos hecho nunca, por eso dentro del propio sueño estaba extrañada. Sin embargo, mis strikes eran prodigiosos. Luego aparecían mis padres y mi hermano y, ahí en medio, mi madre asaba un cordero y cortaba los turrone. Y celebrábamos la Nochebuena. Volví a dormirme pensando en las Navidades y en lo que ya no sabría si volvería ni a ver, ni a comer, ni a abrazar.

18 de abril de 1685

Un estruendoso bicho gritó como cada mañana, pero a diferencia de los días anteriores, mi cabeza me decía que esa vez me tocaba saltar como un resorte de la cama, por mucho frío que yo sintiera, sabía que tenía que salir rápidamente. Esto no era como remolonear porque tienes que llegar al trabajo a una hora. Sino más bien como el principio de una especie de aventura que no va a tener continuidad a menos que yo misma la moviera. Es curioso cómo nuestra mente, cuando se encuentra ante un peligro, reacciona de maneras tan diferentes. En cualquier otra situación, nadie me hubiera movido de debajo de las sábanas. Pero cuando mi cabeza se despertó conmigo y vi que me encontraba exactamente donde me había quedado la noche anterior, no dudé de que seguía teniendo mi propia vida en mis manos.

Reaccioné como la persona adulta que en mi siglo estaba dudando ser. Lo primero que hice fue volver a poner madera y encender otro fuego, ya había cogido la práctica. Una vez me calenté un poco el cuerpo, puse de nuevo el cubo de agua delante de la chimenea y me fui desvistiendo lentamente, mientras con un trapo me daba lo más parecido a un baño. Dejé la zona empapada y el fuego ya se encargaría de solucionar ese tema. Me vestí y cepillé el pelo con un peine préstamo de Caroline e hice unas gárgaras con agua añorando mi cepillo de dientes. Me tapé bien con una hermosa capa que había dejado mi anfitriona especialmente para mí. Otra vez la debió dejar mientras yo dormía.

La capa contaba con una capucha perfecta que me abrigaría y a la vez me

escondería de miradas extrañas. Estaba lista para bajar y salir a este nuevo mundo.

Contenta de verme envalentonada en una situación que más bien clamaba por ponerse uno a llorar y patalear, bajé hacia el saloncito de mi nuevo, ya empezaba a sentir, hogar.

Para mi sorpresa, Caroline estaba ya despierta. Ese gallo habría desarrollado buenos pulmones de repente.

–El niño tenía hambre –me dijo ella–. Él no suele distinguir los horarios, sin embargo hoy ese endemoniado gallo ha gritado más de la cuenta –y me saludó con un ademán de cabeza, bastante adormecida.

–No te preocupes, prepararé un poco de té y pan tostado con manteca. Así no tengo excusa para salir de casa con el estómago vacío, si desayunamos juntas.

–Muchas gracias. Ya sabes que me encantaría ir contigo, pero me tienen que venir a buscar los vestidos –bostezó.

–No te preocupes, compraré lo necesario para esta semana. Patatas, algunas legumbres, algo de carne, pescado y fruta. Si necesitamos algo más, dímelo. Los huevos entiendo que te los trae el vecino –sonreí pensando en las gallinas vecinas, con su gallo.

–Sí, los huevos los tenemos frescos cada día. Y el pescado me lo trae mi cuñado que lo compra cuando llega en los barcos de pescadores. Así que pescado no hará falta. Pero si encuentras algo de carne de cordero, puedes traerlo también. Te he dejado unas monedas encima de la chimenea, con eso tendrás más que de sobra.

–Muchas gracias –no estaba yo en posición para ofrecer aportar ni una moneda extra y ella estaba bien cubierta–. Te compensaré trabajando en casa –prometí.

–Anda, no digas tonterías y sírvenos un poco de té antes de que nos congelemos –dijo mientras cambiaba al niño de pecho. En ese momento me di cuenta de que tenía unas pequeñas grietas en el pezón que le quedaba libre. Incluso parecía tener algo de sangre.

–Caroline, no he sido madre y no entiendo mucho de estos temas. Pero eso que tienes ahí –señalé con la mirada a su pecho– se te puede poner feo si no haces algo.

–Pues no sé qué más hacer. La partera me indica que lo deje al aire un rato, pero no tiene una idea clara de cómo curarlo. Me dijo que si tenía miel que me pusiera un poco para suavizar la zona.

–No parece una mala idea, pero he oído que si aprietas un poco para que salga leche, la propia textura de la misma, te calmará el dolor y la rojez. No me preguntes por qué pero eso he oído en alguna ocasión –como decirle de pronto que yo no era panadera, sino enfermera.

–Vaya, tu memoria parece no estar afectada del todo. Algo guardas por ahí escondido –rio, apurada por el dolor.

–Inténtalo a ver qué pasa, quizás funcione.

Era una técnica que había oído en algunas amigas que amamantaban, pero parecía que debía de ser algo antiguo, así que no me pareció peligroso mencionarlo.

A los pocos segundos, un ¡bravo! me hizo casi tirar el cazo de leche caliente. Parece ser que empezaba a notar alivio con mi técnica. Acabó de dar el otro pecho y para entonces yo ya tenía dispuestas las tostadas con manteca, algo de miel y dos té con leche calentitos esperando para entrar en nuestro cuerpo a calentarnos lo que un buen fuego no podía calentar. El espíritu y la fuerza de un nuevo día.

Animosamente acabamos de desayunar, riendo de cosas triviales y pensando si el fortachón admirador volvería a buen seguro a trabajar delante de casa. Ya no parecía darle tanto miedo, quizás porque ahora éramos dos contra uno.

Aunque me hubiera quedado toda la mañana remoloneando por la casa y tomando té con tostadas, sabía que había llegado la hora de enfrentarme al mundo exterior. Un mundo que me resultaba tan extraño como complejo. Antes de marchar necesitaba alguna información más.

–Por favor, Caroline, ¿qué Rey está actualmente reinando? – pregunté con la misma sensación de parecer idiota.

–Ahora mismo nadie, querida. Carlos II acaba de morir y en apenas una semana coronarán a nuestro nuevo Rey, Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia. Parece un hombre bondadoso y tranquilo que ha dejado que el cristianismo católico tenga de nuevo un hueco en nuestra sociedad. Lo cual me ayuda a mí, porque soy católica cristiana.

–Perfecto, y ¿hay algo más que deba saber antes de salir –miré a la ventana– ahí afuera?

–Algo importante que has de recordar es que lo mejor es pasar desapercibida. No lllames la atención. Si te llaman los hombres de formas inadecuadas, no les mires. Tienes carácter y me parece que no eres de las que te callas. De todas formas la gente está muy ocupada poniendo bonita y

engalanando la ciudad, así que no tendrás problemas mientras no te reconozca nadie. Si lo hacen, te llevarán a tu casa. A esa casa que dices que no recuerdas con gente que no conoces –dijo haciendo una mueca de disgusto–. ¡Ah!, y si crees que te ofenden, recuerda tu objetivo y no les contestes. Muéstrate siempre como una buena católica, cristiana o anglicana, pero compórtate puritanamente. La Inquisición ya queda algo lejos pero ahora se ha puesto de moda ir contra las mujeres que parece que se valen por sí mismas. Si creen que eres extraña, te pueden acusar de cualquier cosa, incluyendo la brujería. Si no eres partera y das consejos como el que me diste a mí, corres el riesgo de que hablen de ello. Y aquí estas cosas se saben enseguida –me dijo con cautela para que no me sintiera ofendida por mis conocimientos impropios de una hija de panadero.

–Ya veo. No soy partera, lo debí ver en alguna ocasión. No obstante, tendré cuidado –agradecí mientras recordaba la cantidad de partos que había atendido cuando estuve haciendo mis primeras rondas de prácticas en Maternidad.

Y claro que pensaba tener cuidado. Salir ahí afuera me daba un miedo aterrador. En realidad me sentía como si me acabase de sacar el carnet de conducir y me tuviera que poner al volante de un coche en plenas calles de Afganistán. Por otra parte, gracias a lo que había visto esos días primeros en que tuve que aferrarme a un rincón de una calle, pude hacerme a la idea de muchas cosas. Creo que en ese momento no tenía tanto miedo como lo tengo ahora que sé que he de enfrentarme a todo por primera vez.

Volví a arriba para prepararme para salir. Me dispuse una cincha a modo de cabestrillo sin más intención que la de repartir el peso de las compras que tenía que realizar, además de un cesto de mimbre que Caroline ya me había preparado en la entrada de la puerta. Con mi gran y bonita capa con capucha, acabé de completar mi atuendo. Las manos me quedaban cubiertas por la capa y a menos que yo las mantuviese fuera de su lugar, no deberían de congelarse.

–Lista –me dije a mí misma, porque Caroline no estaba conmigo arriba.

–¿Lista? –se oyó desde abajo.

–Sí, ¡ya bajo! –grité sin que me temblase la voz.

Cuando estuve abajo y al lado de la puerta, di un beso en la frente al niño y un abrazo a Caroline, que me recordó:

–Señorita, atenta a todo. Que no te vean la cara o te van a reconocer y te

comerán a preguntas que no sabrás responder. Si empiezas a recordar cosas, guárdalas hasta que las tengas claras. Cuando vuelvas pondremos en orden tus conclusiones y lo que vas a seguir haciendo por el momento. Ah, y no te olvides de comprar lo que te he dicho. El resto de cosas me las traen mis familiares políticos, así que no te preocupes si no encuentras algo en el mercado.

Y así, asida a un cestito cual caperucita que se va al bosque, salí de nuevo por aquel portalón de madera que ya sentía tan cercano y familiar.

Mi primera impresión fue espectacular. Si tuviera un cuadro pintado de aquellos que rondan por el museo del Prado, no podría haber estado más atenta a los detalles. ¡Parecía todo tan bonito! El sol había vuelto a colarse entre unas nubes esa mañana y, como para darme la bienvenida, me rozó la cara para que entrase en calor. Recogí toda la energía que pude de ese sol y empecé mi andadura por una maravillosa calle llena de adoquines y piedras nuevas. ¡La estaba estrenando yo!

Caminé poco a poco al principio. Esperaba encontrar caras extrañadas de verme, pero poco a poco me di cuenta de que ya vestida de la época y con la cara medio tapada por la capucha, yo ya era una más del barrio.

Lo primero que hice, aparte de respirar un aire bien frío, fue dirigirme hacia donde parecía ir todo el mundo, el mercado. Llegué a otra zona diferente que todavía no había sido adoquinada y donde acumulaban los olores extraños de la comida pisoteada, probablemente de días anteriores. No me importó en absoluto. Yo misma pasé por encima de muchas cosas esa mañana. Alcancé a comprar unos tomates bien bonitos, más patatas, algo parecido a unos cebollinos, un poco de carne de cerdo que parecía muy reciente, una especie de acelgas y algunos pimientos bien colorados. La cesta estaba a rebosar y ya no me daba para más. En la cincha que llevaba cruzada puse unas manzanas bien bonitas. Ya con todo ese peso encima, creí que había llegado el momento de avanzar en mis pesquisas particulares. Como mi espalda y brazos son fuertes, no me importó nada cargar con todo durante el camino hacia el norte del río.

Ahí fue la primera vez que vi un cartel con una cara dibujada. Tenía un aire a mí pero no me pareció tampoco muy buen trabajo. No obstante, justo en el momento en el que me paré a mirar bien el papel, un hombre se me quedó mirando quedando atónito. Me cubrí deprisa la cara para evitar riesgos, pero creo que ya era tarde.

Seguí caminando algo más deprisa y al llegar a una zona de casas bajas, vi

claramente como algunas gentes hablaban en la calle de las casas, mujeres y hombres que comentaban inquietantemente:

–Hace ya varios días que desapareció –decía un hombre de aire amable.

–Dicen que se ha escapado de casa –anunció otra mujer de aspecto cotilla.

–Yo también me iría si me obligasen a casarme con mi primo –corrigió una tercera mujer más joven.

Me pareció que hablaban de mí claramente. Pero me quedé de piedra al oír que me querían casar con alguien de mi propia familia. De repente se me habían quitado las ganas de encontrarme a mí misma. Lo primero que se me vino a la cabeza fue girar sobre mis pasos lo más rápido que me dieran las piernas. Pero finalmente respiré hondo y me quedé en un rincón, lavando una de mis manzanas con la manga y dando pequeños mordiscos para disimular mi presencia.

–Bueno pero con la edad que tenía, o la casaban con su primo o ya no tenía muchas opciones de encontrar varón –continuó el hombre amable.

–Ciertamente, dejó escapar demasiadas oportunidades –seguían hablando entre ellos.

Es curioso, si esa era una yo anterior, parecía que las cosas en el aspecto afectivo seguían igual. Al menos no estaba casada con un rudo campesino, seguía tan libre que el día que me recosté en ese sofá, que con gracia se me ocurrió bautizar el «sofá de las Bermudas».

Seguí escuchando a ver si me orientaban sobre dónde vivía y si tenía una preocupada madre.

–Ahora pasaré a ver a la señora –dijo un frutero que se incorporó de repente a la conversación–. Le llevaré algo de fruta porque me parece que no come desde hace días. Esto la está matando.

–Su padre parece más tranquilo, está seguro de que se ha escapado de casa por lo de su primo, pero confía en que ella se cuidará bien sola. Es una chica fuerte.

Unas frases después sobre mi desaparición y yo escondida de este grupo de gente, seguí al frutero cuando emprendió la marcha hacia mi supuesta casa.

No sé qué esperaba sentir al verme presente delante de mi madre, que yo no sentía como mi madre, obviamente. Me agazapé en una esquinita mientras se abría una puerta y una mujer de aspecto bondadoso y hermoso, miraba alrededor con mucha cautela y cierta expectación, por encima de los hombros del frutero. La vi con una mirada muy triste pero no fui capaz de acercarme,

porque esa no era mi vida. No sabía verdaderamente qué hacer ni qué sentir. La observé con cierto cariño pero cautamente escondida. Una vez recogió una bolsa no muy grande de la fruta proveída, cerró la puerta sin agradecer demasiado el gesto. Al señor pareció no importarle y se dirigió hacia una puerta que no quedaba muy lejos. Entró en el lugar y salió con unas hogazas de pan. Debía de ser la panadería del señor que sería mi padre. Al fin y al cabo, no era un regalo sino más bien un trueque. No me pareció mal. Quise acercarme más al lugar pero era muy riesgoso, de hecho, ya me había acercado más de la cuenta.

Una niña de no más de quince años salió con unas bolsas de pan, que parecía que iba a repartir por algunas casas. Pensé que podía ser una pequeña hermanita mía. Y se me arreboló el corazón que hasta ahora no había hecho acto de presencia.

Para mi sorpresa, me miró bastante fijamente. Sin cruzar una palabra me dirigió una sonrisita tierna y especial, pero sin parar su camino. Si no fuera porque me andaban buscando, podría haber pensado que ella sí supo quién era yo. Le faltó guiñarme un ojo. Después de esa sorpresa, mi espalda se aplastó contra la pared que tenía más cercana y mi corazón bombeó más deprisa de lo que yo hubiera deseado. Me quedé bien quieta hasta que la niña desapareció de mi vista. Pero me pareció que me seguía de reojo.

Cuando pude moverme sin miedo, me acerqué de nuevo a la puerta de la casa principal. Durante los minutos que estuve ahí, pasaron muchas mujeres por la casa, iban entrando y no salían. Era como si dentro hubiese un cuerpo presente al que se le tenía que rendir luto durante horas. Algunas venían con comida preparada, otras con algunas flores silvestres, otras sin nada en la mano pero con gran pesar.

Me empecé a dar cuenta de que ahí dentro había una mujer que sufría mucho y al lado un hombre que parecía haberse abducido con su trabajo probablemente para no pensar. La única que parecía no sufrir era una pequeña muchacha que debía de ser más inteligente que toda la gente del barrio junta.

Me terminé mi manzana sin ganas y sin hambre. Y decidí emprender el camino de vuelta, pues ya debían de haber pasado varias horas desde que salí de casa. La única casa en la que ahora me sentía protegida y a gusto. Tenía bastantes datos, excepto uno.

¿Quién sería ese primo con el que querían casarme? Si aparezco de nuevo, ¿estaré obligada a semejante aberración? Si hubiera seguido mi vida normal

ahí, ¿habría acatado estas normas como lo hizo mi nueva y buena amiga Caroline en su momento?

Con todas esas cuestiones y algunas más rondándome por la cabeza, inicié mi camino de vuelta, inconscientemente más tapada de lo que había venido. La realidad que temía la había tenido en mis narices, frente a frente. Ahora, muy a mi pesar por el daño que estaba causando a unos desconocidos padres, tenía que pensar bien mis próximos movimientos. La esperanza de acostarme esa noche y amanecer en mi siglo casi se estaba desvaneciendo.

Volví cargada con la comida, pero me pesaba mucho más la congoja. Intenté ir vadeando el río para ver si mirar el agua me calmaba el ánimo, como cuando me iba a pasear bordeando el mar.

Estaba como inquieta, qué agradable es no ver para no sentir. Como si no tuviera pocos problemas pensando en mis padres y mi hermano sufriendo, ahora se me habían duplicado las angustias. Pensé que lo más sensato sería verlo todo como desde la barrera. Intentar hacer como si estuviera viendo una película y yo no fuera la protagonista. No debía pensar que tenía familia, dos madres, dos padres, un hermano mayor y una hermana pequeña. Nada, no tenía nada. Me tenía que convertir en una persona ajena a todo lo que quería y conocía hasta ahora, contando con esta nueva familia. Si me aferraba demasiado a lo que dejaba atrás, podría volverme loca, caer en una depresión y, lo peor de todo, no aceptar lo que me quedaba por venir. Cada cual debería pasar su sufrimiento por su cuenta e intentar llevarlo a su manera. Pero, ¿cómo vivir sabiendo que estaba haciendo sufrir a tanta gente?

Una voz estridente me devolvió a la realidad de un ensimismamiento total.

–¡Megan! –escuché una agradable y conocida voz.

–Hola, ¡qué alegría verte! ¿Cómo está el pequeño Samuel? –dije mientras lo sacaba del cesto que llevaba su madre–. Te cambio unas patatas por un tierno y rosado bebé –dije divertidamente mientras le cambiaba literalmente a su hijo por un saco de patatas.

–Ha salido un poco el sol y he pensado dar un paseo. ¿Cómo te ha ido? –preguntó la curiosa muchacha.

–Bueno, no me ha ido mal. Pero tengo muchas cosas que contarte y no me parece adecuado hacerlo en mitad de la calle. Todavía me da la sensación de que me miran. Por fortuna, encontré todo lo que me pediste del mercado, si quieres paseamos hacia esta zona, que está menos transitada.

–Claro, a Samuel le vendrá bien. Hoy no hace mucho frío, además hay sol –dijo ella.

Con tanto correr, no me había percatado de que el día era hermoso. De todas maneras yo seguía notando frío. Pero cómo le iba a decir que hacía un frío de mil demonios, si teóricamente yo era inglesa y debía de estar acostumbrada. Pero la pura realidad es que ese frío era invivible. Suerte que los ropajes eran densos. Aun así, yo ya tenía ganas de volver a casa a poner las manos delante del fuego.

–Te he traído un regalo –me dijo sentándose en el borde del río.

–Muchas gracias –dije mirando un pequeño paquete envuelto en un papel marrón.

Vi con alegría que aunque yo había olvidado mi otra segunda necesidad vital, ella no se había olvidado.

–¡Unas cuartillas y tinta! –exclamé–. ¡Yo ni siquiera me había acordado!

–Me imaginé que no te acordarías de todo, la compra, lo tuyo y además el papel. Y te veo tan ensimismada con tus escritos que no quería que te quedaras sin ello. Pareces tan entretenida.

–Pues me has dejado de piedra –dije moviendo la cabeza.

–¿De qué te he dejado? ¿Qué piedra? –dijo sin entender.

–Nada, que me ha sorprendido muy gratamente. No sabes cómo te lo agradezco –puse mi mano encima de la suya, en agradecimiento.

–Sí, ahora podrás seguir haciendo lo que sea que estés escribiendo –detecté cierta curiosidad en su mirada, que ella desvió hacia la torre que nos quedaba a lo lejos.

–Gracias de nuevo, quizás algún día te deje leer mis escritos –tuve que decir lo que ella quería oír en esos momentos, pero no tenía ninguna intención de que nadie leyera nada. Era tan inverosímil, que me hubieran encerrado allá donde estábamos mirando ahora las dos: La torre. Lucía hermosa, mucho más nueva que como yo la recordaba, claro está. No tenía claro si ya la usaban de cadalso y para cortar cabezas –escalofrío– pero sí sabía lo que iba a pasar, según el curso de los acontecimientos futuros.

Miles de preguntas se agolpaban ahora en mi mente. ¿Podría yo cambiar algún acontecimiento que finalmente variase el curso de la historia? Recordaba ahora las explicaciones de los biólogos que te prohibían ayudar a los animales salvajes aunque un bebé ciervo estuviera siendo devorado por un León. No se podía alterar el curso de la naturaleza. ¿Sería eso mismo lo que yo tendría que hacer? ¿Quedarme quieta mirando cosas que sabía que iban a pasar sin poder hacer nada? ¿No poder proponer mejoras tecnológicas de ningún tipo y esperar a que fueran Einstein y Addison los que volvieran a

descubrirlo todo? De repente, una pregunta: ¿sería Leonardo Da Vinci otro «regresado»? Porqué si no, ¿Cómo iba a tener él tantos conocimientos de mi era? ¿Acaso él ya sabía todo lo que tenía que saber utilizando los métodos que tenía a su alcance para volver a hacer volar unas alas de avión, inventar los primeros trajes de buzo o promover tácticas de guerra y armas revolucionarias?

–Megan, despierta, que parece que te has quedado pasmada, volvamos a casa que nos vamos a congelar los tres.

Su voz me despertó de mi letargo mental, pero ya nada me podía hacer detener estas ideas sobre el gran maestro y sobre muchas otras cosas que tendría que ordenar mentalmente. ¿Tendría quizás la posibilidad de ser alguien al fin, inventando algo aprovechándome de mi situación?

Casi me había olvidado de lo que había descubierto esa mañana. Volvimos dando un paseo, colocando primero al niño en su cestito. Me recordó a los cestitos de bebé en donde yo llevaba mis muñecos cuando era una niña. Este pesaba bastante más, pero la compra pesaba más o menos lo mismo, así que no pedí cambio y seguí yo llevando al niño.

Las dos permanecemos bastante calladas hasta llegar a la casa de Caroline. Creo que ambas habíamos estado pensando en nuestras cosas y que necesitábamos un lugar caliente y seguro para hacernos confidencias sobre nuestros pensamientos. Aunque los míos deberían estar pasados por un filtro, dado que la verdad absoluta seguía sin ser una opción. Es curioso que yo siempre solía hablar de todo sin tapujos, si me preguntaban algo, nunca podía esconder ni mentir. Y ahora tenía que cambiar mi forma de ser. Había hecho una desconexión cerebral de mi propia personalidad y tenía que estar en permanente alerta sobre lo que decía y sobre todo, hacía.

Una vez ya en nuestro refugio, dejé a Samuel en manos de su madre. Por el olor que desprendía, el pobrecito necesitaba un cambio de pañales. Me hice la «longuis» para tal tarea y recogí la compra colocándola un poco compulsivamente donde más o menos podía tener su lugar. Claramente se nos había pasado la hora del almuerzo, que ahí tenía lugar bastante antes de lo que yo acostumbraba. Aunque ninguna de las dos dábamos sensación de tener prisa por comer.

Curiosamente, una bonita hogaza de pan presidía la mesa. Había una cesta al lado con algo parecido a higos y alguna otra fruta.

Con los pedazos de carne que había comprado ya en la olla, más manteca y una pizca de hierbas, cociné como pude nuestra comida, sin darme cuenta

de que encima de una pequeña repisa lateral de la cocina había algo tapado con una especie de trapo. Miré con curiosidad y encontré un reluciente pastel de lo que parecía ser verduras.

De pronto me entró un hambre atroz. Dispuse el pastel delante de la mesa, al lado del pan y serví los pedazos de cerdo que yo misma había preparado. Unos vasitos de vino espeso de una jarra que había aparecido de nuevo ahí sin saber de dónde procedía y listas para comer.

–¿Quién te ha hecho este pastel?–dije mientras cortaba dos pedazos de pastel de verduras.

–Das por hecho que no lo he hecho yo, veo –dijo con media sonrisa en la cara.

–El hornito que tienes está bastante frío, no parece que lo hayas usado esta mañana y no sé, me parece que tanto el vino como el pan, así como este pastel, han venido de fuera –le expliqué–. Me parece que estoy desarrollando buenas dotes de detective –reí.

–Observadora, muy observadora. Ya te dije que mi familia política me cuida bastante. Me lo trajeron antes de que saliera a tu encuentro. El mensajero vino a buscar la ropa bastante temprano así que después de recibir a mi cuñado decidí salir a que al niño le diera el aire y a ver si te veía. La verdad es que tengo a mi cuñado demasiado pendiente de mí, demasiado –remarcó conscientemente–. No deja de venir cada día a dejar una hogaza de pan en casa o con cualquier excusa a traerme comida, pasteles que hace él mismo.

–Y ya van tres –susurré.

–¿Cómo dices? –me preguntó haciéndose la tonta.

–Nada... no he dicho nada –me acobardé–. No quiero que te ofendas por nada de lo que yo diga, Caroline.

–Ya sé por dónde vas, Meg. En este caso no te diré que me moleste tanto. Era el hermano más joven de mi esposo y es muy amable y cariñoso. No tengo más que buenas palabras hacia él. Cuando me desposé, a menudo soñaba que era él con quién me casaba –sonrió distraída.

–Lo que eres es una rompecorazones. Ya me gustaría a mí tener tantos pretendientes –le dije.

–Según lo que he oído hoy en el mercado, parece que tú también tenías un pretendiente muy a mano –agregó simpáticamente.

–Sí, yo también lo he oído. Un primo ni más ni menos. Familiar, sangre de mi sangre –dije con mirada alarmada.

–Pues no sé de qué te extrañas si esto es más bien normal. Te has debido dar un fuerte golpe en la cabeza y no recuerdas cómo van las cosas en este país. Aquí casarte con la familia no es tan desacertado –me explicó.

De repente, dejamos de hablar porque el pastel estaba delicioso, el pan todavía guardaba el calor y mi carne no había quedado mal del todo. Acompañado de un buen vino, las dos volvimos a sentirnos muy cómodas para seguir charlando en una agradable sobremesa, con un bebé al fondo de la habitación que dormía plácidamente.

–He visto hoy a mi familia, a mi madre, mi padre y creo que a una hermana.

–¡Josephine, Meg, eso es fantástico! –me rebautizó mi amiga–. ¡Cuéntame todos los detalles! –dijo con un tono de voz muy animado.

Le expliqué mi llegada a la zona donde vivían mis (para mí) nuevos padres y cómo había seguido al hombre de la fruta. Le expliqué la cara de amargura que había visto en aquella mujer que no logré reconocer y al hombre que parecía ensimismado en su trabajo. También le expliqué que una pequeña muchacha me había mirado fija y sonriente como en un guiño de comprensión. La gente de la zona estaba convencida de que yo me había escapado para no casarme con un primo y que por mi edad, parecía que era mi última oportunidad. Ella escuchaba atentamente mi explicación y, evidentemente, se quedó con las mismas ganas de saber quién sería ese tal primo con el que me querían unir de por vida.

Le dije claramente que no había sentido nada al llegar a ese lugar, ni al ver a mis padres. Pero que al ver a la pequeña niña, me emocioné un poco.

Me pareció que Caroline demostraba ser muy inteligente. No por sus conocimientos en nada concreto, más bien de esas inteligencias que tienen ciertas personas a las que no hay que darles más explicaciones. Creo que empatizó de tal forma que no pudo más que aceptar mi explicación y asentir con la cabeza sin hacer juicios de valor sobre lo que yo debía hacer. Si le hubiera querido explicar la realidad, si no fuera en verdad tan inverosímil, estoy segura de que si alguien podía creerse todo la historia, sería ella. Pero no iba a caer en ese juego. En más de una ocasión en mi vida, había subestimado a la gente cayendo en repetidos errores de confianza.

Finalmente le pedí que durante lo que quedaba de semana siguiéramos investigando las dos y que con un bebé entre ambas podríamos pasar más desapercibidas. Se me ocurrió la idea de vestirme de caballero para acercarnos más y mejor a la zona de mi casa investigando mucho más

tranquilamente, sin miedo a ser descubiertas. Le hizo mucha gracia la idea, sobre todo si de paso podíamos pasar por delante del pretendiente fortachón y dejarle claro que estabas bien acompañada. Ambas reímos ante la idea divertida de la cara que pondría el gañán. Incluso pensamos que podríamos ir a misa de esa guisa; sin embargo en un barrio tan pequeño, era arriesgado que la vieran con un hombre en pleno luto. Ya decidiríamos ese detalle sobre la marcha.

–Sin embargo, no entiendo cómo de verdad no sentiste nada de nada al ver a tu familia. Me parece que quizás la niña te vio y te apoya –dijo mirando mi reacción al hablar de esa niña.

–Es posible, si la cosa estaba complicada y mi hermana y yo estábamos unidas, seguro que debía de apoyarme. Pero si no ha dado la voz de alarma sabiendo el sufrimiento de nuestros padres – todavía me sonaba extraño llamar padres a unos extraños– será que hay algo más que desconocemos. Quizás podríamos volver a acercarnos a la pequeña para ver cómo reacciona.

Seguimos bebiendo un poco de vino, mientras hablábamos de los siguientes pasos, cuando se oyó la puerta: «Toc, toc, toc».

Nos miramos las dos porque no nos apetecía tener visita en esos momentos.

–¿Quién abre? ¿Tú o yo? –dije, algo angustiada y mareada por el efecto del alcohol.

–Ya voy yo, descuida. Sea quién sea me lo sacaré de encima. Creo que has madrugado mucho y deberías hacer eso que haces muchas tardes después de comer, echarte a dormir un rato.

–La siesta –contesté por lo bajini, con un suspiro.

–Buenas tardes, madame –sonó una voz juvenil.

–Buenas tardes, bonita. ¿Qué se te ofrece, vienes a vendernos algo?

–No madame, busco a Josephine Jones. Soy su hermana y me ha parecido verla entrar aquí. La he seguido desde lejos de mi casa. Y no me iré hasta que no me deje verla.

Pegué un buen brinco de mi sitio con una mezcla de susto por haber sido seguida sin enterarme y por tener mi problema mucho más cerca de lo que tenía previsto. Como la puerta no estaba a la vista del comedor, me quedé petrificada y medio escondida, para ver qué decidía hacer Caroline.

–Lo siento pequeña, pero te has confundido. Aquí estoy yo sola con mi bebé. No hay nadie más.

–Madame, no soy pequeña. Tengo ya quince años y estoy en edad

casadera. Así que no me tome por tonta y déjeme ver a mi hermana. Josephine me quiere mucho y estoy segura de que tiene muchas ganas de verme. No es posible que se vaya de casa sin decirme nada a mí. Yo sé por qué se ha ido y no pienso delatarla. Pero necesito verla.

–De verdad, pequeña, aquí no hay nadie más. Vete y no molestes que entra el frío –riñó Caroline.

–Está bien. ¡Adiós, Madame! –se despidió con aire altivo.

Caroline cerró la puerta de un no muy sonoro golpe, por no parecer tan descortés con una pequeña muchacha. Había respetado muy bien lo que me estaba pasando.

No obstante, miró por la ventana y me dijo que la niña se había sentado delante de la calle, arropada por una gorda capa y se había calado bien una gorra de lana. Y tenía toda la pinta de querer quedarse esperando hasta que llegara la noche.

–No sé si es lo correcto, Meg. Tú me dirás qué quieres hacer. ¿La dejamos morir de frío o la hacemos pasar?

–Pues no lo sé, ¿crees que se va a quedar mucho rato? –dije mientras miraba de reojo por la ventanita apartando un poco una pequeña cortina.

–Tiene toda la pinta de no querer marcharse. Parece bastante obcecada. No se parece mucho a ti que tienes más paciencia y sentido común –reconoció.

–Bueno, en todo caso es mi hermana, la reconozca yo o no –tanto si me gustaba como si no, eso parecía ya una realidad–. Debería hablar con ella y quizás contarle la verdad de lo sucedido. Si ya me ha reconocido, quizás la podamos tener como aliada.

–Es posible. Podemos esperar un rato y si no se marcha, la hacemos pasar. Aunque si es tan cabezota como aparenta, no se irá ni aunque caiga la noche.

–Muy bien, pues entonces no quiero que se enfríe. Si se enferma no podré soportar la culpa. No esperemos más y dejémosla pasar a ver qué tiene que contarnos –me animé y me dirigí hacia la puerta.

Nuestra casita estaba ya muy caliente con un gran fuego y un buen olor a comida recién hecha. Era del todo injusto tener a esa muchacha fuera, mientras el sol iba bajando de posición y las nubes iban tomando terreno. Casi parecía una noche helada.

–Voy a calentar agua, le prepararé un poco de té para que entre en calor –dijo Caroline yendo hasta la cocina donde teníamos el agua–. Tú abre la puerta y hazla entrar.

Me acerqué a la puerta de madera con mucha cautela. No sabía si alguien más venía con la niña y yo todavía no estaba preparada para decidir qué iba a hacer con esa nueva vida.

Se abrió la puerta con un chirrido que no había oído anteriormente y miré fijamente a la niña. Ella trazó una maravillosa sonrisa en su cara, con unos dientes perfectos y blancos que daban una hermosura a su carita todavía de niña. Sin casi tiempo de reaccionar, ya la tenía aferrada a mis faldas, en un abrazo que no recordaba yo que nadie me hubiera dado nunca.

–Josephine, ¡mi Jo! –dijo casi llorando.

–Hola preciosa, si me sueltas podremos entrar, necesitas tomar algo caliente –le dije cariñosamente–. Pasa y cálmate.

La muchacha entró con cautela como si se acordase perfectamente de que había un bebé en la casa. Otra chica lista, pensé. Sin soltarme la mano, saludó sin rencor a Caroline.

–Buenos tardes de nuevo, madame. No se preocupe por no dejarme pasar antes, supongo que fue cosa de Jo. No debe de ser fácil decidir escaparse de casa, no la culpo por ayudar a mi hermana. De hecho, le estoy muy agradecida –le dijo sonriéndola.

–Muchacha, ni siquiera te has presentado como es debido –me salvó Caroline como si supiera que yo debería haber olvidado también su nombre.

–Tiene usted razón, pensé que mi hermana se lo habría dicho. Mi nombre es Catherine. Me puede llamar Catty. Sencillo pero con personalidad, dice mi madre. Nuestra madre –acabó la frase mirándome.

Sonreí a ambas y le pedí a la pequeña Catty que se sentase, que le serviríamos un té. Tenía que buscar las palabras adecuadas para no torcer nada mis planes.

Mientras Caroline nos servía un calentito té de hierbas –sigo sin saber cuáles– me senté delante de la muchacha. Ella todavía emocionada de verme, seguía sonriendo. Y quería tomarle las manos, que tenía heladas. Tenía que ser sincera pero no quería hacerle daño. Era tan solo una niña.

–Querida Catty, necesito que me escuches bien porque nada de lo que ahora te diga, te será fácil de creer.

Durante un buen rato le estuve contando la historia de mi caída y mi pérdida de memoria. Poco a poco a ella se le iba cambiando la cara, su sonrisa se desvanecía incrédula. Le aseguré que no me había escapado de una boda no deseada, sino que no quería volver a un lugar que no reconocía y que

para mí era todo nuevo. Rápidamente ató cabos.

–Entonces, ¿tampoco sabes quién soy yo? No me has reconocido ni antes ni ahora. Si estoy en lo cierto ¿qué hacías a las puertas del negocio de padre?

–dijo ahora con tono más lloroso.

–Caroline investigó y me dijo que me buscaban por esa zona. Solo tuve que seguir a unos vecinos que hablaban de mí.

La madurez de la muchacha me sorprendió porque a pesar de tener ganas de llorar, no lo hizo. Me puso una mano encima de la mía y me dijo muy seria:

–Vale. Yo soy Catherine. Tu hermana pequeña. Tengo catorce años y hasta la fecha nos llevábamos muy bien. Tenemos un hermano mayor que hace tiempo que casó y partió a tierras lejanas, en Escocia. Allí se dedica a la pesca y es feliz con su esposa. Tienes tres sobrinos preciosos que no conocemos, pero nos llegan noticias de que crecen muy sanos y fuertes. Nuestros padres son buenas personas, trabajadores y honestos. Nos quieren mucho, pero necesitan que casemos pronto porque ellos casi no pueden mantenernos. Así que yo tengo previsto mi unión con un muchacho que me agrada bastante. Trabaja en la Corte como ayudante de cuerdas. Me lo presentó nuestro primo, tu futuro esp...–se silenció de golpe– que también trabaja en la Corte. Mi prometido es muy joven, pero vive cerca de la Corte y tiene una buena casa. Creo que le quiero y no tardaremos en casar. En tu caso, por si tampoco lo recuerdas, has estado huyendo de los hombres que se te han acercado durante toda tu vida; y al final, padre decidió dejarle el negocio a un sobrino hijo de su hermano, le llamamos primo Marius, que tiene tu edad y tampoco ha casado con muchacha alguna. Padre tiene la esperanza de que deje la Corte y se quiera quedar el negocio. Concretaron que os uniríais en matrimonio en breve. Porque a ti no te quedaban muchas opciones y él no parecía contrariado por la decisión.

En esos momentos el aire caliente de la estancia se congeló. Caroline y yo nos miramos fijamente pensando en cuántas posibilidades había de que un hombre con el mismo nombre y rondando trabajos en la Corte, hubiera sido su Marius y a la vez, el mío. Mi futuro esposo era el enamorado de mi amiga, la mujer que me había salvado la vida.

–Hermana, ¿qué más necesitas saber? –concluyó la muchacha intentando ser amable y ponerme al día.

En realidad se me habían acabado las preguntas porque ahora miraba a Caroline para ver su reacción. No quería por nada del mundo estropear

nuestra amistad. Ni siquiera sabía quién era ese hombre.

–Caroline –dije muy inquieta– ahora ya sabemos por qué el destino me trajo aquí. Por favor no saques conclusiones todavía, no me casaré con nadie que no conozca ni obligada por nadie.

–Hermana –dijo la lista de Catty– tú no le amas ni le amaste nunca. Casi no le conoces, así que no sé qué ocurre aquí, pero te escapaste para huir de algo que no estaba escrito para ti.

Caroline se levantó y se fue hacia Samuel. Se metieron en su cuarto.

–Creo que deberíais hablar a solas –dijo muy seria pero no enfadada.

Intenté ponerme en situación de nuevo. No daba crédito a las formas de la joven muchacha, su forma de expresarse y a su capacidad de síntesis. En lugar de pretender llevarme al médico o intentar entender qué había pasado con mi cabeza, fue directa al grano. Sabía que yo debía estar necesitada de información y eso fue lo que hizo.

–Lo que siento de veras es que nuestra relación haya desaparecido a la par que tu memoria –dijo apesadumbrada.

–Catty, si tú eres mi hermana, aprenderé a volver a quererte como tal. Eres bonita, cariñosa y por lo que veo muy lista. Seguro que volveremos a entendernos bien. Pero necesito que estés de mi parte al cien por cien. No puedes contar a nadie lo que te he dicho, porque nuestros padres no lo entenderían en absoluto. Si se enteran de dónde estoy, me llevarán a casar tirándome de la melena. Y ahora que no sé quién soy ni qué quiero, no puedo volver. Lo entiendes, ¿pequeña? –la miré con todo el cariño que pude.

–¡Qué manía con llamarme pequeña! No soy una niña ya, he entendido todo a la perfección. Si hubiera querido decírselo a padre, ya lo hubiera traído conmigo. Descuida que seré tu aliada. Pero no me vuelvas a alejar de ti. Tú no me recuerdas a mí pero yo a ti sí. No voy a prescindir de una hermana por un simple golpe en la cabeza –y bajó la mirada un poco arrepentida por subir el tono de voz.

De un trago se acabó la taza de bebida, se levantó y se volvió a poner su capa. Saludó cortésmente a Caroline sin llegar a entrar en el cuarto, lo justo para despedirse de lejos.

–Señora, es un bebé muy hermoso, gritó desde fuera. Tiene usted suerte, quizás yo pueda tener uno en breve –sonrió.

–Hermana, me tengo que marchar ya, llevo horas fuera y a padres solo les falta que yo no aparezca al ponerse el sol –dijo mirándome a mí ahora–. Soy feliz de haberte encontrado y te ayudaré en todo lo que esté en mi mano para

que recuerdes tu vida o para que rehagas la nueva que tú quieras. No imagino lo doloroso que debe ser no recordar nada. Pero recuerda también que nuestros padres están sufriendo de lo lindo. No creo que nuestra madre pueda resistirlo mucho tiempo. Espero que lo que tengas que decidir no lo demores demasiado –volvió a mirarme tímidamente, aunque noté que me iba tomando confianza. Se acercó y, dándome un tierno beso en la mejilla, la muchacha de rasgos fuertes y cabello oscuro se acercó a la puerta. Mientras la abría lentamente nos miró a los tres, porque Caroline había salido al salón con el niño en brazos. Su gran y blanca sonrisa volvió a su cara y con mucha ilusión, cruzó el umbral de la puerta de madera que tan conocida me era ya. Se enroscó bien en su ropa de abrigo y se disipó entre la niebla invernal.

Caroline y yo fuimos corriendo a la ventana para intentar seguirla con la mirada. De repente, aún con la conciencia de no tener nada que ver con la muchacha, sentí una responsabilidad extraña, diferente a la que había sentido con Samuel y Caroline. Si yo estaba existiendo en otra vida con mi misma alma, pero yo era real también en aquella época, todo lo que estaba viviendo incluyendo a la pequeña Catty, debía de convertirse en importante para mí.

Mi cabeza estaba agotada. Una mezcla de pena, alegría, ganas de llorar, ganas de volver, ganas de quedarme, ganas de todo y de nada. Pero de repente me di cuenta de que tenía ganas. Ganas, de vivir, fuese lo que fuese lo que me esperaba. Unas ganas de vivir que hacía tiempo que no sentía en el lugar de donde yo venía. Mi vida estaba vacía y solitaria hace tan solo unos días. Ahora tenía muchísimos motivos para querer avanzar, luchar, investigar y vivir. Tenía una familia que me buscaba y por primera vez me sentía necesitada. Mi familia real me quería mucho sin duda, pero eran tan independientes como yo misma y nuestras vidas estaban separadas por nuestras propias actividades vitales. Hijos, viajes, trabajos...

Nunca había sentido la ilusión de sentirme necesitada y tan esperada. Así que esa nueva sensación me pareció curiosa e intrigante.

Pero había aparecido un nuevo problema con el que ni Caroline ni yo contábamos. Cuando se fue mi nueva hermana, nos sentamos una delante de la otra. El té ya estaba frío, pero ninguna queríamos tomar nada, nuestro estómago estaba ya cerrado por la nueva información con la que contábamos.

–Caroline, no sé por qué me caí y perdí la memoria. No sé quién es ese primo mío. No sabemos si es el mismo Marius, el padre de tu hijo. Y por supuesto ni antes ni ahora tengo intención de casarme con un hombre al que no amo. Y aunque lo amara, si es tu Marius, jamás te haría algo así. ¿Ha

quedado suficientemente claro?, mi querida amiga –quise aclarar esto porque me sentía fatal aunque yo era la menos culpable de mi situación.

Como ella no dijo nada pero tampoco me reprochó nada, me levanté lentamente y me retiré de la salita para descansar un rato, después de tan copiosa comida y de la visita inesperada, quería dejar a mi cabeza que reposara tantísima información.

Subí unas velas para tomar notas de los acontecimientos del día ya que cada vez oscurecía antes y no quería quedarme a medias. Me acerqué al fuego para atizarlo un poco más y prendí las otras velas repartidas por mi espacioso cuarto. Con el paquete de mis nuevas cuartillas y la tinta ya abiertos sobre la mesa, recogí lo que ya tenía escrito para continuar plasmando mi historia. Antes de lo que pudiera recordar, me quedé dormida con la pluma en las manos en lo que sería una larga siesta. Al despertar, mis manos tenían un color azulado pues se había derramado la tinta de la pluma hacia mis dedos.

Las pocas fuerzas que me quedaban las usé para echarme en la cama y dormir un rato más. Durante ese segundo sueño de tarde, recuerdo haber estado con mi nueva hermana y soñar con ella. Recuerdos de cuando éramos pequeñas que en ningún momento creí reales, pero que lo parecían cuando desperté.

Las velas estaban consumidas prácticamente en su totalidad y la luz de la calle ya no era natural, sino que venía de unas pequeñas farolas de aceite que no estaban ahí la noche anterior. Antes de bajar a cenar, pensé en mi nueva y pequeña hermana Catty. Yo no recordaba nada de ella pero había soñado con cosas de nuestra infancia. Quizás mi mente las creó para mí especialmente. También había un hombre cerca que nos protegía a ambas de los juegos en los que andábamos enzarzadas. Me recordó a mi hermano Santi.

Me extrañó que Caroline no me hubiera llamado para cenar ni venido a buscar. Quizás está dolida por lo de Marius, pero como no era culpa mía y ni siquiera le había visto realmente, no entendía por qué nuestra relación tenía que cambiar.

Cuando dejé de pensar en mi misma, me abrigué un poco y bajé algo preocupada. No había rastro de ninguno de los dos. Ni madre ni niño. Ya estaba bastante oscuro y no era normal que estuvieran fuera a esas horas. El fuego estaba apagado y no había una cena a la vista. No sabía muy bien qué hacer, porque no estaba en mi entorno conocido. Quizás había reunión de vecinos o algún servicio en la iglesia de sábado por la tarde. ¿Por qué se había marchado sin avisarme?

Preparé el fuego bien avivado por si volvían, calenté algo de sopa y cocido y preparé un poco de pan tostado. Dos vasitos de vino listos. Me daba miedo salir a buscarlos por la calle, sin saber ni direcciones ni adónde ir. Quizás se había ido a casa de su cuñado. Como no venían, fui avanzando con la bebida para entrar en calor y sobre todo para intentar no preocuparme demasiado. En definitiva, ella no era nada mío y apenas la conocía de unos días escasos. El bebé no era mío ni de mi familia, así que si tenían otros planes para esa noche, ¿quién era yo para interponerme?

Me quedé mirando al fuego y seguía teniendo ganas de volver a tener mi móvil activo, de ver mis supermercados y poder entrar a escoger lo que me apetecía, de tener una buena calefacción que me diera abrigo y, sobre todo, de tener luz. Qué poco había valorado hasta entonces poder dar a un interruptor y tener luz en cualquier momento. Un poco de agua corriente y caliente para bañarme, y tantas y tantas cosas que echaba verdaderamente de menos. Ensimismada en pensar en lo que no tenía ya, me di cuenta de que estaba escuchando por primera vez algo muy extraño: el silencio. Un silencio acogedor, el silencio de la noche, el silencio de mis pensamientos, el silencio de la vida. Qué hermoso se me antojó el silencio en esos momentos.

No queriendo sucumbir a esa nueva preciosa sensación, intentaba seguir recordando las hermosuras de mi siglo, las comodidades a las que ahora tenía que prescindir. Pero poco a poco, me di cuenta de que no eran tantas, ni en realidad tan necesarias.

Cada vez estaba más tranquila. A cubierto, relativamente calentita, con fuego y velas, podía escribir y tenía una buena amiga con quién conversar. ¿Qué otra cosa podría estar necesitando?

¿Por qué me empezaba a sentir tan en paz conmigo misma? ¿Por qué no era consciente del sufrimiento de mis padres que seguramente ya me estarían buscando, los padres que yo reconocía? ¿Por qué sentía tanto cariño por una niña que acababa de conocer y sin embargo las caritas de mis sobrinos se me empezaban a difuminar en la memoria?

Cuando ya empecé a comer algo de pan con queso y el vino que quedaba, se oyó por fin la puerta. Me abalancé a por los que entraban en ese momento en la casa. Estaban congelados ambos por un gélido frío nocturno. Con la cara asustada y muy roja por el frío, Caroline me suplicó con la mirada que le tomara al niño en brazos para ayudarlo a ponerlo en un lugar caliente. Como yo justamente había estado calentando agua en un gran cazo, aproveché para tomar una pequeña tina de madera. La dispuse al lado de la cuna de Samuel y

la mezclé con un poco de agua fría. Desnudé al pequeño y le metí con cuidado en la tina calentita porque notaba que sus manitas estaban ya con un color muy feo. El niño no lloró nada, al contrario, me esgrimió lo que interpreté como una sonrisa de placer. Se dejó bañar sin quejarse y poco a poco le fue volviendo el color al cuerpo. Le puse su ropa abrigada de dormir y le acuné de la forma más arropada que supe, con una manta alrededor de ambos. Ella me miraba agradecida, pero casi no se había movido de delante del fuego. Le insinué que se cambiara y se pusiera ropa seca y cómoda, mientras yo recalentaba algo más de agua para la sopa y le hacía más tostadas de queso. Se levantó lentamente con la cara descompuesta y se fue a su pequeño cuarto. Cuando volvió a la sala ya estaba más repuesta y de otro color. Aprovechó el agua sobrante del baño del pequeño para entrar en calor ella misma y se tapó bien con unas ropas tupidas y lanosas. Se sentó a comer algo, aunque estaba claro que mucha hambre no tenía. El niño sí y empezó a llorar para pedir su turno de cena.

Sin querer presionarla demasiado, pero intentando crear un ambiente de confianza, una confianza que se había vuelto extraña, le hablé:

–Estaba muy preocupada –susurré con cuidado.

–Ya me lo imagino, siento haberme marchado así. Bueno, no pude ni subir a avisarte porque precisamente te buscaban a ti. Y pensé que sería mejor mentir y dije que estaba sola. Así que se me llevaron para declarar. El gran gañán no se tragó que fueras mi prima y te reconoció en una ilustración. Vinieron a preguntar por la mujer que vivía en mi casa. Les dije que no había nadie y, como tú estabas tan silenciosa arriba, no hicieron ningún movimiento para subir a mirar. Además no está permitido, afortunadamente el Rey prohíbe este tipo de entradas en casa ajena.

–Dios santo, Caroline, ¿te han hecho estar fuera de casa tanto tiempo y retenida por mi culpa? Esto no lo voy a permitir. Tú eres adulta, pero con un bebé no deberían ser tan indecentes. ¿Cómo han podido teneros fuera hasta tan tarde? –grité indignada.

–La culpa es de ese hombre, te dije que nos traería problemas. Es una persona algo perversa y si te interpones en su camino, va a por ti. Quizás mañana no deberías venir a la iglesia. Hasta que decidas qué hacer, deberías permanecer escondida. Si te vigilan los vecinos y vuelve la Policía, te llevarán sin duda a declarar. Te recuerdo que escaparse de tu propia casa, no está bien visto y te puede denunciar tu propia familia –me informó.

–De verdad que lo siento muchísimo. ¿Te han tratado mal, te han hecho

algo malo? –pregunté asustada.

–Desde luego, no me han tratado como una princesa. Pero como iba con el bebé, me han respetado un poco más. Esta gente no se anda con tonterías. He tenido que declarar que viniste unos días pero que ya partiste, como una prima lejana mía. Por suerte mis cuñados no te han visto ni te conocen, pero don Gañán sí habló contigo y les ha enumerado tus características. Ha dicho que cree que eres la mujer escapada que todo el mundo anda buscando por la zona norte del Támesis.

–Ya. Y ahora tendré que esconderme bien o volver a casa. A una casa que no conozco de una familia que no es la mía –sentenció con pesar.

–Bueno, al fin y al cabo sí son tu familia. Que no les reconozcas no quiere decir que no lo sean. Quizás deba ser el final de tu aventura y te ayude alguien a recordar de dónde vienes. Si estás en tu entorno, puede que en unos días empieces a tener las cosas más claras.

Mis problemas empezaban a aparecer. Noté por su tono que Caroline, desde la noticia de Marius, ya no me quería tener cerca. Me sentí más desamparada que nunca.

Ya me parecía que tanta paz no era normal en mi vida.

–Caroline, te prometo que pensaré en los próximos días lo que voy a hacer, de momento deja que me quede en tu casa. Estoy muy a gusto y preferiría estar aquí. Incluso si les digo a todos dónde estoy y lo sucedido, preferiría vivir aquí contigo, si no te importa. Pero por supuesto, dejaría de ponerlos en peligro a ninguno de los dos. Eso por descontado. Y nuestro mister Gañán, ya se enterará de quién soy yo –amenacé.

–Meg, Jo, o cómo quiera que te llames –dijo con ya pocas ganas de hablar más conmigo–. Voy a darle el pecho al niño, me gustaría estar sola con él, no te ofendas –dijo mientras bajaba de nuevo su corsé–. Mientras se bajaba la ropa le vi unas marcas en los brazos y en la zona del cuello. Sin lugar a dudas, no la habían tratado tan bien como intentaba ocultarme.

–Solo una cosa más –dije con mucha pena en la mirada –no me lo has dicho todo, ¿verdad? Te han tratado mal y te han hecho daño. Por favor, dímelo. Si me lo confirmas, mañana mismo me entregaré y me iré a donde me digan. A mi casa o fuera de esta. No quiero que te ocurra nada por mi culpa –acabé bajando la mirada, me sentía terriblemente culpable.

Sin añadir nada más, porque ella no me contestó, subí a mi cuarto. ¡Qué despropósito llevarse a interrogar a una mujer con un niño en un tarde tan fría y lluviosa como aquella!, y por culpa mía. ¡Qué terrible que el hombre que

amas haya estado a punto de casarse con otra mujer y que además la tengas precisamente bajo tu techo! ¿Qué debía sentir ella ahora mismo? Mi única amiga en esos momentos, mi única esperanza de sobrevivir a esta odisea. ¿Le habrían pegado? ¿Qué debo hacer mañana?

Quedé bastante apesadumbrada en mi cuarto y, con gran esfuerzo, continué escribiendo un rato más, pues todo lo sucedido me había quitado por completo el sueño. Si yo estuviera ahora mismo en la situación de Caroline, probablemente no hubiera reaccionado como ella, qué madurez me estaba demostrando esta muchacha.

Pero yo no creía que debiera quedarme con ella; esos moratones eran el final de mi estancia en esa casa.

Durante estas dos semanas posteriores, la convivencia con Caroline y Samuel ha variado un poco. No he escrito mucho porque algunos acontecimientos están avanzando demasiado aprisa y hasta ahora no he podido sentarme tranquila.

Desde la noche en que se llevaron a Caroline a declarar, yo no estuve tranquila. A la mañana siguiente del incidente intenté hablar con ella, pero me esquivó toda esa semana. Mi desayuno estaba preparado a tiempo siempre y la comida también. Pero ella nunca estaba conmigo a esas horas. Lo que habían sido complicidades y risas los primeros días, se convirtieron en silencios incómodos y retiradas por su parte y por la mía, cada una en su lugar. Me dejaba seguir tomando en brazos a Samuel y así ella descansaba un poco, pero era el único nexo de unión que conseguí que no se extinguiera. Las veces que traté de hablar con ella, para decirle que me podía marchar a otro sitio, no quiso ni hablar del tema. Por eso pensé que en el fondo, solo nos quedaba pendiente una charla de lo sucedido. Aunque no logré dar con el momento en el que ella quisiera sentarse a hablar.

La he respetado porque lo que ha pasado en poco tiempo es muy fuerte para una mujer que vivía tranquila. Desde que he llegado no le he causado más que problemas.

Mi nueva hermana Catherine ha venido a verme con mucha cautela varias veces estos días. Me ha dicho que ya son los primeros de mes de mayo y que pronto llegará la tan ansiada primavera. No la he dejado entrar mucho en la casa para no poner en peligro a mis caseros, como los llamo ahora. Generalmente quedamos para dar un paseo por el fresco y ella me pone al día de mi familia en este siglo. Cómo están padre y madre, cómo les llama ellos y qué pesquisas va avanzando la Policía. Cuando le comenté el suceso de

Caroline y su encuentro forzado con las fuerzas de la autoridad, se asustó mucho. Pero Caroline debió de ser muy convincente porque la dejaron en paz por un tiempo. Nadie volvió a interrogarla, aunque yo ya estaba preparada para dar la cara por ella y por mí misma y contar la misma historia a todo el que quisiera creerla. Ahora ella iba sola a misa los domingos, y de refilón me pareció que se dejaba acompañar por el rudo gañán. Caí en la cuenta de que probablemente quería ganarse su confianza para que éste no volviera a poner en peligro la integridad propia y de su hijo. Parece que le estaba funcionando. El hombre la solía despedir con un ademán de cabeza, «quitándose el gorro» y una sonrisa que debía de ser la más cautivadora que sabía poner. Ella le devolvía la sonrisa y con la excusa del bebé, entraba rápido en casa.

Le conté también a Catherine el tema de nuestro primo Marius. Quería asegurarme de que eran la misma persona y para ello le pedí una descripción completa. Todo cuadraba. Hasta ella misma – al sentirse verdaderamente enamorada– se puso muy triste por saber la verdad. Que una amiga esté obligada a casarse con tu amado... qué terrible debía ser. Con la empatía que mostró mi Catty, me quedó muy claro que Caroline no solo estaba así conmigo por sus moratones y el susto de la otra noche. El dolor de su corazón debía de ser más fuerte que el de las marcas que le dejaron los policías.

Uno de esos domingos en que el gañán la dejó en casa después de la misa – cálculo que sería un dos de mayo– yo la estaba esperando en la puerta. No soy persona de aguantar conflictos así que había preparado a conciencia dos té de hierbas aromáticas «me estaba empezando a hacer experta en mezclar hierbas y preparar té nuevos» y un bollito que yo misma había preparado. La casa olía a pastelito horneado y el aroma del té era muy convincente. No pudo menos que poner una expresión de sorpresa.

–Caroline, si no hablas conmigo me iré mañana mismo –dije sin ningún tono de reproche ni enfado.

–Está bien, tú ganas –dejó a Samuel en su cestita porque se había dormido –. ¿Qué se te ofrece?, Meg.

Hacía tiempo que no me mencionaba por el nombre. Bueno, ni por el nombre ni por nada.

–Me puedes llamar Josephine, Jo, si prefieres. Creo que ya va siendo hora de que asuma quién soy me guste o no, recuerde algo o no. He estado muchos días con mi hermana y me está poniendo al día de mi vida. Y a pesar de todo, no está mal. Si no me quieres aquí, me marcharé. Mis padres estarán encantados de tenerme de vuelta al horno y podría aprender el negocio. Y si

te sirve de consuelo, no me pienso casar y menos con un primo; y ya menos si cabe con el hombre que ama la mejor amiga que he tenido nunca en mi vida.

La cara de Caroline no sabía de qué color ponerse. Andaba entre un pálido nieve y un sonrosado rubor de las mejillas.

–Josephine, lamento mi comportamiento estas semanas. Hazte cargo de lo que he vivido en tan poco tiempo. Te recojo de la calle, te doy cobijo, nos hacemos amigas, me detienen por tu culpa y me entero que tu destino es casarte con el hombre que amo –le caían unas lágrimas por las mejillas.

Me acerqué a su lado para medio abrazarla como pude. Lloré con ella compasivamente y le dije que tenía razón en todo, que me sentía muy mal por ello pero que intentaría subsanar lo que había hecho de malo por ella.

Entonces se me ocurrió lo que hago siempre, que es buscar el lado positivo de las cosas.

–Caroline, escucha. ¿Te has dado cuenta de que hasta que llegué no sabías si amabas a Marius? Te estabas aferrando a un duelo y estabas amordazando tus sentimientos. Ahora, al darte cuenta que lo podías perder, has reconocido ante ti misma lo que sientes por él. ¿No es eso extraordinario? ¡Y en el fondo de tu corazón sabes que él también te ama! Si lo piensas bien, es lo mejor que ha podido pasar, ¿no crees?

Los ojos de Caroline se secaron de golpe y su expresión cambió. Parecía ya la misma chica que conocí al principio. Me miraba fijamente y dijo:

–Jo, no sé de dónde has salido, pero eres una mujer increíblemente extraña –dijo moviendo la cabeza de un lado a otro.

–No soy extraña, pero la verdad es que no sé de dónde he salido –y nos unimos en una risotada de las que nos hacía falta a ambas.

Creo que mencionar el tema que más le estaba doliendo y dejarlo zanjado de un plumazo, ayudó mucho para que nuestra relación retomara algo de lo que perdió, la confianza. Sin embargo, todavía tenía algo pendiente que hacer al respecto y no podía avanzar en ese paso sin dar antes otro mucho más importante, que ya llevaba tiempo organizando.

Cuando nos calmamos y dejamos de reír, seguí hablando para contarle mis planes, hablados con mi hermana y de acuerdo con lo que ella me recomendaba hacer.

–Te quería comentar algo importante –dije, acercando a mi boca la taza de té ya frío– hace días que me estoy viendo con mi hermana como ya me sabes –continué– y creo que ya es hora de que ponga en marcha mi vida de nuevo.

Ella ya me ha puesto al día de mi familia, de mis padres, del negocio y del porqué de la aberrante idea de mi futuro con ese primo –ahí la miré fijamente por no ofenderla, pero para mí seguía siendo un completo desconocido.

–Si es tu decisión, yo te apoyaré –dijo con la mirada bien alta.

–Sí, así es. Y es probable que tenga que volver a instalarme con mi familia –bajé la mirada esperando una respuesta diferente, que afortunadamente escuché.

–Si es por nosotros –miró a Samuel– te puedes quedar aquí cuanto desees. Como bien sabes no necesito ni siquiera tu pago semanal, puedo asumir el coste de mantenerte de forma gratuita –sentenció.

–Muchas gracias por tu ofrecimiento y espero que sea sincero, porque estoy mejor aquí que con cualquier otra persona y cualquier otra familia –sonreí muy agradecida–. Sin embargo, tendré que hacer las cosas bien, hablar con ellos y explicarles lo sucedido viendo cómo reaccionan. Y también tendré que enfrentarme a Marius, como ya te imaginarás. No le conozco, no le recuerdo y tengo que aclararle que la idea familiar no va a llevarse a cabo.

Caroline miraba ahora su taza, también fría. Pero no quiso decir nada.

–Caroline, espero que entiendas que tengo que hablar con él –la miré insistiendo en que me contestara con una sola mirada de consentimiento.

–Lo comprendo, lo comprendo perfectamente.

–El caso es que quiero preguntarte si quieres que, aprovechando que he de poner mis cartas sobre la mesa, le diga dónde y con quién estoy instalada. Quiero que sepa quién ha sido mi salvadora y qué bebé he tenido en mis brazos dándome alivio y calor en momentos tan duros como los vividos. No quiero que le quede ninguna duda del tipo de mujer que eres y quiero ver qué me dice su corazón cuándo le hable de ti.

–Jo, te olvidas de que se iba a casar contigo –bajó la mirada algo apesadumbrada– y no sabes si te amaba de algún modo –terminó.

–¡Claro que me ama, Caroline! ¡Soy su prima! Me ama como uno ama a un primo lejano, me amará como parte de su familia, amor de costumbre, amor fraterno o familiar. Amor que no es amor como tal, no como el que deseas para tener una familia –dije muy seria para finalizar con el toque de drama que se precisaba en ese momento.

La cara de Caroline era muy curiosa. Me miró profundamente como si hubiera leído un trozo de la biblia y asintió con la cabeza, aceptando todo lo que yo había dicho.

–Entiendo todo lo que has dicho perfectamente, aceptaré de buen grado que hables con él y creo que tienes razón. Pase lo que pase, y aunque él te amara de verdad, yo tendría que aceptarlo. Pero en realidad me consuelan mucho tus palabras, porque reside parte de verdad en ellas. Las bodas pactadas no suelen estar llenas de amor precisamente, te lo digo por experiencia –rio con pocas ganas–. Aprendes a amar, pero es otro tipo de amor. Y a mí me pilló joven e inexperta. Tú, sin embargo, ya parece saber lo que quieres. Y eso es una ventaja –dijo mientras se levantaba a recoger nuestra merienda que por la hora ya bien podía haber sido cena.

–Me alegro de que hayamos aclarado todo esto porque mañana mismo voy a presentarme, con la compañía de mi hermana, en casa de mis padres. Ella se adelantará a anunciar mi llegada y supongo que estaré todo el día fuera con ellos. No sé qué ocurrirá ni a qué hora volveré, pero espero estar a tiempo para cenar –dije mirando su reacción.

–Perfecto, porque pensaba hacer pescado para las dos –dijo sin girarse siquiera.

Me alivió que todo hubiera quedado claro al fin. Ella y yo volvíamos a tenernos confianza, aunque habría que recuperar el tiempo perdido. Durante aquellas semanas mi vida en aquel siglo del que yo venía me había ido quedando cada vez más lejana. Apenas llevaba unas semanas en un estado de shock extraño tras la experiencia más cruel que puede tener un ser humano, y ya me parecían meses. Me sentía mucho más cómoda que al principio, afortunadamente. Quizás el haber estado medio escondida sin hacer muchos movimientos y hablando con una nueva persona que decía ser una hermana, me había relajado un poco en este nuevo país, por llamarlo de alguna manera. Aunque quedaba claro en mi mente que no era como un viajecito de vacaciones sino un viaje probablemente sin regreso. Como quien se va a vivir a la parte más cruel de África o la selva profunda o cualquier parte del mundo sin apenas recursos, y se tiene que quedar de por vida. No hay un viaje de Semana Santa a casa ni una vuelta de Navidades estilo turrón «El Almendro», no hay avión para volver a casa. No hay nada más que lo que tienes delante.

Quedé conmigo misma en no pensar mucho en eso, considerar la primera parte como el cambio de vida, país y mentalidad, falta de recursos, pero sin la parte en la que puedes volver a tu casa. Mi experiencia como enfermera me daba mucha ventaja. Había vivido mucho sufrimiento alrededor y siempre pensaba que cualquier cosa que me diera la vida, cualquier oportunidad de seguir viva y sana, ya valía la pena. Fuera lo que fuera que tuvieras que vivir.

Así que esa cuestión me ayudaba mucho a resistir la presión en esos momentos.

Otra cosa con la que tendría que lidiar, pero que dejé conscientemente para más adelante, sería el duelo. Un duelo que tarde o temprano tendría que hacer por haber perdido a mis padres y mi hermano. Mi cuñada, tan hermosa con su acento afrancesado, y mis lindos sobrinos. Esa pérdida me iba a costar más afrontar. Otra vez salió la Escarlata O'Hara que llevaba dentro.

De vuelta ahora con más tiempo ante mis papeles y con tinta y pluma en mano, me sentí reconfortada y seguí mecánicamente explicando estos días anteriores. Sigo resistiéndome a levantarme un día y no recordar quién soy en realidad y de dónde he venido.

23 de abril de 1685

Día de la coronación del nuevo Rey Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia. Quería quedarme con esa fecha importante porque era una vivencia única que yo tenía el privilegio de ver en primera persona.

El día amaneció hermoso, como si el sol supiera que tenía que estar en lo alto y dar todo el calor posible a los habitantes del reino, que estaban de celebración. Parece que Jacobo II se coronó solo porque su esposa no es exactamente católica y que unos días antes habían hecho una ceremonia juntos. Pero ese veintitrés de abril, que me recordó al día de Sant Jordi que debían estar viviendo en mi siglo, para mí fue tan bonito como si las calles estuvieran engalanadas con libros y rosas, como era costumbre en mi tierra.

Ese día intenté disipar los fantasmas que me había traído del futuro y salí a pasear con mi nueva hermana y amiga por las calles engalanadas con guirrnaldas y lazos y, con esa alegría que contagiaba a cualquiera.

Las gentes amanecieron temprano, las calles estaban en completa ebullición. Los tenderos regalaban manzanas y fruta a los transeúntes que, felices, veían que tenían un nuevo soberano. Como un guiño que me hizo el destino, un apuesto hombre de la calle, me ofreció una hermosa rosa roja. Fue mi día de Sant Jordi especial, porque las rosas con esas temperaturas no solían salir todavía. Pero ahí estaba yo con mi rosa apretada contra el pecho. Las espinas me dieron un pequeño susto y sangré un poco en un dedo, pero eso me puso más nostálgica, recordando la sangre del dragón.

Comimos todo lo que nos ofrecieron por la calle, los puestos ofrecían ricos manjares a cargo de la Corte y volvimos a casa cargadas de felicidad, el

estómago lleno de dulces, pasteles de carne para varios días y una alegría contagiosa que nos duró hasta bien entrado el primer día de mayo, fecha hasta la que duró la fiesta de la coronación en las calles de un Londres que cada vez me daba menos miedo.

2 de mayo de 1685

Los primeros días, desde nuestra conversación con Caroline, seguidos por los bonitos días festivos, se sucedieron también bastante aprisa. Definitivamente nuestra relación había vuelto al cauce habitual del principio. Ayudó bastante el ambiente de fiesta de los últimos días de la coronación y también nuestras reuniones con Catty, como tres hermanas que compartían su tiempo.

Caroline fue muy clara en cuanto a su idea de mantenerme en su casa. Me dijo que se sentía protegida y a gusto con dos mujeres adultas cuidando de un niño pequeño y que desde que yo estaba con ella, se sentía muy reconfortada.

Supongo que me dijo todo eso para que yo me pudiera presentar ante mi pasada vida familiar pero de una forma diferente y con un futuro a escoger por mí misma.

Creyó importante que no me viera en la obligación de tener que volver a una casa que no era ya la mía. Quedamos en que si finalmente iba a ser así, solo sería hasta que ella encontrase un varón con el que formar de nuevo una familia. La convencí de que fuera quien fuera, a la larga, ambas estaríamos más seguras siendo amadas y protegidas por alguien. En mi fuero interno era algo que yo deseaba desde siempre, en mi siglo o en cualquier otro; así que las esperanzas de poder enamorarme yo también, volvieron a darme ánimos para seguir con una vida en aquel nuevo lugar.

Al día siguiente de nuestra charla final para aclarar todos los puntos antes de mi reaparición, me levanté bastante temprano. Me pareció que me estaba adaptando al frío pero realmente lo que estaba ocurriendo era algo mucho mejor. La temperatura estaba variando por días. Todavía hacía un frío

espantoso, nada que ver con el de mi mayo mediterráneo natal pero yo estaba más relajada y mis músculos menos tensos por ese frío desgarrador.

Estaba bastante nerviosa y emocionada a la vez porque era un día importante. Cada vez me sentía más adaptada a esa ciudad y a ese siglo; ya se me había pasado la instintiva reacción de buscar mi móvil o de intentar encontrar una tele. Sin apenas percibir mi cambio interior, muchas veces me sentía a gusto. Me presionaba de vez en cuando el pecho de puro dolor de corazón porque imaginaba que, si verdaderamente yo seguía siendo Julia como así sentía en todo mi ser, tendría que haber desaparecido de verdad del siglo XXI y por tanto mis padres estarían viviendo una terrible y agonizante situación pensando en lo peor que me podía haber pasado. Me intentaba consolar con que mi hermano, que siempre había sido un tipo inteligente, tuviera la suficiente fortaleza para ayudarles a afrontar que no me volvieran a ver con vida. También estaban los niños, que serían su máximo consuelo. Si no morían de pena, todavía les quedaría esperanza de seguir adelante con cualquier excusa. Pero no la de volver a verme, porque no veía la forma ni el modo de regresar a mi lugar. Apenas había buenos médicos, nadie sabría hacerme pasar por una regresión... ¿a la inversa?

El 3 de mayo fue el día que escogí para ir a conocer a mis padres de ese siglo.

Esa mañana desayunamos juntos los tres, con Samuel haciendo pequeños avances como ser mini-humano; nosotras estábamos bastante animadas y alegres por los cambios que se iban a producir en nuestras vidas, sin saber ni atisbar que, junto con los cambios, también se venían encima más complicaciones.

Algo antes de la hora pactada, Catty vino a recogerme a la casa. Estaba especialmente sonrosada, de caminar deprisa –supuse– y de la propia emoción del momento. Llevaba los panes que tenía que distribuir siempre temprano, pero no había querido hacer ninguna parada para no perder tiempo. Decidió que fuéramos juntas de camino de vuelta, que me destapase la cara de la capa y que la gente me empezase a ver con ella, de forma que todo quedase en un susto y en una vuelta al hogar de lo más natural. Me pareció un buen plan y salimos las dos, no sin antes regalarle una de las hogazas más hermosas que llevaba Catty especialmente para Caroline.

–Has sido tan bondadosa con mi hermana y la has cuidado tanto, que si no vivieras tan lejos, te regalaríamos una hogaza diaria y los bollos que quieras

hasta que Sammy –rebautizó– cumpliera mi edad –dijo bien contenta.

–Ha sido un placer Catty, espero que nos sigamos viendo por aquí –y me miró con complicidad.

–Ah, sí, ¿por? –me miró con curiosidad de hermana pequeña.

–Te lo cuento de camino, no perdamos más tiempo –dije envolviéndome en mi capa.

Mientras salíamos de ahí, los panes repartidos entre ambas, le conté la conversación mantenida con Caroline sobre mi futuro en la ciudad. No quería estar obligada a volver a casa y a tener que convivir con gente extraña. Ya habíamos hablado en otras ocasiones de ello. Sé que le apenó no poder convivir conmigo, pero como ella iba a casar pronto, le recordé que en realidad no tendríamos mucho tiempo para estar juntas. Aun así, se quedó un poco mustia. Al notarlo, le cogí la mano para que entendiera que siempre seríamos hermanas, a pesar de la distancia que supusiera no vivir juntas.

La realidad es que yo casi siempre había vivido sola porque me independicé muy joven, así que, excepto convivir con una amiga, todo lo que tuviera que ver con la familia lo tenía un poco menos por la mano. Por eso ese tema no era un problema para mí, defender mi independencia con uñas y dientes.

Por otra parte la animé a vivir entre su casa familiar y la mía actual para así poder estar a un paso entre ambas casas. No le pareció mala idea y volvió a mostrar toda esa sonrisa blanca y perfecta que tenía.

Mientras deshacíamos el camino, ella iba alegremente canturreando cada vez que llegaba a una casa a dejar la hogaza. Le pregunté por qué lo hacía y me dijo: «Así saben que llego yo». Me pareció una respuesta muy simpática. Ella debió ser la predecesora de los sonidos de: «El afiladooor»... o «el butanerooo» –reí pensando en mi tonta broma, mientras ella se iba en dirección a la siguiente puerta.

Me di cuenta de que a las gentes que nos iban viendo juntas se les ponían los ojos como platos. Algunos miraban por las ventanas como para comprobar que era yo, la hermana desaparecida, la ya por esa zona famosa Josephine Jones. Yo me esperaba fuera y miraba para otro lado, no podía saludar abiertamente a nadie porque no conocía ninguna cara. Así que si insistían mucho me limitaba a sonreír ligeramente, pero en seguida volvía la cara. No sabía si me tenía que sentir avergonzada de una desaparición que en realidad tampoco había sucedido.

–Hermana, mejor espera aquí medio escondida, no sea que cualquier

vecino se nos adelante. Les contaré a Padres la historia que hemos acordado estos días y te vendré a recoger fuera en el momento indicado. No te muevas de aquí, por favor: no te vuelvas a marchar –dijo con sonrisa pícara.

Cuando llegamos a la zona de casa de nuestros padres debían estar a la hora que les había citado a ambos antes de marchar por la mañana. Había dejado encargado al joven y risueño mozo ayudante de panadero a cargo del local durante el resto de esa mañana.

Cuando salió al cabo de una media hora a buscarme, su cara tenía un rastro curioso. Parecía haber llorado –presumí que del momento emocionante que se había sucedido dentro– y me hizo un gesto con la mano, para entrar.

Intenté respirar hondo acumulando toda la empatía que pudiera tener, pensando incluso en mis verdaderos padres si tuvieran la alegría de recuperarme, pero también me tenía que ceñir al plan que habíamos trazado con Catty. Si yo seguía sin memoria, no podía mostrar más emoción de la justa e incluso algo forzada como lo que sería una situación así.

Cuando entré en la casa de Padres, como les llamaré desde ahora, noté que olía un poco a suciedad. Quizás por la costumbre de fregar que yo había tomado en casa de Caroline o quizás porque ellos no habían estado animados para hacer nada que no fuera llorar la pérdida de una hija. No lo tomé muy en cuenta.

Ambos adultos estaban petrificados delante de mí y Catty se mantenía a su lado madre se acercó con cuidado y me rozó la cara con una mano de mujer trabajadora, curtida y de piel gruesa. En realidad no se parecían en nada a mis manos, tan cuidadas como lo que les debía parecer una princesa. Poco a poco se fue acercando algo más y finalmente me abrazó con todo su cuerpo. Me sentí algo intimidada porque era más grande que yo y abrazar a desconocidos siempre inquieta un poco. Pero para ella, yo era su hija y había nacido de su vientre.

La acabé abrazando de vuelta sin apretar mucho contra ella. Luego la solté y me acerqué a Padre para tratar de llegar a su ruda mirada. Tenía los ojos también llorosos pero más firmes. Me dio un ligero abrazo y me pidió que me sentara alrededor de una mesa que tenían, como ya venía siendo habitual, en el centro de la entrada y cerca de la cocina.

–¿Cómo te sientes?, Jo. Tu hermana nos ha dicho que te encontró viviendo hacia el centro, en casa de una extraña. Pero que decidió seguirte hasta descubrir si eras verdaderamente tú. Nos ha contado una extraña historia y dice que has perdido la memoria. Por lo que estoy viendo, sí es cierto que no

pareces habernos reconocido en absoluto. Si no, sabrías que yo no doy abrazos –dijo al final Padre con aire disgustado pero sereno–. Estás cambiada, más delgada –acabó mientras me miraba de arriba abajo.

En aquellos momentos me quedé sin habla. Era todo más difícil de lo que parecía cuando trazábamos mi plan de reaparición con nuestros distraídos paseos. Por suerte, Catty intervino rápidamente porque Madre no tenía pinta de ir a abrir la boca, solo me miraba sin pestañear.

–Padre, Madre, ya os hemos contado lo que ha pasado, simplemente ha perdido la memoria por un golpe que se dio en el bosque –cambiamos lo de la escalera porque fácilmente ellos podían recordar que no estaba yo subida a ningún tejado arreglando nada–. No ha sabido a dónde ir todo este tiempo y, por suerte, una mujer de buena voluntad la ha acogido en su casa hasta que yo la encontré.

–Sí, Catty. Nos gustaría oír lo que tiene que decirnos tu hermana mayor –me apremió.

Pensé que era hora de mostrarme un poco más madura y enfrentarme a lo que ya sabía que tendría que hacer.

–Padre, Madre –les contesté mientras los miraba primero a uno y luego a otro–, no sé cómo se llama lo que me ha ocurrido, más que un golpe en la cabeza. He estado investigando y a veces ha pasado a personas que han caído, por tanto, no debería ser tan anormal. Lo importante es que estoy viva y bien. Y que aquí me tienen.

–Bien, creemos que no te has ido por propia voluntad y que verdaderamente no recuerdas nada de lo que ha pasado en toda tu vida anterior.

–Así es y así ha sido, nunca quise hacerles daño, suplico que me crean.

–Te creemos, pequeña –dijo madre con buen talante.

–Simplemente ha sido así, Padres. Pueden dar aviso a la Policía para que deje de buscarme y avisar a sus vecinos de que estoy bien. Les quedaré agradecida de que hagan estas gestiones y que avisen de lo que me ha sucedido. No quiero que piensen que soy descortés, simplemente han de saber que no recuerdo nada de lo anterior.

–Sí, eso haremos, no obstante nos preocupa lo que tu hermana nos ha dicho. No quieres volver a casa con nosotros, tu familia.

–Bueno, creo que debería quedarme donde estoy ahora que es donde he podido estar estable y bien. Pero me gustaría acercarme a mi cuarto para ver

si consigo recordar algo al ver mis cosas –ambos se miraron un poco esperanzados.

–Es buena idea –dijo padre–. Subamos a ver qué ocurre.

Nos levantamos todos al unísono de la mesa y nos encaminamos al piso de arriba. La casa era tremendamente más estrecha que la de mi amiga. Las escaleras también eran más estrechas, parecía la casa como encogida. Pero había calor de hogar. No me sentí muy incómoda, al contrario. Me pareció como si aquella casa hubiera podido bien ser mi hogar en alguna parte escondida de mi cerebro.

De pronto, mientras yo visualizaba el cuarto que antes debía de compartir con mi hermana, se oyó un portazo abajo. Y alguien que llamaba a Padre con gran estruendo, pero con familiaridad.

Catty me miró y me puso sobre aviso. Era Marius que se había enterado ya por algunos vecinos de mi reaparición y se había apresurado a ver si era cierto. Padre me miró y dijo:

–Recoge lo que necesites o quédate si te sientes a gusto, estás en tu hogar. Yo voy a hablar con tu primo, tiene derecho a saber todo lo sucedido. Cuando bajes le podrás hablar tú también, por supuesto. Pero he de ponerle al día –y se fue con un ademán respetuoso hacia el piso de abajo. No había duda de que, aunque rudo, era un hombre amable y con clase personal.

Catty me ayudó a recoger unas ropas, no tan bonitas como las que ya me había ido prestando y confeccionando Caroline. Eran más simples y humildes, propias de la hija de un panadero. No pude más que pensar con pena que el compromiso de una boda pactada por mi familia era solo para mejorar nuestras condiciones generales o mi futuro. Entendí muchas cosas que antes se escapaban a mi comprensión, por venir de dónde venía.

Una vez tuve una bolsa grande de ropa, medias y enseres más privados, que no llegué a reconocer, bajé junto con Cat a la sala principal y apoyando la bolsa en el suelo, pude ver a ese chico por primera vez.

Se lanzó sorprendentemente a mis brazos como un hombre enamorado que vuelve a ver a su futura esposa. Si no me amaba lo estaba disimulando tremendamente. La diferencia es que yo no pude casi ni tocarle. Era guapo, claramente. Alto y rubio, vestía ropas que le hacían parecer más apuesto; pero demasiado blanco de piel y rubio, así que me alegré de que de entrada no me gustase nada de nada.

Todos estaban expectantes, pensando que quizás al verlo a él, se me

arrebuajaran todos los pensamientos y recuerdos para empezar a ser la Jo que ellos estaban esperando.

–Si nos disculpáis, vamos a salir al jardín a hablar. No quiero testigos –dije en una broma que no entendieron.

–Gracias Jo, necesito hablar contigo, he sufrido tanto –dijo con voz pero no acompañado de mirada.

Ambos salimos al pequeño jardín que tampoco recordaba.

–Tu padre me ha contado qué te ha sucedido. ¿Cómo has estado? ¿Dónde te has escondido? ¿Desde cuándo has vuelto? ¡Oh!, Jo, cuántas preguntas tengo que hacerte. ¿Seguro que no te has inventado todo esto para no casarte conmigo? ¿Estás segura de que no recuerdas... nada de lo nuestro?

–Marius, no te ofendas, pero la verdad es tal cual la he referido a todo el mundo. Caí y ahora soy otra persona –resumí–. No te había visto nunca, al igual que al resto de mi familia. Pero sinceramente, dudo que en otra vida anterior me hubiera querido casar con una persona de mi sangre. ¿Es cierto que estábamos prometidos?

–Bueno, hasta lo que yo sé, aún lo estamos, Jo –dijo mirándome directamente a los ojos.

–Te comunico querido primo que yo ya no estoy comprometida con nadie, ni conmigo misma para empezar. Así que no puedo continuar la vida que llevaba antes. De hecho, te voy a contar con quién he estado.

Cuando acabé de decirle quién fue la persona que me había salvado la vida, su mirada y su expresión cambió. Toda la escenita que había montado unos minutos antes, se disipó. Le conté que probablemente a estas alturas había abrazado más veces a su hijo que a él mismo, como futuro marido. Así que entonces su mente cambió de rumbo.

–Entonces, ¿Caroline ya sabe quién es el padre de Samuel? –dijo mientras ponía la cabeza tan entre los hombros como le fue posible.

–Sí, lo sabe desde hace poco. Aunque no hay más que veros a ambos. Entiende que, tanto si recupero la memoria como si no, nuestros destinos ya no pueden estar unidos.

–Eso es cierto, no te podría pedir que casases con un hombre que ya tiene un hijo con otra mujer. Y que además es amiga tuya. ¡Qué cosas más curiosas tiene el destino! –se apagó su voz.

–O más bien, el destino está marcando el camino que debe ser y lo nuestro no estaba escrito por Dios –le consolé.

–Pero ella no me ama, más bien me debe odiar por haberle hecho engañar a su esposo y además premeditadamente –dijo el avergonzado.

–¿Tú crees que no te ama? ¿Tienes esa certeza? –dije con una media sonrisa. Alzó la vista con brillo en los ojos.

–Tienes más información de la que yo poseo, por haber convivido con ella, ¿verdad? –dijo con voz tintineante.

–Puede ser que tenga más información que tú, porque tú no has hecho un solo gesto por descubrirlo por ti mismo, ¿no crees? –le dije con tono de regaño en la voz.

–Pues no he osado acercarme directamente. ¿Pero quién te crees que le suministra protección indirecta, y se encarga de que nunca le falte comida ni leche para el niño?

Ahí me había pillado. La versión de su familia política me pareció creíble y, en realidad, la forma de hacérsela llegar o a través de quién, no era importante. Sino el hecho de que él estaba cuidando de ellos desde algún lado escondido de la ciudad.

Me quedaba solo una pregunta que hacerle. Y entré a boca jarro:

–Marius, ¿tú me has amado a mí alguna vez de verdad? ¿Sinceramente ibas a casarte conmigo?

–Pues verás, Caroline era algo impensable para mí como esposa porque aquí los lutos son largos y luego pensé que las habladurías les harían mucho más daño puesto que el niño cada vez se parece más a mí. Al final no creí que fuese lo más bueno para ellos. Sin embargo, cuidarlos a la distancia siempre estaría en mi mano. Y tú y yo crecimos muy unidos y de pequeños siempre decíamos que nos casaríamos. Por tanto mi cariño por ti es real, me gustaste siempre por tu personalidad –curioso, porque me hubiera encantado saber cuál era mi personalidad anterior– y por tus maneras desenvueltas e independientes. Así que cuando tu padre me propuso dejar la Corte, llena de infamias y de cosas terribles, para quedarme con el negocio, no lo dudé mucho. Tengo muchas ideas para hacer crecer la panadería y quién sabe, quizás hacer varias tiendas más –noté un cierto aire de auto-superación.

–Pues creo que deberíamos retocar ciertos planes, querido primo. Yo no te amo ni te recuerdo, siento ser tan clara.

–No has cambiado –rio mientras me interrumpía.

–Pues entonces –seguí hablando haciendo caso omiso a la interrupción– tú y yo tendremos que seguir caminos distintos. Aunque para serte sincera,

ser panadera ya no me parece lo más atractivo para mi futuro.

–Jo, nunca te lo pareció –dijo, mirándome asombrado–. Eso debe ser buena señal, parece que tu esencia es la misma –y me sonrió.

–Pero vamos, si a Padre no le importa, por mí te la puedes quedar tú toda enterita –sonreí mientras me levantaba del banco en el que nos habíamos sentado.

Sin mirarle me dirigí hacia un curioso columpio de madera que se veía antiguo en el «back yard» familiar, colgado entre dos robustos árboles. Sin pensármelo mucho me senté con la confianza de una niña pequeña y empecé un ligero balanceo. Casi sin darme cuenta, Marius ya se había situado detrás y estaba impulsándome suavemente. Quizás como cuando éramos niños. En un instante en el que el viento en la cara me indicaba que ya tenía cierto impulso tuve un momento de flash recordatorio. Me vi a mí misma con las piernas más cortitas y toda pequeña, balanceándome ahí mismo mientras una joven madre me miraba desde la entrada del jardín posterior que estaba más cuidado. Claramente noté los ojos tristes de esa mujer, que en esos momentos me resultaba mucho más familiar que la madre que acababa de conocer, y hasta sentí su dolor por no poder concebir otro hijo, mientras me miraba a mí con cariño.

Del susto y la impresión por haber recordado una vida que no sabía haber vivido, paré de golpe casi asustando a mi acompañante que intentaba entender el porqué de mi brusco parón. Me toqué la frente, la cara y me froté los ojos, como si esos recuerdos me hubieran trastocado la cabeza. No me dolía, de hecho, me di cuenta de que mis habituales migrañas habían desaparecido desde mi llegada a este viejo siglo. Y ahora empezaba a recordar retales de algo que no tenía grabado antes en mi memoria.

Mi afán de buscar un sentido médico, por ser enfermera, me hizo pasar un buen rato sin hablar, solo tratando de entender qué había pasado, físicamente. ¿Mis neuronas me estaban ayudando a sobrevivir en un nuevo entorno o era verdaderamente un recuerdo real?

Cuando el sol se empezó a marchar, empañado por esas nubes siempre presentes, me noté con frío. Hasta entonces no me había puesto enferma. Ni con el agua ni con la comida. Otra cosa curiosa que me tenía mosca; pues en ese entorno tan diferente al acostumbrado, podría haber tenido millones de infecciones diversas. Pero mi cuerpo parecía adaptado, de serie.

Con todos estos pensamientos, casi me olvidé de Marius.

–¿Dónde te fuiste?, pequeña –me dijo mientras me seguía a la zaga.

–Disculpa, he recordado que tengo una amiga y un recién confirmado sobrino al que atender –le contesté en una ágil y acertada respuesta.

Ambos reímos a gusto porque de pronto nuestra vida en común que ninguno de los dos queríamos, se había recolocado en su lugar. Él se debía sentir más liberado que nunca, sabiendo que tenía opciones de recuperar a una mujer y un hijo que amaba; con la tranquilidad de saber que no había sido descortés con la familia, por no aceptar una boda pactada.

–Marius, cuéntame cosas del Rey –aproveché mientras me envolvía en mi capa. No quería irme sin información y él parecía ser el más indicado para ponerme al día–. Sé que tenemos nuevo Rey desde hace muy poco y tú estás en la Corte.

–¿Qué quieres saber exactamente sobre él? –sonrió imperceptiblemente.

«Cualquier cosa que me pueda servir para situarme», me hubiera gustado decirle. Pero fui más cauta.

–Pues no sé, ¿cuánto lleva en el poder, quién estuvo antes que él, qué tal Rey es? Cómo sabes, no recuerdo ni dónde estoy. –Acabé la frase mirando disimuladamente la hierba que ya empezaba a nacer nueva.

–Es el Rey Jacobo, como ya sabrás. Lleva poco tiempo en el poder, es un hombre tranquilo y apacible, no es agresivo ni descortés, al menos con los que estamos cerca de él. Y por, quizás, eso, ha restaurado la libertad de los católicos cristianos, este país ha sido siempre un ir y venir de una creencia a otra –silenció un rato su perorata, pero yo no tenía tiempo que perder así que continué.

–Es un hombre cristiano y católico, ¿entonces?

–Sí, es buen hombre –creo.

Intenté hacer memoria pero yo era mala para la historia así que no recordaba mucho y menos de Inglaterra del siglo XVII. De lo que casi estaba segura es de que no habían existido guerras especialmente violentas durante los siguientes años, o al menos eso esperaba inconscientemente. No sé si hubiera podido soportar algo así.

–Por lo que he sabido hasta ahora –continuó– porque lleva escasos días en el trono, era el Duque de York desde su nacimiento y estuvo escondido en Oxford hasta el final de la guerra –me miró por si recordaba algo– la Guerra Civil inglesa acabó. Siempre huyendo de un lado a otro, y aunque tú y yo éramos muy jóvenes, el Rey fue un buen militar durante una época de su vida, mientras reinaba su hermano, Carlos II, que murió hace unos pocos días. No lo recordarás pero aquel frío febrero estábamos juntos planeando

nuestra boda.

Es un hombre muy prolífico, dos veces bien casado, una con Ana Hyde, tuvieron ocho hijos pero solo han sobrevivido dos. Muy lamentable esta parte de su vida, le ha pesado mucho aunque no lo diga. Sabes, aquí perder hijos está a la orden del día –dijo llevando su mirada lejos, a donde estaba su rubio descendiente.

Desde hace unos años, como en el año 1668 del señor, Jacobo y Duque de York se acercó casi definitivamente a la fe católica cristiana aunque sus dos hijas vivas se han criado como protestantes, por orden de su hermano el anterior Rey. Siempre fue una lucha interna entre ambos hermanos, pero nunca una guerra abierta.

Jacobo todavía sin ser Rey se volvió a casar en el año del señor de 1673 con María de Módena y también tuvo varios hijos, algunos nonatos y el resto todos muertos hasta la fecha, el último aborto de su esposa fue el año pasado, antes de su proclamación.

Es por eso por lo que yo le llamo para mis adentros –me miró suplicando complicidad– el Rey triste. De todas formas, además de su fracaso para engendrar hijos sanos, siempre ha estado perseguido de cerca por los protestantes; aunque ahora que le conozco mejor, sé que no es un hombre beligerante en cuestiones religiosas. Nunca se le podría acusar de conspiraciones crueles y al final su intensa relación con su hermano Rey protestante volvía a restaurar su amor fraternal. Para llegar a eso, se ha de tener un carácter intensamente humano y habilidades especiales, ¿no crees? –me pilló despistada poniendo en orden toda la información que antes no tenía.

–Sí, claro –contesté rápidamente para que siguiera hablando.

–En el año 1684 del Señor, hace un año, Carlos II le devolvió su título de Almirante a Jacobo. Dicen que el Rey, en su lecho de muerte se convirtió al catolicismo. No entiendo por qué alguien tendría que hacer algo así en el último momento –añadió–. Pero el caso es que así fue y hay testigos. Carlos II solo tiene un hijo ilegítimo, así que Jacobo se ha proclamado Rey sin mayores problemas a la muerte de su hermano. Han tardado un mes y medio en coronarle, pero ya es el Rey Jacobo II de Inglaterra y VII de Escocia.

»De momento nos ha mantenido a los que éramos fieles a Carlos II y todo parece fluir bastante bien. Pero en estos tiempos que corren, la Corte siempre es un lugar inseguro. Ahora le apoyan los anglicanos y los protestantes. Y los que somos más cercanos a la religión Católica Cristiana, también estamos a

gusto. Pero las intrigas de la Corte son como fantasmas, van y vienen por los pasillos y te atizan por la espalda cuando menos te lo esperas –sentenció muy serio.

Jo, me dije a mí misma, de momento estas son las únicas novedades importantes que tu mente debería tener en cuenta como algo para recordar. No sé por qué pero me barrunto que con temas de Iglesia es mejor estar a bien con todo el mundo y no destacar mucho ni por un lado ni por otro.

La verdad es que sí había vivido una muerte de un Rey y en esos días una coronación de la que se había estado hablando por la calle y celebrando por todas partes. Pero me di cuenta en ese momento de lo ciega que había estado con mis propios problemas. ¡Me había perdido un gran acontecimiento temporal por despiste! Quise no culparme mucho porque para mí aquel mundo era irreal hasta hace escasos días en los que empezaba a sentirme mejor.

–Te agradezco esta clase que me has dado sobre los últimos acontecimientos que con mi golpe en la cabeza se me han pasado como si nada. Me alegro de que sigas en la Corte y que guardes tus... lo que sea que tengas, trabajos o títulos ahí. Pero sí que es verdad que ser panadero es un gran cambio para ti –«por lo menos estarás más tranquilo», pensé.

–Ciertamente. De momento me mantengo con cautela, pero mi idea es alejarme poco a poco de ese entorno. El niño necesita un padre sano –se le escapó.

–Querrás decir que el niño necesita un padre –dije directamente–. Por lo que dices parece que te juegues la vida a diario.

No dijo nada, supongo que hacía algo que no podía explicarme y que obviamente yo no recordaba.

Dejamos el jardín trasero con la intención de terminar nuestra larga charla, al menos por mi parte. Quería irme ya de retirada, el camino no era corto y lo iba a tener que hacer sola.

Padres y Cat me esperaban en la entrada con mi bolsa lista. Demasiado preparados para dejarme partir –se me ocurrió pensar– pero contentos de haberme visto –supuse.

Di un abrazo a las mujeres y una sonrisa amable a Padre, ese hombre tan extraño para mí. Les di las gracias por su comprensión, por su cariño y la espera que habían tenido que soportar y les prometí lo que me pidieron: iría a un médico de la Corte recomendado por mi primo. Él me debería llevar expresamente para que me hicieran una pequeña evaluación por la caída.

Tuve que admitir este trámite porque el pesar de esos padres debía de haber sido durísimo. No merecían menos, por el padecimiento que debieron sufrir en mi ausencia.

También les dije antes de salir por la puerta, que generalmente estos golpes poco a poco se iban recuperando y que por tanto mi cariño por ellos volvería a estar intacto.

Marius se despidió de ellos a la vez y se empeñó en acompañarme en carruaje hasta casa de Caroline. No sé si por hacerme el favor de ahorrarme el camino o porque quería verla aunque fuera a través de una ventana. Fuera como fuese me fue bien ese paseo más tranquilo en el que sería mi primera subida en carromato. Disfruté del traqueteo y del salpicar del animal contra el suelo, como si fuera una niña en mi primera feria.

El camino que hicimos de vuelta fue en un muy agradable silencio. No teníamos nada más que decirnos. Era claro que nos teníamos cariño, él más a mí que yo a él. Tendría que recuperar también a un primo que no conocía. Y él también tendría que ordenar muchas cosas en su cabeza.

No bajó conmigo para no ser descubierto, tendría que decirle a Caroline quién me había llevado hasta allí porque yo no pensaba ocultarle nada a ella.

–Gracias Marius, ha sido un paseo agradable –en realidad me hubiera gustado decirle, «ha sido un placer conocerte», pero obviamente no podía–. Si necesitas mi ayuda con ella –dije mirando a la puerta –cuenta conmigo–. Hará caso de lo que le diga si lo hago de la forma adecuada.

–Muchas gracias –sonrió afectado– lo tendré en cuenta. Tengo que cambiar muchas cosas antes de intentar acercarme. De momento, en dos días estaré en la esquina de la Calle Market para llevarte a la Corte. Te verá el médico del personal que trabajamos ahí. Es uno de los mejores.

Uff, el médico. Como enfermera que todavía me consideraba, sabía que precisamente los hospitales y dónde había médicos, las cosas funcionaban diferentes a como se veía de puertas hacia fuera. Si me daban miedo los médicos de mi siglo, ¿qué no me daría cuando viera a un matasanos del siglo presente?

–Claro Marius, claro. Muy amable –dije con un escalofrío que me subió de abajo arriba–. Nos vemos en dos días.

Con un ademán de cabeza le dije adiós y corrí hacia la puerta, pues de nuevo la lluvia estaba haciendo estragos en la calle. Desde fuera, la casa se veía hermosa, con luz y calor de hogar. Me alegré de poder ser yo la persona que pasara otra noche dentro de esa casa, lo más parecido a mi casa.

Entré con la pequeña llave que Caroline ya me había asignado con toda la confianza del mundo. Ella estaba sonrosada, feliz y sonriente. El niño ya dormitaba y la cena estaba prácticamente lista y a punto de servir. Me estaba acostumbrando a

cenar a esas horas tan tempranas y mi estómago me hacía señales de humo.

La velada fue estupenda. Caroline estaba muy receptiva en cuanto a lo que le conté sobre todo lo referente a Marius, pero hizo el esfuerzo de querer escuchar toda la historia del reencuentro con mi familia, como si eso le importase más. Aunque yo sabía que no era así, le seguí el juego. Cuando le referí la aparición de su chico en la escena familiar, escuchaba atentamente como si fuera una historia ajena a ella. Pero se notaba que su corazón estaba dando botes.

Se quedó bastante contenta de que en realidad Marius fuera primo nuestro, mío y de Catty, que ya nos habíamos convertido en personas de su confianza y cariño. Todo quedaba más aclarado en ese punto y el destino parecía ser el que estaba cambiando las tornas, no nosotros. Seguía un poco incómoda por saber que hasta hace poco mi vida se iba a unir a él, pero le expliqué con claridad nuestra conversación y el acuerdo ya final al que habíamos llegado, al menos él y yo. Padre sería otro cantar.

También le conté nuestra charla en el jardín de la casa y que me había interesado por saber cosas de la Corte y del momento que estábamos pasando, porque a Caroline nunca se me había ocurrido preguntarle según qué cosas. En general creo que le di bastantes detalles de todo, excepto en los planes que tenía Marius para con ella y el niño.

No me atreví a meterme de lleno entre ellos. Claro que yo lo hubiera hecho todo diferente, me hubiera metido en medio, les hubiera hecho verse y confesarse amor eterno cual alcahueta. Pero las cosas no iban así. En este siglo los tiempos se respetan, los lutos se guardan y las cosas van lentas, mucho más lentas.

Acabé tan solo con un comentario más, inocente pero drástico. Aparte de la idea familiar de dejar la Corte y hacerse cargo de un negocio y de paso de una nueva mujer, Marius no parecía tener a nadie más en mente. Ninguna cortesana amorosa ni otros planes menos adecuados.

Caroline recogió la cena con mi ayuda, estaba igual de contenta que al principio pero no osó preguntar más datos que yo no quisiera darle anticipadamente.

-Por cierto Caroline, en dos días tengo que ir al médico de la Corte. Es

algo que le he prometido a Padre que haría.

–¿Vas a ir a Windsor? Y te va a llevar él, ¿verdad?

–Verdad. Estará esperando un poco más lejos de la puerta de casa, por si quieres, ya sabes, hacerte la encontradiza.

–¿Crees que sabe...? –intentó hablar.

–Creo que lo sabe –acabé yo y viendo con gracia que mi habilidad para acabar las frases de los demás seguía intacta. Aquí y allí–. Y no me extrañaría que quisiera verte pronto más de cerca.

Al subir esa noche a mi cuarto yo estaba agotada. No había caminado ni cargado nada más de la cuenta, pero emocionalmente mi cuerpo estaba rendido y mi mente no daba para mucho más. No obstante no pude dormir rápidamente y le seguí dedicando el tiempo correspondiente a estos, mis escritos aquí presentes, que era ya casi lo único que me recordaba que lo que me estaba pasando seguía siendo muy extraño. Ya no lo sentía como una pesadilla porque me estaba adaptando –asombrosa capacidad del ser humano – pero seguía pensando que todo esto tenía que quedar por escrito.

Esa noche tuve pesadillas como siempre y también soñé con la teoría de la relatividad. Yo que no tenía ni idea de cómo era exactamente, recordé que me explicaron en una ocasión cómo funcionaban los túneles del tiempo tridimensionales del espacio que teorizó Einstein. En ese estado en el que me encontraba, todas las posibilidades espacio-temporales eran probables y posibles. Así que me veía a mí misma viajando de un lado a otro por gusanos de luz yendo de un lado a otro pero sin acabar en ningún lugar concreto.

Pude volver a dormir mucho más tarde, pero antes de cerrar los ojos de nuevo, se me ocurrió volver a pensar en esos genios que sabían más cosas de la cuenta, en los siglos que vivieron. Esta vez pensé en Nostradamus y sus profecías. ¿Podría haber sido él también otro «regresado»? Nada de un adivino, un profeta o un superdotado. Quizás solo un hombre que, como yo, se encontró con mucha más información de la que podía ser entendida.

Leonardo Da Vinci, Nostradamus y Einstein serían mis nuevos amigos de pesadillas y sudores nocturnos.

La mañana de aquel cuatro de mayo, amaneció soleada. Decidimos ir a dar un paseo y pasar por misa, que era el acontecimiento social más importante de la semana en aquella época. Yo ya me estaba acostumbrando a no tener ni tele, ni radio, ni mi música, por lo que me gustaba la idea de tener un evento social que te obligase a salir a la calle al menos una o dos veces por semana. En esas reuniones en las que ya no tenía por qué esconderme, los vecinos

aprovechaban para saludarse, contarse los últimos acontecimientos del momento y ponerse al día de los cotilleos de la Corte o del nuevo Rey.

No hace falta que diga que durante muchos días el centro de atención era yo misma. La mujercita desaparecida de casa de los Jones, la chica que había estado escondida durante casi un mes sin saber ni quién era por haber perdido la memoria. Los primeros días la gente se quería acercar a tocarme para ver si era real, luego me hablaban y preguntaban cómo me sentía sin recuerdos y finalmente, cuando se acostumbraron más a mi presencia, dejaron de verme como algo nuevo, convirtiéndome en una más.

Después de misa, una mujer que tenía una herida abierta con muy mal color se acercó a saludarme, como había hecho en otras ocasiones. Yo me mordía la lengua para no comunicarle que la herida se le estaba infectando, pero mi miedo a parecer algo que no era, me hizo quedarme paralizada. Por supuesto dejé que se fuera. Por lo que se sabía de mí hasta ahora, yo solo era la hija de un panadero. Sin embargo, pronto me di cuenta de que eso se iba a convertir en un problema. No podría seguir ignorando una y otra vez que la gente se pusiese enferma alrededor mío y yo no poder hacer ni decir nada, porque me hubieran tomado por bruja. Desde que llegué al viejo siglo ya había oído suficientes historias de mujeres expertas en ungüentos que habían sido acusadas de brujería y estaban pendientes de ser ejecutadas. Ahí mismo, a escasos kilómetros de donde yo me encontraba.

7 de mayo de 1685

La mañana en la que tenía una especie de cita con un médico, Caroline estaba muy emocionada. Había decidido que me acompañaría hasta el carromato y así podría ver un poco más de cerca al padre de su hijo. No le puse ninguna pega, aunque no estaba segura si el carruaje vendría solo a recogerme o si también se personaría mi primo para acompañarme.

El viaje era largo, eso bien lo sabía yo, porque la Corte de Windsor estaba a unos cuantos kilómetros. Me había preparado bien, con mis mejores galas y las que me prestó mi casera y amiga. Esta me había preparado también una cesta con provisiones por si me hacían esperar demasiado, no fuera a pasar hambre. Y mi capa nueva más primaveral y ligera, pero abrigada para seguir protegiéndome a la caída del sol.

Cuando el carruaje hizo acto de presencia y el chofer bajó para ayudarme a subir, nos dimos cuenta de que Marius no estaba dentro. Bien pensado, hubiera tenido que madrugar demasiado solo para ir y volver. Le di a Caroline un abrazo consolador y un beso al pequeño. Le dije que estaría bien –tenía serias dudas en verdad– pero no quería preocuparla. La Corte no era un buen lugar para la gente como nosotros, me decía siempre Caroline.

En el camino, con el agradable traqueteo del carro, me quedé dormida. Al oír unos fuertes relinchos de caballos, me desperté de golpe con un buen susto en el cuerpo.

Habíamos llegado a las caballerizas.

Marius estaba listo para ayudarme a bajar. Me había esperado donde él considero mejor, justo al llegar para que no tuviera que vérmelas con nadie

estando sola. Esa mañana estaba guapo y elegante. Supuse que cuando uno vive en la Corte tiene que estar siempre presentable.

–El Rey no se encuentra muy bien, prima, quizás tendrás que esperar un poco a que te atienda el médico –me dijo un poco avergonzado por el largo viaje y la futura espera.

–No importa –le dije mintiendo–. Esperaré lo que sea necesario, no he venido aquí en vano.

–Gracias por entenderlo, espero que te pueda ver hoy mismo –dijo bajando un poco la mirada–. Haré lo posible para que te sientas cómoda hasta entonces.

Me pareció curioso ver que independientemente del siglo en el que uno se encuentre, las visitas a los médicos siempre se retrasan –me reí yo sola de mi propia idea–. Al mismo tiempo creí que sería una oportunidad excelente para dar una vuelta por el terreno, ver en primera persona cómo era todo aquello, rebuscar por las esquinas cosas interesantes, ver gente bien vestida con las ropas típicas del momento. En fin, una amplia gama de opciones de qué hacer durante lo que prometía iba a ser un largo día. Mi emoción interior empezó a crecer por momentos.

–Marius, no te preocupes por mí. Si puedo dejar esta cesta de comestibles en algún sitio y si me das permiso –dije– me encantaría poder dar una vuelta por aquí. Si tienes cosas que hacer, puedo ir sola.

–No creo que haya problema, llevaremos la cesta a la cocina. Tienes un par de horas para pasear hasta que el médico quede disponible, así que te mandaré a buscar cuando llegue el momento. Querida, no te metas en líos, procura no hablar con nadie ni dar demasiadas explicaciones. Te sorprendería saber la cantidad de maldad que hay dentro de estas paredes. Si puedes pasar desapercibida, mejor. Si alguien te pregunta de dónde vienes o quién eres, no mientas. Has de decir que eres prima de Marius Jones y que has venido a visitarme. Nada más habrás de decir. ¿Alguna pregunta?

Sí, en realidad tenía millones de preguntas.

–No, está todo entendido –mentí– pero no tenía ganas de seguir perdiendo el tiempo. Quería salir a trotar por ahí cual colegiala, subir y bajar escaleras, mirar cortinas y ver mujeres hermosas con tiaras.

Después de dejar la cesta de enseres en la cocina y de presentarme a unas muchachas que atendían a la parte del servicio, me dejaron libre. No sabía por dónde empezar aunque estaba claro que me encontraba en la parte menos

noble de la Corte. Me daba un poco igual no verlo todo, para mí ya era un lujo poder estar viendo en primera persona lo que muchos en mi siglo pagarían por ver, así que inicié mis pesquisas dirigiéndome hacia unas escaleras de caracol situadas a la izquierda de la gran cocina de servicio.

No sé por qué me dirigí hacia allí, pero una intuición que nunca había sentido me incitaba directamente hacia «arriba». Empecé a subir los grandes escalones de piedra, bastante pesados y altos. Cada vez parecía haber más, pero me parecía de cobardes volver atrás así que seguía subiendo. No tenía miedo, pero sí algo de nervios porque cuanto más subía, más sensación tenía de haberme equivocado de zona. Una zona más prohibida que cualquier otra.

Finalmente llegué a un rellano en donde la humedad y los hongos habían hecho más estragos que abajo. Me envolví en mi capa primaveral para no coger frío y empecé a mirar las puertas de madera viejas y gastadas que estaban dispuestas alrededor. Como la mayoría se encontraban cerradas, a mi espalda pude ver un pasillo que continuaba hacia otra zona, como si solo estuviera conectada desde esa zona superior en vez de por la zona de las cocinas. Caminé a tientas porque la luz era mucho menor al no haber ventanas en ese estrecho pasadizo.

De pronto vi una puerta que no estaba cerrada del todo, como entornada. Y dentro parecía que había luz de velas o de un fuego. Me pareció extraño que hubiera alguien ahí, por la humedad del lugar, pero como no estaba haciendo nada malo, me sentí con fuerzas para dar un pequeño y sutil empujoncito a esa puerta. A ver qué pasaba...

–Adelante muchacha –oí una susurrante voz.

–Buenos días, Señora –contesté sin ver todavía nada claro de ella–. Seguía como en penumbra.

–¿Qué te trae por aquí, hermosa? Este no es lugar para jovencitas ni para el servicio –dijo sin quitar la vista de sus manos, que ahora pude ver que tejían algo.

–Disculpe, estoy de visita, he venido a ver a mi primo Marius –dije rápidamente usando la única excusa que me protegía.

–Ah sí, Marius. Un magnífico muchacho –dijo sin levantar todavía la mirada–. Disculpa que no te mire directamente, en realidad estoy bastante ciega ya y no importa si te veo o no. Pero tu voz me dice que eres una mujer hermosa y joven, no necesito ver más allá de eso. ¿No crees? –acabó.

–Siento que haya perdido la vista, Madame –cataratas pensé, por la edad que tenía–. ¿Hace mucho que no ve?

La mujer se había callado de repente. Nuestra conversación bidireccional cesó. Y ella se puso muy seria, mientras dejaba el telar quieto entre sus manos.

Al no recibir más respuesta de ella ni más movimientos, me asusté. Así que decidí hacer un «mutis por el foro».

–Disculpe si la he incomodado, señora. Me marcharé inmediatamente para que continúe usted con su trabajo –que por cierto, hacía sin ver.

De pronto miró hacia delante como hacen los ciegos que ven más que nosotros y me dijo muy seria algo con lo que no contaba en absoluto.

–Querida, ¿qué haces aquí, de dónde vienes? –dijo moviendo la cabeza de un lado a otro.

–Estoy de visita, de verdad disculpe si...

–Niña, puede que no vea, pero no soy ciega –dijo ya enfocando su cara hacia mí directamente–. Ven y siéntate delante de mí. Tú no eres una mujer normal y este no es tu sitio, si me dejas tocarte, me gustaría saber más cosas de ti.

A punto estuve de salir corriendo y bajar los escalones de cuatro en cuatro con riesgo de caer de cabeza y matarme. Pero si algo o alguien podía decirme cualquier cosa que me ayudara a entender algo de mi experiencia, tenía que ser valiente y arriesgarme a tener esa información. Si esa mujer era especial y todavía no la habían tachado de bruja, yo tampoco tendría culpa alguna si me encontraban charlando con ella.

Cuando pude reaccionar– que tardé– me senté en una pequeña silla de madera podrida, delante de la buena, ciega y mayor mujer.

Me tomó de las manos y la cara de susto que puso me asustó más que todo lo que había vivido yo hasta entonces junto. Cerró los ojos, los abrió de nuevo, los volvió a cerrar. Convulsionó un poco, y finalmente, me soltó las manos y me sonrió.

–Qué viaje más hermoso he hecho contigo, pequeña –dijo sonriendo ya más dulcemente–. Vienes de muy lejos como si no pertenecieses a este mundo. Pero eres buena y vas a hacer grandes cosas entre nosotros –vaticinó muy segura de lo que decía–. Tu familia estará bien, los he visto. Están tristes, pero hay un gran hombre que te quiere y está ocupándose de todo. Debes saber que no les vas a volver a ver nunca, pero ellos estarán bien.

Entonces sus ojos se cerraron y quedó dormida en un profundo sueño. No pude preguntarle nada más porque ya no estaba ahí. Sus palabras habían dicho todo lo que se podía decir. Y en realidad, qué más podía preguntar yo

aparte de por qué estaba tan segura de que no había vuelta atrás. Eso me desconcertó mucho porque mis secretas esperanzas eran cada día levantarme una mañana de nuevo en mi vida, la que recordaba y en el fondo quería recuperar.

Me levanté haciendo ruido por si tenía suerte y despertaba la mujer. Necesitaba más información aunque me di cuenta que ya no era viable, al menos por ese día. Entonces la tapé con una manta que vi cerca, avivé el fuego y la dejé bien cubierta en su sillón para que siguiera descansando. Me recordó a mi abuela en sus últimos años, que con una manta y algo de cariño de los suyos ya tenía suficiente para ser feliz.

Salí de ahí algo más perturbada de lo que había entrado. Siempre he creído que hay gente que tiene ciertos dones para ver cosas, pero nunca me había enfrentado directamente a nadie que se hubiera tomado la molestia de verme algo a mí.

La mujer, que ni siquiera me había dicho su nombre, había acertado al ciento por ciento en las pocas frases que había dicho. Y en cierta manera traté de quedarme solo con lo positivo de sus palabras: ellos estarán bien.

Salí a tientas al pasillo y con la cabeza todavía en estado de shock por lo que había pasado, continué mi inspección. En esa zona, aparte de la mujer ciega que veía más que cualquiera de nosotros, no parecía haber nada más interesante. Volví sobre mis pasos y con mucho cuidado bajé las empinadas escaleras de caracol por las que había subido. Una vez llegué abajo, lo cual me llevó bastante más tiempo del que me tomó subir para no caerme de bruces, las cosas seguían igual, las voces del servicio yendo y viniendo de un lado a otro, las lavanderas paseando con ropa limpia de cama, los mozos acarreamo agua del pozo hacia las cocinas...

Sorteé como pude aquella vorágine de movimientos y busqué otra zona menos peligrosa que la última. Pero finalmente me fui hacia el patio, quizás para ponerme un rato al sol, que salía tímidamente en forma de pequeño rayo.

Busqué una zona con jardín y cuando hube ubicado un buen sitio, me senté a descansar las ideas. La gente hacía como si yo no estuviera ahí. Pasaban por delante de mí como si nada, no saludaban con la voz, sí con algún ademán rápido. Casi preferí ver sin ser vista.

Mirando las almenas de las torrecitas, me pareció ver a la mujer por una de las ventanas, como si me mirase. Ninguna de las dos cosas podía ser. En primer lugar porque la habitación de la anciana daba a una parte posterior y en segundo lugar porque si estaba casi ciega, ¿cómo me iba a poder distinguir

desde tan lejos? Sea como fuere, la saludé con un suave movimiento de cabeza y una sonrisa. Siempre es mejor estar a buenas con esta gente especial.

Lo que fueron dos horas me pasaron como cuatro. Ya estaba entumecida de estar sentada al aire libre y en un segundo intento de cotillear otras zonas, me di cuenta de que mi motivación estaba bastante baja. La conversación con la anciana me había llenado de angustia y solo quería ver a ese médico lo antes posible, contarle cualquier tontería y volverme a casa.

Pero claro, no fue así. Me había entrado hambre y ahí todavía no me había venido a buscar nadie. Una vez localicé mi cesta de víveres en un rincón de una preciosa alacena, me fui directamente a tomar un trocito de pastel que me había envuelto Caroline en una tela. Era de carne y estaba delicioso. Me lo comí sentada en el borde de la mesa principal del servicio, mientras las doncellas preparaban algún mejunje para el Rey que tenía el estómago, por lo que decían, descompuesto. Miré cómo trabajaban en la cocina las muchachas que preparaban el caldo. Por lo que iban metiendo en el puchero, me daba la sensación de que ese hombre no iba a mejorar mucho. Además, estaban a punto de poner unas esencias de yerbas muy raras con olor extraño. Me estaba poniendo muy nerviosa pensar que con un ataque de diarrea le iban a dar un caldo lleno de cosas flotantes, como de carne. En un momento en el que la cocinera principal se giró para buscar otro ingrediente, vi unos limones muy bonitos y amarillos que tenían aspecto decorativo. Se me ocurrió levantarme a por uno de ellos y lo partí con un cuchillo que tenía cerca. Cogí una cazuela de barro sencilla y exprimí el limón como pude y puse algo de sal que había en otro cacharro. Rápidamente, del caldo que se estaba cocinando, cogí un poco con un gran cucharón y lo añadí al limón exprimido. Todo revuelto y caliente con el olor del limón, parecía un sencillito caldo mucho más sano para un estómago dolorido que lo que andaban preparando por ahí.

Cuando la cocinera volvió me miró muy contrariada por ir tocando sus cosas de cocina, y me preguntó que qué estaba haciendo. No sabía cómo comentarle que lo mejor para la diarrea sería que le dieran el caldo que le había preparado yo misma. Pero, ¿con qué criterio me iba a hacer caso?

–Señora, no quiero ser descortés ni que me tache usted de sabionda, pero por casualidad un día en que andaba mal del estómago mi madre me hizo un caldo suave y añadió un poco de limón. Y se me fue la diarrea –la miré con la cara de mayor respeto que supe, pero sin apartar la vista de ella.

Se quedó en silencio como pensativa. Miró a su olla de donde salían olores mucho más fuertes y sin pensárselo mucho, asió mi cazuela con las dos manos. Y añadió:

–El Rey se encuentra verdaderamente mal esta mañana, pero el médico dice que necesita líquidos. Así que le llevaré al catador este –miró con asco el cazo– mejunje y si no le has puesto nada malo, se lo llevaremos. No tenemos nada que perder.

Ni yo misma me podía creer que fuera tan sencillo acceder al bienestar de un Rey. Me pareció incluso que no era un Rey muy endiosado, quizás porque llevaba apenas un mes como soberano y todavía no se dejaba agasajar más de la cuenta.

Me volví a sentar en la mesa y me acabé tranquilamente mi pastel de carne. Me sirvieron un poco de vino, bastante malo por cierto, y me olvidé de la anécdota del caldo.

Cuando hube terminado me fui hacia otra zona de la casa de servicio. En ese momento sí que decidí perderme otro rato a pesar de que sabía que la hora de visita se estaría acercando. Unas campanas que anunciaban un medio día, me confirmaron la hora. Subí escaleras, crucé puertas que quizás no debía y me encontré en unos pasillos mucho más acogedores que los de servicio. Estaban alfombrados y en los laterales de las paredes de piedra, había unos salientes con pequeñas y grandes antorchas que daban luz a todos los rincones del pasillo.

Me crucé con dos señoritas muy guapas y bien vestidas. Noté que olían bastante fuerte para estar tan arregladas y me acordé de lo que más difícil se me hacía entender, la poca limpieza general de las personas. Ellas me ignoraron porque además me aplasté contra la pared cual antorcha colgante, mas yo pude oír que hablaban del Rey.

–Es notable la mejoría –decía una a la otra– no saben quién ha hecho la comida hoy, pero le ha sentado bien. Qué alegría más grande, al fin se terminó su sufrimiento nocturno.

–Sí, pasarse toda la noche sin dormir por este mal, es muy incómodo. Ahora parece que duerme un poco.

Me alegré de que el médico fuera a estar disponible, así yo podría ir y terminar con lo que tenía pendiente para ese día. Ni siquiera me acordaba ya de que se habían llevado mi cazo de caldo con limón de mis manos y mucho menos podía pensar que se habrían fiado de una extraña metida en la cocina, cambiando ingredientes.

De pronto, un caballero increíblemente alto y corpulento apareció en el pasillo. Llevaba unas ropas preciosas y tenía un semblante atractivo, de ojos oscuros y pelo en media melena. Me gustó porque parecía muy seguro de sí mismo y ese aura de inteligencia innata que tienen algunos hombres. Me quedé petrificada mirándole venir hacia mí –en realidad solo caminaba hacia delante; pero a mí me dio la sensación de que iba directo a alzarme en brazos y en mi fantasía, juntar su mirada con la mía–. La única reacción con sentido común que en el último momento se me ocurrió fue volver a aplastarme contra la pared. Me di cuenta tarde de que no iba solo, sino con un joven que parecía irle a la zaga llevándole sus cosas.

En vez de pasar de largo como habían hecho las muchachas, el hombre se paró delante de mí. Muy cerca, demasiado cerca. Bien quieto estaba cuando dijo:

–No te había visto nunca por aquí, muchacha –dijo sin apartar la vista de mis ojos–. Si no me traiciona mi intuición –continuó–, tú debes ser la chica que estaba esperando, la prima de Marius. ¿Me equivoco?– él sonreía mientras mi alma se derretía por primera vez en mis dos vidas.

–Mi nombre es Josephine Jones, y soy efectivamente, la prima de Marius Jones. Y si mi intuición no me traiciona tampoco a mí, usted debe ser el médico con el que me tenía que ver hace unas horas –le contesté con toda la rapidez que se me ocurrió.

Me ofreció una amplia y limpia sonrisa y en esos momentos me recordó un poco a un rey Árabe pero sin turbante. Tenía esos ojos oscuros más propios de los hombres de Oriente que de Occidente.

–Sígueme –y se puso a caminar a grandes zancadas que me costaba alcanzar–. El chico debía de ser su ayudante y se puso detrás de mí como quien sigue a un pequeño séquito.

Azorada por los ojos oscuros de ese hombre, acomplexada por no ir mejor vestida, preocupada porque no sabía en qué estado se encontraba mi pelo, le seguí durante un largo rato por pasillos y puertas que ni siquiera miraba. No hubiera sabido volver en esos momentos. Finalmente, llegamos a una estancia bastante grande y acondicionada para pasar consulta, con unas zonas de medicamentos y botes con ungüentos y otra zona con una mesa de trabajo. El médico mandó avisar a Marius diciéndole:

–Chiquillo, manda aviso al Caballero Jones de que su prima y yo ya nos hemos encontrado y ya está en mi consulta. Que se la devolveré sana y salva en las caballerías en unos momentos.

Me sentó mal en ese momento que solo quisiera estar unos minutos conmigo, estaba claro que él me había causado una impresión diferente de la que yo le había causado a él. Sin embargo mi dignidad estaba intacta, excepto mi cara de idiota al verle en el pasillo, nada más le podía hacer pensar que me había dejado anonadada.

Una vez hubo colocado sus cosas encima del escritorio, tomó unas rápidas notas sobre lo que supuse que sería el estado del Rey y me hizo sentar delante de él.

El método que utilizó fue el de las preguntas:

–Josephine, ¿verdad? –dijo sin levantar la mirada de los papeles– iré haciéndote algunas preguntas mientras tomo notas, no te sientas mal si no te miro. Me gusta oír primero lo que te ha ocurrido. No suele ser normal, así que no te extrañes que haga más y más preguntas.

Silencio por mi parte. Seguía bastante intimidada por aquel hombre.

–Me han contado que te diste un golpe fuerte en la cabeza. ¿Es así?, ¿cómo te lo hiciste, caíste de algún lugar alto?

–No lo recuerdo –dije mirando los cuadros de las paredes.

–Claro, no lo recuerdas –levantó la vista ligeramente con lo que me pareció una mirada incrédula.

–Pues no, por eso estoy aquí. No recuerdo cómo fue, así que he supuesto simplemente que debí de caer y golpearme la cabeza, pero no le puedo dar más información lamentablemente –contesté.

Preguntas del tipo ¿Cuánto tiempo crees que estuviste inconsciente? ¿Qué notaste cuando volviste en ti? ¿Qué reacciones corporales has tenido desde la supuesta caída? ¿Has recordado algo desde entonces?, se sucedieron durante un largo rato y apenas podía inventar respuestas al momento. No me gustaba mentir y mucho menos seguir con una mentira, pero no tenía más remedio que seguir el juego.

Finalmente se levantó y se acercó a mí, dejando sus notas a un lado y arremangándose un poco. Me puso las manos en la cabeza, mientras yo estaba más tensa de lo normal. Me tocó por la parte frontal como buscando algún golpe, luego por los laterales presionando ligeramente. Me hizo una exploración en la vista y movió mi cuello de lado a lado con cuidado. No me pareció una mala exploración para una caída. Yo misma había hecho miles durante mis guardias en urgencias y ciertamente era un protocolo acertado. Quizás más propio del momento mismo de la caída o las horas posteriores, pero para el poco margen de maniobra que le habíamos dado, no estaba nada

mal.

Puso después su oído encima de mi pecho por si oía algo anormal, me extendió los brazos y me realizó algunos movimientos corporales para cerciorarse de que no tenía fracturas ni otros problemas añadidos a la falta de memoria. Casi antes de volverse a sentar, me puso varios objetos delante y me los dejó ahí.

–Míralos bien durante unos segundos –me dijo.

Los miré por encima sin saber qué se proponía. Y seguidamente los tapó con una tela.

–Por favor, enumera los elementos que estaban hace un momento delante de ti.

Me pilló desprevenida pero aun así no fue un ejercicio difícil. Una pluma, un cuchillo, cera de lacre para sellar cartas, una pequeña vela apagada... recité todo lo que recordaba con bastante diligencia.

Al acabar, le miré fijamente para ver si conseguía que me viera. Normalmente los médicos con los que había trabajado no me habían llamado la atención. Solían tener una especie de conciencia divina y no me gustaba que se sintieran por encima de los mortales. Muchos de ellos nos trataban a las enfermeras sin el respeto que nosotras también nos ganábamos tras años de experiencia y de estudios de Medicina y, al ver que me estaba ignorando el primer médico que había llamado mi atención, volví a sentir algo de esa impaciencia. Pero él seguía tomando notas y más notas, esta vez –supuse– sobre mí.

Opté entonces por levantarme mientras él seguía ignorándome y me puse a pasear por la sala de exploraciones. Miraba sus libros y papeles, así como los contenidos de los botes que llevaban hierbas de diferentes tipos.

–Vuelve aquí, por favor –me dijo–. Siéntate.

Con ese tono tan asertivo, no tuve más remedio que acceder a su petición. También quería volver a estar frente a él y ver si mis encantos de mujer tenían algún efecto en este siglo.

Volví sobre mis pasos y me senté usando mis mejores dotes de coquetería, que no sirvieron de nada, claro. Él seguía tomando notas.

–Por la revisión que te he realizado, más los datos que me has dado, te diré que en estos momentos estás perfectamente bien.

–Me alegro, en realidad me encuentro bien. Ya se lo he dicho a todo el mundo pero me han obligado a venir –dije desviando la mirada para hacerme

la interesante.

–Ya imagino que Marius habrá insistido. En golpes de estas características está bien una revisión por si acaso. Lo único que te puedo decir es que a lo largo de mi carrera me he encontrado algunos casos como el tuyo. Se llama amnesia y se empiezan a realizar algunos estudios al respecto. Es una pérdida de memoria temporal que puede convertirse en crónica a causa de un trauma físico o bien de un estado emocional que un paciente tiene que vivir.

Yo le escuchaba como si no hubiera oído hablar nunca de ello. No podía decirle nada de lo que yo ya sabía, así que me mordí la lengua como ya me estaba acostumbrando a hacer con muchas otras cosas por las que no podía tomar partido.

–Normalmente –siguió– se pasa con el tiempo y en el peor de los casos, las personas tienen que adaptarse a no recordar nunca nada de lo que han olvidado. Pero generalmente no es malo para la salud general. Creo que podrás hacer tu vida normal y seguir con tus planes.

Justo cuando le iba a dar las gracias para salir corriendo, dado el éxito de mi sensual actuación, entró su ayudante con la cara descompuesta.

–Doctor, el Rey ha mejorado tanto que se ha puesto en pie y parece que quiere bajar hasta la misma cocina para agradecerle a la cocinera el nuevo caldo.

Se me pusieron los ojos como platos y creo que el doctor me notó algo en la mirada.

–Chico, dile al Rey de parte del médico que no se mueva del lecho, que es pronto para una valoración. Ahora iré con él y le revisaré de nuevo. Que no salga de su alcoba.

El corazón me latía a mil por hora. Le habían dado mi caldito al Rey y se lo había tomado. El limón había hecho su efecto y debía de haber cortado la diarrea, mientras que el caldo sin tropezones y la sal le habían devuelto la hidratación. Mi suero casero había hecho efecto.

–Has estado merodeando por las cocinas toda la mañana, ¿verdad? –me increpó el guapo médico–. Una de las cocineras ha contado que una mujer que rondaba por ahí ha preparado un caldo especial para los estómagos –entonces sí empezó a mirarme fijamente y muy serio–. ¿Creías que el Rey iba a probar un bocado que yo no hubiera supervisado?

Me temblaba todo el cuerpo porque pasar desapercibida era justo lo que estaba a punto de no hacer.

–Bueno, sí he estado por ahí toda la mañana, esperándole a usted. Pero le

prometo que yo no he...

–Que mal se le da mentir, señorita Josephine Jones. Venga, confiese que ha sido usted la que ha preparado ese caldo para nuestro Rey, no se lo diré a nadie, lo prometo.

Era mi primera oportunidad de compartir secreto con este hombre y me pareció que los médicos tenían que guardar la confidencialidad de sus pacientes. Me las quise dar un poco de persona especial para llamar algo su atención.

–Bueno, tan solo se me ocurrió de repente, fue como una reacción sin pensar.

–¿Cómo una cualidad que antes del golpe no tenías? –dijo.

–Podría ser –le sonreí.

–Está bien. Si sabe escribir le propongo un trato. Usted me dice lo que llevaba ese caldo y yo prometo no decirle a nadie que tiene esas habilidades que, por otra parte, no son bien vistas por personas que no han estudiado Medicina, ¿qué le parece?

Aunque me sonó un poco a amenaza, no tenía muchas más opciones. Así que le pedí un trozo de papel y una pluma, y mientras él miraba cómo escribía, pude atisbar que por primera vez se hacía un silencio incómodo entre los dos. De esos silencios que por fin significaban algo. Cuando terminé de darle mi receta del suero casero, dejé de escribir. Lenta y concienzudamente levanté la mirada que paralizó durante unos segundos, la suya.

Sabiendo ambos que estábamos en un punto de no retorno si le dábamos un segundo más a ese momento, me habló rápida y forzosamente:

–¿Tiene... algún truco más? –dijo mientras volvía toscamente su mirada a sus papeles.

–No –mentí–. Eso es todo.

–Bien. Le agradezco su información. Quizás yo debería haber sabido que las sales junto con el limón paralizarían los malos humores del estómago. Lo que no sé muy bien es por qué lo sabe usted –dijo levantando la vista.

–Me ha prometido guardar silencio sobre lo que sé o dejo de saber. Hemos hecho un pacto y espero que lo respete –me aseguré–. De lo contrario, haré correr la voz por el pueblo de que el médico personal del Rey no sabe curar un simple mal de estómago. Y le advierto de que las gentes hablan muy deprisa –ahora la amenaza corría de mi cuenta.

No dijo nada más ni contestó mi, quizás ofensiva, respuesta. Solo sonrió

con media mueca mientras se guardaba mi escrito entre sus papeles.

–¡Peter! –gritó de repente–. Acompaña a la señorita Jones a las caballerizas –noté cierto desprecio en el tono– avisa a Marius y dile que ya hemos terminado. Que suba a verme para reportarle la visita cuando mejor le convenga. Estaré aquí toda la tarde pendiente del Rey.

Sin ser invitada a levantarme y sin apenas despedirme por la descortesía del final de la visita, me dirigí a la puerta, siguiendo al muchacho. El médico ni siquiera levantó la vista de los papeles. Justo antes de salir por la puerta, me giré. Quería ver por última vez esos ojos negros y la perilla que le daba aspecto árabe. Quería ver una vez más a ese hombre que, a pesar del poco tacto que había demostrado, me había cautivado de alguna forma u otra.

En esos rápidos segundos, levantó su mirada y me hizo una breve inclinación de cabeza a modo de despedida. Le contesté con el mismo gesto y me fui hacia la zona menos noble del Castillo, las cocinas.

Mientras recorría esos pasillos tan elegantemente cubiertos por telares y alfombras, me acordé de tantas y tantas historias que había leído sobre esta época. ¿Estaba en alguna película o de verdad seguía viviendo mi particular experiencia extraordinaria? ¿Por qué ya no me parecía una pesadilla?

Cuando llegué a las cocinas, recogí mi cesta de comida y me senté fuera en un pequeño banco de madera a esperar las instrucciones de Marius. Este llegó poco después preguntándome por la visita con el doctor. Le dije que parecía que todo estaba correcto y que no me había visto nada extraño. Noté por su expresión que se alegraba de corazón y luego me indicó que si no tardaba mucho en salir podría llegar a casa a media tarde, antes de oscurecer. Le di amablemente las gracias y le seguí a donde estaba el carruaje esperándome. Me ayudó a subir y me dijo que se pondría en contacto conmigo en cuanto le fuera posible, porque tenía una misión y tenía que partir unos días fuera de la Corte.

Llegué bastante más tarde de lo previsto a casa de Caroline, bueno, a mi casa en realidad. Había vuelto a llover y los caminos se habían llenado de barro así que los caballos tuvieron que hacer un esfuerzo extra para no quedar atascados a cada paso del camino. No pude dormir ni cinco minutos seguidos porque apenas podía mantener la compostura dentro del carro. Iba agarrada a los dos lados intentando no balancearme demasiado y, entre traqueteo y traqueteo, mi mente no podía sacarse esos ojos oscuros de la cabeza.

La casa estaba como siempre, caliente y acogedora. Caroline estaba

dándole una de las tomas al niño y me regaló una sonrisa amplia, sin moverse de su sitio.

Me acerqué a darle un beso en la frente cual hermana mayor y subí al cuarto a cambiarme, pues llevaba todo el día con las mismas ropas que con la lluvia se habían embarrado.

Al bajar, Sam ya estaba de vuelta en su cuna de madera y la cena estaba siendo servida para las dos. Ella estaba inquieta y tenía curiosidad por saber todos los detalles de mi viaje. En realidad la parte de mi visita médica le parecía lo de menos porque ella sabía que yo estaba bien, pero me cubrió de preguntas indirectas sobre Marius y sobre la Corte. Qué cosas había visto, cómo iban las gentes vestidas, dónde había estado él todo el tiempo... y muchas otras preguntas por el estilo.

–Me parece que te confundes –le dije–. No he podido estar mucho en la zona de los nobles. Más bien he conocido la cocina –reí.

–No puede ser. No me creo que no hayas cotilleado por ahí. ¡Esa no es mi Jo! –rio casi atragantándose.

–Está bien, a parte de las cocinas vi un pasillo, dos damas y la sala de visitas del médico. Pero no he entrado en ningún salón y no me han dado paso a ninguna de las zonas que habitan las gentes importantes. Ha sido muy curioso ver la zona de servicio y un poco de los pasillos. Está todo muy elegante y cuidado. Me he quedado con ganas de ver más.

Le conté las dos veces que había visto a mi primo y que no tenía ni idea de qué había hecho mientras tanto. Parece que se quedó más tranquila, hasta que la avisé de que tenía que partir de viaje varios días, momento en el que se puso algo más tensa. Finalmente me preguntó cómo había ido mi visita médica.

–¿Entonces viste al médico del Rey? –dijo distraídamente mientras admitía– dicen que es un hombre muy apuesto y que viene de tierras muy lejanas. Es nieto e hijo de médicos árabes, creo. Su familia viene de las tierras persas. Parece que tiene conocimientos especiales de medicina, muy diferentes a los que solemos tener en nuestro país –me informó–. Tiene un nombre muy extraño.

–Tan extraño debe ser que no me lo han dicho. Solo lo llaman, doctor. Y sí, es un hombre que llama bastante la atención. No sé si serán sus ropajes, la seguridad que proyecta o... –me callé de golpe.

–¿O? –me miró curiosa– Jo, ¿o qué? –ya me miraba fijamente.

–O sus grandes ojos oscuros –dije finalmente haciéndome la distraída.

–Jo, o poco te conozco o esos ojos oscuros te han cautivado con ganas mi amiga. –rio

No contesté. ¿Para qué? Cualquier cosa que hubiera podido decir hubiera sido utilizada en mi contra. Simplemente seguí cenando en silencio y cómo no, pensando de nuevo en el doctor.

–Bueno, como quieras, si no te apetece hablarme de esos ojos negros no insistiré –me miró de reojo.

–¿De veras lo harás? ¿No vas a insistir? ¡No me lo creo! –le dije con ironía.

–Apuesto lo que quieras a que te mueres de ganas de hablarme de él –inquirió.

–Pues sí, te agradezco que te molestes por mi salud. Me ha dicho que estoy perfectamente y que conoce algunos casos como el mío. Algunas veces estas personas recuperan la memoria de forma natural y otras veces se alarga eternamente. Pero que, a nivel de salud general, estoy perfectamente. Gracias por interesarte, hermana –dije haciéndome la molesta.

De pronto empezó a reír por mi desvío forzado de atención, pero estaba bien claro que no le había pasado por alto nada de lo que yo había dicho. Yo seguí cenando como si nada porque la realidad estaba volviendo a su sitio. Ya casi no me acordaba de la visita y cada vez veía más lejos a ese hombre. Preferí recordar las cosas que había encima de las mesas y ver si el instrumental que tenía se parecía en algo a los que usaba yo en mis quirófanos y en mi trabajo habitual. Había estado mirando mucho para poder recordar y tomar notas posteriores. Sería curioso saber cómo funcionaban las cosas en este siglo en Medicina y en lo que a mí me interesaba más, la práctica de la Enfermería y que tanto echaba de menos.

Acabé de cenar silenciosamente, cuando la miraba a ella, esa media sonrisa que se nos ponía a ambas, era inevitable. Era una conversación pendiente, pero no para ese largo y agotador día que yo había vivido.

Subí a dormir, cansada y soñolienta, con una ligera sensación de calor corporal extraño que hacía tiempo que no notaba. Caroline no preguntó más porque me vio cansada. Acabó de recoger ella la cena y no me insistió en quedarme más con ella abajo. Se despidió con un sencillo: «Buenas y bonitas noches».

Una vez arriba, me senté a escribir un rato sobre mi aventura del día, pero estaba cansada y no pude más que resumir mi visita con la mujer ciega y con el médico. Y me tuve que acostar.

De madrugada me levanté con mucha fiebre, más de la que recordaba haber tenido nunca. Yo no era persona de fiebres, en mi siglo lo más que había llegado eran a unos treinta y siete grados y medio, y ya eso para mí era estar delirando. Era de temperatura corporal más bien fría. Sin embargo esta vez estaba como poco a treinta y nueve grados, cosa muy extraña. Tenía dolor de pecho y tos acompañado de un malestar por todo el cuerpo. La verdad es que sin mi medicación habitual no sabía ni qué hacer. En esos momentos no tenía derecho a ser enfermera pues todo lo que sabía era en base a lo que tenía a mano: medicinas, instrumentos para curar y bajar la fiebre. Sin embargo, me di cuenta en ese momento de que ya no era lo que siempre había sentido ser.

Entre esa sensación de angustia por perder mi identidad profesional y con el dolor corporal que tenía, apenas pude avisar a Caroline. Me quedé tendida temblando y pensando en mi dexametasona y mi azitromicina, que me hubieran dejado como nueva en unas horas. Y ahora si no hacía algo pronto, mi cuerpo acostumbrado a recibir todo tipo de ayuda, tendría que vérselas solo para salir adelante.

Con esta lucha interna de mi cuerpo, me dejé llevar a un sueño aterrador lleno de pesadillas y delirios que ni recuerdo, sudando como nunca lo había hecho, y sin saber en qué estado iba a levantarme a la mañana siguiente. Tenía incluso la sensación de estar perdiendo el sentido, otra de las cosas que jamás me había pasado.

Ya no recuerdo nada más de esa noche.

El siguiente recuerdo que tengo, al haber vuelto a abrir los ojos, era que tenía un hermoso rostro delante mío, sentado a la vera de mi cama. Me costó mucho recordar de dónde lo conocía porque no me era extraño sino más bien reconfortante. Ponía paños húmedos en mi frente y me estaba acercando agua hervida para hacerme respirar vapores. Se le veían ojos preocupados y de repente, los vi de nuevo. Esos ojos oscuros que tanto estupor me habían provocado hacía lo que ya me parecía una eternidad. Tenía los labios resecos y cortados supongo que por la fiebre, y me noté sudorosa y de aspecto espantoso. No entiendo por qué sabiendo que estaba en una fase crítica de una enfermedad que ahí podía ser peligrosa, yo me estaba preocupando por estar presentable delante del médico de la Corte. Mujeres –pensé– somos capaces de eso, y mucho más.

Cuando me vio despertar esbozó una sonrisa muy de médico.

–¿Cómo te encuentras, Josephine? Has estado dos días inconsciente en

una lucha de tu cuerpo por sobrevivir. Es un milagro que estés despierta –y me rozó con su mano en la mía, muy suave.

No sabía si estaba asustada por haber estado inconsciente dos días –cosa que no había hecho en mi vida– o por lo que acababa de sentir que no recordaba desde mi primera conexión con el primer roce de mi primer amor. Un escalofrío que me llegó al alma. Cuando acabé con el shock mientras miraba su mano en la mía, que no había retirado pero sí cambiado de posición tomando mi pulso, le contesté como pude.

–¿Qué ha pasado, doctor? ¿Qué hace usted aquí, por qué no está en el Castillo cuidando del Rey? –balbucí como pude.

–El Rey se encuentra perfectamente, parece que «alguien» intervino y lo curó. Pero ya hablaremos de eso más tarde. Me dio aviso Caroline. Avisó a tu hermana Cat y ella a Marius. Él me trajo aquí lo más aprisa que pudo, hace ya dos días –y me miró. Me miró mucho y muy profundamente.

Bajé la vista porque no estaba en un estado adecuado para seguir con todas esas sensaciones y estaba perdiendo el control de mi misma. No tenía fuerzas apenas para respirar ni mover el cuerpo. Así que mucho menos para tener una romántica escena fuera de lugar. Debía estar todavía delirando y por tanto estaría imaginándome cosas que no eran reales. Debía de seguir con fiebre.

–¿Me está usted diciendo que lleva dos días aquí conmigo?
–pregunté emocionada pero disimulando.

–Bueno, llegué ayer y no podía dejarte, tenías mucha fiebre y no estabas consciente. Tu pulso era muy bajo y he tenido que hacer malabares para que te bajara la fiebre –dijo–. No podía dejar morir a la prima de Marius Jones y mucho menos cuando te dejé partir sin darme cuenta de que ya estabas enferma, no me lo hubiera podido perdonar.

–Se lo agradezco infinito –le solté de la forma más cursi que se me ocurrió –. No sé cómo agradecersele –en realidad sí sabía pero no iba a decírselo. Todavía me quedaban ganas de coquetear. Buena señal.

–En realidad, si que podrás agradecerme, pero ya hablaremos cuando te recuperes –me sorprendió su respuesta, no sabía si iba en tono jocosos, como la mía, o de verdad me haría devolverle el favor. En mi mundo los médicos no hacían favores, salvaban la vida como parte de su trabajo.

Como me pilló desprevenida su respuesta, me quedé en silencio, esperando a que acabara con el pulso. Si lo estaba contando debería necesitar el silencio de ambos. Los dos estábamos ahora mirando mi muñeca. Cuando acabó, se acercó a mi pecho lo que me produjo más calor todavía, debía de

estar colorada como un tomate y no creo que de fiebre. Pero puso su oído en mi pecho para auscultarme. Demasiado cerca –pensé mientras me ruborizaba cada vez más.

Cuando hubo comprobado que mi pulso estaba bien y mi pecho también, se incorporó de nuevo y miró hacia atrás. Yo no me había percatado de que desde hacía un rato, Caroline estaba con nosotros, observando todo lo que ocurría y a su lado estaba Catty. Las dos tenían una cara parecida al terror que parecía se iba disipando al ver la cara de calma del doctor. Las miré con cariño porque debían de haberlo pasado bastante mal y ahora podían respirar tranquilas.

–Señoritas –dijo el doctor mirándolas ahora a ellas– su amiga y hermana se recupera estupendamente. Lo peor parece haber pasado y la fiebre es baja. En unas horas, tomando lo que le he estado dando yo estos días, cada cuatro horas, acabará por reponerse con facilidad.

Luego me miró a mí para comprobar que lo había oído todo.

–Ahora, si me disculpan, debo volver a la Corte porque ya no puedo ausentarme más. Por otra parte, necesito una buena dosis de agua y jabón –rio avergonzado por su aspecto mucho menos elegante que el día que lo conocí.

–Gracias por su tiempo, doctor. Me quedaría más tranquila si pudiera conocer el nombre de la persona que me ha salvado la vida, si no le importa. Todavía no me lo ha dicho –le dije mirándole desvergonzadamente–. Había estado a punto de morir, no tenía nada que perder –pensé para consolarme por mi atrevimiento.

–Mi nombre es John –titubeó– doctor John Calgary –acabó de decir sin mucho convencimiento.

–Gracias entonces doctor Calgary, me ha cuidado estupendamente. Espero poder verle cuando me recupere –dije también demasiado directa.

Inclinó la cabeza todo lo cortésmente que su despeinada cabellera le permitió, se dio media vuelta y, sin más, cruzó la puerta dejándonos solas; mientras yo pensaba que si ese era su nombre real, yo me llamaba Meg Ryan en serio. Pero no pensaba discutir eso delante de las chicas y ponerlo en evidencia, así que lo dejé marchar dejando ese tema en la lista de «pendientes». Ese hombre no era inglés sino árabe, de eso estaba yo segura.

El resto del día Cat y Caroline se dedicaron por completo a cuidarme. Me asearon como pudieron, cambiando ropas de cama y mis ropas de dormir, me dieron sopas calientes y las medicinas de mi doctor, como pensaba llamarle

desde ahora. También apareció madre a traernos pan y a ponerme un rato su mano en la frente. No noté ese cariño maternal porque esa mujer y yo no teníamos vínculo alguno, según yo seguía sintiendo. Pero ver su extrema preocupación en el rostro me hizo pensar en la madre que dejé atrás e instintivamente me vino una oleada de nostalgia.

Finalmente Cat y madre volvieron a casa, Caroline subió con mi cena, una vez hubo dormido a Sam, al que yo ya echaba de menos, por no poder acercarme hasta estar recuperada del todo.

Se sentó a mi verita y me quiso dar la sopa como a un bebé, cosa que rechacé porque es algo que nunca he entendido. Una cuchara dada del revés con un giro extraño de muñeca.

Cuando me terminé mi caldo, Caroline, viéndome bastante recuperada, me intervino en lo que pareció un tercer grado.

–Vaya, vaya, así que aquí tenemos la causa de tus males, ¿eh? Querías volver a verlo y no se te ha ocurrido nada más que ponerte enferma para hacerle venir a verte –sonrió esperando mi reacción.

Yo interiormente estaba muy despistada. Aquellas altas fiebres poco típicas en mí me habían hecho tener muchos delirios que ahora empezaba a recordar. Los sueños nocturnos habían puesto de nuevo en mi memoria aquellos ex con los que había salido en mi juventud y en mi siglo. Se habían entremezclado sensaciones, recuerdos y amoríos. Entre mi inconsciente y mi nueva realidad se estaba creando una lucha titánica por entender qué era pasado y las posibilidades que esa nueva vida traía por delante.

–Caroline, no sé qué decirte, estoy cansada, agotada y despistada. Es cierto que es un hombre apuesto y que me llamó la atención desde que le vi por primera vez, pero no sé lo que siento. Estoy algo confundida. Ha venido porque se lo ha pedido Marius, al que parece que respetan en la Corte como si estuviera en lo más alto, por cierto –dije mirando fijamente al techo, ya con ganas de dormir de nuevo.

–Tienes razón, te dejaré descansar y si mañana ya no tienes fiebre y quieres que hablemos con calma, aquí estaré esperando a que me cuentes estas sensaciones que te han hecho caer enferma –dijo mientras se levantaba para llevarse la cena.

Como no quise replicar, callé. Y dormí profundamente.

13 de mayo de 1685

Hasta ese día, no había podido ponerme en pie. La infección debió convertirse en una especie de Neumonía, pero el médico nunca me lo dijo, ni antes ni después. No sé si porque en aquella fecha todavía no sabían ni lo que era eso, pues no tenían como auscultar los pulmones, o porque no quisieron asustarme. Pero por mi profesión, no hizo falta sacar muchas conclusiones. En mi fuero interno yo sabía que había estado tremendamente grave y así era como se curaban las cosas ahí, si es que sobrevivías. Yo debía traer defensas de mi siglo y vitaminas de serie en mi propio cuerpo, porque de otra forma sin antiálgicos, antiinflamatorios y antibióticos, los cuerpos generalmente no resisten este tipo de infecciones.

Recordé con alegría una vacuna que me había puesto ese septiembre anterior y posiblemente eso me había salvado la vida. Me dio un poco de miedo tener que sobrevivir de ahora en adelante con lo poco que mi propio cuerpo pudiera tener para resistir.

Aproveché los días de cama y reposo para avanzar en mis escritos recordatorios, que seguía manteniendo escondidos bajo llave, en una pequeña caja que recuperé de casa de padres.

Marius no había venido a vernos, en primer lugar porque él se estaba autovetando la entrada en la casa de Caroline. Mi doctor tampoco había vuelto a hacer acto de presencia, aunque sí había enviado a su joven ayudante a buscar el parte cada dos días, lo cual agradecí como si viniera él en persona.

Durante mi convalecencia pensé mucho en lo que tendría que hacer a partir de ahora, como la enfermera que llevaba dentro. Mi, llamémosle

neumonía, me hizo dar un giro de ciento ochenta grados a lo que hasta ahora tenía en la cabeza desde mi llegada. Tenía que averiguar si había una profesión como la mía, si había ciertos estudios especializados y si quizás tendría que volver a estudiar, con los datos y elementos curativos de la época, volviendo al principio de todo.

Yo me sentía enfermera por dentro y por fuera, pero no podía aplicar casi nada de lo que sabía porque ahí no había nada de todo lo que yo conocía. Pero sí decidí firmemente aplicarme bien en buscar todo lo referente a ayudar médicamente a los demás, como había hecho en mi siglo.

Tendría que ser sutil porque a ojos de todos yo solo era la hija de un panadero. Darte un golpe en la cabeza y aparecer como una enfermera experta, no iba a serme de gran ayuda para mantenerme lejos de la torre. La gente fuera de lo normal se iba directa a la caza de brujas. No debía olvidar ni por un momento dónde me hallaba.

Unos días después, cuando al fin me vi con fuerzas para mantenerme erguida y fuera de la cama, me aseé como pude y bajé, por primera vez desde mi enfermedad, a desayunar abajo con Caroline que ya me esperaba con una taza de té caliente y unas ricas tostadas de un pan traído por Catty seguramente bien temprano, como había tomado por costumbre hacer desde mi convalecencia.

Fue delicioso volver al mundo real, seguir viva –cosa que antes nunca había valorado tanto– y estar recuperada del todo. No tenía fiebre desde hacía días y aunque mi doctor seguía sin aparecer, yo tenía las ideas mucho más claras que antes. Tantas horas de cama me habían dado la oportunidad de trazar un plan de vida para lo que me pudiera quedar de tiempo ahí. No pensaba desaprovechar ni un minuto si podía hacer algo por ser útil, productiva y, sobre todo, enfermera.

Caroline me contó los cotilleos de esos días. Al parecer después de la coronación el Rey había tenido que partir a visitar todas sus tierras y a verse con algunos otros Reyes para ir pactando cosas interesantes para el país –así lo contaba ella con toda su inocencia del desconocimiento del futuro–. Así que Marius, como hombre de su séquito de seguridad personal –así me enteré de a qué se dedicaba– y el doctor, habían tenido que partir a su vera en ese corto viaje.

Me enseñó los progresos de Sam que había aprendido a chuparse el pulgar y reímos de lo tontas que parecíamos las dos mirando al pequeño y hablando de nuestros chicos como si ya los tuviéramos asignados por destino. Marius y

mi doctor. Y ni el uno ni el otro había dado señales reales de querer un acercamiento mayor.

Eso me hizo pensar en que por mucho que los años pasen, las mujeres seguimos planificando el destino de los hombres sin que ellos se enteren de que han caído en una red sin salida. Porque sin decirlo claramente, ambas habíamos visualizado nuestro futuro o al menos la ilusión que teníamos para conseguir lo que sin contarnos, habíamos gestado en nuestra mente.

Aprovechando el tiempo que me quedaba libre, me escapé unas horas a la calle, para investigar dónde se hallaban las bibliotecas. Tenía que recopilar toda la información que me fuera posible sobre lo que existiera sobre enfermería y cuidados de enfermos.

Por otra parte, hacía días que veía pulular una especie de periódico que se llamaba The London Gazzete y que parecía ser un escrito que salía semanalmente con las noticias y las novedades del país. Me emocionó mucho saber que por aquella época, la imprenta, aunque bastante en sus principios, ya debía de estar activa. La primera hoja de la Gazzete que llegó a mis manos fue precisamente la de la coronación. Nos la habían hecho llegar los cuñados de Caroline, junto con unas buenas dosis de comida y de fruta por la misma razón que la gente estaba de buen humor. Teníamos nuevo Rey.

The London Gazette.

Published by Authority.

From Thursday April 23. to Sunday April 27. 1685.

Whitehall, April 23.

THIS Day being the Festival of St. George, the Coronation of their Sacred Majesties KING JAMES the Second and Queen MARY, was Performed at Westminster in manner following.

Their Majesties being come from Whitehall to the Palace at Westminster (where the Nobility and others who were to go into the Proceeding, were assembled) came down in State from the House of Lords in Westminster-Hall, about eleven of the Clock, in the Morning, and being seated on the Throne there, the Sword of State, the Sword Curtana, and the two pointed Swords, together with the Gold Spurs, were presented to His Majesty, and laid on a Table before Him.

Then the Dean and Prebends of Westminster, having before brought the Crowns and other Regalia in Solemn Procession from the Collegiate Church there, came up the Steps, and presented them severally to His Majesty, which being likewise laid on the Table, were (together with the four Swords and Spurs) delivered to the Lords appointed to carry them in the Procession, which began in this manner,

First, Drums and Trumpets, then the six Clerks in Chancery, Chaplains having Dignities, Aldermen of London, and Masters in Chancery, four a-braze, (in which Order all the rest of the Proceeding went) then Sergeants at Law, and others of the long Robe, Esquires of the Body, Gentlemen of the Privy Chamber, Judges and Chief Justice.

Then Children of the Kings Chapel, Choir of Westminster, Gentlemen of the Chapel, Prebends and Dean of Westminster, Master of the Jewel House, and Privy Counsellors not Peers.

Next two Officers of Arms, then Barons, Bishops, Two other Officers of Arms, Vicountesses, Vicounts, Two Heralds of Arms; Countesses, Earls, Two Heralds more, a Marchioness, Heralds of Arms, Ducesses, Dukes, Next the two Provincial Kings of Arms, Preceding the Great Officers and Arch-Bishops. Then two Persons in Robes of State Representing the Dukes of Aquitain and Normandy.

Then the Queens Vice-Chamberlain and Lord Chamberlain, and three Noblemen carrying her Majesties Regalia; viz. The Earl of Dorset the Ivory Rod, the Earl of Rutland the Scepter, and the Duke of Beaufort the Crown. Then the Queens Majesty, assisted by the Bishops of London and Worcester, under a rich Canopy supported by sixteen Barons of the Cinque-Portes, Her Majesties Train born by the Young Duchesse of Norfolk, assisted by four Earls Daughters, followed by two Ladies of the Bedchamber, and two women of the Bedchamber.

Then the Noblemen who bore the Kings Regalia, viz. The Earl of Ailsbury, St. Edwards Staff, the Lord of Grey the Spurs, the Earl of Peterborow the Scepter with the Croze; Next the Earl of Pembroke the Third Sword, the Earl of Derby the Second Sword, and between them the Earl of Sussexbury bearing Curtana or the Potentils Sword. Then Garter between the Gentlemen Usher of the Black Rod and the Lord Mayor of London. Then the Lord Great Chamberlain single. Then the Earl of Oxford bearing the Sword of State, between the Duke of Gualton Lord High Constable, and the

Duke of Norfolk Lord Earl Marshal. Then the Duke of Ormond Lord High Steward, bearing St. Edwards Crown, between the Duke of Somerset bearing the Orb, and the Duke of Albemarle setting the Scepter with the Dove.

Then the Kings Majesty, assisted by the Bishops of Durham and Bath, under a Rich Canopy born likewise by sixteen Barons of the Cinque Ports, His Majesties Train borne by four Earls Elders Sons, assisted by the Master of the Robes, followed by the Duke of Northumberland, Captain of the Horse Guard, (in waiting) between the Earl of Huntington Captain of the Band of Gentlemen Pensioners, and the Vicount Granvilon Captain of the Yeoman of the Guard; then the Lord Churchill Gentlemen of the Bed-Chamber, the Yeomen of the Guard, closing the Proceeding. The Sergeants of Arms went in two Classes before their Majesties, and the Gentlemen Pensioners on each side the Canopies. In this Manner, their Majesties, arrayed in their Royal Robes turred with Ermine, the King with a Velvet Cap, and the Queen a Rich Circlet of Gold on Her Head, all the Nobility in Robes of Crimson Velvet with their Caps and Coronets in their Hats, and the rest who formed the proceeding, being Richly Habited, or wearing their proper and peculiar Robes, proceeded in foot upon Horse Club, spread from the Steps of the Throne in Westminster-Hall to the Steps of the Theatre in the Pyrie, of the Collegiate Church of St. Peter Westminster, the whole passage being Railed in and Guarded with His Majesties single and Foot Guards. Being entered the Church, and the Nobility and others all duly placed, their Majesties ascended the Theatre, and retired to their Private Devotions on the East part thereof, and then seated themselves in their Chairs of State. Then followed the Recognition; and after an Anthem, the King and Queen came to the Altar and made their first Oration; and the Lords who carried the Regalia, presented them at the Altar to be there deposited.

Then the Litanies were sung by two Bishops, which ended, the Bishop of Ely began the Sermon; After Sermon the Kings took the accustomed Oath, and Vow Creator being sung, and the King assisted of his Mantle and Surcoat, he was Anointed and Invested with all the sacred habits in King Edwards Chair; and the Crowns being put on just at the end of the clock in the afternoon, all the people shewed the Drums and Trumpets sounded, and the Gun in St. James's Park, and great Guns at the Tower were discharged, and all the Peers put on their Coronets.

The King being Crowned, and having been further Invested with the Ring and Scepters, He made His Second Oblation, and being again seated in King Edwards Chair, He worshipped to Kiss the Arch-Bishops and Bishops; and To Draw being sang, He ascended the Throne, and being Intrenched, the Arch-bishops and Bishops did their Homage and kissed the Kings cheek, and after them the Temporal Lords did also their Homage, and severally kissed the Kings cheek, and touched his Crown; during which time the Treasurer of the Household shew'd about the Coronation Medals.

Then followed the Coronation of the Queen, at which the Ladies likewise put on their Coronets, as the Lords had done before at the Kings; and Her Majesty having received into Her Hands the Scepter and Ivory Rod, was conducted to Her Royal Seat upon the Throne.

Then their Majesties being Intrenched, after an Anthem was sung, the Arch-bishop ending with the Benediction,

Ahora sentía la necesidad de encontrar esa publicación casi a diario porque eso sería la demostración más perfecta de lo que me estaba pasando y, posiblemente, me ayudaría mucho a adaptarme mejor. Pero mi objetivo sería, desde ese momento, intentar encontrar mi camino de nuevo aunque tuviera que empezar a estudiar las cosas de otra manera para no destacar demasiado; pero poder aportar lo único que yo sabía hacer en mi vida.

Encontré un lugar que guardaba libros y escritos, que era lo más parecido a una biblioteca. En realidad era la parte de atrás de una gran Iglesia que tenía grandes libros en su interior, según me habían contado algunos vecinos. Mi hermana me quiso avisar de que, si una mujer entraba allí, no solía estar bien visto y de que tendría que pedir el libro que menos problemas podría darme buscar: la Biblia.

Si me veían fisgoneando en cualquier otra cosa que me diera información considerada poco útil, podrían detenerme fácilmente para interrogarme. Desde la muerte de Carlos II, parecía que la Policía había tomado relevancia y estaban mejorando todo tipo de controles. De la misma forma que se habían dejado de tirar, los excrementos por las ventanas de las casas y había menos barro en las calles, la Policía estaba mejorando sus capacidades de actuación, que en aquella época se convertían en algo peligroso. Mientras entraba en el lugar, recordé con un escalofrío el día que se llevaron a Caroline con su bebé en brazos.

Por otra parte, pocas personas tenían la capacidad de leer correctamente, así que tenía que andarme con mucho cuidado; hacerme pasar por una erudita panadera, no era lo más adecuado en esos momentos para mí.

La especie de biblioteca estaba bastante oscura y no muy limpia. No había demasiados libros pero sí los importantes. Grandes copias de la Biblia rezaban por todas partes y yo entré haciéndome pasar por una gran devota cristiana que quería empezar a leerla por haber aprendido hacía poco con la lectura. Aunque el hombre que estaba a cargo del lugar no se creyó una palabra, al tratarse de la Biblia no me puso objeción alguna.

Tuve que aprovechar bien la mañana, con la poca luz que entraba por las ventanas, para buscar libros relativos a Medicina o Enfermería, que eran los que más me interesaban.

Encontré algunos escritos, que no sabiendo de dónde venían, me parecieron bastante anticuados. No tenían demasiadas explicaciones de enfermedades y

tampoco encontré escritos sobre los cuidados de los enfermos. Tenían que existir hospitales y ahí tendrían que existir mujeres que se encargasen de cuidar a esos enfermos. Debía llegar a esa información y averiguar cuáles eran las fórmulas que tenían y que utilizaban.

Cuando me quise dar cuenta, habían pasado bastantes más horas de las que quería pasar ahí dentro. Salí a la luz del día y vi con terror a unos caballeros vestidos de Policía que me estaban esperando. Me acompañaron amablemente hacia el grupo principal de agentes uniformados y me pidieron que les acompañase a las dependencias de la Policía. Había llegado tarde. Se me había pasado el hecho de tener una Biblia cerca para ir leyendo disimuladamente y me había centrado en buscar unos tipos de libros que a vistas de esas personas, yo no debía estar ni ojeando. Tenía problemas y de los gordos.

Mientras me metían en un carromato, toda mi corta vida en mi nuevo mundo pasó por delante.

¿Cómo iba a defenderme ahora de unas posibles acusaciones que a mucha gente le estarían causando la muerte? ¿A quién conocía yo ahora que pudiera defender mi curiosidad? ¿Quién avisaría a Caroline, Catty o Padres, para que me sacaran de ahí en caso de que quisieran retenerme?

Todavía cansada por mi enfermedad reciente, sentí que me volvía la fiebre y que el cuerpo se me caía hacia abajo, como queriendo echarme al piso para que me dejaran dormir y apartar mi mente de ese momento.

El carro estuvo un rato largo dando traqueteos mientras mis fornidos acompañantes no dejaban casi ni que cambiara de posición. Tenía ganas de contarles que estaba enferma y así quizás me dejaban ir. Por lo que había estado leyendo esas horas, no hacía más de treinta años que la peste había arrasado la ciudad así que con un poco de habilidad les podría haber asustado un poco. No obstante no me quise arriesgar, no fuera a ser peor el remedio que la enfermedad, nunca mejor dicho. Mantuve mi boca cerrada hasta que llegamos a lo que sería una especie de cuartelillo. Bastante lejos de las zonas por las que me había acostumbrado a moverme.

Con poco cuidado me hicieron bajar, como si ya fuera culpable de algo y me llevaron a una inmundada sala llena de humedad, moho y suciedad acumulada. Me sentaron en una silla de madera que parecía se iba a romper en cualquier momento. Imaginándome a Caroline en estas mismas circunstancias y, de noche con un bebé en brazos, me recorrió un escalofrío muy desagradable por el cuerpo.

Entró un guardia para tomarme nota del nombre y hacerme unas primeras preguntas. Cuando le hube relatado lo principal, mi nombre: Josephine Jones, hija del panadero Jones de la zona norte del Támesis, le conté también que era yo la muchacha perdida que habían estado todos buscando un tiempo y que un médico había dicho que mi pérdida de memoria podía ser la causa de que yo actuase de forma extraña.

–Señorita Jones, díganos qué andaba buscando en la zona de los libros prohibidos para no eruditos.

–¿Libros prohibidos? –pregunté mirando al guardia con cara de niña inocente–, no tenía ni la menor idea, solo buscaba una Biblia para reconfortarme.

–Sí, eso le dijo al vigilante. Pero usted no tomó ninguna Biblia en sus manos –replicó el antipático Policía.

–Bueno, es que he estado gravemente enferma estos días y de pronto vi unos libros que hablaban de fiebres, así que solo quise saber qué me había pasado; pero no volverá a pasar, lo prometo –me recordé a mí misma saliendo de un apuro en el colegio cuando el profesor te pillaba abriendo un armario con pinturas que estaban prohibidas fuera del horario de clase.

–Señorita Jones, está usted arrestada por intentar leer libros prohibidos para mujeres. De momento se quedará aquí hasta que tenga derecho a un juicio rápido para ver qué castigo se le inflige –y sin dejarme decir nada más, el Policía se marchó de la celdilla cerrando con fuerza como para indicarme que no iba a ser fácil salir de ahí.

Reconozco que estaba muy asustada, pero en aquel momento no lo viví como en primera persona. Pensé que si el destino me había llevado a todo este drama vital, por algo sería; y como si de una película se tratase, esperé a que algo o alguien, viniera a resolverme mis problemas, hecho que no sucedió. Más bien al contrario, noté que volvía a tener algo de fiebre y que, en aquellas condiciones de humedad, no tardaría en volver a caer enferma.

Cuando me vinieron a buscar para llevarme a otra sala peor a pasar la noche, me trajeron un pedacito de pan seco y agua. No pensaba beber de ahí, hubiera muerto de una infección a las dos horas, pero sí tenía hambre. Se me ocurrió pedirle al carcelero de turno que me hirviera esa agua y me añadiera un poco de té. Con agua hirviendo los bichos probablemente se murieran y yo podría pasar la noche hidratada. También le recordé que había estado muy enferma y que necesitaba como mínimo dos mantas. Posteriormente se me ocurrió decirle que era amiga del médico del Rey y que si él se enteraba de

que me habían dejado morir de frío, ese trabajo sería el último que tendría en Londres, aunque fuera un desagradable trabajo de carcelero. Esas últimas palabras facilitaron mucho mi estancia ahí. Me trajo más velas de lo normal, tres mantas y una gran cazuela con agua hirviendo y mucho té. El ahora amable Policía, me miró con complacencia creyéndose de verdad que yo podía tener influencias y no quiso arriesgarse. Incluso se quedó un rato fuera de la celda pero cerca de la puerta, por si yo podía necesitar algo.

A media noche, cuando ninguno de los dos podíamos dormir, yo por frío y tos, y él por estar de pie, le pedí que a la mañana siguiente mandara llamar urgentemente a Catherine Jones, la hija del panadero de la zona norte de Londres. Ella sabría qué hacer y a quién avisar primero sin asustar a nadie antes de tiempo. Fue como el derecho a la llamada, pero sin teléfono –pensé mientras cerraba los ojos finalmente durante un par de horas.

15 de mayo 2013

Santiago había puesto a todos los conocidos que tenía, relacionados con la abogacía y la Policía, a trabajar. Hacía un mes exacto de la desaparición de su hermana y todavía no tenía ni idea de cómo enfocar una investigación así, por lo que necesitó leer varios casos anteriores para ver cómo se habían enfocado y qué posibilidades había de que su hermana pudiera aparecer sana y salva. Un mes desaparecida y sin rastro ninguno no eran buenas noticias para la familia. Pero tampoco eran malas.

El comisario con el que ya empezaba a tomar confianza le había dado ya todos los datos que tenía. Un móvil localizado un día después entre los sofás del psiquiatra totalmente desconectado. Sin mensajes salientes, solo llamadas perdidas y mensajes de su antiguo jefe para ver cómo estaba. Ningún rastro en su casa que indicara una huida hacia delante. Ni sus enseres más personales llevados consigo. Ningún dato positivo, pero tampoco ningún dato negativo que indicara que la hubieran llevado a la fuerza.

Ambos habían repasado la cinta de grabación, así como las cámaras de video de los locales de enfrente varias e intensas veces. Aquella mañana en la que el comisario hizo venir a Santiago a la oficina, fue para mostrarle una nueva y sorprendente teoría.

Santi entró en la salita y el detective le presentó a un hombre. Su cara era relativamente conocida, no así el nombre, aparecía en un programa de televisión que solía hablar de casos insólitos. Santi, bastante incrédulo, miró alrededor por si era una broma.

El detective le hizo sentar amablemente y puso un reproductor, especialmente grande, en marcha. El caballero conocido había traído este

aparato especialmente para casos complejos.

Se puso en marcha y se oía efectivamente más alto y más claro que en las ocasiones anteriores en las que Julia tenía su última conversación.

La cinta reproducía claramente:

«Estoy en un lugar que me es conocido pero lejano, hace bastante frío pero veo una casa conocida y gentes que me son amables. Hay una mujer que parece ser mi madre, mis ropas no las reconozco, son tupidas y oscuras. Parece que oigo el sonido de un gran río y a lo lejos veo una torre que me parece conocida también...»

El relato continuó como en realidad Santi ya se sabía de memoria. Pero dejó que los tres escucharan el discurso completo hasta que se interrumpía con un sonido que también ya conocían al menos dos de los tres reunidos ahí.

Al terminar, Santi levantó la vista y dijo:

–¿Y bien, alguna noticia nueva? –miró de hito en hito a ambos señores apostados a sus laterales.

–Santi –dijo el detective–. Este caballero es un experto en materias, como le diría sin ofender... no muy normales –ya miraba fijamente como dando importancia a la aclaración.

–Paranormales, ¿está insinuando...? –dijo Santi con una mueca de sonrisa incrédula en la cara.

Ambos hombres, el detective y el caballero relativamente conocido, se miraron en silencio. No sabían muy bien cómo enfrentar ese tema, pues no era cosa habitual.

–Santi –dijo el detective– yo soy muy poco dado a tratar estos temas de esta forma, porque no está en mi base de datos mental tratar las desapariciones como si fueran cosas extrañas. Pero resulta que el caballero aquí presente es amigo mío del colegio y lo llamé para referirle la desaparición de Julia, que tiene más de extraño que de algo habitual. Llevo muchos años en este «negocio» –sonrió–, y nunca había visto algo igual. Ninguno de los datos que tenemos nos hace pensar que esto es normal. Se interesó mucho por nuestro caso y quise que os conocierais. Creo que tiene algo importante que decirte. Es solo su opinión, pero es un experto en este tipo de temática así que al menos, escúchale.

–Soy todo oídos –contestó mirando de frente a su ahora contrincante.

–Sr. Grau, antes que nada quiero darle mi sincero apoyo en estos momentos, sé que no es nada fácil perder a un ser querido sin saber de su paradero. Pero ha de tener en cuenta que estamos en el siglo XXI y que ya

hay una comunidad muy amplia de personas que nos ocupamos de lo que cada vez es más común. Los temas paranormales.

–Ya –siguió Santi sin bajar un ápice la mirada–. Continúe, por favor–. He visto algunos de esos programas –dijo incrédulo.

–Bueno, si es así, sabrá que nosotros no hacemos las cosas sin tener pruebas, sin investigar y sin tener datos. Solemos evaluar todo lo que tenemos y basándonos en los hechos científicamente probables. Descartamos los que no tienen ningún sentido y abrimos una puerta a los que, aunque desconocidos, no tienen por qué dejar de ser ciertos. Santi, si te puedo tutear– añadió– somos tremendamente analíticos y no nos gusta que la gente no nos tome en serio. No tenemos ningún motivo para interesarnos por este caso, si usted no va a tener la mente abierta. Pero si por el contrario, usted y su familia quieren que continuemos con la investigación, es muy probable que, si al final Julia nunca aparece, puedan tener esperanzas al menos, de que esté bien. Donde quiera que se encuentre. No sé si me he explicado con claridad.

–Ha sido usted muy claro, señor... podría tutearle yo también si me permite.

–José Manuel Manzano –contestó en un tono amigable.

–Bien, José Manuel, como usted sabrá no hay nada que quisiera más que creer que mi hermana está bien. Y hay momentos en los que de no ser por tener la mente ocupada en su búsqueda, nos volveríamos locos. Pero permítame decirle que dar credibilidad a que haya venido un extraterrestre y haya abducido a Julia, ya es de locos. No puedo ir a contarle esto a mis padres ni en realidad a nadie. Me tendrá que dar usted más explicaciones o de lo contrario no podré seguir escuchando su teoría.

–Entiendo perfectamente la situación –contestó mientras el detective miraba el cruce de la conversación– pero no le estoy diciendo nada sobre extraterrestres.

–¿Ah no? Pues eso es un alivio, pensaba que iba usted a investigar algo por el estilo con mi hermana –sonrió pesadamente Santi.

–Bueno, en realidad no sé qué suena más inverosímil. Antes de que siga usted con dudas sobre lo que le estoy intentando comentar, le diré exactamente lo que pienso que ha ocurrido. Según todos los datos que me ha facilitado la Policía y el comisario –ninguno está en secreto de sumario– y los datos recogidos de las varias e intensas entrevistas realizadas al doctor Álvarez, además de la grabación que tenemos y que hemos estudiado

concienzudamente, podemos pensar que Julia nunca salió de esa sala. Y no se la ha llevado nadie. Simplemente, creemos que tu hermana está en otro lugar en el tiempo. Secuestrada por el tiempo para ser más precisos.

El silencio de la sala casi chocaba con las ventanas. Se podía cortar el ambiente de lo intenso que se hizo. Ninguno de los tres dijo ni una palabra en varios minutos. Santi había bajado la cabeza, pensativo, pero en ningún momento se mostró como ellos esperaban. No hubo una risotada incrédula ni miradas de «no pensarán que voy a dejar que sigan por ese camino». Era otro tipo de ambiente, seco, doloroso y no tenía ni pizca de chistoso. Una vez hubo valorado toda la información, Santi se levantó y acercándose a la ventana pensativo, miró a las ruidosa calle, bastante principal. De pronto, comentó:

–Comisario, ¿podría usted traer papel y boli? Necesito poner todos los datos que José Manuel me pueda dar, por escrito. No es que crea que puede ser cierto, pero en cierta forma, al oír la grabación y conocer todos los datos que tenemos, hace algunas noches se me pasó esa misma idea por la cabeza. Es de ciencia ficción, sin embargo, no es posible que una persona desaparezca en las condiciones en las que lo ha hecho mi hermana –acabó su exposición.

–Nos alegra mucho oír esto, Santi –dijo el comisario poniéndole una mano encima del hombro– ahora mismo traigo todo el material que tenemos y lo vamos a poner en orden. Mientras tanto, José Manuel ha traído unas cintas y grabaciones de expertos suecos que se dedican a hacer hipnosis regresivas y tienen muchas experiencias de lo que han conseguido con pacientes. Es cierto que ningún caso ha terminado como el de tu hermana, pero son tan parecidos que no podemos hacer menos que valorarlos.

Al tiempo que el detective salía de la sala en busca del material solicitado, José Manuel empezó a proyectar unos DVD's que tenía preparados para tal ocasión. Verdaderamente no se imaginó que acabaría poniéndolos porque le habían dicho que Santi no parecía ser una persona muy crédula y abierta a este tipo de cuestiones. Por eso mismo le temblaba un poco la mano de la emoción al poder estar ya hablando en los términos en los que él se sentía más cómodo.

Después de visualizar durante algo más de una hora algunos vídeos de regresiones hechas y grabadas a diferentes personas, Santi decidió que ya era suficiente. Había visto cómo gente se medio adormecía y contaba relatos de vidas pasadas. El terapeuta anotaba todos los detalles (nombres de ciudades,

países, zonas, ríos, iglesias, casas, nombres de las personas que mencionaba el adormecido cliente...) y posteriormente en un mapa localizaban lugar por nombre, país, idioma, lugares, y viajaban personalmente a esos lugares en donde las personas regresadas reconocían todos y cada uno de los lugares que habían descrito. El lugar de la escuela, el escudo de su edificio vecino, sus nombres que estaban inscritos en un registro de bibliotecas de algunos pueblos... Absolutamente todo lo que sucedía era real. Esa gente había tenido vidas pasadas y las había reproducido con tanta claridad que ir después a buscar los datos específicos era lo más sencillo.

A Santi le dolía mucho la cabeza, probablemente porque no contaba con acabar la mañana de esta manera. Tenía la cabeza hundida en los hombros y se estaba empezando a resbalar de la silla. Y él no era hombre de hundirse.

–Santi, ¿un poco de agua? –ofreció el comisario.

–No, gracias– contestó mientras se frotaba los ojos–. ¿Están insinuando que mi hermana estuvo en un estado parecido a estas gentes, pero que en su caso se ha complicado porque el terapeuta se marchó en un momento dado de la sala y un agujero de gusano hizo que mi hermana desapareciera?

–Yo no lo hubiera explicado mejor ni más claramente –dijo José Manuel, amontonando los DVD's para volverlos a meter en su cartera de mano.

–Bueno, sé que la primera parte suena más creíble –intermedió el comisario– pero no podemos descartar que la desaparición tenga algo que ver con una regresión que se hubiera complicado. Y por Dios, si me oye algún compañero o mi superior, me destituyen inmediatamente. Así que les ruego que esta conversación la tratemos únicamente entre nosotros –y miró claramente a José Manuel por si se le había pasado por la cabeza darle alguna opción mediática al tema.

–Por mi parte no hay problema –dijo Santi– yo también me arriesgo a que me despidan si esto sale a la luz. Soy abogado y nosotros no vemos más que lo que está escrito. Mi prestigioso Bufete me ha dado unos meses de excedencia para meterme de lleno en la búsqueda de mi hermana, pero no van a aceptar nada más.

José Manuel sabía que de esa historia podría sacar mucho partido en el programa en el que colaboraba, no obstante, en ese momento pensó más en la familia del joven muchacho que desesperado por encontrar a su hermana. Sabiendo que la respuesta sólo le correspondía a él, los miró seriamente y contestó afirmativamente:

–Este sería el segundo caso que tenemos con estas mismas premisas. Pero

no hemos podido nunca avanzar con el caso anterior, que fue hace muchos años. Nos quedamos a tan solo un pequeño dato que no encajaba, para poder darle cobertura mediática. Pero no hablaré con nadie de esto, al menos durante un largo tiempo. Y si alguna vez sacamos a relucir este caso, prometo no poner nombres propios ni dar datos reales. Dedicándome a esto, no me pueden pedir nada más. Por el momento es el compromiso mayor que podrán obtener de mí.

Durante al menos un año, esto será una investigación privada de mi equipo. El comisario llevará la investigación de cara al público, como cualquier otra persona desaparecida. Por tu parte Santi, no sé cómo querrás enfocar esto con tu familia. Pero por mi experiencia en temas de este estilo, a veces ayuda más creer en esta posibilidad, porque en ese caso, cuando pasa mucho tiempo, uno puede creer que su familiar está lejos, pero sano y salvo. E incluso feliz. Y eso se puede tratar con terapia y ayuda. La vida resulta más sencilla entonces que pensando que la muchacha pueda estar fallecida.

Las siguientes horas las pasaron tomando notas y dibujando posibilidades. Necesitaban hablar con expertos en temas temporales. Decidieron sacar toda la información de internet relativa a estos temas y de varias bibliotecas, además de poner a trabajar al equipo de investigadores paranormales.

Una vez pusieron todo en común, José Manuel se levantó y cortésmente:

–Señores, ha sido uno de los días más fructíferos que he vivido a nivel profesional, pero ahora he de irme o perderé mi vuelo de vuelta –dijo dando la mano a los presentes.

–Disculpa, José Manuel, ¿me estás diciendo que has venido solo para conocerme? –dijo con ahora cara de abogado incrédulo.

–Tutéame, Santi, estaremos en contacto –y sin más preámbulos José Manuel se marchó del despacho.

El comisario Martorell y Santi se quedaron solos y mirándose en un silencio un poco menos incómodo. Todo estaba en orden para marcharse pero de ahí no se movía ninguno de los dos.

Empezó a hablar el comisario.

–Santi, lamento no haberte avisado antes de que vinieras, sobre los motivos de la reunión. Estaba convencido de que no querrías aceptar en un principio esta descabellada teoría –afirmó.

–No te preocupes. En realidad estás en lo cierto, aunque se me vino a la mente en un momento dado, no hubiera aceptado que nadie me lo plantease

tan en serio. Pero te he de contar que mi esposa Marianne cree mucho en todo este tipo de cosas que se escapan del alcance de los científicos. Y en realidad, creo que ella piensa algo parecido. Una vez le conté todos los datos que teníamos, ella empezó con su propia teoría. Si le cuento lo que ha ocurrido hoy aquí, es posible que quiera intervenir y meterse hasta la cocina. Por suerte, los niños tienen colegio y no podremos estar los dos pendientes de mi hermana –dijo con una mueca de medio alivio.

–Si te parece, dejemos ya esto por hoy. Ve a descansar, piensa en lo que vas a hacer con toda la información que has recibido hoy. Estaría bien que lo compartieras con tu esposa, no sé si tus padres son muy mayores para entender esta nueva línea secreta de investigación que vamos a abrir. Si lo consideras correcto, quizás ellos tengan una vía de escape para pensar que no está todo perdido y que la chica se encuentra bien. Pero te recomiendo que no trascienda de tu esposa y de tus padres. La gente no suele dar crédito a estas, como diría yo, «estupideces».

Los pasos que marcaron el camino de vuelta a su casa, estuvieron llenos de ideas, preocupaciones, rememoraciones de la larga conversación con los dos sujetos investigadores: el realista y el paranormal.

Pensó que tenía a un buen comisario en una línea formal y uno de los mejores investigadores de otra línea más informal, por así decirlo. No estaba mal haber conseguido que dos personas con amplia experiencia, especializada en dos cosas tan diferentes, pero con un mismo objetivo, se hubieran puesto a su disposición de esa forma tan intensa.

Buscando las palabras con las que contarle las novedades a una inquieta y jovencísima Marianne y a sus padres, llegó a casa. Ahí estaban todos. Los abuelos ejerciendo como tales y distrayéndose un poco del dolor, y Marianne escribiendo algunos datos en su ordenador, mientras vigilaba el fuego de la cocina con un ojo en la espalda, como solían hacer las madres.

Se acercó por detrás y vio que ella estaba mirando en internet. Justamente rezaba en la búsqueda de Google la frase: «Desapariciones de personas en extrañas circunstancias». Sonrió para sí y le dio un beso en la coronilla. Ella se sorprendió porque sabía que Santi no aprobaba ese estilo de noticias a las que ella se estaba aficionando.

–Me asustaste –dijo con aquel acento francés que a él le gustaba tanto.

–*Excusez-moi, mon amour* –dijo en un francés que nunca acabó de aprender bien.

–¿Cómo ha ido la reunión, qué querían? –dijo minimizando rápidamente el navegador.

–No, no lo apagues –le contestó poniéndole una mano en el hombro. Ella se giró inesperadamente con un interrogante en la cara.

–Comment, amour?, parce quoi?

–Tengo cosas que contarte y creo que te van a gustar. Lo que dudo es si compartirlas con mis padres, pero cualquier cosa que sirva para que no sufran tanto creo que deberían conocer la «nueva» línea de investigación que se va a abrir de forma confidencial. Y subrayo, vida mía, muy confidencial –dijo Santi en un tono marcado, para alejar con eso a las amigas de Marianne con las que compartía prácticamente todo–. Hoy que los niños coman viendo un vídeo de Walt Disney. Mientras tanto, nosotros haremos una reunión en la sala.

Los padres de Santi salieron a su encuentro en cuanto él hubo salido del despacho de su esposa. Seguían teniendo una mirada terriblemente triste y apagada. Los niños eran un consuelo, pero una hija desaparecida no tenía nada de motivador; sus almas estaban arrastradas por el piso, más que dentro de sus cuerpos.

Ver esta cruel escena le acabó de decidir: que tenía que compartir esta información con todos los que estaban sufriendo. Como no tenía los datos cerca, procuró trazar una explicación convincente, estructurada y muy analizada sobre la segunda línea de investigación que se iba a abrir en paralelo y en secreto.

Una vez los niños estuvieron cenando, los reunió en el salón y les refirió, con pelos y señales, las novedades.

Tardó aproximadamente unos cuarenta y cinco minutos para contarles todo. Las últimas palabras de Julia, los diversos e intensos interrogatorios del doctor Álvarez y los pocos datos que tenían llevaban a que Julia jamás había salido de ahí. Por último, los vídeos de diversos profesionales que habían hecho con éxito millones de regresiones, en otros países de Europa.

La cara de Marianne era un poema. Tenía una mezcla de expresión incrédula con una de esas tipo «si yo ya lo sabía». Pero sus padres solo se habían cogido de las manos y, con los ojos en lágrimas, parecieron casi aliviados. No comentaron nada, solo saber que dos personas expertas se habían tomado estas molestias y que le daban importancia a dos líneas tan dispares de investigación, ya les consoló suficiente. Cualquier cosa que

podiera tener un mínimo de sentido, les serviría.

Cuando Santi dejó a los tres estupefactos familiares todavía sentados, para ir a ver a los niños, pensó en lo curiosa que es la mente humana. Cuando oyes desde fuera teorías semejantes, siempre tiendes a pensar que son tonterías, que solo es gente que se inventa cosas. Cuando te pasa a ti algo en primera persona y no tienes muchas otras opciones, de repente empiezas a dar crédito a hechos que ni pensabas que podrían ser reales.

De la noche a la mañana, su vida se había tornado de realista, simple y pragmática, a irrealista, compleja y paranormal. Debería darle tiempo a su cerebro para adaptarse a todo lo sucedido ese día.

Su mente buscadora de soluciones, ya estaba dándole vueltas a la posibilidad de buscar a estos expertos en hipnosis regresivas para entrevistarlos y, así, tener datos más fidedignos. Además también quería saber si alguno de ellos le podría dar esperanzas o alguna solución. De repente se vio a él mismo con la posibilidad de que su hermana estuviera viva y no muerta y abandonada entre unos matorrales.

Esa noche, ninguno de los cuatro durmió. Los padres de Julia, como siempre, esperando el amanecer mirando al techo; Marianne pensando en dónde buscar información del estilo; y Santi organizando un viaje hacia la fría Suecia, con o sin el comisario.

Durante los días que siguieron a esas primeras semanas de mayo, Santi tuvo un caso del Bufete que tuvo que atender aunque desde casa. Estaba tomando fuerzas para lo que le venía encima y no le iba nada mal cambiar su mente de posición. Marianne llegó por detrás sigilosamente y, con sumo cuidado, le dejó una carpeta blanca, bastante abultada. Santi vio cómo ella se alejaba sin decir nada.

Cuando hubo acabado con el escrito para el letrado correspondiente, cogió la carpeta que había dejado su esposa.

La abrió y vio con sorpresa multitud de datos de gente desaparecida. Casos y casos separados por temáticas: desapariciones de jóvenes adolescentes, casos sin resolver en pueblos recónditos de Estados Unidos, casos con denominador común paranormal como muchos casos de desapariciones por abducciones, casos y casos diferentes y diversos pero de millones y millones de personas en el mundo desaparecidas, con sus millones de familias sufriendo de la misma forma que lo estaban haciendo ellos.

Cerrando la carpeta y pensando en el momento adecuado para leerlo todo

con calma, sintió para sus adentros que era una fortuna que a su esposa le encantasen ese tipo de teorías que siempre le habían llamado la atención. Lo que no sabía si ya las tenía desde el mismo día de la desaparición de su hermana o se había dedicado los últimos días a recopilarlas.

–Mon amour, como siempre, vas tres pueblos por delante de mí.

Dos días después, Santi decidió dar un paso adelante. Se había leído todos los datos que recopiló su mujer, había investigado un poco más por su cuenta y había conseguido nombres y datos de referentes importantes en el mundo de la Hipnosis. Había conseguido hablar con muchos de ellos y todos se habían mostrado mínimamente interesados en el caso, aunque pocos creían probable esa posibilidad.

No obstante, no se rindió y cuando tuvo las fechas de su agenda cuadradas y las direcciones de los países donde residían las personas que habían mostrado un interés más real, llamó al Comisario para que avisase a José Manuel. Podía hacer el trabajo solo, o bien, bajo pacto futuro, si conseguían algún avance, mostrarlo al mundo a través del programa de semi-ficción, como lo llamaba él antes de que su vida diera este giro tan complejo como inesperado.

La reunión tuvo lugar unos días después. Esta vez él asumió el coste del viaje del experto a su ciudad, como para mostrarle que, en contra de lo que podría haber pensado en un principio, pensaba darle un margen de confianza a esa silenciosa e increíble posibilidad.

Se encontraron en otro despacho más discreto de otro piso de la Central de la Policía pues al comisario ya le habían dado un toque de atención por estar en contacto con una persona que hacía ese tipo de investigaciones. Esas son las desventajas de ser medio conocido en televisión. Él puso a disposición los avances de lo que vendrían siendo datos normales en cualquier desaparición; como ya suponían sus dos interlocutores, no había habido pasos de gigante. Bueno, ni de gigante ni de nada, simplemente no tenían más datos nuevos.

Los datos recopilados en Facebook y otras redes no daban más detalles de los que la gente quería dar de forma gratuita; y en muchos casos los comentarios desfavorecían la investigación y aumentaban el dolor de la familia. Así que esa línea de investigación estaba, por así decirlo, paralizada. No había más testigos ni personas que pudieran ser culpables de haberse llevado a la joven.

Cuando el inspector terminó su breve exposición, Santi abrió su Apple y les presentó un documento en donde había resumido excelentemente los

datos encontrados sobre Hipnosis, desapariciones relevantes parecidas, nombres y datos de las personas de contacto que les podían ayudar, países a los que tendrían que personarse para la investigación en profundidad y, cómo no, una agenda calculada para los próximos meses, según acciones.

Tanto el comisario como el investigador quedaron encantados con la exposición y, a parte de las pocas preguntas que quedaban por hacer, no pudieron menos que ponerse en marcha con el trabajo.

El inspector había convocado a un equipo de trabajo en las oficinas centrales y tenía pensado que fueran dos investigadores más, a parte de él y del propio Santi. Cuatro en total dejando al comisario fuera ya de esta línea inverosímil para un Policía, de investigación.

Se citaron la siguiente vez ya en Madrid para cerrar funciones y movimientos y de ahí saldrían para pasar unos calculadísimos quince días buscando cualquier información que diera credibilidad y realidad a la desaparición de una persona que tenía más números de haber pasado a otra dimensión temporal, que cualquier otra realidad que la física cuántica conocida hasta el momento, quisiera dar por correcta.

De vuelta hacia casa, pensó que Marianne aceptaría de buen grado todo el plan y que quizás hasta le gustaría venirse unos días con ellos. Había demostrado tener muchos conocimientos de estos temas y su mente abierta podría ser de utilidad. Lamentablemente los padres de Santi no estaban en un estado óptimo para quedarse a cargo de los niños.

Cuando abrió la puerta de casa, ella le estaba esperando como si supiese que ya todo estaba en marcha.

–*Mon amour, countez avec moi pour tout lo que nessesiteis* –dijo con una sonrisa emocionada.

15 de mayo de 1685

Bien de madrugada ya entraba luz por los ventanucos de mi celda. No había tenido la tarde anterior ninguna posibilidad de defenderme y tampoco habría servido de mucho. Las cosas ahí no eran en absoluto como yo estaba acostumbrada. Era impensable poder discutir o argumentar nada con aquellas gentes, que ahora me parecían más del Paleolítico que nunca.

El carcelero de la mañana no entendió por qué yo tenía tanto té caliente y tantas mantas de la noche anterior y puso cara de amenazar a su compañero del turno de noche. La verdad es que como se tratasen entre ellos me daba exactamente lo mismo. Me preocupaba qué iban a hacer conmigo y si mi aliado nocturno habría dado aviso real a mi hermanita pequeña, que era mi única salvación en aquellos momentos.

De pronto, oí canturrear a una muchacha, como la que llevaba el pan cada mañana a los vecinos de su barrio. Me encantó reconocer la vocecilla de Cat, alegre y despreocupada. No sé cómo se las arregló pero la dejaron pasar dentro de la comisaría y bajar a la zona de las celdas. Con un cordel de la camisa más desabrochado de lo normal y su mantón caído en un formato muy coqueto, empezó a repartir bollos calientes y recién hechos con azúcar por encima, entre los policías y carceleros. Los hombres cayeron en sus redes de pan caliente y canalillo descarado, como mosquitos en tela de araña. La dejaron pasar hasta mi celda, haciéndole bromas divertidas pero respetuosas, respecto al pan y los bollitos. Ella dijo que yo era una buena amiga suya y que aunque algo curiosa, no tenían nada que temer conmigo. Con esos ardidés me tendió entre las rejas una hogaza de pan y bollos que olían de maravilla. Les prometió que si la dejaban llegar hasta mí esa mañana,

tendrían pan caliente todas las mañanas durante unos días.

Al darme el pan, me rozó la mano para calmarme y me dijo muy claramente:

–Hermana, estamos todos al corriente, Marius viene de camino para sacarte de aquí. Está volviendo de su viaje. Recuerda que trabaja en la Corte y pertenece al séquito privado del Rey, no creo que tenga problemas para sacarte. Excepto si tienen pruebas contra ti de que estabas intentando saber más de la cuenta, claro está –me miró como reprochándome que había hecho justo lo que me dijo que no hiciera.

–Gracias, Catty. ¿Cómo está Caroline? ¿Y padres saben algo? –pregunté preocupada.

–Pues sí. ¿Quién te crees que ha hecho el doble de ración de bollos toda la noche? Padre ha estado esmerándose para que yo pudiera acercarme a ti hoy. Caroline ha contratado un carruaje que me ha traído hasta aquí y un mensajero ha sido enviado a Marius para que de media vuelta de su viaje y te saque de aquí. Con suerte, en un par de noches podrás estar durmiendo de nuevo en casa –dijo una contenta hermana.

–Cat, si me quedo otra noche más aquí, volveré a enfermar. Me noto con fiebre de nuevo. Por favor, daos prisa en sacarme de aquí –ahora sí que mi tono era de terror. Dos noches más ahí y sería mujer muerta.

Ahora la cara de Cat también era de terror. Creo que entendió perfectamente mi situación y entre canturreos y panes calientes, su mueca en la cara me hizo una señal imperceptible a los demás, pero muy clara entre nosotras. O eso quise creer.

Los carceleros se empezaban a impacientar. Se estaban terminando su desayuno y sospechaban que me estaba dando alguna información extra que yo no debería tener. Se acercaron a nosotras con un:

–Señoritas, se acabó la fiesta. Si mañana vuelves con más dulces, puede que te dejemos hablar con ella de nuevo –rio vulgarmente.

–Perfectamente claro, señor. Tan solo denle algo caliente de beber, ha estado enferma y no debería coger frío de nuevo. Si me prometen que la cuidarán, mañana tendrán un pastel delicioso para el desayuno –sonrió con coquetería.

–¡Ahora mismo se lo traeremos, preciosa! No nos perderíamos un manjar como este ni por todo el oro del Nuevo Mundo.

Yo miraba la escena como si estuviera viendo un teatrillo de barrio. Cat estaba totalmente en su papel y yo alucinaba por su desparpajo. Esta chica

tiene grandes recursos, pensé orgullosa.

El resto del día pasó bastante lento y desagradable. Yo no me sentía bien y lo peor era que no sabía nada de lo que estaba pasando fuera. Suponía que mi familia se estaba moviendo deprisa pero no sabía cuánto ni cómo podrían avanzarse a las leyes que tuvieran por costumbre seguir. Me fueron trayendo té caliente durante todo el día y curiosamente la celda cada vez me parecía más acogedora. Es curiosa la capacidad de adaptación del ser humano.

Cuando ya oscureció y el frío se unió a la humedad de nuevo, yo ya no podía más. El camastro era muy duro y volvía a sentir escalofríos. Me habían dicho que vendrían a por mí para un segundo interrogatorio. Parece ser que esperaban que confesase algo, pero no tenía idea de qué querían que dijese; así que mi cabeza se empezó a hacer ideas terribles, como las cosas que siempre se han oído de este tipo de «confesiones» perversas. A pesar del dolor de cuerpo y del frío, mi inconsciente esperó y esperó el sonido del metal abriéndose para volverme a llevar a una fría sala y tenerme horas intentando que dijese que estaba leyendo libros prohibidos. Recuerdo que intenté inventar mentalmente una historia tras otra, para ver cuál podía resultar más verosímil, pero cada una parecía más tonta que la anterior.

Cuando llegó el momento del interrogatorio, yo sufría un ataque de tos. Se portaron cruelmente y me dieron varios empujones. Me arrastraron por aquellos pasillos asida del brazo por mi carcelero pero sin encadenarme, supuse que por la misma amenaza que hice a mi llegada. O quizás el hombre me estaba cogiendo cariño.

Suponían que estaba intentando acceder a ciertos libros prohibidos de antigua Medicina que no estaba permitido mirar ya que los había prohibido el Papa. Esa fue la primera acusación. Para más inri, me acusaban de haberlo hecho siendo mujer, lo que agregaba un problema extra a la causa.

Tuve que volver a mentir pero esa vez no estaba colando. Lo veía en la cara del intendente que llevaba el interrogatorio Yo me hacía la tonta, pero me habían estado vigilando.

–Les repito que me di un golpe en la cabeza y he perdido la memoria. Por suerte pude encontrar a mi familia, pero a veces aún hago cosas que no controlo. Yo buscaba una Biblia para poder rezar en casa por mí recuperación y supongo que me despisté. Y si no se podía entrar como mujer a la biblioteca, podría alguien haberme impedido el paso.

–Miss Jones –está usted en la torre y cuando uno llega a aquí, difícilmente sale. La decapitación está todavía en uso y en cuanto a saltarse las leyes de la

Iglesia, está penado con la muerte. Tengo potestad para enviarla mañana mismo a que le separen la cabeza del cuerpo.

Me estremecí de puro terror. El hombre estaba mirando a mi carcelero indicándole que me golpeará, pero él miró para otro lado, arriesgándose a la furia de su jefe. Agradecí que no quisiera ponerme la mano encima.

Ya no quise hablar más. Me dio la sensación de que todos los contratiempos sociales los resolvía de la misma forma. Y cualquier cosa que dijese empeoraría a buen seguro la situación. Estaba hundida porque el intendente puso un sello rápidamente en un papel que interpreté como una sentencia en firme.

Cuando mi carcelero me llevó de vuelta, con cierta amabilidad pero tristeza en la mirada, me confesó:

–El intendente es un ser cruel. No lleva mucho en el cargo y aunque ha habido cambio de Rey, nadie se ha dado cuenta de que él mismo se ha asignado encargado de los juicios rápidos. Pero no creo que tenga la capacidad para ello debido a su crueldad.

–¿Y qué ha decidido? –pregunté asustada–. Yo no he oído la sentencia.

–Miss Jones, no se preocupe. Me encargaré yo mismo de hacerlo y procurar que sea rápido y nada doloroso.

Supongo que me desmayé o entré en estado de shock porque no recuerdo nada de los días posteriores. Tengo un vago recuerdo de hablar con mi carcelero, y futuro ejecutor, y contarle a modo de confesión toda mi verdadera historia. Si iba a morir, mejor dejar mi legado en boca de un buen hombre. No me importaba si llegaba a modo de leyenda por no poder seguir contando mi historia.

No sé si pasaron dos días o cuatro y tampoco recordaba haber vuelto a ver a Cat llevando pasteles, cuando escuché que la celda se volvía a abrir. Pensé que se habían olvidado de mi condena y que más bien traían algo de cenar, aunque no sabía ni la hora que era y tampoco tenía nada de hambre desde hacía días. Llevaba mucho rato pensando en mi final, y eso me llevó irremediablemente a recordar de dónde venía, la gente que me quería y la nostalgia por no poder volver a verlos. Ni a mi familia de este siglo ni a la del mío.

Antes de que pudiera girarme para ver quién había entrado, unos grandes brazos me cogieron con toda la fuerza que pudieron hacer y me alzaron al aire. Se oía también una voz de fondo que me resultaba familiar, creí que era la voz de mi primo Marius aunque no estaba segura. Esta voz discutía con

varios hombres armados, los carceleros, que no estaban dispuestos a dejarme ir así sin más. Notando que la voz de Marius no estaba cerca, me pregunté quién sería el que me tenía en brazos. Con la oscuridad no podía ver nada.

Mientras las voces se hacían cada vez más lejanas, mi porteador me movía rápidamente por los pasillos de aquel húmedo lugar. De pronto me pareció oler un perfume que me recordaba a alguien. En cuanto las luces de las velas de los pasillos me lo permitieron, intenté visualizar al hombre que me llevaba. Le miré bien a la cara y ahí estaba su sonrisa blanca, con esa seguridad en la mirada que solo tenían los médicos cuando te decían que te ibas a recuperar. Sentí tal alivio que volví a cerrar los ojos en espera a que cuando todo hubiera pasado, me despertasen.

Tardamos bastante en llegar los tres al carruaje en el que debían haber venido ambos. No tengo idea de cómo me sacaron de ahí, supongo que entraron cual miuras en la cárcel diciendo que venían de la Corte y amenazando a todo el que se pusiera delante. Yo estuve tendida todo el camino en uno de los lados del carro y, por lo poco que recuerdo, el doctor estuvo cuidando de mí todo el camino; mientras Marius apremiaba al chófer para que les diera más fuerte a los caballos.

Lo siguiente que recuerdo es estar en un lugar muy acogedor, bastante más que mi cama en el cuarto de casa de Caroline. Las sábanas se notaban más suaves y cuidadas y el olor de la estancia era dulce y agradable. Mis ropas de dormir eran bastante nuevas y mi pelo estaba peinado. La habitación estaba oscura, pero yo notaba que alguien velaba mi sueño. Sentía como haber pasado de una pesadilla a una suave nube de algodón. Seguramente no habían transcurrido más de cinco horas entre una situación y otra, pero yo me sentía como si hubiera una semana de diferencia. Me dejé llevar por el placer de sentirme sin frío ni demasiada tos, y supongo que me quedé profundamente dormida.

A media noche me desvelé. Los candelabros de la sala seguían encendidos y la gran chimenea de la sala también tenía bastantes llamas. Fue entonces cuando volví a verlo sentado, mirando al fuego. Mi doctor John estaba ahí velándome el sueño. Escudriñé la sala sin levantar sospechas de haberme despertado y pude ver claramente dónde estaba. Seguramente eran las habitaciones del doctor, donde residía, porque encima de los escritorios aledaños había muchos papeles, aparatos extraños, cuchillos pequeños parecidos a escalpelos y libros grandes que parecían hablar de Medicina. Todo indicaba que aquel lugar era su casa. Le miré en silencio durante un

rato porque la luz del fuego le hacía parecer muy misterioso y aún más atractivo de lo que le recordaba. Seguía vistiendo ropas de calle quizás algo menos pesadas y más cómodas. Estaba claro que no se había acostado todavía.

De pronto me vi con fuerzas para hablar.

–Si sigue usted velándome el sueño durante toda la noche, mañana no habrá quién lo levante –dije intentando sonar divertida.

Le debí dar un susto de muerte porque me creía bien dormida y casi se cae del sillón. Todavía con el susto en la cara, se levantó con parsimonia, pero con curiosidad, y se acercó a mi cama, bueno, a su cama.

–Señorita Jones, me alegro mucho de verla despierta. Pensaba que dormiría hasta el amanecer y temía darle una medicina y despertarla. Ahora que está usted consciente, permítame que le de su ración para esa tos tan fea que le ha vuelto –y se giró en busca de un botellín.

–Doctor, no sé cómo han logrado sacarme de ahí, pero le estaré eternamente agradecida.

–Bueno, tu primo tiene grandes influencias en la Corte. Trabaja para la seguridad del Rey, como ya sabrás. Y yo soy su médico personal. En realidad no nos ha costado mucho convencer a tus carceleros de que te dejasen marchar. Únicamente fuimos a buscarte y te llevamos, por orden del Rey.

–¿Por orden del Rey? –repetí cual lorito–. ¿Qué le importo yo al Rey?

–Señorita Jones, no tenía pensado decírselo, ni ahora ni bajo estas circunstancias, pero escúcheme bien –dijo mientras me endiñaba una cucharada de un potingue espantoso–. Hace varios días, como recordará, el Rey tuvo una fuerte indigestión provocada por una de esas comidas que le hicieron como nuevo soberano, ¿me sigue? –dijo mientras cerraba el *botus horribilus*.

–Le sigo –dije intentando sacar el sabor de mi lengua.

–Bien, pues posteriormente a una de esas comidas, le dio uno de los peores ataques de cólico que había tenido nunca. Me volví loco pensando en qué hierbas podría darle porque no conseguíamos pararle los dolores, calambres y lo demás que por ser usted una dama, no mencionaré en su presencia –continuó–. El Rey es un hombre fuerte y acostumbrado a estar en batallas, mal comiendo y resistiendo a cualquier embiste que le da su cuerpo. Por eso, cuando no conseguí parar ese ataque, me quedé sin recursos y le confieso que no sabía qué hacer en esos momentos. No me cuadraba que un

hombre así no estuviera reaccionando a lo que normalmente doy en esos casos.

Ahora le seguía más atentamente, porque ya sabía por dónde iba la historia de la que en unos minutos, yo misma sería la protagonista.

–Siga, doctor –dije con una medio sonrisa.

–Bien, pues cuando yo le estaba dando vueltas y más vueltas a la situación y consultando libros a toda prisa, me comunicaron que una chica que andaba por las cocinas, había preparado un cazo con algo especial para cortar los males de estómago. Como imaginaré mi sorpresa fue tremenda. Lo último que me esperaba es que una joven muchacha me adelantase en algo tan básico para un médico como es parar una diarrea. Le confesaré que al principio no creí que eso fuera posible, así que la cazuela que usted –y me miró fijamente– preparó, la tuve yo un largo rato en mis manos antes de dejarla llevar a su destino. La olí para ver qué llevaba e incluso la probé, porque si algo malo le sucedía al Rey, yo podía ser arrestado. Me pareció que no llevaba nada extraño, así que yo mismo se la hice beber al Rey. Casi de inmediato se le quitaron los calambres y para cuando acabó la taza entera, se quedó dormido plácidamente y ya no volvió a tener descomposición en toda la noche.

»Para entonces yo no sabía si meterme debajo de las sábanas, por no saber qué excusa poner con esta historia que había provocado yo siendo una donnadie, o ponerme a saltar con la alegría que me daba siempre que reconfortaba a un enfermo y lo curaba de algo. Él estaba esperando que yo dijese alguna cosa, supongo, porque me miraba inquisitivamente.

Al mantenerme callada y expectante, continuó:

–Usted salvó mi reputación en esos momentos. Todo lo que he hecho por usted estos días desde que enfermó, queda compensado por lo que hizo usted por mí aquel día. Reconozco que tardé un poco en caer en la cuenta de que había sido usted la transeúnte de la cocina. Cuando nos conocimos en mi consulta me esperaba otro tipo de... –calló.

–Diga, diga. No me ofenderé. «Otro tipo de dama» –acabé su frase por él.

–Bueno, más o menos, como prima de Marius me esperaba a otra persona, simplemente. Una mujer más parecida a la hija de un panadero, algo más ruda, de manos más curtidas y mente más cerrada. Sin embargo se pasó usted todo el rato mirando mis instrumentos de operar, intentando ver los libros que tenía por encima de mi mesa y creyendo que podía leer mis escritos, al revés.

Entonces fue cuando mi ayudante entró para confirmar que el Rey había empezado a mejorar y fue entonces cuando caí en la cuenta de que usted, señorita Jones, era la mujer que había preparado la bebida. Por eso rápidamente le pedí que me escribiera qué había puesto dentro del preparado. Así que, como ve, no hago más que devolverle el favor. No se sienta en deuda conmigo porque si bien el preparado no fue mío, el Rey nunca lo supo. A sus ojos, ahora mismo, soy el mejor médico que ha tenido nunca y eso en parte se lo debo a usted.

–Aja– fue lo único que conseguí articular–. Me sentía un poco decepcionada porque la imagen que me había hecho de él como héroe salvador que me rescata de la cárcel al «estilo príncipe azul» se estaba quemando en las llamas de la gran chimenea. No me había rescatado por amor, sino por devolverme un favor.

–Si no le importa –continuó– he insistido tenerla aquí en mis aposentos para cuidarla más de cerca, porque me preocupa vuelvan a enfermar sus pulmones. Ha estado gravemente enferma y Marius no me perdonaría que no la cuidase como es debido. Si la tengo cerca, podré estar a cargo personalmente de su recuperación. Temo que si la dejo, vuelva a meterse en problemas. Porque: ¿me explicará qué estaba haciendo mirando los libros prohibidos?

–En primer lugar, deje de llamarme señorita Jones. Soy Jul, Josephine. Creo que el estar acostada en sus aposentos ya nos da derecho a que nos tuteemos –reí modosamente. Era la primera vez que mi nombre de verdad venía a mi mente. Tenía ganas de decirle por primera vez a alguien quién era yo, y cuál era mi nombre real. Me contuve–. En segundo lugar, como ya irá viendo, soy una mujer bastante chismosa y curiosa así que quería ver libros, sobre todo la Biblia, –mentí– y me dijeron que ahí tenían muchas y de sobra. Lo que le hayan contado desde ese momento ya no es problema mío. Esa gente es capaz de inventarse cualquier cosa para detener a una mujer que haga algo más que recoger huevos de sus gallinas o esparcir el estiércol en su jardín.

Riendo animosamente por mis tontas argumentaciones, mi doctor me calló rápidamente poniendo su mano en mi boca.

–No sigas por ahí, muchacha. Respeto mucho a tu primo, pero las mentiras no son lo mío, seas quien seas. Te diré algo que deberías tener en cuenta desde hoy. La hija de un panadero humilde, que no sabe leer, no puede

andar husmeando en la zona de los libros prohibidos porque resulta sospechoso. Si solo quiere ver las ilustraciones de la Biblia, estupendo. Pero si la encuentran mirando ilustraciones de cuerpos desnudos que aparecen en los libros de Medicina que estabas mirando, eso mismo puede hacerle, hacerte –tuteó– ir directa al cadalso. ¿Te ha quedado claro?

–Cristalino –fue lo único que me salió.

–Ahora te dejaré que descanses porque todavía es de noche. Mañana quiero que pienses bien en lo que me vas a contar y espero que sea la verdad. Sé que sabes leer y escribir, y algo me dice que sabes algunas cosas más sobre curar gente que un simple caldo astringente. Espero que podamos charlar abiertamente de todo esto, prometo guardar todos los secretos que me quieras contar. Ni a tu primo ni a nadie, todo quedará entre tú y yo. Si eres la persona que creo que eres, es posible que tengamos muchas más cosas en común de lo que crees. No dejaré que te alejes fácilmente de mí –acabó mientras me tapaba con las mantas y me acochaba cual padre atento– lo que te he dado te dejará dormir el resto de la noche hasta bien entrada la mañana. Descansa.

Y se fue probablemente a dormir un rato en una sala contigua tal vez, mientras yo me quedaba sola en aquel gran cuarto, pensando. Por primera en la vida me vino un pinchazo en el estómago. Eran los nervios que te produce otro ser humano cuando algo fuerte y profundo entra en tu corazón para ya no salir jamás. Era eso que tantas veces había escuchado de miles de amigas pero que yo no había notado nunca. Eso que siempre pensé que se inventaba la gente: ¡las puñeteras y cursis mariposas en el estómago!

Mis mariposas y yo nos quedamos dormidas rápidamente.

A la mañana siguiente tuve visita. Una guapísima Catty había subido hasta la Corte engalanada con sus mejores ropas, o las mejores que puede tener la hija de un panadero, que por cierto dijo haber cogido de mi baúl. Supuse que también querría ver a cierto caballero que trabajaba en las caballerizas y que pronto se convertiría en su esposo.

–¡Qué guapa estás, hermanita! ¿Te has puesto así para llevarles los bollos a mis carceleros? –reímos juntas–. Hermanas o no, nuestro humor cada vez se parecía más.

–¡No seas boba! Te he venido a ver a ti. ¡Cielo santo! ¡Estás espantosa! Deja que te arregle un poco –dijo mientras sacaba un cepillo de su cesta y me peinaba el pelo con una trenza.

No me había dado cuenta pero, en algo más de un mes, mi pelo había

crecido bastante. Así que la dejé jugar a peluqueras.

–Oye, ni rastro de tu doctor esta mañana, ¿por dónde debe de andar? Quería darle las gracias en nombre de Padres y mío propio. Madre quería venir, pero le he dicho que no tenía ropas apropiadas para entrar en el Castillo y que te tenían ni más ni menos que en los aposentos del médico. Que no se puede entrar aquí de cualquier forma –coqueteó con su mantón.

–Catty, dile a Caroline que le confeccione algo para Madre. Yo se lo pagaré. No está bien que no pueda venir a verme y no sé cuándo estará repuesta para salir yo a verla a ella.

La pura verdad es que estaba abrigada, cómoda y protegida en aquella habitación y lo que es mejor, estaba cerca de alguien que me provocaba sensaciones nuevas para mí. Me tendría que echar él mismo a rastras de ahí, si quería que me fuera.

–Está bien, le diré esto de tu parte, a ver qué puede hacer con Madre.

–Catty, no seas cruel. Seguro que puede hacerle un bonito vestido. Quizás puede hacer algo mucho mejor y así se lo podrá poner también en tu boda. Porque no debe de quedar mucho para tu boda, ¿no?

–Bueno, lo cierto es que hace tiempo que no hablamos del tema, Jo. Temo que se haya desilusionado. Nos vemos poco y casi no hablamos, esperaba poder verle hoy e intentar reavivar la llama entre nosotros –me dijo, mirando más a la puerta que a mi pelo.

–Anda ve, que lo estás deseando. Búscale y coquetéale como solo tú sabes hacer –y de paso a ver si aprendo algo de ti, pensé.

–¿De verdad no te importa que me vaya tan pronto? ¿No te quedas muy sola? ¿Quieres que pase antes de irme a la ciudad otra vez?

–De verdad que no me importa. Si luego tienes tiempo vuelves a darme un beso rápido, pero no te preocupes que estaré bien. Por si no puedes pasar luego, no te olvides de darle un fuerte abrazo a Caroline y al niño. Dile que los echo mucho de menos y que lamento llevar tantos días fuera de casa.

–Qué dices, Jo, si Caroline está preocupadísima. No veas qué rápida fue en poner a todo el mundo sobre aviso y me ayudó a preparar el plan de los guardias. Hasta... hasta habló con Marius, ¡fíjate tú! Tiene muchas ganas de verte, está esperando a que estés un poco mejor para venir a verte con el pequeño Sam.

–Hagamos una cosa, en cuanto veas a Marius le pides que recoja un día a Caroline y me la traiga aquí. No les irá nada mal pasar un rato juntos en un carronato, a los tres. A ver qué pasa.

–Estás hecha una tremenda metomentodo, señorita Jones –me dijo con su alegría habitual.

–Anda, ve a buscar a tu caballero andante, tontaina.

Y se marchó toda contenta al saber que se iba a encontrar con su enamorado. Me imaginé a la pequeña Cat vestida de... ¿de qué color debían vestirse aquí las novias? ¿Sería ya la costumbre del blanco o fue posterior a este siglo? Bueno, si no era típico el blanco, podría quizás aconsejarla yo misma a que se vistiera así, radiante como su sonrisa.

En un esfuerzo por mejorar mi físico, intenté ponerme en pie. El camisón era bonito aunque algo transparente. Esperaba que alguna muchacha de la Corte me hubiera ayudado a cambiarme el día que llegué, de lo contrario poco me iba a quedar que enseñar a mi doctor llegado el momento, si es que llegaba –reí.

Una vez me sostuve un rato sin que las piernas me fallaran, decidí acercarme a los libros de Medicina que estaban dispuestos en una estantería. En realidad yo era enfermera pero no había libros que hablasen de cuidados de enfermos, así que tendría que leer cualquier cosa relativa a mi profesión. Me acerqué a un gran libro cuyo título rezaba así: *Ars de statica medecina* y otro que decía: *Exercitatio anatomica de motu cordis et sanguinis in animalibus* de un tal William Harvey. Ambos libros me sonaban de haberlos estudiado en algún momento de la carrera, muy al principio, cuando ni siquiera atendía esas primeras lecciones sobre el cuerpo humano. Los abrí para ojearlos con calma y saber así qué ideas se tenían sobre Medicina en aquella época, quizás así podría entender cómo podría recuperar mi profesión o saber cómo utilizarlas. Mientras ojeaba, se me ocurrió pensar en los momentos de la historia en los que las enfermeras han tenido un papel relevante y me acordé de los conventos. Me sonaba que era ahí en donde caían los enfermos antes de que hubiera hospitales y a buen seguro debían tener datos quizás escritos en algunos conventos de monjas. Lo siguiente que haría después es preguntarle sutilmente a mi médico si existía algún hospital decente en la ciudad.

De pronto, por detrás de mi hombro escuché:

–Señorita, ¿qué hace usted levantada?, llamaré al médico –dijo una mujer que traía ropa de cama blancas.

Pero el médico ya venía detrás.

–Buenos días Josephine –tuteó– veo que estás distraída esta mañana. Y bastante –dijo mientras miraba los libros que yo tenía alrededor.

–Sí, bueno, titubeé... estaba, ya sabe, pasando el rato.

–Sí claro, buscando una Biblia... algo me dice que tenemos que hablar seriamente ahora que estás más recuperada. Pero antes, Anne te ayudará a vestirse y asearte. Después del baño te sentirás mejor. Te espero en mi despacho, contiguo a estas dependencias como en una hora aproximadamente –y se fue cerrando la puerta tras de sí.

Ya a solas, Anne me dijo sin mucho respeto que debería guardarme de leer esas cosas, que solo me traerían disgustos y mala suerte. Que debía dejar esas cosas a los doctores. Me llevó de la mano a otra salita donde había dispuesta una bañera que me pareció preciosa. Estaba rebosante de agua caliente y fue una experiencia maravillosa. Nunca había valorado tanto un buen baño.

Me prestaron un vestido no muy llamativo pero mejor del que yo recordaba llevar en prisión. Me quedaba bastante bien, así que imaginé que había perdido más peso que nunca.

Cuando más o menos estuve lista y peinada, Anne me maquilló ligeramente. La dejé hacer porque quería estar lo más presentable posible, aunque el maquillaje no era lo mío. Me dejó de pie y lista, mientras se marchaba no sin antes decir:

–El doctor la está esperando aquí al lado. Puede usted pasar cuando guste.

Me sentía como una niña pequeña que se va a encontrar en el patio del colegio con el chico que le hace «tilín». Me temblaban las piernas por la falta de fuerza y por los nervios, no sé en qué orden. Caminé lo más firme que pude hacia el despacho que ya conocía de la primera cita que tuve con él y llamé a la puerta.

–Pasa Josephine, adelante.

–Gracias –dije bien alto y claro–. Aquí me tienes John, porque te puedo tutear también, ¿verdad?

–Por supuesto, no sería justo que solo yo lo hiciese. Siéntate aquí por favor –dijo mientras se levantaba para ofrecerme una silla bastante cómoda. A diferencia de la vez anterior, él tomó otra silla parecida y la puso frente a mí. Sin mesas por en medio.

Acercó su mano a la mía y me tomó el pulso para evaluar mi situación, supuse. Se creó un claro silencio durante el tiempo que le tomó contar los latidos de mi sangre. Claramente ambos aprovechamos ese momento para escudriñarnos bien. El corazón me iba a doscientas revoluciones aunque no noté que el suyo se moviera ni lo más mínimo. Era como si en mitad de una tormenta, el capitán estuviera mirando al horizonte diciendo: todo está

controlado. Pero mi barca estaba a punto de zozobrar y dar la vuelta en medio de una ola gigante. Así me sentía exactamente.

Si hubiera estado en mi siglo y esa situación hubiera sido en una discoteca con un cubata en la mano, probablemente me habría lanzado a sus brazos directamente. Para evitar pensar en eso, empecé a mirar para otro lado. Temía mirarle a los ojos que cada vez veía más marcados, oscuros y grandes. Recuerdo haber pensado que me estaba –por primera vez en mi vida– enamorando. Con todas las palabras.

Cuando acabó de ver mi estado general de salud se interesó por cómo me encontraba y estuvo preguntándome varias cosas como si tenía tos, dolor en el pecho y otras tantas fruslerías. No sé ni lo que le iba respondiendo porque intentaba no mirarle de frente. Siempre me habían dicho que mi mirada era muy transparente, que se me veían las ideas a la legua. Por eso me estaba esforzando a conciencia para que no me viera mirándole. Yo no había sentido nunca nada parecido, así que no sabía si mi cara iba a hacer de espejo del alma, como se decía vulgarmente en mi siglo.

Por fortuna, él rompió el hielo. Un hielo que probablemente solo veía yo, a juzgar por su parsimonia.

–Parece que estás recuperándote bien, has tenido suerte de no ponerte peor en aquella celda. Los que pasan varias noches ahí en invierno suelen morir antes de llegar al cadalso.

–Me alegro que llegaseis a tiempo, estaba bastante asustada –reconocí–, no sé qué pretendían sacar de mí.

–De eso quería hablarte. No sé qué hacías ahí mirando esos libros, pero te recomiendo que no vuelvas a intentar leer nada que tenga dibujos de personas y anatomía del cuerpo humano. Solo nos está permitido a los médicos. Los únicos libros permitidos para mujeres son las reproducciones de la Biblia y para los que saben leer, la Gaceta diaria que cuenta las cosas que ocurren en la ciudad, todas las noticias controladas y supervisadas. Ahora dime, qué hacías revisando mi biblioteca de Medicina, qué interés puede tener la hija de un panadero y de hecho, explícame por qué sabes leer, porque según Marius, por cierto, tu futuro esposo, no has tenido formación ninguna en lectura y escritura. Necesito que seas sincera conmigo, creo que eres una mujer especial –noté que se me subían los colores– pero necesito saber toda la verdad sobre ti. ¿Quién eres y de dónde sales?

Ahora mantenía sus manos cruzadas encima de sus piernas, como esperando pacientemente todas las respuestas a sus dudas y me miraba con

cierto cariño, supongo que para darme confianza y que me sincerase totalmente con él. Cosa que no pensaba hacer de ninguna manera.

–Doctor... John –dije aclarándome la garganta con un poco de tos que todavía arrastraba–, soy Josephine Jones, hija de los Señores Jones y prima de Marius Jones. Nunca he querido ser panadera –cierto– aunque nunca se lo dije a nadie. Siempre he tenido una curiosidad secreta por ayudar a la gente a curarse de enfermedades y aunque nadie lo sabe, aprendí a leer y a escribir por mi cuenta –mentí–. Al recuperar la memoria de la supuesta caída de la que ya estás al corriente, me volvió a entrar curiosidad por saber cómo se curan las enfermedades más básicas, las curas de las heridas sencillas y el hecho de reconfortar a los enfermos. No sé por qué tengo esta vocación, pero lo cierto es que desde que recuperé mi vida, he estado investigando cosas por mi cuenta para ayudar a las personas que caen enfermas. No tengo especial vocación por la Medicina en concreto, pero sí por el cuidado de los enfermos. Como no encontré ningún lugar donde sacar información, pensé que en la zona de los libros de la iglesia de St. Nicolás podría encontrar información interesante. Ahora sé que eso no está permitido por el hecho de ser una mujer. Pero eso no me va a impedir que siga investigando.

–Ajá, comprendo –dijo.

–No, no comprende todo –le corté–. Le falta saber una cosa más que no sé si será relevante para usted o no. Pero la ha mencionado y la quiero dejar clara.

–Ilumíname.

–No estoy prometida con Marius. Fue un pacto que se hizo entre él y mi padre antes de que yo sufriera mi caída. Pero no le amo, ni él a mí, y de ninguna manera seré jamás su esposa.

Ahora sí estaban todas las cartas encima de la mesa. No me importó nada serle tan sincera sobre todo con ese tema en concreto porque lo que estaba sintiendo era único y maravilloso y no pensaba dejar pasar la oportunidad para dejarle bien claro cuál era mi situación. Y de pronto caí en la cuenta de que solo había pensado en mi situación. Pero no sabía nada de la suya. Me entraron sudores al pensar que podría estar casado y con cuatro niños tirándole de los pantalones al llegar a casa, y una guapa esposa esperándole con la cena puesta.

–Bien, es una información muy interesante, no relevante pero interesante. ¿Alguna cosa más que deba saber? –noté que hacía una mueca graciosa de medio lado, como divertido por mi aclaración que obviamente no esperaba.

–No, eso es toda la verdad –mentí de nuevo, porque toda mi vida ahí ahora me parecía una gran mentira.

–De acuerdo –calló unos instantes–. Es obvio que tienes un don especial para curar gente. Has demostrado saber algunas cosas que aunque haya sido por intuición, han funcionado. Y ahora veo que tienes más inquietudes al respecto. Confirmas mis intuiciones y es por eso que te voy a proponer un trato que quizás te sorprenda. Quiero que lo pienses bien antes de contestar.

–¿Qué quieres decir, John?

–Quiero decir que te voy a proponer algo importante. Desde hace tiempo estoy buscando un buen ayudante. El chico que tengo es muy joven y apenas me sirve para llevar recados de un lado a otro. Tú pareces una muchacha inteligente y tienes un don especial además de inquietud por aprender. Quisiera proponerte que fueras mi ayudante personal, que estés conmigo atendiendo a los pacientes de la Corte y a los que tengo que visitar en Londres, personas importantes. Necesito alguien que esté permanentemente conmigo, atenta a todo y dándome ideas cuando a mí se me agoten. Alguien valiente a quien no le dé miedo la sangre y que pueda suturar heridas. Tengo la sensación de que si lo que tú has decidido hacer de ahora en adelante es lo que me has referido hace un momento, no vas a dejar pasar esta oferta que te acabo de hacer. Pero es un compromiso total, necesitaré tu tiempo casi al completo y esto puede suponer que la vida que llevas hasta ahora, cambie totalmente. Por eso necesito que lo pienses bien. Ni que decir tiene que bajo mi supervisión y tutela ya no necesitarás robar libros por ahí y nadie podrá castigarte por ello. Y ahora que ya no vas a tener un esposo y tampoco vas a ser panadera, lo que te propongo merece tu sincera consideración.

De todas las cosas que me esperaba de él, esa era la única que no se me hubiera ocurrido nunca que diría. Sentía una emoción muy intensa, de pronto había encontrado trabajo y amor de una misma tacada. Bueno, ni el trabajo parecía que iba a ser remunerado ni el amor correspondido, pero aun así, era mucho más de lo que tenía antes.

Sin embargo, no podía articular palabra. De pronto me acordé de Caroline, de Sam y de la pequeña familia que habíamos creado los tres. No podía dejarlos solos porque contaban conmigo, nuestra vida era agradable y tranquila. Yo ya pensaba ver crecer al pequeño y apoyarla a ella para devolver el gran favor que me había hecho cuando yo estaba completamente sola.

–Josephine, esperaba que mi propuesta te llamase la atención pero no creía

que te iba a dejar muda. No pareces de las personas que se callan. ¿Cuándo crees que puedes darme una respuesta? Me gustaría saberlo cuanto antes.

–Discúlpame –balbuceé–, es una propuesta maravillosa, pero tengo que pensar qué hago con la vida que tengo ahora. Como sabrás, vivo con una amiga que tiene un hijo pequeño. Debería hablar con ella antes de tomar una decisión. Aunque, debes saber que la propuesta es... una gran oportunidad para conseguir lo que ahora sería mi sueño. –«Además de conseguirte a ti, querido», dijo mi subconsciente que todavía guardaba ese humor típico mío–. Pero tengo que verla antes de tomar una decisión.

–Me esperaba esa respuesta, no te preocupes.

–Tengo otras preguntas –se me ocurrió– por ejemplo, ¿dónde voy a vivir? ¿Tendré que ir y venir cada día? Usted vivirá aquí con su familia, supongo –aproveché a decir– pero yo no sé muy bien qué haré con mi vida si acepto.

–Mi familia es la Corte, el Rey y mis libros. Vivo enteramente para mi profesión y cuando te instalas aquí con un trabajo como este, tu vida personal deja de serlo. Pertenece a tus pacientes. Eso también has de saberlo. Si tienes otros planes, como cualquier mujer tendría en una situación normal, deberás apartarlos para siempre. Habrás de escoger. Es por ello que preciso una respuesta pensada y una decisión bien tomada.

La verdad es que ni yo tenía ganas de ser una mujer de ese siglo, encargada de alimentar gallinas o llevar una panadería, ni tenía ganas tampoco de dejar de ser lo que yo era antes, ser enfermera de cabo a rabo. Por ende, la opción de vivir al lado de un hombre que me paralizaba el corazón cada vez que le miraba, que me dejaba sin aliento al sentir su roce... esa opción era la que me parecía más emocionante de todas. Casi hubiera saltado de la silla a sus brazos para mirarle frente a frente a los ojos y dejarme llevar por mis sentimientos. De pronto, entró mi hermana:

–Doctor John, la hermana de la señorita Jones solicita pasar para despedirse –dijo la solícita Anne.

–Que pase, por favor.

Pero ella ya estaba prácticamente dentro. Se acercó a mí, risueña como siempre y me tomó de las manos mientras yo me levantaba.

–Espero que encuentres lo que buscabas, querida –dije con sorna.

–Más o menos –dijo– no hemos podido hablar mucho, pero al menos nos hemos visto.

–¿Va todo bien entre vosotros, Cat? –dije sin preámbulos.

–Bueno, ha ido mejor en otras ocasiones, pero supongo que el tiempo

pondrá las cosas en su sitio –se lamentó–. De momento seguimos comprometidos y creo que me sigue queriendo. Y yo a él. Pero Jo, han pasado tantas cosas desde la última luna que creo que le he apartado un poco de mi vida sin querer, desde que volviste tú. Tendré que recuperarlo de nuevo.

Y sin un atisbo de tristeza en la cara por lo positiva que esa chica se mostraba siempre, me dio un beso en la mejilla, se despidió cortésmente del doctor, se dio media vuelta y se marchó tal como había llegado. No sin antes girarse en la puerta y decir:

–Avisaré a Caroline para que te venga a ver cuando estés recuperada y a Padres por si también quieren venir. Porque intuyo que este médico tuyo no te va a dejar salir a la calle hasta que no te recuperes del todo. ¿No es cierto, doctor? –dijo con un tono que me pareció gracioso.

Y salió sin esperar respuesta.

–Es una muchacha muy resuelta esta hermana tuya. Deberías volver a acostarte y seguir descansando.

–Doctor, John, solo una cosa más antes de irme a pensar su oferta. ¿Usted siempre se ha llamado John? ¿Es verdaderamente inglés? –dije mientras miraba directamente a sus árabes ojos negros.

Mi directa pregunta le sorprendió porque me miró fijamente y con una expresión dura, que no había visto antes. Pero yo no lo veía como nada problemático así que le mantuve la mirada.

–Josephine, si lo que te cuento ayuda a que tomes una decisión para quedarte como ayudante mío, te contaré mi historia. Efectivamente no soy inglés, sino árabe. Me he esmerado siempre en hablar un inglés perfecto y me hice cristiano hace mucho tiempo, en modos, vestimenta y maneras. Nadie reconoce mis facciones diferenciales así que no he tenido mucho que esconder nunca. La pregunta es, ¿cómo has dudado tú de mi identidad, si no has viajado ni salido nunca del país? –me miró con ojos desconfiados, cómo iba a decirle que se veía a la legua que tenía unos rasgos árabes extraordinarios.

–No lo sé –acerté a decir únicamente eso.

–Bien. Soy de madre india y padre árabe, para ser más precisos. Durante muchos años mi país fue un lugar maravilloso para estudiar Ciencias y sobre todo Medicina, y ahí aprendí de joven todo lo que sé. Estudié con los mejores médicos del país. El emperador Sha Jahan permitió que fuera un lugar extraordinario durante mucho tiempo. Cuando empezó a construir el palacio

para su esposa fallecida, Taj Mahal, con la enfermedad del alma, yo partí para otros países pensando que estarían más evolucionados. Ahora que su hijo ha tomado el poder por la fuerza, ese país ya no es nada. A pesar de que aquí están retrasados de pensamiento y muchas otras cosas, hice bien en partir porque solo quedan guerras y enfrentamientos entre los hermanos, hijos del Sha. Digamos que tuve suerte –dijo con media sonrisa–. No quiero ni pensar cómo estará mi país ahora. Aquí me convertí al Cristianismo porque de lo contrario hubiera tenido pocas probabilidades de seguir con mi profesión. Y así fue. Tuve suerte y conocí a grandes hombres que me posicionaron en la Corte y desde hace años cuido de la salud del Rey, Carlos II y ahora de su hermano, Jacobo. También me encargo de la salud de sus mujeres, del personal de la Corte y de las parturientas, aunque no soy especialista en este tema. Tengo la confianza de toda la Corte y un prestigio que mantener. Pero como ya te he dicho, estoy solo porque solo recurren a otros médicos cuando yo mismo solicito una segunda opinión. La mayoría de las veces necesitaría tener un buen ayudante al que le guste la profesión y quiera aprender. El pobre chico –dijo mirando hacia la puerta– solo me ayuda a dar avisos a unos y a otros, pero en cuanto ve algo de sangre, se le ponen los ojos blancos. Temo que cualquier día se desmaye en medio de una operación. Tú, sin embargo, eres inteligente y curiosa y por eso sé que serás una buena trabajadora.

Dicho esto, se levantó, me tomó del brazo y me acompañó a la puerta con cariño para dejarme en manos de una Anne muy solícita que se encargó de acompañarme a cambiarme de nuevo y dejarme entre sábanas y mantas, para que siguiera recuperándome. En la última mirada que le di a John intenté enviarle algún mensaje subversivo, pero no logré que me aguantase la vista ni dos segundos.

El resto del día lo pasé pensando, recordando cosas que hasta ahora no había empezado a echar de menos de verdad. Me venían a la mente imágenes de mí misma dándome esos baños casi diarios con mis sales de diferentes olores y colores, mientras mi música de *Enya* me transportaba al relax del que sabe que después de ese baño no tiene más responsabilidades.

También pensé en algunas de mis mejores amigas, qué estarían pensando, sintiendo y si verdaderamente me estarían dando por muerta. Y de pronto me acordé de Daniel. Mi amigo, mi gran y verdadero amigo. Aquel ser extraordinario que nadie había descubierto todavía por su no definida sexualidad, pero que tenía todas las características maravillosas de una mejor

amiga y de un gran compañero de vida. Recordé con una gran sonrisa en mis labios y los ojos cerrados, aquellas tardes escuchando *La Oreja de Van Gogh*, contándole mis penas más profundas de mis pesares mientras él jamás caía en el pesimismo de contarme sus problemas más graves, quizás porque no consideraba tenerlos. A Daniel sí que le iba a echar de menos... ¿Qué me diría si le explicase que me estoy enamorando por primera vez? ¿Qué todo aquello de lo que hablaba la gente que yo le decía que nunca había sentido y que no eran más que patrañas, ahora lo estaba sintiendo en mis propias carnes? ¿Dónde estaba Daniel para aconsejarme qué hacer y cómo enfrentar esa situación? Se me cayeron unas lágrimas solo de pensar que no podría volver a verle, nunca más tendría uno de sus abrazos consoladores con los que la vida volvía a tener sentido solo porque él existía y estaba a mi lado. Ni siquiera pude pensar más, ni en mis padres ni en Santiago, ni en los niños. Llorando amargamente, caí en un profundo sueño.

Noté cómo alguien venía a despertarme con cuidado y una bandeja con algo de comida. Me noté todavía algo febril, no sabía si de una bajada de defensas de pura pena de pensar que había perdido para siempre una vida que aunque vulgar y aburrida, era mi vida, mi gente y mi mundo. Quizás, el sobrevivir los primeros meses, me había protegido la mente para no caer en esos pensamientos. Y ahora que me sabía cuidada y sin sentir ni frío ni hambre, teniendo mis necesidades básicas cubiertas, me dejé llevar por todo lo que debía tener guardado dentro de mi corazón. Ese corazón que por otra parte, había empezado a latir por primera vez, de auténtico amor.

La dulce Anne, me sirvió la bandeja y me obligó a comer algo, por orden del doctor, que por cierto, había tenido que salir para hacer unas gestiones, me dijo. No sé por qué noté que cuando le mencionó, sus ojos quisieron hablar. Por un momento vi claramente que esa sumisa sirvienta, sentía algo por mi doctor. No quise indagar porque inmediatamente me sentí culpable por aparecer en mitad de sus sentimientos para ser la nueva ayudante de un doctor con el que pasaría todas las horas del día, mientras ella debía quedarse siempre esperando detrás de una puerta. Sin embargo su trato conmigo no dejó de ser tierno y amable, al principio...

Así, bien comida y servida, quise descansar y empezar a poner en orden mis ideas y lo que quería hacer con mi vida. Le pedí a Anne que me acercase unos papeles y pluma para seguir con mis escritos, porque no quería dejar pasar más días de los que la enfermedad me había impedido.

Y por supuesto, necesitaba mi lista de «pros y contras» para aceptar una

oferta que podía cambiar radicalmente la vida que hasta ahora conocía en ese siglo tan hermoso como complejo.

Pensaba mucho en mi buena amiga Caroline y en el tierno Sam, no me sentía cómoda dejándolos solos otra vez. Nos habíamos acostumbrado a estar los tres juntos y ella se sentía segura cuando estábamos las dos a cargo del pequeño. De todas formas, era cuestión de tiempo que ella quisiera rehacer su vida con Marius; porque él estaba dispuesto a luchar, tarde o temprano, por recuperar a su familia. Así que debía pensar más en mí misma, porque a la larga yo me debería buscar la vida y no vivir con una familia, donde siempre sería yo la extraña.

Por otra parte, mi hermana tenía también su vida bastante encaminada y Padres ya me habían recuperado como hija, solo tenían que aceptar que ya era adulta y que me iba a independizar sin estar casada con nadie. Como ya venía siendo costumbre en mis diferentes vidas, yo siempre estaba sola.

Lo que más me preocupaba realmente era la vida en aquel palacio lleno de personas que no hacían nada más que pasearse por los pasillos y esperar las fiestas que allí daban, mientras urdían planes unos contra otros, con quién sabe qué fines. Si algo había tenido claro desde el principio era que me iba a alejar todo lo posible de la Corte y de este tipo de vida. Quería pasar desapercibida, quizás encontrar trabajo en un hospital de los que podía haber en la ciudad y estar lo más tranquila posible. De no poder volver a mi siglo, quería pasar el tiempo sin percances. La situación que se me estaba planteando era, sin duda, el peor de los escenarios posibles para mí. Cualquier mal gesto, o decisión mal tomada a la hora de curar a alguien, me podía llevar a la torre. Por no hablar de que una mujer nueva en la Corte al lado de un hombre que estaba más solicitado de lo que parecía a primera vista, me podía generar demasiadas envidias y quizás alguien quisiera tomar represalias contra mi persona.

Todas estas ideas me iban y me venían de un lado a otro de mis pensamientos, creando una imagen de mí misma en un escenario de lo más peligroso.

Pero tenía que tomar una decisión y, sin duda, mi corazón y mis sentimientos tendrían la última palabra. Algo interiormente me empujaba a quedarme al lado del hombre que me hacía sentir cosas increíbles, que jamás creí poder sentir. Sin ni siquiera saber si este hombre estaría interesado en mí, cada vez veía más clara la respuesta a mis preguntas. Por no hablar de las oportunidades que tendría de estudiar cómo funcionaba la enfermería en ese

siglo y todo lo que, amparada por un médico de postín, podría yo aportar de mi siglo, sin que nadie ni nada sospechase de mí por brujería.

La luz de fuera ya se había ido por lo que pensé que sería tarde. Dejando mis papeles y mis pensamientos a buen recaudo, después de varias horas escribiendo y pensando, volví a quedarme muy dormida hasta la mañana siguiente.

Lo primero que vi al despertar fue una gran sorpresa: Caroline estaba en mi habitación, no muy cerca de mi cama pero lo suficiente para que yo pudiera distinguirla. A su lado, sosteniendo al niño, estaba mi primo, y padre del infante, Marius. Ambos hablaban en un tono bajo, como dos amantes que se dicen cosas en susurros. Anne estaba apartando las cortinas del gran cuarto y preparándome un baño con agua bien caliente, que traían unas mozas vestidas diferentes a ella. Más que una habitación de un enfermo, aquello parecía el metro en hora punta, gente entrando y saliendo, y yo en camión.

Me asombró el poco respeto por la intimidad y me acordé de lo que había visto en las películas de aquella época sobre los recién casados, que tenían que intimar delante de los cortesanos para ser testigos de la consumación del matrimonio o de cuando una persona estaba en sus últimas horas y la habitación rebosaba de gente, no sé muy bien con qué objetivo.

La única que tenía mi permiso para estar ahí, aun estando yo medio vestida, era mi amiga Caroline a la que había estado echando demasiado de menos. Alargué los brazos insinuando que se acercase y ella corrió a darme un fuerte abrazo, tanto que casi me ahoga. Reímos las dos por la situación y ella se mostró muy cariñosa acariciándome el pelo y poniéndome hacia un lado, como peinándome.

Miré a Sam con nostalgia y ella me preguntó si quería cogerlo, aunque por su cara de preocupación sabía que la recomendación sería esperar un poco más a mi recuperación. La miré con comprensión y le dije que no, que no era prudente.

–Caroline, Samuel es muy pequeño y yo no estoy recuperada del todo, me moriría si por mi culpa enfermase.

–Gracias Jo, pero si quieres tomarlo en brazos yo tengo fe en que no enfermará. No tienes fiebre y el niño también te echa de menos.

–No me voy a arriesgar, pero en cuanto el médico me lo permita, me lo comeré a besos de nuevo, no te preocupes por eso –dije mientras ella sonreía casi con alivio.

–Jo, ¿cuándo volverás a casa? –me preguntó de pronto. Reconozco que

me pilló desprevenida porque no sabía por dónde empezar a contarle.

–Pues verás, de momento estoy en una especie de cuarentena –sonreí para quitarle importancia al hecho de que no iba a volver de inmediato– así que, hasta que el doctor lo diga, me tendrá cerca.

–No será que eres tú la que quieres estar cerca de tu doctor y por eso no te planteas salir de aquí –dijo, sonriendo sarcásticamente.

–Bueno, también hay algo de cierto en eso –estaba preparando el terreno para contarle el resto de mi futuro– este hombre me tiene robado el corazón, para serte sincera no querría moverme de su lado nunca más.

Caroline me miró con cara extrañada, supongo que porque nunca me había oído hablar de esta forma en referencia a ningún hombre.

–¿Me estás diciendo que te estás enamorando?

–¡Shhhh! ¡Baja la voz! Te estoy diciendo que siento cosas extrañas que nunca había sentido. Y son más fuertes que cualquier otra cosa. No te puedo dar más detalles porque estoy confusa, pero si por mí fuera, no me movería de aquí jamás –y reí alegremente para distender el tema que vendría a continuación.

–Josephine...–dijo, también riendo alegre– todavía no me acostumbro a llamarte así, se me escapa muchas veces el nombre que te inventaste, Meg –miró al infinito antes de volver a mirarme a la cara–. Si en verdad estás sintiendo lo que me dices, me alegro mucho por ti. Verdaderamente es maravilloso estar enamorado. ¿Crees que él te corresponde?

–Pues no estoy segura pero por lo pronto, parece que me quiere retener a su lado. Me ha ofrecido trabajar con él cuando me recupere –dije mirando su expresión para ver cómo reaccionaba.

–¿Cómo dices? –se extrañó–. ¿Te ha propuesto trabajar junto a él, como ayudante? No te ofendas pero, ¿qué sabes tú de Medicina? –acabó ya algo más seria.

–De Medicina nada en absoluto, pero ha visto mi interés por ayudar a los demás y, aunque nunca se lo referí a nadie, siempre he sentido curiosidad por los temas relacionados con las curaciones de enfermos o con sus cuidados básicos. Parece que después del golpe en la cabeza y mi pérdida de memoria, han aparecido algunas cosas en mi mente que se han agudizado. ¿Sabes?, curé al Rey de un acceso doloroso de vientre.

–Ah, así que fuiste tú la muchacha que comentan que hizo ese mejunje extraño, no su médico.

–No sé lo que se comenta, pero sí, parece que le puse algo a la sopa de

forma intuitiva y funcionó. Fue una casualidad, Caroline; pero el doctor cree que puedo serle de ayuda, si aprendo algunas cosas básicas. Tendría trabajo junto al hombre que empiezo a amar pero...

–Pero tendrías que vivir en la Corte –acabó mi frase con un gran pesar en su rostro.

–Exactamente –contesté mirando hacia la puerta tras la que suponía estaría el pequeño Sam en brazos de su padre, que se había ido retirando para dejarnos lo más solas posible.

Se hizo el silencio entre nosotras, pero no había ningún reproche en el ambiente.

–Bien Josephine, si ese es tu deseo, estaré feliz de que aceptes el reto. No obstante, Sam y yo te echaremos mucho de menos, nos habíamos acostumbrado a tu presencia y va a ser terrible para nosotros perderte.

–No me vais a perder –mentí– seguiré yendo a veros siempre que pueda. Soy la tía del niño y eso no cambiará nunca.

–Claro, Jo, claro –dijo, sabiendo tan bien como yo que las cosas nunca serían de esa forma, porque mi tiempo en la Corte trabajando con el médico me quitaría todo el tiempo de ocio que me pudiera corresponder.

–Solo prométeme una cosa, Caroline. Ya que Marius y tú habéis recuperado el contacto, le dejarás que se acerque a vosotros y que te ayude en todo lo que precisas.

–No te confundas, hermana –así es como nos sentíamos ya– tan solo se ha ofrecido a llevarme a verte y, como iba con el niño, ha aprovechado para disfrutar de él. Pero no ha hecho comentarios sobre venir más a menudo ni he visto en su mirada atisbo de amor verdadero.

–Eso es porque se siente avergonzado. Dale tiempo y pon algo de tu parte. Si no dejas que él se acerque a ti y os ayude con todo, créeme que no aceptaré la oferta de trabajo y volveré a casa con vosotros –sentencié muy seria.

–Está bien, te lo prometo. Le dejaré que se acerque a mí aunque sea por el bien del pequeño.

Y con un abrazo tierno, se despidió de mí, no sin antes decirme al oído que me estaba dejando una caja debajo de la cama, la caja de mis escritos que me había dejado ahí antes de mi detención. Le di las gracias y le pedí que avisase a Marius porque quería hablar con él para agradecerle que me sacase de prisión. Una vez que lo tuve delante, me incorporé un poco más con toda la intención de hacer de alcahueta.

–Marius, he visto a Caroline feliz porque hoy has estado con ella y el niño.

No me lo ha dicho, pero creo que sigue sintiendo cosas fuertes por ti. Si todavía la amas, este es tu momento. Cualquier excusa que utilices para acercarte a ella, servirá. Y cuando el tiempo de luto termine, si en verdad la amas, deberías declararte y formar una familia con ella.

–¿Crees que me ama? –dijo sorprendido–. Está muy seria conmigo y me trata de forma distante.

–Créeme primo, conquístala como hiciste anteriormente y recuperarás a tu familia y a tu hijo. Ellos te necesitan y me apuesto un brazo a que te ama más de lo que te crees.

–Sé lo que te ha propuesto John, me ha contado que tienes un don especial y que quiere que trabajes con él. Supongo que para ello deberás dejar de vivir con Caroline, ¿no es cierto? –dijo como para justificar mi insistencia.

–Sí, es cierto. En caso de aceptar, ella se quedará sola con tu hijo y, aunque ella es capaz de criarlo sin ayuda, la pura verdad es que estaría mejor con una familia y si se trata del padre de su hijo, mejor que mejor. De todas formas Marius, si tú no quieres esto para tu futuro no te preocupes, hay un par de hombres que rondan a Caroline y su insistencia puede hacer que finalmente ceda ante alguna proposición de matrimonio –dijo con toda la mala intención que me salió.

La cara de Marius, ya blanca de por sí, se quedó de color transparente. Estaba claro que con mis últimas palabras había dado en el clavo. Me miró con cierta inquina y añadió:

–¿Cómo lo logras, prima? ¿Cómo eres capaz de crear tanta angustia en alguien con una sola frase? –se preocupó.

–Marius, te lo estoy diciendo totalmente en serio, a esta hermosa mujer le rondan bastantes hombres. Si no demuestras que la quieres y te apremias, te la quitarán. A mí no me importa porque seguro que la amarán y cuidarán bien, pero el niño es tuyo y sobrino mío. Preferiría que cayera en buenas manos, sinceramente.

Se levantó de golpe dándome un beso en la mano cual cortesano y se despidió de mí con más prisa que cariño.

–Adiós primo. Ya me irás contando los avances –reí cómodamente sabiendo que había calado en su corazón, se giró brevemente y me regaló una medio sonrisa para mostrarme que en realidad no se iba enfadado.

Anne vació la estancia de gente pululante finalmente y me llevó a una bañera deliciosa con agua caliente, mientras me frotaba con delicadeza. Jamás había dejado que me bañara nadie excepto en mi infancia y ahora me

encontraba con más de treinta años y a merced de una mujer que no me conocía y que no tenía ningún derecho a estar viéndome de esa guisa. Pero como costumbre que debía ser, me dejé para no enfrentarme a esa sirvienta que me estaba haciendo la vida tan cómoda.

–El doctor volverá esta tarde –me dijo mientras me echaba más agua caliente por la espalda–, pensé que querría saberlo.

–Gracias Anne, es posible que vaya a verlo si encuentro algo decente que ponerme, no tengo mis ropas aquí.

–No se preocupe por ello, señora. El doctor mandó hacerle traer algunos vestidos que le sentarán como un guante. Parece que conoce su talla a la perfección. Es un hombre muy observador –me pareció intuir un tono de reproche.

Anne me daba más información de la necesaria como si necesitase ver mis reacciones. Así que decidí callar para no aumentar la tensión entre nosotras. Simplemente le sonreí. Sin embargo, ella quiso continuar hablando. Probablemente quería saber mi respuesta a la cuestión de mi futuro que seguramente tendría consecuencias en su propia vida.

–Entonces, si no le molesta que le pregunte –dijo con un tono que me indicaba que en cuestión de rangos, ella consideraba que estábamos al mismo nivel–, ¿la señorita ha decidido qué va a hacer? ¿Se quedará con nosotros o volverá a su vida en Londres?

–No lo sé, Anne –la tuteé– lo tengo que pensar. Tenía una vida antes de esta propuesta y aceptarla significará renunciar a ella –contesté intentando ver alguna reacción en su cara.

–Lo entiendo, señorita. Sus padres la echarán de menos y quizás no debería abandonarlos –dijo mientras disimulaba mirando hacia otra zona de la bañera.

Volví a callar porque esa respuesta estaba muy clara en cuanto a lo que mi llegada a la Corte supondría para ella. Preferí hacerme la loca para no dar a entender que sabía su secreto. Entre mujeres está mal quitarse al hombre que otra ama sobre todo si conoces ese sentimiento. El aparentar no saberlo, me daba la ventaja de actuar en función de mis propios sentimientos, muy parecidos a los suyos probablemente.

Una vez me hubo bañado y secado, con el mismo cuidado que al principio, me mostró unos vestidos que se habían traído para mí especialmente. Eran bonitos y más sencillos que los que llevaban las mujeres de la Corte. Me estaba acostumbrando a vestir de esa forma, aunque seguía echando de

menos mis «Jeans».

El día había empezado bien: una visita corta, pero bonita de una gran amiga; un buen baño caliente, cosa poco habitual en Londres; y un copioso desayuno con leche caliente, té y pan tostado con miel. Me empezaba a sentir muy recuperada y tenía muchas ganas de ver a mi doctor. Anne me seguía sirviendo atenta a todos mis movimientos y en un breve momento, que la miré sin que se diera cuenta, pude distinguir en sus ojos cierta profundidad que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo. Algo que intuitivamente me transmitió cierta maldad, como si estuviera lista para enfrentarse a mí a cualquier precio si yo entorpecía su vida o me ponía en medio de lo que ella consideraba seguramente, su hombre.

Si Anne iba a estar a mi servicio durante mi vida en la Corte y me veía trabajar mano a mano con John, probablemente debería tener cuidado y ojos en la espalda. Ella me proporcionaba la comida y yo hasta la fecha, la tomaba sin ningún tipo de precaución. Ahora, desde esa mirada en sus ojos, debería estar precavida. Me entró más miedo en esos momentos que el que había pasado en pleno Londres pasando frío y sin saber cómo y por dónde moverme. Más miedo que cuando me encontré en un banco frío, en otro siglo lejos de mi familia y mi vida. Otro tipo de miedo, pero miedo al fin y al cabo.

Decidí entonces mantener mi decisión en secreto hasta tenerla totalmente clara. Y le pediría a John ciertas condiciones, si iba a quedarme ahí. Sí, eso haría. Qué menos que aceptar mis cláusulas si yo tenía que dejar mi vida. Aunque para ser sincera conmigo misma, mi vida en ese siglo estaría probablemente mejor en un lugar protegido como ese, que no en el Londres que conocía. Aunque me había adaptado bien gracias a Caroline y a Catty, la realidad era que las calles estaban sucias, olían terroríficamente mal y las gentes apenas tenían agua para bañarse una vez al mes o a la semana, con suerte. Siempre pensando si sobrevendría alguna enfermedad como las que habían pasado anteriormente, la peste, o quizás como otras peores que estaban por llegar, como el cólera.

En un lugar en donde los baños podrían ser diarios, si se solicitaba, el agua salía de pozos más limpios y la comida se preparaba con esmero, podría tener una vida mucho más placentera.

Aquella mañana de pensamientos variados y algunos definitivos, quise salir a dar un paseo, pues ya llegaba la primavera y había salido el sol. Así que sin pedir permiso a un médico que no estaba y a una Anne que se había marchado a llevar la bandeja del desayuno, me escabullí bien tapada y como

pude, hacia la salida a los jardines.

Una vez llegué abajo, quise acercarme sigilosamente a la zona de servicio, la primera que conocí. Algo me atraía hacia ese lugar y lo supe cuando miré hacia arriba y vi la cara de la anciana que me miraba fijamente por la ventana. Me sonrió y aunque teóricamente no me veía, supe que me estaba notando y que me había detectado. Por si acaso le quedaba algo de vista, alcé la mano y la moví. Ella no contestó pero sí me dedicó una sonrisa, como si supiera que yo estaba ahí y que la estaba mirando. Eso me puso algo nerviosa, pero sentía la necesidad de volver a hablar con ella. Me había dicho cosas que solo alguien con ese tipo de sensibilidad podía detectar. Quizás, si tuviera que hablar de lo sucedido con alguien, ella sería la única persona que me entendería sin creer que estaba loca. Pero justo cuando me disponía a entrar y subir aquellas escaleras, una mano se posó encima de mi hombro.

–Josephine, ¿tu médico te ha dado permiso para salir de tus dependencias?
–me dijo un John divertido.

–Doctor, me ha pillado. Me escapé sin que Anne se diera cuenta; necesitaba ver el sol y oler el aire limpio.

–Está bien, te dejaré dar un paseo por el jardín, pero por aquí no se va. Si me permites, te acompañaré. Ya he terminado con mis tareas esta mañana. Tenía una embarazada con contracciones antes de tiempo.

–Braxton Hicks –se me escapó.

–¿Cómo dices? –dijo él al tiempo que me miraba.

–Que hace frío aquí –contesté rápidamente.

–Entonces deberíamos volver a tus aposentos –dijo rápidamente mostrando preocupación.

–No, por favor, no me encierres de nuevo –dije con sarcasmo mezclado con algo de coquetería mientras le tomaba del brazo–. Me refería a que prefiero caminar bajo el sol.

–Si es así, vamos hacia el jardín directamente. Hay una zona hermosa en la que a estas horas está dando el sol. Te contaba que he estado con una mujer que tiene unas contracciones extrañas y típicas antes de tiempo y nunca sé si es que la criatura va a anunciarse ya, aunque no parece que el niño esté dispuesto a salir todavía. ¿Se te ocurre algo en tu intuitiva mente? –me miró sonriendo y noté que su brazo apretaba mi mano hacia su costado, como no dejándome ir.

–No lo sé, la verdad –dije más preocupada por no soltarme de su brazo que por la respuesta– pero por algunas vecinas y amigas, tengo entendido que

a veces sucede un par de meses antes de dar a luz. Quizás el cuerpo se está preparando para lo que ha de venir, pero yo no le daría más importancia. Lo esencial es que le transmitas a la mujer que no tiene de qué preocuparse, que es algo normal y que hasta que no rompa aguas, el niño no saldrá de su lugar –dije casi hablando sola, de carrerilla.

–¿Ves a qué me refiero? –dijo alegremente–. Teóricamente eres hija de un panadero, pero hablas con una seguridad propia de un médico –dijo meneando la cabeza de lado a lado.

–Pues no, no sé a qué te refieres, no sé nada de eso. Solo es intuición, cosas que he visto y que recuerdo –cada vez me parecía menos probable poder seguir con mi mentira– es como si después del golpe, recordara cosas que debo haber vivido y visto antes –me empezaba a doler la cabeza de inventar respuestas rápidas.

–Lo que tú digas, Josephine, pero esa intuición la quiero tener cerca, me transmites seguridad. Una seguridad que necesito para mis pacientes y para apoyarme yo. ¿Sabes?, a veces no tengo tan claras las cosas como parece.

Si supiera este hombre lo que en mi hospital se decía entre médicos y en el siglo XXI ni más ni menos. Ellos mismos muchas veces no sabían qué les pasaban a sus pacientes. La mayoría de los casos complicados los resolvían por ensayo–error y algunas intuiciones, más horas y horas mirando en internet qué otros casos parecidos existían. No era yo la persona más indicada para creerme nada de un médico del siglo XVII; sin embargo, sí que podría ayudarle mucho, esa era la pura verdad. Y a mí me quemaba la sangre por no poder trabajar en mi sector, quizás me podía librar del paro, reí pensando en que en realidad seguramente tenía más posibilidades de volver a trabajar ahí donde me encontraba que en cualquier hospital de mi ciudad.

No obstante, tenía que aclarar algunos puntos antes de aceptar. Y ese momento me pareció más que adecuado.

–Doctor John, he estado pensando en su oferta. Creo que tiene razón y podría serle útil a usted y a sus pacientes. Pero necesito que me aclare algunas cosas y quiero poner algunas condiciones.

–Tú dirás, Josephine –dijo parando en seco y plantándose delante de mí con cierta ansia en la mirada. De verdad parecía necesitarme–. ¿Qué quieres? Si está en mi mano, te lo proporcionaré.

–Muy bien. En primer lugar, quiero saber dónde viviría yo.

–Hay unas dependencias cerca de las mías lo suficientemente grandes para que estés cómoda. Seguramente más grandes que tu cuarto en la ciudad –dijo

con prudencia para no sonar antipático—. Creo que estarás bien. Y necesito que estés cerca de la consulta. Y...— calló unos sutiles segundos— cerca de mí. Por si...— balbuceó— surge una emergencia en plena noche, quiero decir.

Haciendo ver que ignoraba su nerviosismo al decir esto último, continué con mi lista de necesidades mientras nos volvíamos a poner en camino hacia ninguna parte.

—También quiero un salario, no me importa cuál, pero quiero ahorrar por si en un futuro he de volver a la ciudad. Por otra parte, no quiero depender de nadie para mis necesidades.

—Bien, tendrás un salario más que digno. Mejor que el de una panadera —ya no me pareció tan agradable este comentario, pero lo seguí ignorando.

—Y quiero que al menos una vez a la semana, vayamos a la ciudad a ver enfermos que no tienen recursos —volvió a parar en seco y me miró muy extrañado.

—Querida, estoy al servicio del Rey —me dijo.

—Y el Rey está al servicio de su pueblo —repliqué rápidamente.

Se quedó en silencio como pensativo. Supongo que ideaba alguna forma de argumentar eso para poder llevarlo a la cumbre con seguridad.

—En realidad, tienes cierta razón —contestó mientras se tocaba la perilla.

—¿Cierta razón o razón a secas?

—Tendré que intentarlo, pero de esa parte no te prometo nada. El Rey tiene la última palabra y es posible que no lo entienda.

—Lo que ha de entender es que en la ciudad hay curanderos que pasan por médicos y que desangran a la gente por estornudar. Y eso no se puede permitir. Como no podemos cambiar eso ni tú ni yo, al menos podemos contribuir a que, una vez a la semana, la gente más enferma tenga un médico —y una enfermera quise decir pero no dije— que se encargue de buscar una solución.

—El Rey es bastante novato y tiene muchas cosas que arreglar desde la muerte de su hermano Carlos. Pero te prometo que avanzaré en ese tema para ver si es posible.

—Gracias por considerarlo —dije sinceramente.

—¿Algo más, desea la señora Condesa? —dijo ya riendo más abiertamente. Le estaba haciendo gracia mi lista de solicitudes.

—Sí, una cosa más. No quiero a Anne como ayudante.

—¿Cómo dices? —dijo girando la cabeza hacia mi cara—. ¿Estás hablando en serio? Anne es lo mejor que he tenido como personal desde que llegué

aquí. Apenas era una niña cuando la pusieron a mi servicio, ahora se ha preocupado por tu bienestar desde que llegaste y veo que te aprecia y te cuida con esmero.

Me iba a costar alejarla de mí más de lo que creía. Si había algo que no podía tocar yo en ese momento, era ella. Recordando las palabras de mi amigo Daniel, hice acopio de paciencia y tuve que recular. Estas cosas se hacen poco a poco, sutilmente y dejando que todo se vaya poniendo en su lugar lentamente.

–Está bien, puede quedarse a mi servicio. No lo tomes a mal pero lo decía porque yo estoy acostumbrada a hacerme las cosas por mí misma y no necesito a nadie a mi servicio.

–Anne está encantada de dedicarse a ti, ¿acaso no ves con qué cariño te trata? Te prometo que no tendrás queja de ella. Si así fuera, me lo dices y lo plantearé de nuevo. Pero necesitas alguien que se encargue de tus cosas, porque yo necesitaré de tu tiempo. ¿Alguna otra cosa que precises?

–Pues no –dije sin querer seguir con el tema de Anne– por el momento no se me ocurre nada más. Pero dejo abierta la opción de que si se me ocurre algo más, puedo pedirlo. Bueno sí, –se me ocurrió de pronto– quisiera tener algún día de descanso para ver a mi familia. Cuando haya menos trabajo o en días festivos como Navidad.

–Muy bien, concedido –su mueca de afirmación no se correspondía a su mirada, que de repente se puso triste. O eso me pareció.

–Pues eso es todo por el momento –y le apreté cariñosamente el brazo para corresponder lo fuerte que él me tenía cogida.

Y ya en silencio, volvimos caminando hacia nuestras dependencias. Supongo que avisar a Padres sería mi última gestión importante y para ello pensé que sería mejor ir en persona, por si no venían ellos a verme hasta la Corte. Padre no podía dejar el horno ni un solo día. Empecé a planear lo que sería mi última visita a casa de unos padres que todavía no reconocía y a casa de Caroline, para darle un último vistazo a mis primeros recuerdos en este curioso, pero cada vez más, maravilloso siglo.

Él debía estar haciendo lo propio con sus pensamientos para poner en orden todo lo que tendría que organizar para mi llegada oficial a la Corte, eso sí, como trabajadora a la orden de todos los cortesanos y si hacía falta, del mismísimo Rey.

Las cosas estaban cambiando tan deprisa en mi vida que casi no daba crédito a lo que me estaba pasando. Quizás –pensé– mañana ya me levanto

de este sueño y vuelvo a visitar el Inem.

Miré bien al caballero que me acompañaba porque me seguía causando una sensación placentera estar a su lado. ¿Cómo sería trabajar cada día con él? ¿Nos llevaría la confianza a una línea de contacto demasiado difícil de cruzar para convertirla en algo más? ¿Cómo podría yo hacer que me viera como una mujer y no como una ayudante, si no tenía la menor idea de coqueteos y de llamar la atención de los hombres? Nunca había tenido esa habilidad porque no me había hecho falta, nunca me había gustado nadie lo suficiente. Ahora me apenaba no ser como una de esas amigas que con un golpe de melena dejaban al auditorio sin aliento. Suspiré demasiado fuerte quizás porque quise recordar ese momento que no sabía si se volvería a repetir.

20 de mayo de 2013

Las 6.30 de la mañana y Santi ya se encontraba en el aeropuerto de Barajas en compañía de dos Doctores en Ciencias que le habían dejado llevar del Equipo de Investigadores y el Sr. Manzano, que aunque seguía colaborando con un programa conocido de televisión, se había metido de lleno en el caso de la desaparición de Julia.

Se encontraban embarcando las maletas en la fila de Business, ventajas de tener tantos puntos acumulados de Iberia.

La despedida de Marianne, dos días antes, había sido rápida y de los niños prácticamente nula, contando un beso de buenas noches mientras ya dormían. Había tenido que volver al trabajo deprisa porque los asuntos se habían acumulado y llegaba bastante tarde a casa, con la cabeza más en su hermana que en los casos que tenía pendientes, y sin saber bien cómo iba a gestionar el resto de su vida si Julia no aparecía viva.

Había pactado con los socios del prestigioso Bufete tomarse las vacaciones por adelantado, si dejaba cerrados las demandas más apremiantes, para poder alargar una semana más de tiempo su búsqueda personal. A pesar de estar tan ocupado, su mente estaba dolorida y agotada. Sus ojeras ya rozaban un gris oscuro bastante deprimente, pero la situación daba para eso y mucho más. Sabía que después de ese viaje tendría que continuar con su vida y, sobre todo, con su trabajo, pues ya estaba en los límites de perderlo y no digamos de la oportunidad de llegar a socio. Ese había sido su obsesivo objetivo durante años. Ahora, lo veía tan lejos y tan poco atractivo, que se planteaba seriamente su futuro en caso de que su hermana nunca fuera localizada con vida.

Su relación también se estaba resintiendo porque ocuparse de no perder el

trabajo y de encontrar a Julia, junto con el intento de despreocupar a sus padres dándoles largas sobre la investigación, más ocuparse de su esposa mientras los niños preguntaban dónde estaba su padre, no ayudaba a mantener su matrimonio.

Era de esos momentos en los que la base de la relación jugaba un papel importante porque tenía que sostenerse sola, sin alimentación de ningún tipo. Santi pensaba a menudo en los casos de desaparecidos que había leído. Nunca nadie hablaba de lo que sucedía detrás de la noticia y de la investigación. Muchas de las familias quedaban destrozadas para siempre, las parejas se acababan separando y los hijos que quedaban, perdían de un plumazo todo lo que tenían. Confiaba pues en que esa mujer, maravillosa y comprensiva, tuviera la paciencia suficiente para ver cómo acababa todo aquello y en caso de que no hubiera una buena resolución, poder mantenerse como estaban antes, felizmente casados y enamorados. Solo que la «felicidad» ya no sería nunca completa, porque si te falta un ser querido, esa palabra ya no tiene sentido.

Durante sus dos días del fin de semana de su estancia en Madrid, en la Central de Investigación, habían estado recopilando todos los datos que tenían sobre desapariciones no resueltas en las que no había datos reales sobre los que trabajar, como en el caso de Julia.

Al no tener la seguridad de que las líneas de investigación de la Policía, más realistas pero no fructíferas, aportasen datos que llevasen a una posible resolución del caso, Santi había seguido las reglas del juego con los detectives, pero había iniciado una investigación en paralelo. Irreal y probablemente sin sentido, pero a eso te lleva muchas veces la desesperación. A aferrarte a cualquier cosa que pueda darte una mínima esperanza.

Por otra parte, tenían ya los contactos que precisaban de algunos doctores suecos que se dedicaban a hacer «hipnosis regresivas», así las llamaban técnicamente. Esa era la única pista viable que tenían. La última cosa que había hecho su hermana y las últimas palabras que había dicho, todo ello estaba relacionado únicamente con la hipnosis. Así que mientras la Policía seguía sus propias pesquisas sin tener datos de ningún tipo, Santiago había tomado la decisión de centrarse en la línea que parecía tener más valor en esos momentos. No estaba arrepentido en absoluto de estar ahí en esa situación y sus colegas, afortunadamente, eran mucho menos escépticos que él, cosa que le podía ser de ayuda para abrir su mente de abogado centrado y realista.

–Puerta de embarque A58, hora de embarque 8:00 horas, tengan sus pasaportes y que tengan buen vuelo –dijo una eficiente azafata tempranera.

–Gracias –dijeron los cuatro casi al unísono.

Mientras esperaban en un bar cercano a la puerta de embarque, decidieron repasar los planes.

–Bien –dijo Alberto, uno de los técnicos– en cuanto lleguemos a Suecia, deberemos registrarnos en el hotel. Una vez instalados, tenemos la primera cita con el doctor Smetz a las tres de la tarde. Le he pedido que nos explique bien las terapias de trance hipnótico–regresivo para que sepamos si esto es lo que pudo hacer Julia. La siguiente cita será temprano en la mañana.

Durante sus horas de desvelo nocturno, Santiago había estado leyendo mucho sobre el tema y llevaba en la maleta a medio leer un libro muy polémico de un gran médico psiquiatra estadounidense, «Muchas vidas muchos sabios» del Dr. Brian Weiss. En él se decían parte de las cosas que la gente común no creía y de todo lo que en general había leído Santi esas semanas, la verdad es que nada sonaba creíble, más que la realidad de verlo por sus propios ojos. Si de esa experiencia podía tener información que le hiciera entender los últimos minutos visibles de Julia, ya no sería una pérdida de tiempo. O incluso poder averiguar dónde pudo ir ella después de una sesión de estas. Estaba convencido de que algo de luz aportaría al caso.

–Perfecto, ¿nos dijo el doctor cuál es el plan? –preguntó Santiago casi sin pensar.

–Sí, tiene pensado enseñarnos algunos vídeos grabados en sesiones de hipnosis regresivas. Lo que no me dijo es qué sucede en ellas y no quise importunarle con más preguntas. Prefiero que él sea el que nos indique el camino a seguir y que nos explique de qué se trata esta experiencia. Ninguno de nosotros sabe mucho del tema –comentó Javier, el otro técnico.

–De acuerdo –iremos improvisando sobre la marcha según nos vayan orientando estos doctores. Algunos son psiquiatras reconocidos, unos son más escépticos pero tienen pruebas que les han hecho variar su forma de pensar, otros lo tienen más claro –dijo José Manuel Manzano, el «jefe de la expedición».

–No olvidemos que esto puede no ser nada definitivo, si bien nos podrá orientar sobre cuál fue la última acción de Julia y quizás podamos entender qué hizo después de la sesión. Podría ser que no tuviera que ver con nada de lo que vuestros compañeros han insinuado. Vamos a intentar ver las cosas desde la perspectiva más realista posible, señores. Respeto su trabajo y no me

interpreten mal, estoy dispuesto a creer cosas que en otras circunstancias ni me plantearía; pero piensen que para una persona como yo, es difícil entender ciertas ideas –apuntaló Santi, sin querer parecer descortés con sus compañeros de viaje. Era consciente de que estas personas eran de las pocas que se estaban tomando con real interés el caso de su hermana, aunque estuvieran yendo por otros derroteros.

–Por supuesto, Santi, entendemos tu posición y es por esto que nosotros, tan desconocedores de esta temática concreta, queremos recabar datos demostrables. No se piense usted que somos unos crédulos sin estudios, nos tomamos muy en serio nuestro trabajo –dijo José Manuel mientras se terminaba su bebida.

Poco después subieron a un avión que les llevaría directamente al único lugar que por ahora les daba esperanzas para continuar el caso de Julia. Aunque el viaje fue tranquilo y sin turbulencias, estas estaban dentro de la cabeza de Santi, más que alrededor de las nubes que surcaban el cielo fuera del aparato. Se le mezclaban imágenes de su hermana, la última vez que la vio, cuando vino a cuidar a los niños una noche. Ellos salían y apenas le pudo dar un beso a la vuelta porque era ya tarde. Recuerda que le envió un beso desde lejos con la mano, porque Julia ya se iba rápidamente. Estuvo hablando un escaso minuto con Marianne y no tardó mucho en irse a su casa. Era noche cerrada. Una noche sin luna en la que sintió cierta culpa por no acompañarla a casa. Le pasó por un segundo qué sentiría si a su hermana le pasaba algo volviendo a casa a oscuras y a esas horas. Quitó la imagen de su cabeza porque confiaba en aquello que hacemos todos: a nuestra familia no le podría pasar algo así.

Ahora se apenaba de no haber pasado más rato con ella, pero con los niños y el trabajo, su vida no tenía para muchos ratos familiares.

Además Julia se vanagloriaba de su independencia y tampoco era de las que se prodigaban en visitas y llamadas. Pero él, como hermano mayor, se sentía culpable. ¿Cómo no había intuido que ella estaba ya sin trabajo! Le hubiera dado unos euros por la noche de «canguro» como excusa y quizás le hubiera pedido ayuda como pasante durante unos meses. Todo lo que le venía a la mente eran auto-reproches por no haber estado más pendiente de ella. Con lo magnífica enfermera que ella era, ¿cómo la podían haber despedido?

Le sacó de sus pensamientos, que duraron todas las horas que lo hizo el viaje, una bonita azafata que avisaba de los protocolarios movimientos como recoger las bandejas, subir los asientos y abrocharse los cinturones. Con un

nudo en la garganta de pura angustia, acumulada por pensamientos destructivos, siguió estrictamente las instrucciones.

Llegaron al hotel bastante cansados por el madrugón, pero todavía tenían un rato para reposar antes de la primera visita.

Cuando se encontraron en el Hall del hotel después de un descanso, todos estaban listos para iniciar esa peculiar expedición en la que ni unos ni otros sabían qué se iban a encontrar. Pidieron un taxi y llegaron al destino a la hora prevista. El doctor Smetz les estaba esperando en su despacho. Este era amplio, pertenecía a un conjunto de departamentos al estilo moderno de la zona en la que se encontraba. Prácticamente no les hizo esperar porque estaba ansioso de saber por qué cuatro españoles de a pie, se habían personado en un país como Suecia para tratar la desaparición de una mujer.

En un inglés bueno, el Dr. Manzano presentó al equipo.

–Doctor Smetz le estamos enormemente agradecidos de que nos haya cedido unas horas de su tiempo para nuestra investigación. Supongo que querrá saber los detalles de la misma y el por qué estamos aquí.

–Es un placer tenerles en mi país. Por favor, tomen asiento. Hanna, ¿les puedes traer a estos señores unos té y café? Para mí un té, como siempre, gracias –le dijo a su secretaria, rubia y alta como la mayoría de las suecas–. Díganme, ¿qué les ha traído hasta aquí?

A Santi le encantó que fuera al grano. Si todas las visitas y los doctores eran así, podrían avanzar mucho más deprisa, pensó.

–Hablo en nombre propio y de mis compañeros, dos técnicos de mi equipo de estudios paranormales, trabajamos en un programa de televisión y algunos de radio sobre temas relativos a... bueno, todo lo que se sale de la normalidad.

»El Sr. Grau es el hermano de la muchacha desaparecida y se está involucrando como el que más en la recolección de datos sobre la desaparición de Julia.

–Sr. Grau, ante todo reciba mis mejores deseos para la resolución del caso y créame cuando le digo que lamento mucho que tenga que vivir esta terrible experiencia.

–Gracias –replicó Santi con un inglés poco usado.

–Entonces, díganme en qué les puedo servir de ayuda, ¿algún detalle más de los que me dieron por teléfono?

–Bien –continuó José Manuel– la hermana de Santi fue vista por última vez en la consulta de un psiquiatra experto en hipnosis –dijo abriendo una

carpeta llena de papeles.

–Experto en hipnosis pero no en H.R. o lo que es lo mismo, hipnosis regresivas, ¿cierto? –quiso aclarar el médico sueco.

–Exacto, solo en hipnosis ya sabe, relacionadas con aspectos de ansiedad –aclaró José Manuel–. El caso es que en la grabación que realizó el doctor, parece ser que finalmente decidieron probar una regresión, suponemos que por petición de la muchacha –dijo sin querer ofender a Santiago mientras le miraba.

–Sí, mi hermana era lo suficientemente curiosa como para proponer al doctor intentar algo nuevo, es una posibilidad clara que fuera ella misma quien lo solicitase –Santiago no tenía intención de culpar a su hermana de nada, pero conocía su carácter y esconder información no haría sino entorpecer la investigación–. El caso –continuó José Manuel– es que la grabación indica que así fue. La sesión grabada indica que consiguió situarse en un lugar de un año bastante anterior, en Londres, por lo que parece. Y cuando está describiendo el lugar y dónde se encuentra, el doctor le indica que descanse, parece que tuvo que ir al baño de emergencia, nos confesó que tenía un virus estomacal, la dejó en la sala sola y todavía en la regresión. La grabación acaba ahí.

Cuando el doctor vuelve a la sala, la chica ya no está en el sofá. Ni dormida ni despierta. Y la grabadora no tiene más información, está vacía. El doctor no la apagó por si tenía más información en los dos minutos que pensaba ausentarse. Pero no hay nada más. Durante un mes la Policía ha buscado huellas, pistas y gente que la pudiera haber visto. Ni las recepcionistas ni nadie del barrio la vio salir, ni pagar la sesión. Nadie puede salir del centro sin ser visto por la recepcionista, que no se ausentó ni un minuto durante el tiempo que ella estuvo dentro. Hasta que salió el doctor a la recepción para dar aviso de que su paciente se había marchado. Pero repito que no había pasado por recepción. No había pagado la sesión y, de hecho, no había dejado ningún rastro.

–¿Y están seguros de todo ello? –quiso aclarar el doctor Smetz–. No me malinterpreten, la Policía a veces se deja cosas por ver.

–Sí. Estamos seguros –dijeron Santi y José Manuel al unísono. Hemos estado trabajando mano a mano con el inspector, que es conocido nuestro. Y no han pasado nada por alto –acabó de aclarar José Manuel.

–Bien, necesito tener ese dato, compréndanlo. Antes de meternos en esta materia tan compleja, las bases policiales han de ser seguras –dijo el doctor,

mirándolos a todos con seriedad.

–Señor Smetz –continuó el «Jefe»– es precisamente porque ya tenemos todos los datos policiales que existen, y no son muchos. Por eso hemos decidido abrir esta línea de investigación que es nuestra única esperanza. Tres de nosotros nos dedicamos a ver cosas mucho más difíciles de creer y de demostrar que esta circunstancia, se lo aseguro. Estamos acostumbrados. Y el Sr. Grau está dispuesto a abrir su mente, si con eso puede tener datos sobre su hermana, una esperanza de entender qué ha ocurrido.

–Bien, entonces, por favor, acompáñenme a la sala contigua –una solícita Hanna les persiguió con una bandeja con bebidas calientes–. Deja la bandeja aquí, Hanna, muchas gracias. Cierra las cortinas antes de salir, por favor.

La solícita hizo lo que se le había pedido una vez hubo servido a los invitados, que se habían acomodado en unas sillas dispuestas frente a una pantalla grande, desenrollada para una proyección.

El doctor Smetz inició la proyección de lo que se llamaba: «Paciente número 234». No pronunció ninguna palabra antes de empezar, no había mucho que decir ante las evidencias que ellos mismos iban a ver.

Estuvieron más de dos horas viendo varias sesiones al azar de unos pacientes que habían realizado la terapia regresiva por hipnosis. Las sesiones habían sido concienzudamente grabadas por una cámara y el doctor había tomado notas de todo lo que los pacientes presentados decían y veían en el estado hipnótico. Todos se reconocían con otros nombres, uno vivía en Grecia y tenía nombre griego, otro decía estar en un lugar de España, un pueblo pequeño con un nombre desconocido para el doctor, pero no para los oyentes, otro hablaba de una ciudad alemana... y así uno detrás de otro, describían con detalles los nombres de sus familias, las casas donde vivían, las calles de los barrios, las iglesias, los escudos que tenían grabados las iglesias de sus barrios e incluso los colegios a donde iban a estudiar.

Cuando acabó la proyección, se mantuvieron todos en silencio hasta que Santi habló recopilando todo el inglés que sabía que no era poco, sino más bien escasamente usado.

–Bueno, eso nos indica que algunas personas pueden tener recuerdos de vidas pasadas, ¿quién nos dice que no son simples estrategias de su mente para inventarse toda esa información? –propuso.

–Esperaba esta respuesta por su parte, señor...

–Grau

–Si, disculpe, Sr. Grau. En primer lugar les diré que solo han visto diez

casos, pero tengo alrededor de mil grabados. Es por eso que mi investigación no acaba aquí. Permítanme que cambie la cinta. Una segunda cinta –se levantó lentamente a por la siguiente cinta.

Una hora más de visualización en la que la cara de los presentes, cambió de cabo a rabo. El doctor Smetz aparecía con el paciente ya despierto recopilando todos los datos obtenidos de la regresión: localización de los nombres de las ciudades y un viaje personal al lugar. Ambos, con una cámara en mano. Buscando en las inscripciones de nacimiento, encontraban la familia, lugar de origen y en qué barrio vivían. De ahí, lo que los pacientes habían pintado: sus casas, las iglesias, los escudos, monasterios, descripciones perfectas de lugares, todos esos detalles los iban encontrando poco a poco. Y el paciente iba reconociendo exactamente los lugares que había visto en la regresión.

Cuando acabaron de ver varias de las «segundas partes», el doctor habló:

–Señores, son libres de pensar lo que quieran. Puede ser que la mente tenga algo que ver y esto no sea creíble para una parte importante de mi profesión, como de hecho me ha sucedido. Pueden poner cientos de excusas para intentar desprestigiar mi trabajo. Pero yo he hecho personalmente todas las investigaciones y mis pacientes están totalmente convencidos de su vivencia, tan real como para describir detalles que ni creerían. Y los detalles más pequeños que puedan imaginar los he contrastado personalmente.

–Estoy sin palabras –dijo el técnico Javier.

–Yo también –confesó su compañero.

Santiago todavía no había podido procesar toda la información, parecía lo más real que había visto nunca. Y al mirar a José Manuel, entendió que también había quedado bastante convencido.

–Ahora bien, les diré algo, no entiendo por qué en mitad de una sesión como esta, o la que hizo su hermana –dijo mirando a Santiago– pueda interrumpirse y, mucho menos, pueda despertar sin la ayuda del terapeuta. Es prácticamente imposible, porque su subconsciente está a merced del médico, que ha de devolverle a su estado actual, una vez acaba la sesión. Sinceramente, no consigo entender dónde fue su hermana desde ese momento, ni por qué no hay señal de ella.

–¿De verdad no se le ocurre nada?, doctor –dijo José Manuel.

–Nada que pueda demostrar, nada que yo haya vivido personalmente a través de ningún paciente. Y lo que ustedes intentan averiguar, pienso que es matemáticamente imposible.

–Bueno, Einstein demostró que podían existir unos agujeros de gusano que no distinguían entre tiempo y espacio –dijo el otro técnico.

–Cierto, cierto, pero si bien él tenía sus propias teorías, nunca se pudieron demostrar en este sentido.

–Tampoco creyeron a Galileo sus contemporáneos y acabaron con sus teorías por no poder demostrarlas. Y sin embargo eran ciertas –dijo Santiago, como ayudando un poco a sus colegas–. ¿Qué probabilidades existen de que pueda haber pasado algo así?

–Así, ¿cómo que su hermana haya «cruzado» a otro lugar? –dijo el doctor –. No lo sé y no sé lo puedo hacer creer porque sería darles falsas esperanzas. Y yo me dedico a demostrar mis investigaciones. No quiero ser descortés pero creo que mi ayuda acaba aquí –cerró la conversación como suelen hacer los suecos, un poco fríos, pensó Santiago.

Los tres se levantaron como si tuvieran un resorte en los pantalones, entendiendo que la cita se daba por concluida.

–Le agradecemos enormemente su ayuda, nos ha servido mucho para empezar –aclaró José Manuel.

–Me alegro, al menos verán que tienen una vía de investigación que seguir, aunque yo no pueda acompañarles en los siguientes pasos. Quizás alguno de mis colegas pueda darle más datos, pero asegúrense de que sean demostrables. De lo contrario, nadie les creerá. Se lo digo por experiencia –sonrió a pesar de que era un hombre serio.

–No necesitamos que nadie nos crea, solamente queremos saber si existe esa posibilidad y de ser así, darle forma para que mi familia pueda descansar algo más tranquila –dijo Santiago–. Si su... cuerpo no aparece en los próximos meses y si seguimos sin pruebas, prefiero pensar que hay una opción de que siga viva, aunque no sea aquí.

Las caras de todos se centraron en Santiago. De pronto se había pronunciado sacando todo lo que tenía dentro, es decir, sus esperanzas más secretas. Prefería creer en esta opción antes que vivir imaginando a su hermana cortada en pedazos en alguna bolsa de basura. Y de repente dijo todo lo que sentía, en voz alta.

–Gracias de nuevo por su tiempo, ha sido tremendamente aclarador –se despidió José Manuel antes de que Santiago siguiera hablando de cosas que ya no tenía sentido compartir con aquel desconocido.

La despedida fue cordial y rápida. La noche hacía rato que se había posado en la ciudad. El frío era cortante y duro. Los cuatro salieron en silencio cada

uno con sus propios pensamientos. Un taxi les estaba esperando desde hacía al menos una hora, pero no les importó el tiempo de espera, porque estaban a las afueras. Llegaron al hotel y quedaron para cenar algo en el restaurante, una vez se hubieran cambiado y entrado en calor.

Santiago se dio un baño caliente con jabón espumoso. Desde su juventud no se había metido en una bañera, territorio de sus hijos desde hacía años. Ahora, por primera vez, solo sin su familia, pudo disfrutar de un momento a solas en el baño sin que nadie entrara a preguntar algo. Fue el primer momento, desde la desaparición de Julia, en el que pudo estar algo más tranquilo. Después de ver lo que había visto, su mente se había calmado; porque sin querer, había abierto una puerta, algo absurda pero que le planteaba la vida y el futuro de otra manera. Al menos mientras no apareciera el cuerpo sin vida de su hermana, podría acogerse a este pensamiento. Nadie podría obligarle a pensar otra cosa.

Antes de bajar, hizo una llamada rápida a Marianne y a sus padres. No quiso dar muchos detalles porque su cabeza no había procesado todo, pero intentó ser positivo. Sobre todo con Marianne, que creía firmemente en opciones como esa.

–Buenas noches –dijo Santiago que fue el último en añadirse a la mesa.

–Buenas noches –dijeron los tres colegas al unísono–. Hemos pedido una sopa de entrante para todos, si no te importa. Con el frío que hace en este país incluso siendo mayo, pensamos que nos sentaría bien a todos –comentó José Manuel.

–Muy buena idea. Y un poco de vino, también ayudará a entrar en calor –dijo ya con más calma en el cuerpo.

Después de pedir el vino y los segundos platos, iniciaron la conversación sobre todo lo que habían visto esa tarde. Todos habían quedado sorprendidos y una pequeña brecha de esperanza se había creado al mismo nivel en unos y en otros, creyentes y escépticos. Desde ese mismo punto de partida, podían hablar en los mismos términos.

Al final de la cena, habían concretado que podía existir una pequeña verdad en todo lo que habían visto y que la gente podría experimentar vidas pasadas. Esto se unía a la creencia, no muy cristiana pero aceptada por muchos creyentes, de que el alma es solo una y única y que puede tener muchas opciones para regresar varias veces hasta, como decían algunos, irse purificando con experiencias vividas una y otra vez. También muchas personas con habilidades psíquicas tenían en común esa creencia. Como si

tuvieran información privilegiada. Una vez superada esa primera fase, tenían que seguir investigando para ver si podían atar más cabos. Después de una curiosa charla, se despidieron hasta el día siguiente para el desayuno y su primera visita, que estaba concertada para las 10 de la mañana con otro médico psiquiatra.

–Buenos días a todos –dijo un descansado Santiago– hacía meses que no dormía tan a gusto.

–Me alegro –le contestó José Manuel que ya tenía el desayuno servido– supongo que ahora bajarán los demás. Hay huevos revueltos, salchichas y una gran variedad de comida. Yo de ti aprovecharía porque no sé si de esta cita nos dará tiempo a comer. Si la sesión se alarga como la de ayer, mejor que cojamos fuerzas.

Santi asintió y se fue directo a la mesa del buffet para degustar un poco de todo. Tenía hambre. Había perdido varios kilos en poco tiempo, así que por primera vez en muchas semanas, se sintió listo para llenarse sin sentirse culpable. Cuando volvió a la mesa, ya llegaban los otros dos técnicos, que tras un rápido «buenos días» se fueron en dirección a la máquina de café.

Una vez desayunados todos y ya dentro del taxi hacia su destino, hablaron entre ellos para concretar cuál era el objetivo del día. Habló José Manuel.

–Bien, nos ha quedado claro que existe la posibilidad de que mediante la técnica de la hipnosis regresiva se pueda llevar a un individuo a otro estadio. ¿Hasta aquí todos de acuerdo? –preguntó sin esperar respuesta.

–Prosigue –dijo Javier.

–Entonces, según los vídeos visualizados ayer, en esas regresiones se demuestra a posteriori que, lo que los pacientes recuerdan como «vivido» en una etapa anterior, resulta ser real y comprobado. Me seguís, ¿verdad? –otra pregunta que no esperaba respuesta.

–Si –contestó Santi.

–Ahora bien, ¿qué probabilidades existen verdaderamente de que no sean recuerdos de algo que han leído o aprendido antes de la sesión? ¿Cuánto de verdad puede haber en esas sesiones? ¿Creéis que puede estar preparado?

Esta última intervención les pilló por sorpresa. Eran tan reales los pacientes y los vídeos visualizados, que no se habían planteado esta posibilidad.

–Estás diciendo que un médico de prestigio se está inventando una historia, que además mantiene a escondidas porque no ha publicado ningún libro ni ha salido en televisión, solo por el placer de...

–No –le cortó José Manuel–. Estoy intentando ser coherente y poner encima de la mesa todas las cuestiones que nos van a plantear cuando hablemos de lo que hemos visto. Estoy haciendo de abogado del diablo.

–Menos mal, porque si el doctor era una farsa, yo me vuelvo ya a España. Si eso no es realismo, ya no sé qué puede ser –dijo Santiago, algo incómodo.

–Prosigo, si no os importa –dijo mirando al asiento trasero donde estaban apiñados sus compañeros de viaje–. Tenemos que aclarar esto antes de llegar al destino. Supongamos que él no saca nada con esto y que existe una parte de verdad. ¿Estamos abriendo el debate de que existe la reencarnación de las almas? ¿Sabéis lo que nos puede costar sacar esto a la palestra? Nos van a comer los lobos.

–Bueno, yo soy practicante y he leído mucho sobre el Cristianismo. Si bien solo se acepta la reencarnación de las almas en el paraíso, en verdad nadie puede saber el significado real de esa palabra. Quizás hablaban de la reencarnación de las almas... en otras vidas. Hay mucha gente que cree que las almas vuelven a la Tierra hasta que se purifican –comentó Javier.

–Mirad –dijo un ya molesto Santiago– yo no creo en nada de eso; pero si me demuestran que puede ser posible y abro un tanto por ciento de posibilidades en mi mente de creer que es cierto, y por ende eso me ayuda a entender qué ha pasado con mi hermana, estoy dispuesto a cambiar de parecer. Entenderé que mucha gente no lo comparta o no lo entienda, yo no les he pedido a ustedes que esta historia de la desaparición de Julia la vayan a sacar en un programa, esa parte me sobra. Pero hice un pacto con ustedes. A partir de ahí, lo que la gente opine, me importa un carajo –dijo mirando fijamente por la ventanilla–. Me gustaría ver a esa gente si opina A o B en una situación como la de mi familia, ya verían como cambiaban de opinión.

–No te alteres Santiago –dijo José Manuel–. Solo estamos haciendo un resumen de lo que sabemos hasta ahora y de las consecuencias que puede tener en la sociedad. Al margen de que a ti no te importe.

–Vamos a centrarnos en el tema, por favor –dijo el técnico más joven–. Hay mucha gente que opina que el alma es inmortal, así que quizás un día se aburren y algunas deciden pasarse otra temporada aquí abajo –dijo mientras sonreía por su comentario.

–Supongamos que por el motivo que sea, algunas almas –por dejar ese debate en manos de otros– se pueden haber reencarnado en otras vidas. Y que a través de un trance podemos hacerles recordar, como lo que vimos ayer. De ser todo esto cierto, haré la pregunta que hemos venido a averiguar: ¿Es

posible que Julia haya quedado atrapada en un «gusano temporal» en su regresión? ¿Podría ser real que ahora esté viva en otro lugar del planeta, en vete a saber qué siglo? ¿Estamos de acuerdo con que esa posibilidad la vamos a dejar abierta, aunque suene lo más irreal del mundo?

–Yo sí estoy dispuesto –dijo Santiago–, ya sabéis que prefiero pensar que mi hermana está viva. Donde sea, pero viva.

El taxista paró con cuidado el taxi delante de unos apartamentos nuevos. José Manuel le pagó lo acordado y bajaron listos para su siguiente cita.

El doctor Hans Gürvel, los recibió él mismo, asegurando que su secretaria iba a estar de baja maternal un año y que todavía estaba buscando una sustituta. Un poco sorprendido por ver a cuatro personas en su consulta, acostumbrado a atender de uno en uno, les hizo pasar intentando buscar un par de sillas más rápidamente. Parecía un hombre amable, sin embargo se puso serio en cuanto le refirieron, bien resumido, el objetivo de su visita. Cuando José Manuel terminó la exposición de lo ocurrido y de lo que pretendían averiguar, se encontró con una respuesta que no se esperaba.

–Estimados señores, les agradezco que hayan pensado en mí como especialista en hipnosis, pero nunca he pensado en ir más allá –espetó en un inglés bastante macarrónico.

Se miraron unos a otros porque estaba claro que se habían equivocado de especialista, o quizás no habían averiguado lo suficiente.

–Discúlpenos –dijo rápidamente José Manuel–. Es probable que mi secretaria no se informase correctamente –mintió– creímos que usted había tenido alguna experiencia en regresiones.

–Y así es, trabajo la psicoterapia psicoanalista y utilizo la técnica de la hipnosis para buscar las raíces de los problemas.

–Lo entendemos, lamentamos mucho quitarle su tiempo –dijo Santiago haciendo el gesto de levantarse de su silla.

Todos hicieron lo propio y el doctor también. Justo cuando estaban despidiéndose, de repente el doctor puso una mirada extraña como recordando algo, mirando en dirección a uno de los armarios de la sala.

–Un momento caballeros. Acabo de recordar algo que les puede resultar útil –dijo mientras se dirigía hacia un cajón.

Se miraron de nuevo entre todos, con cara extrañada pero expectantes. El doctor Gürvel volvió con una cinta antigua, VHS. Se la extendió a José Manuel y le dijo:

–Esta es una sesión grabada hace muchos años, cuando yo empezaba con

la hipnosis de uno de mis pacientes que tenía muchos problemas arraigados desde la infancia. En una de las sesiones, ocurrió algo extraño. Creo que lo deberían visualizar. Como lo quise compartir con algunos colegas, le pedí permiso por escrito para poder hacer algunas copias y ponerlas en manos de quien quisiera averiguar algo más sobre el tema. Yo me olvidé hace tiempo y nunca más vi nada parecido. Este hombre vive en un pueblo un poco apartado, pero no muy lejos de aquí. Si precisasen ponerse en contacto con él, en caso de que les sirva lo que van a ver, me avisan. Podría intentar localizarle aunque para serles sincero, creo que después del asunto, acabó un poco trastocado. Intentamos ayudarle con otro tipo de terapia, pero se quedó como traumatizado. Así que no esperen mucho de él, si es que deciden verle. Primero, visualicen la cinta –prosiguió–, ahora debo dejarles; porque me espera un paciente de los obsesivamente puntuales. Disculpen que no les pueda dar más tiempo.

José Manuel tomó la preciada cinta en sus manos, pensando en cómo iba a encontrar un reproductor de VHS en esos momentos, ya que hacía tiempo que la gente no tenía esos aparatos.

–Muchas gracias, veremos esta cinta –dijo sonando poco convincente–. Esperamos no haberle causado muchas molestias, doctor.

Como mucho habrían pasado unos escasos veinte minutos. Salían sin información y con una cinta que no estaban muy seguros de poder ver antes de llegar a España. La cita no había sido muy productiva en sí misma y se notaba en el ambiente del grupo cierto malestar decepcionante.

Ninguno de ellos habló hasta pasado un rato, mientras encontraron un pequeño bar restaurante que ofrecía almuerzos. Casi sin preguntarse unos a otros, entraron para calentarse con una taza de café.

–La siguiente cita es dentro de una hora aproximadamente y no queda muy lejos. Tenemos tiempo para una charla –dijo Santiago sacando sus papeles donde parecía ir anotando los resúmenes importantes de las visitas.

–A mí me parece que no nos aporta nada este último psiquiatra, más bien se nos ha intentado sacar de encima mucho antes de lo que planeábamos –dijo el técnico más junior.

–Bueno, calmémonos, aún nos queda un doctor más que ver por hoy. No está todo perdido –le contestó el otro técnico, Javier.

–¿Alguien tiene interés en ver esta cinta? –dijo José Manuel–. Podríamos tener algún dato más.

–Sí, claro –contestó Santi–, si es que en este país tienen este reproductor

en algún sitio, podríamos verlo esta noche. Quizás en el hotel tengan algún aparato antiguo.

–Bien, creo que el taxi está fuera. Vámonos –dijo José Manuel mientras se levantaba el grupo de la mesa. Javier pagó la cuenta.

Mientras llegaban a la siguiente cita se dieron cuenta de que la dirección les llevaba directamente a un hospital. No parecía uno corriente de los que tienen sus entradas de urgencias ni una buena recepción. Más bien sobaban barrotes en las puertas y ventanas, lo que le daba un aspecto de una mezcla entre una cárcel y algo parecido a un hospital. La gente que estaba dentro, iba vestida de blanco, bata y pantalón. Las mujeres llevaban unas pequeñas cofias blancas que hacían que te sintieras en otra época. Un hombre, también vestido de blanco, les estaba esperando en lo más parecido a la entrada. Cerraron unas puertas de barras metálicas detrás de ellos, unos hombres que parecían de seguridad.

Mientras caminaban por unos pasillos silenciosos, el técnico Junior le dijo a Javier en voz muy baja:

–Vaya, parece que nos hemos colado en un psiquiátrico, alguien no se ha informado bien –rio maliciosamente mientras señalaba con la vista a José Manuel.

–Cállate o te dejamos aquí, en una de esas habitaciones acolchadas –le contestó Javier en tono divertido.

–Me da escalofríos pensar pasar una sola noche aquí, por Dios Javier, no vuelvas a decir eso ni en broma. Prometo traerte café hasta el año que viene cada mañana –siguió la broma el joven técnico.

–Por aquí, por favor –indicó el doctor de la bata blanca–, tomen asiento donde puedan –dijo mientras cerraba la puerta–. Lamento haberles citado en el hospital en vez de en la consulta. Me paso muchas más horas aquí, por lo que me resultaba más cómodo hacerles venir. Y díganme, ¿qué podrían unos españoles querer de un tipo como yo? –lo dijo tan serio que nadie pudo atisbar el sentido del humor de ese hombre.

Esta vez fue Santiago el que contó todos los detalles de su visita. La desaparición y todo lo demás. Los rastros no dejados por Julia y la conclusión de que pudiera haber cruzado por uno de esos agujeros de gusano de los que hablaba Einstein. O bien que se tratase de ambas cosas, un estancamiento en una regresión a través de un agujero de gusano –contó ya sin poder callar todas las alternativas que se le habían pasado por la mente buscando una explicación–.

Lo estaba dejando tan claro, que ninguno de sus compañeros pudieron sacar los ojos de encima a Santi, porque por primera vez se exponían claramente todas las dudas y cuestiones que cada uno de ellos estaba intentando procesar. Se acababan de dar cuenta de que Santi ya no quería ir con más rodeos y no se pensaba callar so pena de quedarse de invitado permanente en el hospital en el que se hallaban.

El doctor Smitelthford lo miraba en silencio. Parecía que su mirada era una mezcla de: «ya tenemos un nuevo paciente» y otra de «acabe hasta el final que esto me interesa».

Cuando Santi acabó su exposición, el doctor miró a todo el equipo de uno en uno. Lenta y fijamente.

–¿Ustedes qué opinan?, caballeros –dijo finalmente.

–Pues verá. El resto del equipo nos dedicamos precisamente a intentar corroborar siempre todas las actividades y sucesos que parecen fuera de lo corriente. Es por eso que el caso de Santiago y de su hermana nos llamó especialmente la atención. Le aseguro –continuó su defensa José Manuel– que si hubiera alguna pista científica que la Policía hubiera hallado, ninguno de nosotros estaríamos aquí.

–Ya veo. Así pues, deben tener ganas de saber todo lo que sé de las hipnosis regresivas, ¿no es cierto?

–Por este motivo nos hemos venido todos desde España, doctor Smitelthford –dijo Javier intentando no parecer irrespetuoso a la hora de reproducir el apellido de ese hombre.

–Mhhh –musitó el doctor tocándose la barbilla–. Entiendo, el problema es que todo lo que ocurre detrás de estas paredes en cuanto a nuestros pacientes, es totalmente confidencial y está cubierto por una extensa protección de datos. No sé cómo podría mostrarles todo el material que tengo. Si se pueden conformar con lo que yo les explique, en sus manos quedará el creerlo o no.

Se miraron entre ellos como pensando de qué les servirían unas pruebas que no eran pruebas realmente. Pero habían llegado hasta ahí, el doctor parecía serio y el hospital daba el resto de credibilidad al asunto. Sin querer insistir mucho más sobre la posibilidad de romper unas normas en un país tan recto, finalmente José Manuel tomó la palabra:

–Bueno, tenemos una grabadora –dijo mientras sacaba de su chaqueta un aparato pequeño–. Sí le podemos grabar mientras nos explica algunos casos, podría servirnos.

Los demás no parecían muy convencidos pero claramente no tenían

muchas más opciones y ya habían llegado muy lejos.

–Correcto, entonces pónganse cómodos y comenzaré a contarles algunas de mis experiencias más extrañas con las terapias de hipnosis que al final fueron derivando en hipnosis regresivas.

Los chicos se acomodaron en una especie de sillón amplio que había al fondo de la salita y el doctor se colocó en su silla de terapeuta que parecía bastante cómoda. José Manuel colocó la grabadora en posición y se hizo el silencio.

–Hace unos quince años, cuando llegué a este hospital para tratar a enfermos graves, me interesé por la hipnosis como parte de la terapia psicoanalítica que te permite ahondar más en el pasado de los pacientes. Su infancia y cosas que aparentemente han olvidado y que sin duda forman parte de sus enfermedades actuales, en muchos casos. Por algún motivo me empecé a dar cuenta de que en algunos casos, las regresiones que realizaba no me llevaban a una realidad que el paciente parecía reconocer despierto. Empezaban a hablar de lugares desconocidos a pesar de haberme jurado que habían nacido en otros sitios y que su infancia, sus nombres, sus familiares y sus colegios habían sido otros. En un principio pensé que la propia hipnosis llevaba la mente a una realidad falsa, pero poco a poco me fui dando cuenta de que las situaciones que contaban eran tan reales como las que explicaban despiertos.

»Yo me considero una persona religiosa y creyente y por tanto, me costó una barbaridad creer que podía existir la posibilidad de que el Alma hubiera podido estar en otros momentos existenciales. Tuve que acudir a sacerdotes y leerme de nuevo todas las enseñanzas que tenía de mi Iglesia. Un cura amigo, de mente bastante abierta, me dijo que, si bien no estaba aceptado en el Cristianismo como opción viable, existe la posibilidad de que la reencarnación de las almas de la que habla la Biblia tuviera que ver con la necesidad de haber pasado de nuevo por la Tierra para alguna purificación extra. O algo así. Fue una explicación poco convincente pero suficiente para que un médico científico como yo pudiera seguir trabajando en esa dirección sin sentir que estaba traicionando mis creencias. Pero ya saben que los que nos dedicamos a la investigación de cualquier tipo en un momento de nuestra vida nos cuestionamos ciertas creencias del tipo que sean. Eso va con nuestra forma de hacer, supongo –dijo aclarándose la garganta con un poco de agua.

–Prosiga por favor –le animó Santiago.

–Bien. Desde entonces me dediqué a ver cuántos de mis pacientes podían

llegar a un estado regresivo de otras vidas. Me di cuenta de que solo unos pocos tenían esa opción, los demás se quedaban únicamente en su vida actual, si bien podíamos trabajar la infancia sin problemas. Lo curioso fue que unos cinco o seis pacientes si pudieron llegar a otros «lugares» por así decirlo. Incluso alguno hablaba un francés perfecto durante una de las sesiones, cuando verdaderamente al despertar pude comprobar que jamás había usado ese idioma. Desde entonces he estado viendo cómo estos pacientes pueden ir y venir de un momento temporal a otro como si cruzaran por un... como lo llamaba Einstein...

–Agujero de gusano –dijeron todos casi al unísono.

–Gracias, veo que también han estado pensando en eso –dijo el doctor con una mueca graciosa–. No tengo pruebas para comprobar que eso es cierto, pero intento averiguar qué hay de mentiras en sus explicaciones y a eso me he estado dedicando estos últimos años. Los progresos son lentos, porque no siempre consigo llevarlos a ese estado. Pero cada vez estoy más convencido de que quizás algunas almas, por alguna razón, han tenido alguna otra vida anterior. A parte de esto, caballeros, no tengo nada más que les pueda servir.

–No es poco, doctor, no es poco –dijo José Manuel claramente mintiendo–. ¿Alguna vez han comprobado la verdad de lo que cuentan?

–La verdad es que no. No había pensado en eso. Tengo unos cien pacientes en este hospital y mi tiempo lo dedico a ellos al ciento por ciento. Mi estudio particular apenas me deja tiempo para investigar en profundidad. Sí que me gustaría escribir alguna teoría más adelante sobre esto, pero me queda todavía muy lejos y dispongo de poco tiempo. Si no puedo servirles de más ayuda... –dijo como cortando la comunicación.

–Una última cosa –dijo el técnico más joven–. ¿No tendrá en alguno de sus armarios de material viejo, algún reproductor de VHS que no utilicen?

–Mmm –volvió a musitar– creo que en eso sí les puedo ayudar algo más –consciente de que no había podido hacer mucho por ellos.

Llamó a uno de los chicos de mantenimiento y le envió a buscar un reproductor antiguo que precisamente vio hace poco en el almacén cuando fue a dejar su antigua silla.

El equipo salió del hospital con el reproductor debajo del brazo y una grabadora con documentación no comprobable. Estaban algo hundidos y se dirigieron directamente al hotel para visualizar la cinta que les había dado su anterior visita. De esta última parecía que el reproductor de VHS era lo más productivo. A pesar de todo la vuelta fue silenciosa porque estaban todos

asimilando las historias que les había contado este médico psiquiatra. Todos tenían la sensación de que era un hombre importante y que no decía las cosas por decir. Así que aunque solo tenían su grabación, ninguno dejó de creerse sus palabras.

Al llegar al hotel quedaron en una de las habitaciones para encender el aparato y ver la cinta pendiente para ver si tenían algún dato interesante. Luego habían quedado en bajar a cenar tranquilamente todos juntos. Hasta entonces no sabían que esa cinta iba a cambiar el rumbo de las cosas.

Javier y «Junior», así llamaban al joven técnico que en realidad se llamaba Carlos, se dedicaron durante rato a conectar los cables; mientras José Manuel y Santiago tomaban asiento en las camas de la habitación y esparcían los datos y anotaciones que tenían. Partían de vuelta a la noche siguiente en un último vuelo y no tenían demasiados detalles para poder establecer una teoría digna de ser atendida ni entendida siquiera por la propia familia de Julia.

Una vez encendieron el vídeo, las cosas empezaron a cambiar. La voz del médico empezaba la sesión:

–En cuatro, tres, dos, uno, usted quedará profundamente dormido. Relájese y note cómo su cuerpo se va dejando llevar. Volveremos a su infancia y me contará los recuerdos que tiene de su padre... ¿qué edad tienes ahora mismo?

–Cinco años, mi padre murió antes de que yo naciera y tengo cinco hermanos mayores. Mi madre trabaja al lado del río y casi no pasa tiempo en casa.

–Antoine, no puede ser que su padre haya fallecido, intente recordar, hemos estado hablando de eso y su padre le pegaba hasta sus quince años. ¿Por qué recuerda que está muerto ahora?

–Mi nombre no es Antoine si no Charles. Me llamo así porque mi madre quiso que me llamara como el Rey, Charles II.

–Antoine, concéntrate. Tu madre murió cuando eras niño, vivías con tu padre maltratador. No tenías hermanos. Por favor, te pido que te relajes, respire hondo y vuelvas a recordar tu infancia.

–Mi nombre es Charles, vivo en Londres, tengo cinco años y mi padre no vive, no le he conocido. Mi madre es Mary una mujer guapa y muy tierna que cuida de todos mis hermanos. Todos cuidan de mí porque soy pequeño. Creen que no puedo cuidar de mí mismo, pero no es verdad porque yo ya soy mayor y tengo un buen trabajo. Ahora estamos de fiestas porque el Rey ha muerto y la gente grita viva el Rey. Tenemos Rey nuevo. Era el hermano del

Rey Charles, Jacobo.

–Está bien, está bien. Charles dices, ¿no? Cuéntame cosas del lugar donde vives ahora. ¿Londres, dices? –dijo el médico con voz preocupada.

–Sí, Londres. Mi casa es pequeña y fría, hay mucha humedad. Pero dormimos todos juntos. Mis hermanos duermen juntos y yo con mamá, porque no cabemos todos en casa. Ella duerme poco y se va a trabajar temprano. Yo no puedo ir a la escuela porque ayudo en casa. Pero me gusta mi vida y me siento muy a gusto en mi casa.

–¿Eres feliz? Quiero decir, ¿tu infancia es feliz?

–Sí, claro, soy muy feliz a pesar de que siempre me voy a dormir con hambre. Pero mi madre y hermanos me cuidan y quieren, ¿por qué no iba a ser feliz, señor?

–Muy bien, quiero que te quedes con esa sensación de felicidad y que la recuerdes cuando despiertes. Notarás amor maternal y fraternal que quiero que mantengas en tu mente. Cuando cuente tres, te despertarás.

–Tres, dos.... Uno...

–¡Hola! –dijo un paciente animado.

–Hola Antoine, ¿cómo te sientes? –preguntó el médico.

–Muy bien, no sé qué ha pasado en esta sesión pero me siento bastante más comfortable hoy que otras veces. Casi no noto el rencor que me hace desquiciarme normalmente.

–Bien, creo que por hoy ya es suficiente. Tengo que analizar algunos datos.

–Le noto extraño doctor, ¿ha pasado algo?

–Pues en realidad sí, pero déjeme que haga un informe y en la próxima sesión, le explicaré qué ha podido suceder.

La cinta se cortó casi de golpe.

Santiago tenía la cara más pálida que nunca. Le sonaba a una grabación similar que llevaba el nombre de su hermana y que hablaba de una época parecida en el mismo lugar. Estaban todos en un silencio sepulcral más aún que en el taxi. Estaba claro que no podían bajar a cenar.

Rápidamente, Santiago sacó la tarjeta que les había dado el doctor, temiendo que no fueran ya horas de consulta. Y así fue, porque el teléfono no dio respuesta alguna. Hablaron durante un buen rato de lo visto en el vídeo. Y casi todos llegaron a la misma conclusión: tenían que cambiar los vuelos para dos días más. Tenían que volver a ver al médico o pedirle los datos de aquel paciente. Y visitar al paciente, porque si la verdad de su regresión se había

producido en Londres, podrían tener esperanzas de saber algo más sobre la regresión que había hecho Julia.

–Pues a mí me ha entrado hambre, ¿os parece bien que pida unos bocadillos o algo de cenar? –musitó en voz baja Javier.

Todos asintieron y mientras apretaban de nuevo el play, por detrás se oía a Javier solicitando algo de cenar para todos. Estaba claro que de ahí no se iba a mover nadie.

El camarero llamó a la puerta antes de lo esperado, pero justo cuando el doctor estaba de nuevo acabando la regresión de su paciente y el vídeo finalizaba. Ellos ya estaban preparando sus excusas para llamar a las familias y así poder alargar un poco más su estancia. Junior, que no tenía familia, se encargó de realizar los cambios por internet y los demás se alejaron prudentemente unos de otros para hacer las llamadas correspondientes; mientras unos deliciosos bocadillos rebosantes de mayonesa, los esperaban en el carrito.

–Amour, ces't moi –dijo Santi saliendo al pasillo del hotel para tener más intimidad.

–Ah, mon ciel, comment ça va? –dijo Marianne con su dulce voz.

–Querida mía, te extraño mucho y a los niños también. Sabes que sois mi prioridad en la vida, ¿verdad?

–Oui, cielo, ¿qué me tratas de decir? –dijo ella con ese acento que a él le seguía encantando.

–Como siempre eres más lista que yo, cariño. Necesito un par de días más. Enviaré unos temas de trabajo mañana por la mañana; hemos encontrado un punto de partida y tenemos que hacer alguna investigación más, espero que lo comprendas.

–Claro, amour –dijo ella mientras miraba a su hijo que hacía muecas para hablar con su padre–. Estaremos bien y te esperaremos felices a que vuelvas –le estaba diciendo que no con el dedo y enviándolo a dormir porque ya pasaba de la hora acordada.

–Me imagino que los niños querrán hablar conmigo –dijo él satisfecho.

–Te imaginas bien, pero tendrá que ser mañana porque se han *pogtado* fatal y hace una hora que *debegían* estar *dugmiendo*, tampoco te has ido tanto tiempo, no hay que *exagegag*. Mañana les llamas más temprano y hablas con los dos mayores, ¿te *parese*?

–Claro, amour, como te voy a contradecir.

–Dime Santi, ¿qué habéis encontrado? –dijo dejando de forzar ese acento

que a veces usaba a propósito. No sabes como me gustaría estar contigo ahí. Puedo dejar a tus padres a cargo de...

–No, cariño –le cortó–. Estamos muy justos de tiempo y tenemos que ir a tiro hecho. Te cuento que esas cosas que tú insinúas en tus papeles, los que me diste, no son tan extraños como me parecían. Va a ser que te has acercado tú más que nosotros.

–Ah, bien... ya sabía yo que mis teorías era *bonnes*, pego no te lo *digé*, que sé que te molesta...

–Por ahora no te puedo decir más, mañana tendré más información, prometo tenerte al tanto. Je t’aime, Marianne.

–Et moi aussi, bonne nuit amour! –se despidió Marianne.

Cuando volvió a la habitación, que no había cerrado por fuera, todos habían más o menos terminado sus conversaciones. Los billetes estaban previstos para cuarenta y ocho horas más tarde. Cenaron con ese hambre que proviene de la emoción de saber que has encontrado un camino a seguir.

A la mañana siguiente consiguieron hablar con el doctor que menos información les había dado pero que más productivo había sido. En pocos minutos les dio la información sobre el paciente y les pidió que le dejaran unas horas para localizarle él mismo antes, para explicarle la visita que iba a tener. Aceptaron porque no podían hacer otra cosa. Pasaron la mañana desayunando aunque no tranquilamente e imaginando posibilidades. Santiago estaba diseñando un mapa de posibles situaciones, en caso de que una regresión hubiera podido coincidir en tiempo y forma con Julia. No había podido pensar en nada más durante toda la noche.

El poco tiempo que logró conciliar el sueño lo pasó viendo a su hermana en una terrible pesadilla en la que él no podía ayudar. Las teorías de su esposa se habían hecho cada vez más reales y los vídeos que estaban viendo podían darle respuestas. Pero, ¿cuáles? –se despertó–. ¿Sería verdad lo de los tubos temporales que predecían algunos científicos? ¿Por qué a ella, a su pequeña hermana?..

Al despertar se dio cuenta de que por mucho que hablaran con el paciente más cercano a su hermana, no podrían hacer nada. A menos que, tanto el psiquiatra como el mismo paciente aceptasen volver a realizar otra sesión.

25 mayo de 1865

Nuestro paseo iba tocando a su fin, para mi desgracia. Estaba realmente cómoda sintiendo por primera vez cómo alguien quería retener mi mano contra sí y el estómago se me había paralizado. No sabía realmente si esa manera de asirme era costumbre cuando un hombre acompañaba a una dama o simplemente estaba intentando demostrarme que sentía alguna cosa parecida, que quería tenerme cerca. El sol se iba escondiendo a nuestro paso, así que me dio un poco de tos que no pude evitar. Rápidamente me animó a terminar el paseo.

–Josephine, parece que sigues resentida de los pulmones. Deberías volver a la cama –dijo, mirándome de medio lado.

–No te puedo contradecir, aunque ha sido un paseo muy agradable, muchas gracias.

–No suelo tener mucho tiempo para pasear, pero es cierto que ha sido como un pequeño descanso que necesitaba –dijo apretando un poquito más mi brazo y dirigiendo nuestros pasos hacia el interior del castillo.

Llegamos lentamente hasta nuestras dependencias médicas, por llamarlo de alguna manera. Noté, sin embargo, que iba especialmente lento como si no quisiera que acabase ese momento. Yo tampoco daba muestras de querer soltarme de su brazo y tenía miedo de que se me notara demasiado. Me llevó a mi cuarto y avisó a Anne que esperaba de pie mi llegada.

Quizás era mi manía persecutoria pero noté en la mirada de Anne algo de recelo, algo que me pareció odio o envidia. Me dieron escalofríos pensar quedarme en sus manos para que me ayudara a cambiarme y meterme de nuevo en la cama para seguir con mi recuperación. Pero cuándo él la miró para hacer el traspaso con mi persona, a ella le cambiaron las facciones.

Inclinó sumisamente la cabeza pero sin dejar de mirarle a los ojos e intentando darle su mejor sonrisa. Yo no me considero una persona coqueta ni conocedora de estos juegos, sin embargo, creía firmemente que ahí estaba pasando algo, al menos, unilateralmente.

Cuando ya estuve arropada en la cama, Anne me llevó una sopa en una especie de bandeja. Me entraron escalofríos de pensar que pudiera estar envenenada, cosa bastante habitual en esa época, así que tracé un plan rápidamente. Le pedí por favor que la probara para ver si estaba demasiado caliente ya que tenía muy irritada la garganta. En ese momento ella titubeó.

–La señora puede esperar unos minutos, si desea que se le enfríe la sopa –dijo cortésmente alejando un poco la bandeja.

–No, Anne, tengo mucha hambre, prefiero que la pruebes y me indiques –sonreí como una niña pequeña lo hace con su solícita madre–. Si no está hirviendo quiero tomarla ahora mismo, muchas gracias –acabé.

–Está bien, señora como usted guste.

Anne apoyó la bandeja en la mesita delante de la ventana y tomó la cuchara, mientras la hundía en la sopa. Se llevó una cucharada a la boca y la tomó tranquilamente.

–Señora, ahora le he manchado la cuchara, no sé si ha sido buena idea. De todas formas, tiene razón señorita, quema bastante. Iré a pedir otra cuchara mientras se enfría.

Mientras Anne dejaba el cuarto me sentí un poco culpable por dudar de ella. Por un lado no podía estar toda la vida haciéndole probar mi comida y por otra parte, si ella sospechaba de mi inquietud, la pondría sobre aviso pudiendo cambiar sus planes por otros peores. ¿Me estaba volviendo loca o qué me estaba pasando? Poco a poco me fui calmando y mientras me tomaba ya mi sopa no tan caliente le pedí a Anne que me dejara sola. Tenía que cambiar de estrategia con ella. Y tenía que ser rápido.

Se me ocurrió acercarme a ella para averiguar qué sentía por el doctor John. Si me hacía amiga suya, de alguna forma vería que yo no era una persona con la que tuviera que competir. Pero si hacía eso, entonces tendría que olvidarme de lo que yo misma sentía por ese hombre. ¿Estaba dispuesta a renunciar a ello? Porque tratar de acercarse a alguien para sacar información y luego imitar su comportamiento en el juego del coqueteo, me parecía vil entre mujeres. No era propio de mí acercarme a ningún chico que le gustara a alguna amiga mía. Nunca lo había conseguido hacer en mi siglo y no sabía si iba a poder hacerlo ahí.

La otra opción era no hacer nada y bajar yo misma a las cocinas a comer diariamente. Yo no era personal de servicio pero tampoco era una dama de la Corte, a nadie le parecería fuera de lo normal que me sentara en la mesa de madera donde se preparaban los platos.

No paré de darle vueltas hasta que se me ocurrió una última idea. No me podía hacer amiga de Anne porque no quería saber la realidad de sus sentimientos, lo que me alejaría de John definitivamente. Si no sé nada, no puedo hacer daño a nadie. Pensé que sería mucho mejor invitarla a comer conmigo cada día. Juntas, como si fuera una orden, porque yo no quisiera comer sola. Así podría controlar si la comida salía de la misma fuente en caso de verla titubear al repartir los platos. Podría girar la bandeja conscientemente para ver si ella repartía los platos del revés. En definitiva podría controlar o incluso cambiarle el plato en un descuido suyo y así ir viendo que no tenía porque desconfiar de ella. Al fin y al cabo yo no disponía de una belleza especial, y solo había venido a ayudar a un médico. No tenía porque verme como una rival.

Así pues, cuando vino a recoger mi bandeja le dije:

–Anne, me encuentro mucho mejor, desde mañana comeré en la mesa. Me gustaría que me acompañases y comiéramos juntas. Te considero más como un apoyo que como personal de servicio, que no estoy acostumbrada a tener. Preferiría estar con alguien en la hora de los almuerzos y cenas –sentenció.

La cara de Anne se puso colorada como un tomate.

–Señora yo como abajo con el servicio, no se me permite comer con los señores –dijo bajando la cabeza y mirando al suelo.

–Anne, te lo pido como un favor, ya hablaré yo con quien tenga que hacerlo. Por esa parte no te preocupes. Si me quedo a trabajar aquí, no quiero almorzar sola cada día. ¿Lo entiendes? –dije mientras me tapaba otra vez entre las sábanas–. Y ahora por favor, corre las cortinas que quiero dormir un poco más, el paseo de hoy me ha dejado exhausta.

–Muy bien señora, como guste –dijo Anne.

Y se fue mientras yo notaba que iba cayendo en un sopor con sabor a siesta española.

Cuando desperté un par de horas más tarde, miré hacia la ventana que ya dejaba entrever oscuridad fuera y vi cómo alguien había puesto un montón de velas en la mesita. Encima de ésta, había un montón de libros de Medicina y otras curas. Libros de hierbas y potingues variados y un montón de escritos

interesantes sobre Medicina. Todavía somnolienta, me levanté y me puse una bata ligera que alguien también había dejado a los pies de la cama. No sabía la hora, pero calculé que serían las cinco o las seis de la tarde ya. Me senté delante y me puse a leer como loca durante un par de horas más. Había cosas que estaban escritas como si fueran realidad, pero verdaderamente eran absurdas. Otras se acercaban a lo que se podría decir «una buena práctica». Yo iba tomando notas en unas hojas que saqué de mis propios escritos sobre mi vida y empecé a anotar todo lo que sí era cierto y a anotar en otra, las cosas que yo sabía que no eran correctas.

Cuando ya estaba empezando a cansarme, llegó Anne con una bandeja más grande de lo normal y la puso en la mesa más centrada de la habitación. Al girarme pude ver cómo colocaba los platos para ambas con los cubiertos y los vasos. Se había tomado mi orden al pie de la letra y parece que esa misma noche ya cenaríamos juntas. Por suerte había una gran bandeja principal y parecía que de ahí nos íbamos a servir las dos. Me pareció estar volviéndome un poco paranoica. Me senté y me puso mi ración de estofado. Recordé en ese instante las comidas tan deliciosas que preparábamos Caroline y yo y de repente la eché mucho de menos. Y a Sammy también. Y también recordé la última cena que hice con mis sobrinos, cuando mi hermano y su mujer salieron de cena. La nostalgia por los niños me dejó unos minutos mirando al infinito del estofado.

–Señora, ¿se encuentra bien?

–Si, disculpa Anne, estaba distraída. ¡Qué bien huele!

Bebimos un poco de vino y ambas nos empezamos a sentir más cómodas poco a poco. Aproveché para sacarle información.

–Bien Anne, cuéntame qué te ha llevado a trabajar aquí –dije mientras pinchaba otro trocito de carne.

–Mis padres fueron los que acogieron a John, perdón, al doctor cuando vino aquí por primera vez. Eran pobres, pero durante sus primeros días en Londres estaba un poco perdido y le ofrecieron asilo y cariño. Yo era pequeña todavía así que mi padre le pidió que si algún día les pasaba algo a ellos, se encargase de que nunca me faltase de nada. Mis padres pronto murieron, por un pequeño brote de peste. Bueno, en realidad no se sabe si fue peste, pero la gente se asustó y se los llevaron rápidamente sin dejar que viéramos de qué murieron. Pero fue una enfermedad contagiada del uno al otro y bastante rápida. Cuando el doctor había culminado sus estudios y posteriormente consiguió hacerse un hueco en la Corte, él volvió a por mí al

enterarse de la noticia de mi orfandad y me recogió ofreciéndome trabajar a su servicio como ayudante de cámara.

–Vaya Anne –dije disimulando que había notado un cambio de tono en ese «volvió a por mí»–. Siento lo de tus padres, ¿qué edad tenías cuando viniste aquí?

–Ahora tengo veinticinco, mis padres murieron cuando yo tenía quince. Llevo aquí desde entonces... –y agachó la cabeza mirando fijamente al plato.

–Bueno, podríamos decir que tuviste suerte de caer en la Corte. ¡No te imaginas lo duro que es vivir en la ciudad!

–Lo sé, las cosas han cambiado mucho y yo era muy pequeña. Hija única y sin familia, no sé lo que hubiera sido de mí de no ser...

–Por el doctor –acabé, empezando a ver qué tipo de relación tenían.

–El ha sido como un padre para mí, o como un tío. Se lo debo todo.

–Por supuesto Anne, por supuesto.

En aquel momento casi bajé la guardia porque sentí empatía por lo duro que debe de ser vivir sin padres; mientras que yo tenía cuatro a falta de dos y tres hermanos más y aunque en siglos diferentes, sentía aprecio y amor por todos. Por unos más que por otros, claro está. Ella en cambio había estado siempre sola y... volviendo a la realidad podría ser que verdaderamente me estuviera viendo a mí como una amenaza, pues hasta la fecha habían sido solo ellos dos. Tanto si lo amaba como un padre, como un tío o como un hombre, yo me estaba entrometiendo.

Decidí entonces desviar toda la atención de esas conclusiones y contarle mi vida en Londres, aunque no me había preguntado nada.

–Pues yo soy hija de un panadero de la ciudad, un buen hombre. Mi madre es más tímida pero es una buena mujer. Mi hermana Catty es más joven que nosotras y parece que va a casar pronto. Tengo un hermano mayor que vive fuera.

–Señora, sin querer ser en exceso indiscreta, me han contado que usted perdió la memoria. ¿Ya ha empezado a recordar? –me pareció que dudaba.

–Ah sí claro, perdí la memoria y no recuerdo nada, como ya le dije al doctor. De hecho tuve que ir a ver a mi familia como si se tratase de la primera vez. Todo lo que te he contado sobre ellos, es lo que me ha dicho mi hermana Catty y algunas personas que me conocen, como mi primo Marius.

–Marius, sí... ¿es aquel mozo de caballerizas verdad?

–Sí, ese es mi primo Marius. Por eso quiso que me viera el mejor médico de la ciudad, que al parecer estaba en la Corte –sonreí para quitarle importancia al hecho.

–Señora, el doctor es el mejor de toda la ciudad, estoy segura de ello.

–Bueno, puede ser, yo no le conozco tanto como tú y no sé tampoco mucho de médicos ni esas cosas.

–Pues no es lo que cuenta se por ahí. Se dice que tiene usted cierta maña para preparar comidas especiales y bebidas curativas.

–Bah, pura casualidad. No creas las cosas que dicen por ahí de mí. Me gustan estos temas pero no sé nada de nada –dije rápidamente pensando en las historias que me habían contado algunas personas por ahí, sobre mujeres quemadas en la hoguera por preparar ungüentos.

–En cualquier caso, el doctor cree que sí sabe cosas de forma natural. Porque si no, no le hubiera pedido que se quedara a trabajar con él, ¿no cree señora?

–Bueno, le debe fascinar mi interés por aprender y está claro que necesita un ayudante con motivación por todo esto.

–Y que no se maree al ver sangre –dijo ella riendo.

Estaba claro que ella era aprensiva y estaba dándome a entender de forma extrañamente sutil, que si no fuera por eso, ella misma sería ayudante del doctor.

–¡Seguramente! –dije para terminar la conversación. Anne, estoy cansada y el vino me ha dejado mareada. Si no te importa, mientras recoges yo me voy a descansar.

–Por supuesto, señora –dijo mientras se levantaba para recoger la bandeja de comida. Ha sido agradable no comer en la cocina por una vez.

–Bueno, pues ahora podemos comer juntas cada vez que yo tenga que comer sola. No me gusta comer sola– sentenció.

Mi instinto de hermana mayor aunque fuera por un año de diferencia, me llevaba a despedirme de ella con un abrazo cariñoso e incluso un beso de buenas noches. Pero no podía darle tanta confianza pues estaría cruzando la línea que no se debe cruzar ante el enemigo. De nuevo me pareció estar desvariando, así que me tumbé en la cama y me quedé dormida, cálculo que inmediatamente.

Durante los siguientes días, mi relación con Anne mejoró. Ella no me miraba con tanto recelo y me alegré de haberle propuesto comer y cenar conmigo de forma que podría controlar algo más mi propia integridad. Un

buen día dejé de toser y sentirme enferma. El doctor apenas pasaba ya a verme. Me había dicho Anne que estaba de viaje y que yo dormía cuando tuvo que partir en noche cerrada, con el Rey y su séquito. Y yo, ya estaba lista para volver a la normalidad.

Hasta se me habían pasado un poco aquellos extraños sentimientos que sentía al pensar en John.

La primera mañana que me vi con fuerzas, me puse un discreto vestido con ayuda de Anne y unas buenas botas, poco propias de una dama pero perfectas para caminar por la ciudad, y mandé que me prepararan un carro.

Debía ser finales de mayo y aunque seguía saliendo el sol, el frío se empezaba a hacer notar. Me puse bastante ropa por debajo del vestido, porque no quería ir con la capa gruesa de invierno. Aunque sabía que si se me hacía tarde para volver, podría volver a recaer. Con Anne siguiéndome los talones como a saltitos, me fui a la cocina, en donde ya había hecho buenos contactos con los cocineros y cocineras y personal de servicio en pocos días. Había bajado de vez en cuando a por alguna fruta y había aprovechado para enterarme de quién cocinaba y quién preparaba las viandas y bandejas. En mi delirio de que me querían asesinar, me había aprendido los protocolos de la Corte en cuanto a comida se refería. El único que tenía catador era el Rey. El buen hombre tenía salud fuerte y era amable conmigo. Me lo metí en el bolsillo por si algún día podía serme útil.

Le pedí a Sarah, una cocinera gordinflona y rosada, que me preparase una cestita de mimbre con comida, quesos y todo lo que pudiera llevarme para mi visita sorpresa a Caroline y a Sammy. En vez de eso, me la llenó con pasteles de carne y algunos dulces hechos por ella misma, pues sabía que me iba a ver por sorpresa a mi amiga y futura esposa de Marius, según pensaban ellos, mientras se oían risitas entre las demás camareras. Parecía que aquellos días, mi primo había hecho progresos y acercamientos. Un día le mandó unas flores incluso y el domingo le pidió acompañarlos a misa. Y esa era la comidilla de la caballería y de la cocina, según parecía.

Una vez tuve todo dispuesto, ropa de abrigo, capa fina y cesta con comida, me subí a un carro sencillo que usaba el médico para visitas urgentes, con un solo caballo, que parecía que era más ágil para correr por caminos angostos.

Me sentía terriblemente feliz. Mi vida iba a cambiar, eso seguro, porque había decidido quedarme aprendiendo cosas sobre enfermería y ejercer mi profesión en un siglo que no estaba muy reconocida. Pero sería mi mejor

forma de contribuir con la humanidad, ¡como un Da Vinci que sabía cosas que evolucionaron al mundo! Definitivamente estaba pletórica en exceso... y ahora ya recuperada de una enfermedad grave, me iba a ver a mi gran amiga y a un bebé al que adoraba y quizás si me daba tiempo, podría visitar a mis nuevos padres. Un gran y bonito día.

–Señora, permítame acompañarla –dijo Anne de repente cuando yo ya estaba subida en el carro.

–Anne, quédate guardando el fuerte, porque no volveré hasta mañana.

–Señora, no debería ausentarse toda una noche.

–¿Cómo dices? –dije extrañada–. Nunca he necesitado compañía para ir a ver a mis seres queridos –dije intentando que no sonara a «y tú no tienes»–. Mejor quédate y descansa de mí unos días que bastante te he molestado ya.

–Pero John... quiero decir, el doctor no me perdonará que la haya dejado partir sola –dijo asustada.

–Al doctor John no le importa lo que yo haga o deje de hacer, Anne. Apenas me conoce y se ha preocupado solo por mí debido a que soy la prima de su gran amigo Marius. Nada más. Soy capaz de cuidar sola de mí misma, no te preocupes –dije estas palabras con intención clara de que me dejara de tener en su punto de mira.

–No crea, señora. El doctor se comporta... diferente con usted. Creo que le ha tomado especial aprecio y se tomará mal que yo no esté cuidando de Vos.

–El doctor sabe que seré una buena ayudante porque me gusta el mundo de la Medicina, por eso me aprecia. Pero nada más –«No te montes películas» quería decirle, pero obviamente no lo iba a entender–. No veas las cosas como no son. Mientras vuelva viva, el doctor ya estará tranquilo. Además, él no está ¿verdad? –reí a carcajadas–. ¡Pues ea, que me impida alguien marchar! –grité eufórica.

–¡Adelante, chófer! –y di un golpecito en el techo por fuera como recordaba que se hacía en las películas.

–¡Allá vamos, señora! –contestó gritando–. ¡Vamos Chocolate! –refiriéndose al nombre del caballo.

Anne se fue haciendo pequeñita mientras tomábamos distancia, lo sé porque la miré girándome para darle un saludo con la mano y que no pensara que le había hecho un feo. Si en verdad hubiera querido venir, hacía rato que podría haberlo dicho no en el último momento casi sin sitio en el carruaje,

ocupado por la cesta de comida, pensé.

A pesar de mi alegría, el camino era largo. Pude echar una cabezadita antes de entrar en la ciudad, porque además había que pasar una especie de peaje al entrar y ese día había cientos de comerciantes intentando entrar sus mercancías. Por suerte, al ver el escudo del médico de la Corte en la carroza, nos hicieron un sitio estrecho por el que pudimos avanzar un poquito más aprisa. Como a las doce del mediodía, estaba aterrizando delante de la puerta de casa de Caroline.

Bajé del carro con la ayuda del chófer y me contó que teníamos suerte porque ahora la gente ya casi no tiraba excrementos desde las ventanas. Parecía estar todo un poco más limpio, sin embargo después de haber visto yo tanta belleza en la Corte esas últimas semanas, la puerta de Caroline, y la casa en general, me parecieron un poco pobres y descuidadas.

Llamé con cuidado pero con ganas.

—¡¡¡Josephine!!!! –dijo Caroline al verme muy emocionada–. ¡No tenía ni idea de que vendrías! ¡Qué sorpresa más agradable!

Llevaba al pequeño Sammy en brazos y casi lo ahogamos entre las dos, del abrazo que nos dimos.

–Siento no haber avisado, pero precisamente quería darte una sorpresa, porque ya estoy del todo recuperada.

–No sabes cómo me alegro, me disponía a tomar un poco de sopa porque ya sabes que para mí sola, no me gusta cocinar... pero te puedo ofrecer algo de pan...

–¡Tachán! –dije, mostrando en alto mi cesta–. ¡Traigo comida y de la buena!

Entre las dos pusimos rápidamente la mesa, aunque yo prefería tener a Sammy un rato en brazos. Lo había echado mucho de menos y ahora me daba cuenta. Curiosamente él parecía acordarse de mí. Sus manitas regordetas me tocaban la cara con una gran sonrisa y yo le hacía cuca-monas. En mis ratos de cama le había confeccionado un pequeño sonajero. Con un poco de tela había hecho una especie de perrito y había metido algodón con algunas piedras pequeñas dentro, de manera que si lo cogías y movías un poco, hacía algo de ruido. Obviamente, era perfeccionable pero dado que apenas sabía coser, para mí era una obra de arte. Y a Sammy le pareció también muy bonito porque no lo volvió a soltar en todo el día, para mi delicia.

Comimos como reinas los pasteles de Sarah, los salados y los dulces. Pensé de pronto en que me había olvidado de mi peso, de mis complejos y de

mi preocupación por la comida. Era feliz porque comía cuando podía y lo que me daban y como no había nada que picar entre horas, excepto fruta, me estaba volviendo sin querer tremendamente sana. No tenía bolsas de patatas aceitosas acechándome en cada esquina ni helados a mano, ni chocolate en tabletas...

Durante las siguientes horas, Sammy se durmió profundamente en mis brazos y nosotras nos pusimos al día. Le dije que mi doctorcito se había marchado de viaje casi sin avisarme y que seguramente por eso me sentía un poco más triste, pero a la vez liberada de ese sentimiento que me hacía estar en un estado inquieto que no me acababa de convencer. Pero tampoco me olvidé de contarle nuestro paseo especial cuando noté que me quería para sí.

Ella me dijo que Marius se estaba acercando bastante con la excusa de estar con el niño. Ya se había corrido la voz de que el pequeño tenía rasgos de mi primo y eso no les hacía ningún favor para no alimentar las críticas. Ahora que se dejaban ver juntos de vez en cuando, los tres parecían una pequeña familia y la gente los miraba de reojo. Ella tenía miedo de que la tildaran de adúltera durante la vida de su esposo. Calculé que en aquella época eso podría equivaler a un corte de cabeza, que no de pelo, o una colgada en la plaza del centro de Londres.

Entre las muchas cosas de las que hablamos me comentó algo que no me pasó desapercibido. Resultó que unas chicas que hacían brebajes curativos habían sido acusadas de brujería y que las habían quemado en la Plaza mayor. Me dejó estupefacta porque hasta entonces no me había preocupado de estar al día de noticias como aquellas. Enterarme de esto me hizo recordar dónde estaba y que no se permitía ni un solo paso en falso. Ni uno. Si alguien sospechaba que había puesto algo en una sopa que había curado al Rey... mi vida tendría los días contados. Pensé que lo mejor era efectivamente ponerme bajo la protección de una persona que sí tuviera la potestad para hacer brebajes curativos, mi médico. Y quitarme de en medio del populacho cuanto antes. Me estremecí y perdí por unos instantes el hilo de lo que me iba explicando mi amiga Caroline.

Y así, casi sin darnos cuenta, empezó a oscurecer. Salí a avisar al cochero de que me quedaría en la ciudad esa noche, que me podía venir a buscar al día siguiente a esa misma hora. No quería irme tan pronto y además también podría ir a ver a Padres y Catty por la mañana. Una vez empezando con un trabajo en la Corte, no sabía cuándo podría volver a verlos.

Caroline se mostró encantada de que me quedase a dormir esa noche con

ellos y además eso nos permitiría seguir poniéndonos al día, como así fue, hasta altas horas de la noche. Dormimos como troncos, incluido Samuel.

A la mañana siguiente bajé de mi antigua habitación y nos dispusimos a desayunar juntas. Más tarde nos encaminaríamos hacia el mercado y de paso iríamos de visita a la panadería para darles una sorpresa a mis nuevos progenitores, que seguía conociendo bien poco. Pero sobre todo, quería ver a mi hermanita; recordaba que su futuro marido la estaba esquivando y necesitaba saber cómo estaban las cosas.

Por el camino y mientras charlábamos animadamente, veía la situación de otra manera. No se me olvidaba la podredumbre general, los charcos de las calles de la siempre eterna lluvia mezclada con las heces de caballo (espero que de caballo nada más) y esa neblina que solía estar siempre presente, pero sí que me había acostumbrado ya a verlo como algo habitual. En un instante me vinieron a la memoria aquellas calles de Jack del Destripador que salían en las películas y el escalofrío que tuve me dejó sin aliento. No recordaba en qué año vivió este asesino, solo esperaba que fuera mucho más tarde de la época en la que yo me encontraba con todo y con eso, me empezaba a gustar lo que veía.

Al llegar a la panadería, Catty salió de detrás de una especie de mostrador, casi de un salto. Era ya habitual ver sus excesos de comportamiento, algo histriónicos pero divertidos, porque siempre los acompañaba de una sonrisa. Padre salió de su horno bastante sorprendido, pero se notaba que estaba contento de verme.

–Hija, ¿qué te trae por nuestras tierras? –habló con su tono fuerte.

–Hola Padre, me alegro de verle –intenté darle un abrazo pero él no era un hombre de roces–, quería darles una sorpresa y pasar a saludarles.

–Ah, ya veo que nos vas recordando poco a poco –dijo sincero.

–En realidad no, padre. Sigo sin saber muy bien de dónde vengo pero sé que ustedes son mi familia y eso me basta para venir a verles.

–Bien. Buenos días señorita –dijo haciendo un gesto hacia Caroline. ¿Cómo se encuentra su pequeño? –dijo.

Creo que no se le escapaba a él tampoco que esa criatura era una especie de sobrino nieto suyo. Y le miraba con cierto cariño.

–Sammy está perfecto, muchas gracias señor Jones –dijo Caroline enseñando orgullosa al niño que llevaba en el capazo.

–Y usted, señorita, ¿qué hace que no está en la Corte? –añadió mi hermana con un tono jocosos y moviendo las caderas con empeño y mirándome con aire picarón.

–Pues me he escapado aprovechando que ya me encuentro mejor –dejé caer a propósito, para que se dieran cuenta de que nadie me había preguntado por la salud.

–Es cierto Jo, ¿cómo estás de tu enfermedad? –dijo Padre mientras se limpiaba las manos con una especie de delantal–. Al final no pudimos ir a verte, no podíamos dejar la panadería sola. Por eso enviamos a tu hermana.

La hermana enviada puso cara de asombro. Pero no dijo nada. Yo la miré para hacerle una mueca de «déjalo, sé que es una excusa, pero no te preocupes».

–Gracias por preocuparse, Padre. ¿Dónde está Madre? –dije ya algo incómoda en aquel sitio con fuerte olor a harina y heces de caballo que venían de la calle.

–En casa, supongo que haciendo la comida. ¿Por qué no os quedáis y nos acompañáis a la mesa? Sé que a tu madre le hará ilusión.

Y a ti, pero no lo dices –pensé para mis adentros–. No pensaba poner a prueba a un buen hombre trabajador y con un carácter serio y tímido.

–Claro –miré a Caroline–, nos quedaremos a comer encantadas. Muchas gracias por la invitación, Padre.

Catty dio un gritito de contenta. Empezaba a pensar que tal vez su novio la considerase demasiado extrovertida y valiente para una mujer en esos tiempos. Quizás eso le estaba asustando de ella. Tendría que averiguar que estaba pasando con mi flamante hermana-novia, que no era ni una cosa ni otra.

Cuando llegamos a la casa de Padres, Madre se alegró sinceramente de verme, me llamaba «su pequeña», aunque sabía perfectamente que yo era la mayor de las dos mujeres. Me abrazó con todo su redondeado cuerpo –supongo que de tanto pan– y nos invitó a sentarnos alrededor de un fuego que había en la cocina, mientras ella acababa de preparar las viandas. Catty, que se había escapado de la panadería con nosotras, empezó a poner la mesa como si se tratase de la fiesta de Navidad. Estaba que se salía de contenta.

Una vez estuvimos todos preparados para comer, Padre recitó una plegaria para dar gracias a Dios por la comida y empezamos a comer.

–Y dinos, pequeña Jo –me empezaba a molestar lo de «pequeña», pero

pensé que quizás era costumbre de la época llamar así a las hijas de uno-, ¿qué vas a hacer con esta nueva vida que tienes?, ¿has pensado hacerte cargo tú sola de la panadería? Yo ya empiezo a estar cansado –dijo Padre mientras se metía un trozo de pastel de patata en la boca.

–Pues no exactamente, creí que Catty les habría puesto al día de mi futuro.

–¡Dios me libre, hermana, Dios me libre! –exclamó Catty mientras soltaba una carcajada–. Eso es cosa tuya y de padre. Creo que eres tú la que debes contarlo, si es que esa es tu decisión final.

Vaya, me había dejado el marrón para mí solita. Por suerte, Caroline que volvía de darle el pecho a Sammy, se sentó en la mesa al tiempo que me echaba un cable.

–Permítanme que les diga que tienen una hija extraordinariamente afortunada –dijo mientras se llenaba el plato.

La miré con un «gracias» en la expresión.

–Ilumínanos cual cirio de iglesia, Caroline –dijo mi siempre callada Madre. Por lo visto tenía más sentido del humor de lo que parecía. Debe ser ese humor inglés del que todo el mundo habla siempre.

–Bueno, creo que lo que le ha sucedido a Josephine es maravilloso. Ha tenido mucha suerte y podría tener la vida resuelta para siempre. No es así, ¿querida? –me miró para continuar una vez el camino estaba libre.

–Sí, ciertamente... ciertamente.

–Y bien, ¿Jo? –dijo mi padre con la poca paciencia que le debía de quedar.

–Bueno, desde que perdí la memoria, tengo algunas nuevas habilidades que antes no tenía –mentí–. Cuando estuve en la corte recuperándome, gracias a Marius –evité mirar a Caroline– parece ser que intervine en curar al Rey de un absceso de vientre. Así que el doctor quedó impresionado por mis conocimientos y me ha propuesto que me quede como ayudante suya, en la Corte.

Se hizo el silencio mientras padre y madre me miraban y se miraban entre ellos. Estaban bastante perplejos. Catty, Caroline y yo seguíamos haciendo ver que comíamos. Estábamos esperando una reacción. A todos los efectos, ellos eran mis padres en ese siglo y así lo sentían. Y yo debía respetar eso, a pesar de que para mí fueran unos completos desconocidos. Finalmente Padre habló.

–Josephine, siempre he considerado que eras una chica lista, para ser mujer. Y creo que vivir en la Corte es peligroso, sea cual sea el trabajo que

desempeñes, has de saber que correrás los mismos riesgos que cualquier otra persona que vive ahí.

–Lo sé –dije bajando la cabeza. No podía argumentar que vivir en la ciudad pasando un frío aterrador sin calefacción, con siempre humedad y olores nauseabundos, me parecía más inadecuado para una persona que venía de un mundo con millones de comodidades más. No podía argumentar que la vida de ciudad que ahí tenían, era muy compleja para mí y que la corte era lo más parecido a vivir mejor.

–Hija –dijo mi madre de pronto–, ¿es en verdad esto lo que tú quieres?

–Sí, Madre. Creo que puedo aprender mucho de una profesión que me gusta, que estaré más protegida del frío en la Corte y que con el médico del Rey de mi parte, las cosas no pueden ponerse tan feas. Además, piénsenlo, Padres. Si alguno de ustedes enferma, tendrá siempre prioridad en curar con una buena atención –quise justificar.

–Cariño, no nos importa eso. Nos importa que tú vayas a ser feliz, y la verdad, no sé qué te puede atraer de esa profesión como la Medicina. Tú no sabes nada de eso y pronto se darán cuenta.

Otra cosa que tampoco podía rebatir ni explicar.

–¿Es tu decisión final, Josephine?– espetó mi padre de pronto.

–Sí, Padre– lo miré de frente.

–Bien, entonces, sea. Supongo que no te veremos muy a menudo, pero es preferible eso a perderte como hicimos hace unos días.

Entonces se levantó bruscamente y dijo:

–Señoritas, las dejo. He de volver al horno. Tengo encargos para mañana muy importantes. Me ha gustado verte, pequeña –dijo rudamente–. Y dándome un frío beso en la cabeza, se marchó de la casa.

–Jo, tratándose de Padre, ¡creo que has triunfado! –dijo Catty.

Madre estaba sonriendo. En el fondo creo que ella estaba contenta porque podría alardear de tener a una de sus hijas en la Corte y además, a pesar de todo, tendría un trabajo nuevo y estaría más cómoda que en la ciudad. Ella también sabía eso.

–Madre –pregunté–. Usted está contenta, ¿verdad?

–Sí hija, tu padre es muy orgulloso y tenía la esperanza de que te quedaras tú sola en el horno. Pero yo sé que esto no es para ti. Sé que estarás bien con el doctor –y me sonrió dulcemente.

Con eso me bastaba para tener a mis nuevos progenitores calmados, contentos de haber reaparecido y felices por tenerme protegida y trabajando en un lugar como la Corte.

De pronto, mientras Madre preparaba el té, y Catty y Caroline hacían muecas al bebé que ya había despertado, me vino una imagen muy cruel a la memoria. Mis padres. Mis propios padres o los que yo sentía como tal. ¿Qué estaría pasando por ahí? ¿Me estarían buscando? ¿Qué sentirían ellos al perder una hija? ¿Se habrían muerto ya de pena? No pude dejar de pensar en eso, me entraron ganas de llorar, explotar y patear de pura angustia. Toda la angustia acumulada durante tantas semanas, intentando adaptarme y sobrevivir, intentando entender qué había sucedido. Pero no había pensado en cómo estarían ellos. Y Santi, los niños... ¿Qué sería de mí si no volvía a verlos a todos? ¿Cómo iban a dar conmigo? ¿Era posible y real lo que me estaba sucediendo? ¿Cómo podían dar con una persona que ya no estaba en el mundo físico que es donde la buscaban?

–Jo, ¿leche? –me despertó mi madre–. La miraba yo fijamente intentando buscar las facciones de la mujer que yo recordaba que me había dado a luz.

–Gracias –susurré sin apartar la mirada de ella.

Creo que fue en ese momento cuando decidí firmemente y en paralelo a mi supervivencia en aquel lugar, no olvidar de dónde venía y quién era yo en realidad. Mientras ellas hablaban de cosas banales yo ideaba la forma de dejar escrito todo lo que me estaba sucediendo, sin levantar sospechas. Necesitaba planificar bien cómo hacerlo, cuándo y lo más importante, dónde esconderlo. Ese lugar seguía siendo muy complicado y cualquier cosa que en mi siglo se consideraba normal y respetada, aquí podía convertirse en algo peligroso.

–Jo, parece que no estés con nosotras, cielo –me susurró mi amiga mientras me pasaba al bebé rosado en brazos, como para despertarme.

–Lo siento –dije– volviendo un poco en mí misma. Besé a Samuel en sus mejillas coloradas y sintiéndome algo incómoda por estar ahí, dije: está oscureciendo y es hora de marchar.

Algo sorprendidas por mi cambio de tercio, se miraron entre ellas extrañadas, pero aprobando mi decisión.

–Sí, es tarde y el niño puede coger frío –dijo mi madre.

–Vamos, pues. La Corte me espera –sonó en tono triunfante, pero no fue mi intención sonar despectiva respecto a esa humilde casita. Para compensar

mi comentario añadí: pasaré a dar un beso a Padre por el horno. De paso llevaré pan a la Corte y verán lo que es bueno –sonreí–. Además, el cochero ya debe de estar esperando.

Madre salió a la puerta y nos despidió con ademanes de manos y brazos y pidiendo que volviéramos pronto. Nosotras devolvimos el saludo lo más calurosamente que el frío y la humedad del lugar nos permitió.

Padre casi no me atendió pues ya estaba limpiando el horno para dejarlo listo para el día siguiente. Pero me había preparado una gran bolsa con hogazas preciosas dentro y se ocupó de que estuvieran bien atadas para durar el viaje de vuelta y hasta la Corte.

El camino de vuelta fue como siempre largo y farragoso. Dejé a Caroline y al niño en su casa y continué hacia mi nueva morada, acompañada ya de Chocolate y el cochero. Se me hacía extraña por la ausencia de mi médico o más bien el que sería mi protector de ahora en adelante. Los nervios de volver a verlo ya no estaban, pues al estar de viaje mi mente los había disipado. Estaba hoy protegida de sentimientos y sensaciones desconocidas, sintiéndome como en mi siglo en el que apenas había sentido nunca nada semejante por nadie. Me volvía a sentir dueña de mi corazón. Y a salvo.

Me quedé adormecida con los sonidos que llegaban de la calle, que, amortiguados por la caseta del carruaje, se me hacían agradables. Gentío gritando, vendedores haciendo sus últimos esfuerzos para acabar sus mercancías, niños corriendo hacia sus casas. Yo iba bien tapada por una manta que el conductor me había proporcionado, así que cuando llegamos al destino, casi no me podía ni mover de lo a gusto que estaba. Además había soñado con mi familia, la única que mi mente era capaz de recordar con anterioridad. Mi madre me rozaba la mejilla y me decía que me echaba mucho de menos. Yo me empeñaba en decirle: «Mamá, estoy delante de ti. ¿Por qué me echas de menos?» Y así, con el recuerdo de mi madre muy fresco, me desperté de nuevo en aquel frío lugar, lleno de desconocidos y de nuevo con la sensación de buscar en mi bolsillo mi móvil para llamarla. Pero en mi bolsillo, ya no había nada...

Al subir a la zona en la que se encontraba mi cuarto, oí un gran alboroto desde el pasillo. Gente que iba y venía desde mi habitación o aposentos como los llaman aquí, al consultorio del doctor al que ahora sentía más lejano. Me quedé parada delante de mi puerta sin creer muy bien lo que sucedía. De pronto el doctor apareció delante de mí, casi tan sorprendido como yo.

–¡Dios mío, señorita Josephine! –exclamó–. ¿Qué...? ¿Dónde diablos...? Pero, ¡¡¡¿dónde estaba!!!? –dijo mientras ponía las manos en su cabellera alborotada.

Sin dejarme contestar continuó intentando hablar pero en un tono especialmente alto.

–¡La hemos estado buscando desde ayer por todo el palacio! Y también por los jardines, creíamos que se había perdido en el bosque o que le había pasado algo –acabó mirándome con los ojos bien abiertos.

–Eh...–titubeé– fui a la ciudad a pasar el día con mi familia y al hacerse tarde me quedé a dormir en casa de Caroline. No creí necesario darle más explicaciones a nadie más que al cochero.

–¿Sin dejar aviso a nadie? –exclamó indignado.

–Pues no tenía manera de avisar y el cochero no tenía que hacer de recadero. ¿A quién le importa en la Corte dónde pase yo la noche? –reí–. Y por cierto, Anne sabía dónde iba y bien podía habérselo dicho. Estoy segura de que te hubieras imaginado que me se me había hecho tarde y que pasaría ahí la noche.

–Josephine, no debería hacer bromas con esto. Podría haberle sucedido algo... grave –y giró la mirada mientras mi estómago dio la vuelta completa por notar cierto sentimiento en su gesto.

De repente me di cuenta de que me volvía a llamar de usted.

–Disculpe –dije sin tutearle para que se diera cuenta de que estaba volviendo a poner un muro entre nosotros–. Avisé al chófer para que me recogiera en la ciudad al día siguiente a la hora pactada. Creí que con eso bastaría –expliqué.

–Pues no bastó, como habrá podido comprobar. Él no lo comunicó porque también pasó la noche en la ciudad, aprovechando el viaje, supongo –dijo algo más calmado.

–También estaba al corriente Anne. ¿No le dijo nada?

Y una voz desde el fondo del pasillo, de Anne concretamente, dijo:

–Señor, la señorita Jones no me dijo nada –dijo muy seria y evidentemente mintiendo. ¿Dónde habían quedado mis esfuerzos de tener su amistad?, pensé.

–Doctor, está mintiendo claramente. Hasta se ofreció a venir conmigo. Pero no voy a quedarme aquí discutiendo esta nimiedad, soy mayorcita, ¿sabe? Por cierto, ¿puedo saber qué hace usted aquí? Se supone que iba a estar mucho tiempo fuera –dijo mientras hacía amago de pasar a mi cuarto

por delante de su cuerpo que seguía bloqueando el paso-. El roce simple de sus brazos me dio un pinchazo en el estómago.

-He vuelto antes. No tengo que darte más explicaciones. Pero contaba con que tú estarías aquí para cuidar el consultorio -dijo intentando mantener su tono serio.

-De eso se encarga el chico. Yo todavía no soy su ayudante y tampoco soy médico, no sé ni dónde guarda las gasas. -Seguí, sin enfadarme mientras dejaba en el suelo la cesta con los presentes en forma de pan y frutas que me habían dado en casa.

-Es cierto -dijo mientras se atusaba rápido y sin cuidado el cabello negro -. No eres mi ayudante todavía, pero en breve deberás darme cuentas cada vez que quieras desaparecer. Eres mi responsabilidad desde el momento que llegaste aquí. Si algo te ocurre, yo tendría que dar cuentas a tu familia.

Y se marchó dando media vuelta de capote al abrigo que llevaba puesto, dando grandes zancadas.

Ahí estaba yo al lado del cesto de pan y frutas y con cara de tonta. Miré de lejos a Anne y sin decir ni palabra bajé con los panes y resto de viandas a la cocina. Pensé que si se los daba, quizás ella podría hacer algo para «perderlos» en el camino. Ya había dejado claro que, mientras el doctor estuviera presente, nosotras no seríamos amigas. De ninguna manera.

Lo que noté mientras bajaba a la cocina con Sarah, me sorprendió. Volví a sentir un pinchazo en el estómago y no era ni de hambre, ni de angustia por la nueva mentirosa Anne. Más bien, fue al ver esos ojos penetrantes negros y aquella melena negra que me recordaba a Lawrence de Arabia que yo siempre había imaginado, moreno, de melena espesa y ojos oscuros, no como al de las películas que veían mis padres con un rubio Peter O ´Tule.

¿Cómo era posible que hacía apenas veinticuatro horas le recordara como alguien lejano y distante y en ese lapsus temporal de dos minutos volviera a sentir el estómago del revés?

Dejé todo como una autómatas y subí a mi cuarto, pensando solamente dónde podría encontrarse él.

-Señora -entró Anne por la puerta con una bandeja-. Pensé que tendría hambre, le traigo algo de comer.

-Gracias Anne. ¿De verdad no recuerdas que te dije que me iba a la ciudad? ¿No te ofreciste a venir conmigo? -dije con tono molesto.

-Yo no recuerdo que no fuera a volver por la noche, lo lamento. Y no soy quién para revelar algo que no me concierne -dijo dejando rápidamente la

bandeja y saliendo del cuarto.

Pensé que le había cambiado mucho el carácter desde el mismo momento en el que John se fue de viaje y que ahora estando él de nuevo, volvía a ser la misma Anne de siempre. Era obvio que la presencia del doctor, creaba un muro entre ambas. Si estaba enamorada de él, sin duda le habría molestado que se preocupase sobremanera de mi ausencia. Pero entonces, ¿por qué no le dijo dónde estaba yo?, ¿quería acompañarme para asegurarse de que yo no volviera?, ¿la creía capaz de hacerme daño? Con estos pensamientos y sin tocar la comida, caí en un profundo sueño.

Cuando me levanté sentí que era bastante tarde. Ayer debí de llegar muy tarde porque el camino fue largo. ¿Cuánto había dormido? Me angustié como quien llega tarde al trabajo, mientras me desperezaba y vi una nueva bandeja de un desayuno ya frío, pero no retirado.

Me acicalé un poco para estar presentable y bajé a picar algo y a por un té caliente a la cocina, con mi fiel Sarah. Me preguntó por qué no había desayunado la bandeja que le había dado a Anne para mí y no tuve una respuesta convincente. El té estaba frío pero el pan, que debía ser el de mi padre, no me atreví a tocarlo. Intenté disimular.

–Ah, no me he fijado, debo estar aún medio dormida –dije mientras me servía un pastel que parecía recién salido del horno.

–El doctor estaba molesto ayer –comentó mientras me servía más té. A mí no me preguntaron, si no yo hubiera avisado de que estaba usted con su familia de visita – se disculpó.

–No te preocupes. Lo que no entiendo es por qué no lo dijo Anne, ella sabía de sobra que yo estaba fuera. Quiso venir conmigo y creo que le dije que no volvería hasta el día siguiente. Y a ella sí le preguntaron.

–Es extraño entonces, porque si es así, es la única que podía haber dado la voz de alarma. Esta Anne está muy despistada últimamente. No se lo tenga en cuenta, es buena chica y no tiene familia. Al doctor hacía tiempo que no lo veía tan alterado.

Cuando terminé mi desayuno, no muy frugal que digamos, me marché de la cocina hacia donde me llevaban mis impulsos. No quería seguir con una conversación sobre la protegida de John.

Me acerqué con cautela al consultorio secretamente para ver si me encontraba con mi médico y sin tanto secreto, para tratar de estudiar un rato algunos libros y centrarme en lo que sería mi profesión en el futuro. Con la

mente un poco menos espesa por el fulgor del reencuentro de la noche anterior con mi particular árabe, quise trazarme un plan para añadir todos mis conocimientos como enfermera a ese siglo tan atrasado, sin que me acusaran de nada. ¿Cómo podría empezar? Pensé en un «Tratado de enfermería» con la idea de poder tenerlo como referencia para el futuro.

–Hola –dije a un sombrío médico que me daba la espalda frente a una ventana y unos grandes libros.

–Hola –dijo sin girarse siquiera, pero levantando la mirada hacia la ventana.

–¿Estás estudiando? –dije sin acordarme de su cargo ni de nuestra otra vez distante relación.

–Sí, eso intento –cortó.

–Disculpa, solo venía a por unos libros para leer. No quería interrumpir.

–Pues ya lo has hecho –se giró–. Coge este –dijo mientras me acercaba un libro que tenía cerca.

–¿De qué se trata? –dije intentando sonar interesante mientras cogía el libro.

–Es sobre enfermedades del costado. Escritos sobre su tratamiento que alguien escribió hace muchos años, haciendo disecciones de personas fallecidas. Es muy interesante, te gustará.

–Gracias –dije mientras pensaba cuál sería esta enfermedad que llamaba del costado aunque me sonaba de haberlo leído en «El médico» de Noah Gordon. Es curioso porque cuando leí ese libro, pensé que era una invención del autor. Y resulta que aunque no fuera una apendicitis, el nombre del costado, ya tenía un hueco en esa época. Aunque tendría que descubrir a qué se referían porque en el costado también tenemos el hígado, el bazo, los riñones... al menos ya tendría por dónde empezar a estudiar la información que tenían hasta la fecha.

–Suena muy interesante –respondí sin mirarle a los ojos–. Puedo leer aquí contigo, en silencio –en ese momento me dio rabia no tener la soltura de mi amiga Eva, que siempre sabía cuándo dar una mirada al vuelo, sutil pero coqueta. Por el contrario, le esquivé tanto como pude.

Abrí el libro pensando en qué podría hacer yo sin cambiar el futuro, pero ayudando al máximo a que la gente no muriera por enfermedades que en mi época hacía tiempo que ya no existían. Qué angustiante situación... Reflexionaba en todo esto cuando me encontré con su mirada dulce que una vela ya encendida le iluminaba lo justo. Esa luz hizo que se crease un

ambiente muy acogedor aunque aún era pronto para velas. Me hizo un gesto con la mano para que me sentase cerca y me puso otra vela más grande para que pudiera leer mejor. Noté cierto cariño en su gesto. Y algo más en su mirada. Por momentos parecía saber de dónde venía yo o, al menos, de entender por qué hacía comentarios impropios para una mujer y por qué sabía cosas sobre cuidados de enfermos que no debería conocer alguien como yo. Pero no le sorprendía y eso era aún más inquietante.

Nos trajeron algo para almorzar y seguimos leyendo.

Creo que caí dormida ante los libros, cuando la vela estaba prácticamente acabada. Notando que la noche se había abierto paso, pude sentir que unos brazos corpulentos me cogían en volandas para llevarme a un lugar más cómodo. Y yo, que ya estaba despierta, me seguí haciendo la dormida porque desde hacía tiempo no me sentía tan protegida, ni siquiera cuando estaba en mi Barcelona querida. Cuando me dejó en lo que sería mi cama para mucho tiempo, sin ganas ya de volver a dormir, me dejé llevar por la nostalgia de mi tiempo y mi ciudad así como de mi familia. Y por más que traté de buscar ese sentimiento de protección en mi juventud, ya no lo encontraba. Inquieta, me revolví en la manta de algún bicho cazado a traición, sin saber por qué me empezaba a sentir casi mejor aquí. En ese aquí que tenía por delante. En el único aquí que me quedaba por vivir.

Caí dormida, protegida y profundamente.

21 de junio 2013

-Mamá, debes dejar de llorar ya, no estás dejando hacer bien su trabajo a los detectives. Han venido desde Madrid para ayudar.

Papá, ¿se ha tomado hoy las pastillas?

-Sí, hijo. Pero cada vez le hacen menos efecto.

-Ejem señores -dijo el nuevo detective- debemos tener toda la información. Hasta el último detalle. No hay ningún rastro de ella. Ni cámaras de la zona ni nada que nos indique que esté con alguien. Llegados a este punto, si se la han llevado por la fuerza puede que, aunque resulte duro de escuchar, debo decirles hacia dónde nos lleva este caso.

-Papá, llévate a mamá a su cuarto, por favor.

-Ni hablar -gritó ella- quiero saber la verdad. Lo que tengan que decir, lo resistiré.

El padre de Santi le miró fijamente como confirmando que estaba de acuerdo. Más resignado que otra cosa.

-Está bien -continuó el detective- tenemos sospechas de que de alguna forma, pueda estar metida en un sistema muy cerrado de trata de blancas. Hemos descubierto un grupo muy organizado y hace tiempo que están por esta zona. Quizás se aprovecharon de un descuido al salir y la metieron en un vehículo sin que apenas diera tiempo a que ninguna cámara de seguridad de las tiendas y bancos de alrededor pudieran tomar ninguna imagen.

Para sorpresa de todos los presentes, no se derrumbó. Se quedó estoicamente sentada en su lugar sin mediar palabra y mirando fijamente a la nada.

-Mamá, ¿estás bien? -dijo Santi.

–Aja...–contestó sin dejar de mirar al frente–. Eso quiere decir que puede seguir viva.

Se levantó y se fue a su cuarto. Nadie la siguió ya. Todos estaban demasiado cansados de tanto sufrir. En el fondo habían aceptado cualquier posibilidad incluyendo la muerte de Julia, pero lo único que querían ya era saberlo. Enterrarla si era necesario con un bonito funeral y empezar un duelo. Todo se trataba del duelo. Sin un final, sin una despedida, continuar era inútil. Menos para Santi. Él tenía otra teoría, de esas que en otros tiempos parecería de risa o de película de ciencia ficción. Pero él, y su esposa que creía en él como en ella misma, guardaban una mueca que no denotaba desesperación. Al menos no tanta como sus padres, que no podían casi ni respirar.

Santi sabía que sus padres nunca creyeron su primera teoría por lo que lo dejó seguir a pies juntillas las investigaciones de la Policía. El resto de su investigación quedó para él solo y su esposa, no hacía falta incrementar la angustia de todos.

El detective continuó.

–¿Hasta qué punto quieren conocer los detalles de la posibilidad que estamos barajando?

–Todo –contestó el padre de Santi–. Queremos saber todo lo que pueda ser una posibilidad.

Santi no dijo ni palabra, quería saber hasta dónde llegaba la información, pues en realidad era tan loable o absurda como la teoría que él tenía.

–De acuerdo –continuó–. Les explicaré lo que tenemos hasta ahora. Desde hace unos meses han desaparecido, en toda la Península, unas veinte chicas con similares características a Julia. Sabemos, porque hemos conseguido varios vídeos de algunos de los raptos, que se las han llevado obviamente a la fuerza, en unas furgonetas blancas. Es un problema porque existen unas cincuenta mil furgonetas con esas características. Quizás las han escogido así para que cueste más detectarlos. No podemos detener a todos los que tienen furgonetas blancas, así que estamos en un punto bastante atrasado.

Creemos que son de Europa del Este y que casi el mismo día podrían estar sacándolas del país. En Barcelona solo ha desaparecido Julia y otra chica más en los últimos dos meses. Y no tenemos muchos más detalles, pues se les pierde fácilmente la pista en cuanto cruzan la frontera. Desde ahí, tampoco sabemos a qué país se las llevan. Sospechamos que las llevan a Italia y quizás de ahí las distribuyen a lugares como Ibiza. Para serles sincero, la nueva

moda es la compra de estas chicas por parte de excéntricos millonarios. Y lo que sabemos seguro es que las mantienen drogadas, hasta puntos peligrosos y verdaderamente mortales.

El silencio de la salita era cortante. Hacía daño. El padre de Santi tenía los ojos llorosos y rojos, como cargados de ira e impotencia. Sus facciones eran duras ahora y apretaba las mandíbulas bien fuerte. Pero estaba solo con esas sensaciones, porque Santi prefería pensar que seguía viva e incluso, por qué no, feliz.

Desde su último encuentro en Suecia con el Paciente H, no les habían dado su nombre real, las cosas parecían tener incluso más sentido ahora. Este hombre tan peculiar les había recibido acompañado por su psiquiatra actual, pues parecía tener una depresión crónica, con una bipolaridad y estaba medicado y muy controlado. Había tenido varios intentos de suicidio, pero no estaba loco. Nada de lo que había experimentado podría decirse que era inventado.

Básicamente contaron que para trabajar su bipolaridad y su depresión habían recurrido a una técnica que existe desde hace milenios. La hipnosis regresiva hacia los principios de tu vida, para averiguar en qué momento tu mente se quedó en estado de Shock.

Así, empezaron a explicar que en una de las sesiones el paciente X empezó en su infancia, pero no en la que solía recordar el médico. Como se ve en el vídeo que ya visionaron Santi y sus nuevos colegas, se remueve en el sofá de forma extraña mientras revive cosas que nunca anteriormente habían surgido en la sesión, pero también eran de su infancia. Otra infancia. El psiquiatra que les acompaña, les comenta en susurros que ya hace tiempo que no pueden tratar su vida actual, sino más bien alguna otra vida pasada. Pero que siempre es la misma, como si

ahora se hubiera estancado en esa historia que cuenta cada vez que le hipnotizan.

Todos miran atónitos lo que les cuenta el hombre. Habla de una época y otro lugar, pero tan claramente que les suena como a mentira; aunque saben que no lo es porque habla en inglés, idioma que nunca ha estudiado ni conocido en Suecia, pues no es un hombre culto.

Les cuenta su infancia y otros recuerdos de juventud hasta que llega a sus primeros trabajos en un aparente Londres de una época remota. Le preguntan quién reinaba para tener una fecha y contesta que Carlos II. Por la fecha

deducen que será el 1685, fecha en la que ya gobernaba ese monarca.

En un momento para y se echa a llorar. Está sufriendo mucho pero no consiguen saber en un primer momento a qué se debe. Calla, mientras sigue sollozando. Y confiesa que es muy joven para matar. Que le están obligando a matar, como profesión, porque necesita el dinero para su familia. Sigue llorando mucho pues dada su juventud, no es una profesión sencilla de realizar.

Lo calma el doctor con una voz tranquila que le dice que respire hondo, que no es necesario que continúe. Pero el hombre no responde y quiere contar por qué esa mañana se siente peor que otras veces. Tiene que llevar a decapitar a una joven hermosa que dicen que es una especie de bruja.

–Es una buena mujer –continúa mientras solloza–, la he estado cuidando en prisión unos días y sé de sobra que ella no es una bruja como las que deberían morir. Es simplemente una mujer extremadamente inteligente. Hemos estado hablando mucho, ¿saben? –gime con los ojos bien cerrados.

–Bien, cuéntenos más si te sientes bien –continúa el doctor.

–Sí, se llama Josephine, le llaman Jo porque ella así lo solicita. Me ha explicado con detalles por qué sabe tanto sobre hierbas y por qué es capaz de curar a gente sin conocimientos de Medicina moderna, de nuestro siglo.

–Continúe, por favor –sentencia serio el doctor.

Las manos de Santi se empiezan a agarrotar, le recorre un escalofrío por todo el cuerpo y tiene una sensación extraña.

–Pues bien, me ha dicho algo importante pero si lo cuento, seré decapitado con ella así que no lo puedo explicar.

–Escuche, aquí está a salvo. No tenemos potestad para hacerle ningún daño –continuó el psiquiatra con una firmeza creíble.

–De acuerdo, se lo explicaré. Como está a punto de morir, me está confesando como si yo fuera un párroco. Pero no lo soy y le digo que puedo llamar a uno si desea hacer su última confesión. Pero no quiere, dice que si la están acusando de brujería, por qué le tendrían que dejar ver a un cura. Una mujer inteligente, sí. Me está agobiando su historia porque de alguna manera aún me parece más poco creíble que sea bruja si me mostrase ella misma una cazuela con sapos y culebras dentro de una poción. Hubiera preferido que fuera una bruja, que al menos con eso sé qué atenerme. No obstante, lo que me está diciendo es que ha venido de lejos, de muy lejos y que no es de esta época. No la logro entender, pero me confiesa que sabe mucho más que

nosotros de Medicina porque ella es del futuro. De unos cuatrocientos años más adelante, como no sé contar, no puedo recordar qué fecha me ha dicho. Al parecer acabó en Londres de la noche a la mañana, dejando su mundo y su siglo tal como estaba. Al principio no la creí pero me ha contado cosas que van a suceder que me asustan, aunque parece que tiene sentido y lo dice con una convicción que hasta parece real. De verdad les digo que preferiría que fuera bruja, porque no entiendo muchas de las cosas que me explica. Tiene tantos conocimientos que no me extraña que la quieran muerta por brujería. No puede ser otra cosa, pero saben, ¡ella no es bruja!, ¡sólo quería leer unos libros! –gritó de nuevo llorando–. Es... es solo una joven, lista y amable –siguió llorando.

Santi –recuerda– hubiera querido cogerle por la solapa de la chaqueta que llevaba y zarandearle para hacerle más preguntas, pero el doctor los mantenía a todos a unos metros de distancia para controlar todo lo que pasara en la sesión.

Él sabía en el fondo de su alma que era su hermana. Tenía que ser ella.

–Hasta me ha hablado en otro idioma –comentó– parece español aunque nunca lo había oído antes. Y mañana a primera hora la he de llevar yo mismo hasta su final. Yo la he de matar porque eso es lo que hacen los jóvenes como yo que trabajan en esto, los trabajos más indeseables. Alguna otra bruja ya me ha echado maldiciones para mi futuro, pero yo sé que ella no lo hará, porque no es bruja y además, me aprecia. Es una buena mujer. Yo sé distinguir a las brujas y ella no es una bruja –dijo antes de callar por completo.

Al ver que se relajaba otra vez en una respiración pausada, el doctor sospechó que la sesión tenía que acabarse antes de poner en peligro la integridad mental de su paciente.

–Cuando cuente hasta tres, volverás a ser el tú de ahora, estarás contento y no sentirás dolor ni pena.

Cuando la sesión terminaba, Santi seguía aferrando a la manga de la chaqueta que tenía apoyada encima de sus piernas. Estaba todavía en shock y su cabeza le daba mil vueltas. Ya había empezado a creer que su hermana estaba viva hacía unos días ante tamaña historia de ciencia ficción y ahora parecía ser incluso cierta de verdad. Y qué suerte haber localizado alguien que le ha podido dar esos datos tan reales, pero así, ¿su hermana estaría en

peligro? ¿En serio iba a ser quemada viva? Era una gran pesadilla dentro de otra.

Esa noche después de su primera sesión con el paciente H, no pudo pegar ojo. Llamó a su esposa y no quiso aún contarle detalles por teléfono pero sí que le adelantó que se quedaría unos días más. Tenía que saber más.

Al rato le llamó el psiquiatra para decirle que habían tenido que ingresar al paciente H por un ataque de ansiedad y que no creía que debieran hacerle pasar por más sesiones por lo menos en un tiempo.

Casi se desmaya de angustia. Tiró de tranquilizantes que llevaba siempre a mano para contenerse en sus juicios y se calmó un poco. Pero sin dormir.

Por la mañana cogió el primer vuelo de vuelta a casa, avisando de camino a Marianne que le consolaba contándole que su hijo había sacado un 7 en Mates, con lo mal que se le daban. Santi esbozó una sonrisa apenada por lo poco que le importaba eso ahora. Y ahí se encontraba, rodeado de su familia y de los detectives de un supuesto caso del que él ya no creía ni media palabra.

Su hermana estaba viva, pero... ¿hasta cuándo? Ya era difícil de creer la primera parte de la historia de su desaparición, pero ahora... saber que estaba a punto de morir en dondequiera que se encontrase ella, era desolador.

–Santiago, ¿está usted con nosotros? –dijo el detective–. »Hace rato que no dice nada.

–Sí, disculpe y gracias por sus explicaciones. Tenía la cabeza en otro lado, es dramático que la puedan tener retenida en una mafia de trata de blancas –mintió.

El padre de Santiago acompañó al detective a la puerta y le apremió en tener más respuestas sobre el grupo de secuestradores o sobre cómo podrían recuperar a su hija.

Y cerró la puerta. Su hermano, el tío Jaume y padrino de Julia, había estado presente en la reunión y estaba tan apenado como el que más. Se fue a ver a la madre de Julia a la habitación para tratar de consolarla y decirle que, si estaba viva, todavía existía esperanza.

Santi estaba escuchando pues había mucho silencio en la casa. Y pensó para sus adentros, «si Julia está viva, va a morir en unas horas o días y muy lejos de aquí. Eso si es que consigue salir de esa situación».

Aún no podía contar nada. Porque, ¿qué era peor la realidad del detective o la realidad de un sueco que había conocido anteriormente a Julia y que iba a

ser responsable de su muerte? Un absurdo dentro de lo absurdo.

21 de julio 1685

Hace un par de meses que no escribo, me estoy tratando de adaptar rápidamente a unas costumbres espantosas; si las contase a mi gente no lo creerían. Hace unos escasos siete días, ha sido ejecutado el hermanastro del nuevo Rey, el duque de Monmouth. Parece que le intentó quitar el trono autoproclamándose Rey, pero fue derrotado hace un mes en la batalla de Sedgemoor. Marius luchó allí pero por suerte pudo regresar con vida. La simple frase de «ejecutado en la torre», me pone los pelos de punta. Ahora nuestro Rey Jacobo no se fía de nadie y hay un ambiente muy enrarecido en la Corte últimamente. Parece que con John si que mantiene una buena relación, creo que sabe que tiene su total fidelidad, a pesar de que este Rey es muy católico y mi John viene de muy lejos y su religión, aunque no la profesa, es otra.

Además, están enjuiciando a varias personas, otrora de confianza del Rey y parece que está siendo una sangría. Se corre la voz de que nuestro Jacobo, es cruel y bárbaro. Sé que está intentando formar un nuevo ejército mucho mayor y más potente porque no quiere volver a tener más sorpresas con su gente. Veremos cómo acaba esto, yo no recuerdo esta parte de la historia.

Esto no es como en las películas o las series, es mucho peor. La gente huele mal, rancio, porque no se lavan muy a menudo. Tienen la idea de que si se lavan mucho, se enfermarán. En los casos de la gente humilde como mi amiga Caroline, siempre había pensado que era por falta de agua corriente y la poca que conseguíamos era para cocinar. Pero siempre nos pasábamos un paño húmedo por el cuerpo. Quizás lo hacía yo y Caroline al verme se acostumbró. Ya no recuerdo mi vida con ella, hacía muy poco y me parecía ya tanto...

En fin, yo hago lo que puedo. Le pido cada mañana a Anne que me traiga

más agua fresca de lo normal y unos paños. Y la hago marcharse, no me gusta que me mire fijamente mientras me aseo. Una vez al mes, me traen una especie de bañera y ella la llena de agua tibia para que me de un buen baño. Se empieza a extrañar de que yo no huela igual que los demás y ya me ha hecho ver que me voy a poner enferma de tanto frotarme a diario. Hago caso omiso pues nuestra relación es cada vez más distante. Ya no quiero que coma conmigo, pero he dado orden a mi buena Sarah que revise la comida que pone en mis platos y que, si puede, envíe a alguien a seguir a Anne por los pasillos hasta que yo abro la puerta. La pobre cocinera ni siquiera se atrevió a preguntarme por qué tantas precauciones, pero en el fondo creo que sospecha también de Anne. Está haciendo correr la voz sobre mí y no de cosas buenas, que digamos.

No me importa lo que diga de mí, porque no tengo nada que esconder... nada más que de dónde vengo y quién soy, claro...

Sigo con mis quehaceres –como les llaman aquí– mañaneros. Tengo una rutina de estudio de unas horas, justo después del aseo y del desayuno; y antes del almuerzo, acompaño a mi doctor a hacer una pequeña ronda por la Corte. ¡Hay que ver la cantidad de gente que vive aquí! ¡Si no hay unas trescientas personas, no hay ninguna!

A veces es el personal de servicio el que se encuentra mal. Se quedan en sus habitaciones y no dan aviso de su estado. Por eso le dije al doctor que deberíamos pasar por las cocinas a preguntar si había alguien del servicio que se hubiera ausentado aquella mañana o bien si sabían de alguien que hubiera avisado de su malestar. Así, siempre había alguien que tenía algún dolor.

Es curioso cómo se tratan las enfermedades. A pesar de que mi doctor ha estudiado en su país de origen y están bastante más avanzados de lo que parece que están aquí, todavía se sorprende por alguno de mis comentarios, como lo de taparme la boca con una gasa cuando sospecho que alguien tiene la gripe, o una gastroenteritis. En fin, a pesar de todo, me va haciendo caso pero me mira con extrañeza. Muchas veces me pregunta: ¿de dónde has salido tú?

No querrías saberlo. No querrías, pensaba yo en voz muy baja.

Aquella mañana haciendo la ronda, vimos un par de gripes que tenían que guardar cama so pena de contagiar a todo el servicio y sobre todo para evitar que se contagiasen los señores, porque entonces sí que tendríamos que correr. Una torcedura de tobillo que yo, como enfermera, sabía inmovilizar muy

bien, y con una técnica que aún no conocía mi doctorcito, y algunas alergias menores que ya estaban remitiendo pues la primavera había ya dado paso al verano. Ahora tocaban las heridas por los roces de los trajes que se hacían por el calor y en esas pieles tan blancas de los ingleses. El exceso de calor y la falta de baño era una combinación nefasta para mí. Siempre he sido muy maniática con los olores, así que esto me está matando; pero tengo que disimular mis muecas.

En cuanto a John, cada día lo encontraba más guapo. El pelo y los ojos cada vez más negros y cada día que pasaba, más me gustaba estar con él. Me gustaban sus miradas a veces extrañadas por mis comentarios y otras veces de cariño. Pero las miradas que más me gustaban eran las furtivas. Aquellas que te dicen mucho más si vienen de personas tímidas que si vienen de los que tienen como un arte a la conquista de mujeres.

Cada día que pasaba éramos más un equipo que trabajaba «mano a mano». Cuando no estaba Anne espiando, mientras estudiábamos algo sobre algún enfermo u ordenábamos los utensilios, era una delicia estar con él. Era como si nos conociéramos de toda la vida y en esos instantes, yo de pronto no recordaba nada de mi vida. La vida que había sido mía, ahora más lejana, se me antojaba como un sueño. Mi hermano, mis sobrinos y mis padres habían estado golpeando mis pensamientos cada noche antes de dormir. Por no hablar de mis amigos... ¿qué debían de estar pensando? ¿Creerían que me había fugado? Y cuando la cabeza hacía de las suyas, ni siquiera entendía por qué había vuelto atrás en el tiempo, tan atrás que dolía pensar en ello. ¿Dónde estaba todo lo que yo conocía? ¿Cómo había pasado esto?.. Levanté la vista nublada como cuando perdía la noción y me quedaba bloqueada pensando, y allí estaba él. Un nuevo ser que había conseguido colapsar una vida que en realidad ni siquiera era mía.

–Buff –resoplé para disimular.

–¿Qué ocurre? –disimuló, bajando la mirada que había estado clavando en mí durante mi ausente minuto.

–¡Esto es agotador! –exclamé para llamar un poco su atención de nuevo–. Cada día hay más enfermos y, con la falta de limpieza, las bacterias están cómodas proliferando –dije muy en serio.

–Bueno, en mi país, nosotros nos aseamos a diario. Tampoco entiendo por qué aquí dejan eso para una vez al mes...–contestó dejando sus quehaceres por un momento.

–Bueno, el Rey te escucha bastante, ¿cierto? –continué–. ¿No sería bueno

que quizás le comentases que la falta de aseo provoca que las enfermedades se extiendan más? –contesté.

Ni siquiera sabía si era cierto, aunque la suciedad no es buena en ningún caso. Pero tenía que aprovechar para intentar que cambiaran algunas costumbres o yo no podría aguantar mucho en la Corte. Y menos en la ciudad, si se daba el caso que tuviera que volver por algún motivo.

En ese momento se quedó muy callado y pensativo hasta que reaccionó y he de decir que bastante bien.

–Uhhh, pues no se me había ocurrido. La verdad es que yo me he acostumbrado a sus olores fuertes, pero no es mala idea. Respecto a lo de que confía en mí, no te confundas. Le he salvado de algunas enfermedades importantes y por eso me tiene a su lado pero, tanto dentro de la Corte como fuera, yo no puedo alardear de mi lugar de nacimiento, de mi patria. Ni de mi religión, que aquí no puedo practicar.

Si algo se me había olvidado, detrás de esa melena y ojos negros, era de dónde venía y su Fe. Tan diferente a la de este reino en el que ambos nos habíamos encontrado. Yo le miraba furtivamente mientras encajaba unos botes en un maletín, pero la cabeza me iba a doscientos por hora. A veces me pasa, me siento tan atrapada que no sé si salir gritando y corriendo hacia no sé dónde. Otras veces llamo a gritos a mis padres mientras duermo, otras tantas a mi hermano. Mi subconsciente no está aceptando nada de lo que me ha pasado. Mi parte consciente es más obediente o más bien superviviente. Es cierto eso que dicen que cuando uno está en una situación de emergencia, el cuerpo sabe muy bien qué hacer, aunque no se tengan fuerzas ni ganas aparentes.

–¡Josephine! –gritó–. ¿No me oyes?, ¡parecías ida! –espetó con fuerza.

–¿Qué?, perdona, no te estaba escuchando... –salí de mis pensamientos como cuando te despiertan en medio de un sueño.

–¿Cómo no me estabas escuchando, si me estabas mirando? –siguió insistiendo.

–Es que... es que... balbuceé –no estaba aquí.

–Ya, últimamente, mejor dicho desde que te conozco, tienes esos momentos de huida hacia no sé dónde. Te pierdo por momentos Jo, y eso me pone muy nervioso. Quizás tengas algún problema de memoria... tendré que hacerte algunas pruebas.

Bien, pensé, al menos tendremos un rato para hacer otra cosa además de estudiar y ver pacientes mal olientes. Te dedicarás a mí solamente aunque sea

una mañana entera. Zas. Mariposas en el estómago. Ahora ya sabía qué significaba eso que mis amigas y Santi me decían: «cuando conocí a mi esposa, sentí mariposas en el estómago». Qué estúpida frase me había parecido aquella y otras muchas veces en las que la había oído. No lograba imaginarme el estómago lleno de bichos, en modo capullo en conversión a mariposa. Me daba cierta risa intentar visualizar la escena cuando la decían mis amigas. Sin embargo, ahora sabía a qué se referían. Porque ahora era yo, la Julia que parecía que nunca se enamoraría: ¡Tenía mariposas en el estómago!

Interrumpió mis infantiles pensamientos un golpe fuerte. Al mirar, un gran libro se había caído al suelo y John lo recogía con cuidado. Me di cuenta de que llevaba mucho tiempo trabajando en algo con dicho libro.

–¿Qué es ese libro al que dedicas tanto tiempo? –me atreví a decir.

–Nada, no entenderías –me espetó con dureza y sin mirarme.

–¿Y por qué crees que no voy a entender algo? ¿Acaso me consideras tonta? –contesté haciéndome la ofendida. La realidad es que no podía ofenderme nada que dijera ese hombre.

–Pues porque a menos que hayas estudiado diez años de Medicina, no creo que puedas valorar nada de lo que dice este libro. Es un libro de enfermedades de diversas categorías. Enfermedades que se han sucedido en la Corte durante siglos, que algún monje ha ido recopilando –acabó.

Mientras él había estado contándome lo que había en el libro, yo ya estaba al acecho. Me había acercado sigilosamente y ya me encontraba a su lado, mirando por encima de las páginas que él cuidadosamente había vuelto a abrir.

–Eh, ¡no seas curiosa, saca tu vista de ahí! –me dijo con un tono algo más alegre y animado.

Al parecer le había hecho gracia mi acercamiento sigiloso. Él no lo sabía pero yo solía tener una habilidad para hacer algunas gracias que al menos en mi siglo, siempre me habían servido para amenizar algunos momentos. Al parecer, este don no se había ido con mi pasado...

Seguí poniendo cara de pilla e inocente y de esa forma no tuve problema para acercar mi mano a las páginas, intentando leer algo de lo que ahí ponía.

–Bien, bien, ya veo que eres una curiosa. Y cómo te voy a decir que no a ti –me dijo. No sabía a qué se refería con esta última frase, pero me alegró la tarde.

–¿Existe alguna posibilidad, por remota que sea, de que me dejes leerlo?

¿Puedo hacer algo para convencerte? –acompañé mi pregunta con una mirada fija en la suya, intentando leer más allá de su mirada o quizás intentando por primera vez en mi vida, coquetear.

Sin dejar de mirarme, pasaron unos segundos silenciosos que se me hicieron eternos. En otro momento quizás hubiera apartado la mirada, como siempre solía hacer antes de caer en este siglo. Sin embargo, notaba que mi personalidad estaba cambiando. Ya no me importaba tanto el qué dirán, el miedo al rechazo o que me llamasen fresca. Era como si no tuviera nada que perder o como si la vida me hubiera dado una oportunidad diferente, que no mejor. Solo una oportunidad nueva de tener otra vida. Quería verlo así desde ese momento, porque si pensaba en mi vida anterior y en mi familia, podría llegar a hundirme de tal manera que no me compensaba.

–Al final, siempre consigues lo que quieres ¿verdad, chiquilla? –me dijo con una sonrisa preciosa, suave y hasta cariñosa.

–Bueno, estoy en ello –contesté sin reparos y sin dejar de mirarle fijamente. Me estaba convirtiendo en una maestra del conquiste.

–Está bien, Jo. Tú ganas. Yo lo trabajaré durante el día para mis estudios y crear un segundo volumen, y tú lo tendrás por las noches, que sé que te duermes tarde –acabó, mientras me apartaba la mano suavemente de las hojas de su libro. En ese acto, quise ver más una caricia, porque se me pusieron todos los pelos del cuerpo completamente erizados.

Me estaba enamorando, eso ya era un hecho. No lo había estado jamás, porque no reconozco ese estado de inquietud cada vez que se me acercaba o que teníamos un rato que pasar juntos. Porque empezaba a sentir ciertos celos por Anne cuando le preparaba con cariño sus ropajes o cuando pasaba tiempo con él en la consulta. Suponía yo que ella tardaba más de lo normal en limpiar sus aparatos médicos, doblaba sus ropas con lentitud, de forma que pudiera pasar más tiempo cerca suyo. Lo que antes me pasaba desapercibido, ahora lo veía clarísimo. Qué curioso es esto del amor, cómo te hace desarrollar aptitudes que no conoces de ti mismo, susceptibilidades que antes no te importaban, pequeños detalles que pasan a ser prioritarios...

Aquella noche, cuando yo ya estaba arreglada para irme a descansar y seguir con mi escrito, llamó a la puerta Anne.

–Señorita, le traigo un libro de parte del doctor. Si me permite pasar, se lo quisiera entregar –dijo una voz suave por detrás de mi gran puerta de madera.

–Sí Anne, claro. Puedes pasar –acerté a decir.– Sinceramente tenía la esperanza de que viniera a traérmelo él mismo, pero era demasiado

caballeroso como para entrar a esas horas en mi cuarto.

–Buenas noches, señora, ¿dónde se lo dejo? –dijo con el libro en sus manos.

–Pues ahí mismo, Anne –contesté señalando la mesa en donde estaba mi cena.– De paso, ¿puedes llevarte la bandeja de mi cena?

–Sí, pero casi no la ha tocado, ¿no tiene hambre? –dijo.

–No mucha –otro de los puntos bajos de estar en estado de enamoramiento. El estómago se convierte en un miembro inútil.

Mientras ella intercambiaba el libro por la bandeja de comida sin tocar, yo me hacía la distraída mientras escondía este mi escrito. No me interesaba que nadie viera que estaba haciendo un diario desde que «llegué», porque iría directa al manicomio, que según mis informaciones recientes, existían ese tipo de centros y no eran precisamente como los del siglo XXI.

Cuando se fue, cogí velozmente el libro como si fuera un tesoro y empecé a ojearlo. Quería saber de qué se estaba muriendo la gente tan joven, cuáles eran las enfermedades más habituales y para cuáles de ellas yo podría tener alguna ventaja y solucionarla. Ya pensaría después cómo justificar la aplicación de mis tratamientos. Aunque solo soy una simple enfermera, en momentos como este y en este siglo, podía considerarme más médico que ningún otro de los que hay por aquí.

Encendí unas velas nuevas como vaticinando una buena lectura y me arrojé junto a mi chimenea. Es curioso cómo aquel frío de la ciudad no se notaba tanto en la Corte. Las chimeneas de todas las estancias estaban siempre encendidas a toda marcha; en los pasillos, las velas seguían siendo las protagonistas, porque además de iluminar, mantenían los corredores bastante calientes. Me acordé de mi vieja amiga, la primera que había conocido en Londres, Caroline y el pequeño Sam y los imaginé frente a su propio fuego pero mucho más pequeño que apenas calentaba la salita. Ojalá su nuevo novio, mi primo, se hubiera ya acercado lo suficiente para pedirle en matrimonio. No había nada que yo deseara más que saberlos felices y protegidos.

Página 1. La cabeza:

«Se refieren constantes dolores de cabeza que inhabilitan al paciente para con sus funciones diarias. Son dolores continuos de duración determinada en tres jornadas con sus días y sus noches y los pacientes refieren en algunos

casos a mareos y visión borrosa con puntos blancos alrededor de la visión». Tratamiento: los pacientes deben permanecer en sus aposentos sin realizar tareas de envergadura. Se les debe dar una bebida de agua caliente con cúrcuma, limón y hierbas de eneldo. Y dejar que pasen los tres días hasta que el paciente vuelve a la normalidad».

Después de esta primera aproximación a lo que rápidamente distinguí como migraña, ojeé rápidamente y por encima el resto de las hojas. Los primeros capítulos hablaban de dolores comunes como el de cabeza, barriga, vómitos y diarreas y sobre todo la fiebre. Mencionaban los abscesos y ciertos tipos de infecciones. Y algunos remedios algo absurdos para lidiar contra ellas. Dolores de muelas, con terribles opciones de arranques de cuajo, y dolores menstruales.

En la segunda parte del libro hablaba de las muertes por causas «naturales». Caídas de repente al suelo previos dolores de brazos (izquierdo), punzadas de dolor de cabeza con fallecimiento inminente, ahogos por comida atrancada en esófagos, tuberculosis, gripes y fiebres de origen también desconocido. Parece que a todo lo que no sabían reconocer lo consideraban muerte por causa natural.

Me pareció curioso que al fin y al cabo, las muertes venían siendo las mismas, las enfermedades cardiovasculares, los ictus, las infecciones... todo tras cuatrocientos años, seguía siendo lo mismo con la diferencia de que ahora sí le ponemos nombre, y sabemos de dónde viene. Pero... ¿sabemos pararlo? Vamos igual de perdidos que en el siglo XXI- pensé con tristeza.

Seguí leyendo y se me estremeció todo el cuerpo cuando vi un único apartado, de cientos de páginas dedicado a La peste. No pude resistir la tentación y empecé a leer. Ahora ya se sabía de dónde procedía y por qué en el incendio de Londres de hace unos años, la peste desapareció. Estaba especificado que el fuego mantenía a raya la enfermedad. Así decían haber acabado con los brotes. En realidad, el fuego que pareció un drama para la ciudad, la salvó- pensé, sin poder apartar la vista de esas páginas. Se habían deleitado con algunas ilustraciones esperpénticas, pero de un realismo que dejaba sin aliento. Yo por lo menos así estaba. No recordaba haber visto detalles tan reales con anterioridad.

Me pareció que les faltaba bastante información sobre la peste. ¿Sabrían que eran las ratas las causantes, que vino de los barcos que llegaban del extranjero y que con no respirar el mismo aire del enfermo se podía evitar el contagio?

Antes de que mi cabeza estallara con tanta información que no sabía cómo iba a procesar, decidí cerrar el libro y dormir; ya era muy tarde y no me apetecía cambiar una nueva vela. Me acosté sin más, dejando que los restos del crepitar del fuego me sumieran en un profundo sueño. No sin antes pasarme un buen rato intentando olvidar algunas escenas de los dibujos...

–Buenos días, señora –oí la ya conocida voz de Anne.

–Buenos días, Anne. ¿Llueve otra vez? –pregunté sin abrir los ojos.

–Sí señora, hoy hay una buena tormenta. El doctor la espera en una hora en su despacho –dijo cambiando ligeramente el tono.

Me incorporé de golpe para ver si estaba la bandeja del desayuno. Ya no me acordaba de cuando apenas tenía para desayunar, pero sí tenía la buena compañía de Caroline. Me desperecé sin mover un músculo de la cara porque Anne me miraba curiosa. Supongo que para ver si la palabra doctor, tenía algún efecto en mí. Seguía siendo precavida con las bandejas que me traía cada día, exceptuando las que llevaba a la consulta cuando comía con John. Supongo que no se atrevería a envenenarme con un médico delante o que quizás él tuviera el tiempo suficiente como para darme un remedio o hacerme vomitar a tiempo. O lo que es peor, ¡comer de mi plato en lugar del suyo! En cualquier caso, es difícil mantener el miedo constantemente y yo misma me daba cuenta de que estaba bajando la guardia. Decidí esa misma mañana, bajar a cocina.

Me arreglé rápido pero lo mejor que pude, me di unos toques de polvo blanco que habían traído de Francia (Anne se había apresurado a traérmelos para, en realidad, poder probarlo ella cuando yo me ausentaba de mi cuarto) y un poco de color en las mejillas. Echaba de menos mi lápiz de ojos negro, para destacar un poco mis pestañas. No lograba encontrar nada para buscar ese efecto.

Cuando llegué a la cocina vi a mi buena Sarah que aún me respetaba más si cabe desde mi intervención con la comida del Rey enfermo y la saludé con cariño.

–¡Buenos días, Sarah!. ¿Cómo te encuentras esta mañana? –saludé alegre.

–Ay, señorita, ¿qué quiere usted ahora? Ja, ja, ja –rio–. Siempre que baja por aquí, ¡tiene un motivo!

–Cómo me conoces Sarah, cómo me conoces... ya te lo he dejado caer en alguna ocasión, pero vengo para cerciorarme. ¿Quién prepara mi comida?

–Niña, estate tranquila –dijo moviendo con salero su pandero– de tu comida y la del doctor, me encargo yo personalmente de prepararla y colocarla en la bandejas que os sube Anne.

–Ya, y perdona que pregunte, ¿Anne las sube directamente? ¿Pasa por algún sitio antes de llevarlas? ¿Alguien controla el trayecto? –sentenció directamente.

Sarah se volvió a mí en seco y con un semblante muy serio.

–Señorita –ya no era una niña, por lo visto– está usted haciendo una suposición muy seria y no me gusta nada. Todos confiamos en el servicio a ciegos porque de lo contrario no viviríamos tranquilos. Anne es un poco siesa y atolondrada y puede que esté demasiado enamorada, pero no es una asesina –acabó de sentenciar.

–Sarah por favor, no me malinterprete...

–¿En qué parte he malinterpretado? –dijo todavía seria–. Pareces muy convencida de que Anne trama algo contra ti...

–Bueno Sarah, soy nueva aquí. Soy la última en llegar y John... el doctor, desde que llegué... bueno ya no hace mucho caso a Anne y en cambio... a mí...– titubeé.

–Y en cambio, se está enamorando de ti como un tonto. Mi niña –menos mal que ya volvía a ser su niña– no creas que no nos hemos dado cuenta todo el servicio. No somos ciegos –dijo mientras seguía cortando verduras–, pero no creo que eso convierta a Anne en una asesina. Es adulta y debería asimilarlo adecuadamente.

–¿Enamorado? ¿Por qué dices eso? ¿Eso es lo que se está diciendo por ahí? ¡Dios mío soy mujer muerta! –se me escapó.

–No insistas, preciosa, ¡aquí no va a morir nadie! No seas boba. De todas formas si tienes tanto miedo, ¿por qué no vas a ver a «la vieja»? Se de buena tinta que ya os habéis encontrado antes. Ella te dirá si peligras o no –y se dio media vuelta para meterse en la despensa.

Me quedé petrificada y no sé si por la noticia de lo que se decía por ahí sobre John, por el miedo a que una despechada de amor quisiera venganza o porque... ¡me había olvidado de la anciana!

No tenía ya tiempo para más. Estaba todavía sin desayunar y John me esperaba para trabajar. Aún tenía que recoger el libro de mi cuarto para devolvérselo y seguía con el estómago vacío. Antes de salir de la cocina, vi un plato con un pastel que olía a dulce y canela. Agarré rápidamente un trozo antes de que Sarah volviera a la escena y salí lo más aprisa que pude, con

cuidado de no caer con esas faldas tan gruesas y largas que imponían la moda.

Corrí pasillo arriba hacia mi cuarto, aun llena de migajas y me dio el tiempo justo de llegar una hora más tarde de mi despertar, desayunada y medianamente adecentada.

–Buenos días, doctor –dije sin apenas aliento y buscando un vaso de agua para pasar el bollo.

–Jo, ya te he dicho muchas veces que me puedes llamar John. Somos colegas y no necesitas darme ese trato. Además, a veces pienso que sabes más que yo, de Medicina –contestó sin levantar la vista de sus quehaceres con algunos líquidos.

–Le traigo el libro, apasionante por cierto –dejé el libro encima de la mesa en donde solíamos debatir las enfermedades que no conocíamos.

–¿Qué te pareció? –me dijo mirándome con preocupación.

–La verdad es que es muy interesante. Voy a llevármelo esta noche de nuevo, si no es molestia –sonreí–. En realidad hay algunas cosas que quería debatir contigo esta mañana. Tengo algunas dudas.

Algunas dudas era poco decir. En realidad lo que quería era decirle la verdad sobre la peste, para evitar que hubiera otro brote. Quería decirle que los dolores de cabeza continuados se llamaban migrañas, que mejoraban con la alimentación adecuada, que los virus provocaban gastroenteritis víricas y las infecciones había que tratarlas con antibióticos o pasaban a la sangre, quería... quería contarle todo. Pero mi voz interior me recordó dónde estaba y qué tenía que hacer para sobrevivir.

Tenía que trazar un plan, algo para poder conseguir medicamentos a través de hierbas de las que salía la esencia de las medicinas del siglo XXI. Necesitaba alguna forma de ayudar, porque mi alma de enfermera no me dejaba otra opción. Hubiera querido contarle todo, la verdad y la mentira que se escondía en su vademécum particular. Pero, ¿cómo hacerlo sin parecer una extraterrestre venida de otro siglo?

Por otra parte, ahí encerrada no iba a conseguir nada. Tenía que ir a buscar hierbas a la ciudad, sabía que habían señoras de mejor o peor fama, que se dedicaban a vender ungüentos y hierbas varias, tendría que empezar por ahí.

–Josephine, querida –dijo John con tono de médico– te voy a hacer algunas pruebas para ver cómo va tu memoria. Por lo que sé de ti, la perdiste durante un tiempo y ni siquiera sabías tu nombre real. ¿Crees que podemos trabajar esta mañana con eso? –acabó mientras miraba uno de los libros que

tenía encima de su mesa. Supongo que quería quitarle importancia al hecho de que yo fuera a ser la enferma esa mañana.

–¿No hay pacientes hoy? ¿Nadie se encuentra mal? –dije con poco ánimo de mentirle sobre mí.

–Parece que no, hoy hay una fiesta por la noche y todos están demasiado enfrascados con los preparativos. Así que, tenemos el día bastante libre para nuestras cosas.

–Bueno, siendo así, supongo que no puedo escapar por la ventana –intenté sacar algo de humor, pero no funcionó porque miró por la ventana como si fuera yo capaz de algo así.

Me hizo sentar en un sofá, que se usaba para descansar o leer, y él se sentó delante en un pequeño taburete.

–Empecemos por el principio, Jo. ¿Qué es lo primero que recordaste cuando volviste en ti? –abrió una libreta.

«Nada», quería contestar. No podía recordar algo que no había estado en mi pasado. No sé quién he sido yo en ese lugar y por qué tengo una familia que no conozco y no es la mía. Pero no podía contestar la verdad, todavía no.

–Bueno, mi hermana... –balbuceé– creo que fue ella la primera que me encontró de mi familia. Ella me recordó mi nombre. Luego me llevó con el panadero y su espo... perdón, con mis padres. Parece que llevaban unos días buscándome.

–¿Les has llamado «los panaderos, Jo»? –dijo inquieto–. No recuerdas todavía quiénes son, ¿verdad? –mueca y anotación.

–Sí, sí, bueno, ahora ya sí; lo que pasa es que los noto como ajenos a mí, como si hubiera estado fuera un siglo en lugar de unos días –suavicé–. Pero sí claro, es mi familia...

–Bien, recuerdas haberte dado un golpe en la cabeza, ¿te caíste? –siguió indagando.

–No, que yo recuerde. Mi memoria a corto plazo me falla y eso incluye saber qué me pudo pasar. Es posible –continué intentando cuadrar una mentira asequible a la realidad– que me fuese a dar un paseo cerca del río y cayese dentro. Eso explicaría por qué tenía unas ropas extrañas cuando desperté en un banco. Quizás alguien me vio, sintió lástima y sabiéndome inconsciente, me vistió con ropa seca –dije con toda la convicción que me fue posible.

–Jo, he hablado con tu buena amiga Caroline, y me dice que esas ropas no las había visto nunca. Un tipo de tela que no es de este país. Dicho lo cual,

¿puede ser que te subieras en algún transporte para ir a algún otro lugar?, ¿París, por ejemplo? Dicen que ahí las modas son muy novedosas, ¿crees que es posible?

–No lo sé, tampoco estuve tanto tiempo desaparecida como para llegar en carro a París. Pero quizás quién me encontró sí venía de otro lugar...

–¿Alguna marca en la cabeza de alguna caída?, ¿algún moratón en tu cuerpo?

–No, que yo recuerde...–contesté ya cansada de tanta pregunta–. ¿Hemos terminado?, tengo que comentarte algunas cosas del libro...

–Sí, Jo, lo dejamos por hoy. Pasaremos a comentar las dudas que puedas tener sobre lo que leíste ayer.

Durante las horas siguientes, tuvimos una agradable conversación sobre mis dudas. Le pregunté todo lo que se me ocurrió e iba tomando todas las notas que mi mano podía apuntar. Como estaba también escribiendo estas memorias, escribir se había convertido de nuevo en algo fácil. Con el uso del ordenador, parece que solo sabía mover el dedo para el móvil y teclear en mi Mac...

En cuanto a mis dudas sobre la peste, me insistió en que ya no volvería, pero noté que tenía poca información. Así que yo dejé caer mis ideas...

–Creo que la peste pudo llegar de otros países allende los mares –empecé.

–No lo creo Jo, la peste se inició en toda la región de Londres, Francia, España... ¿por qué lo dices?

–Bueno, no sería la primera vez que cuando distintas civilizaciones se encuentran, como pasó en América, se trasladan las enfermedades en los barcos. ¿Acaso la viruela no ha terminado con casi toda la población indígena?

No sabía si estaba al tanto de la viruela, ni siquiera si esa epidemia había pasado ya. Menos mal que no tenía internet a mano para comprobarlo él mismo.

–Jo, no sé cómo estás al tanto de eso –me dijo serio–. Las mujeres de esta ciudad no saben nada de estas cosas. Me siguen sorprendiendo tus conocimientos. ¿Recuerdas antes del golpe tener esos conocimientos? Después de lo que hiciste con el Rey, estoy empezando a valorar una teoría. Es demasiado avanzada y probablemente nadie me creería. Pero afortunadamente he estudiado en lugares mucho más avanzados que este, y no descarto esa posibilidad.

Yo estaba ahora muy quieta, impávida. No sabía si me iba a venir con un

«sé que vienes del futuro» o algo así... me quedé esperando su teoría.

–Ilumíname –dije seca y cortante.

–Bueno, el cerebro humano es muy complejo. Donde yo estudié, se habían hecho varias disecciones y se cree que hay algunas zonas del cerebro implicadas en algunos y otros comportamientos. Y quizás si se golpean fuerte, pueden empezar a producir cambios. Se comenta que hay gente que ha recibido descargas de rayos en plena tormenta y que no solo no murieron, sino que posteriormente tenían habilidades nuevas.

–Ah, ¿sí?, parece una teoría con sentido.

–¿Así lo crees? –me miró fijamente–. Eres una persona muy peculiar, Josephine. Por eso te encuentro... tan... tan... interesante.

–¿Interesante? ¿Solo te parezco interesante? –no sé ni cómo me atreví a contestar eso. No era mi estilo en absoluto. Pero ya estaba dicho.

Anne, como si hubiera oído o notado que algo pasaba que estaba fuera de su alcance, entró en la sala con una bandeja grande con el almuerzo. Así, John se había salvado por la campana y fue a ayudar a Anne con la bandeja que tenía pinta de pesar mucho.

–Gracias Anne, te avisaremos cuando hayamos terminado. ¡Hum! ¡Qué bien huele! Felicita a la cocinera de mi parte, por favor.

Aunque parecía que todavía había una cierta distancia entre nosotros, ese sutil «interesante» cambió bastante la situación. Es como si por primera vez, el tímido y respetuoso médico al que muchas mujeres admiraban en la Corte, hubiera despertado de un letargo. Me habían informado de que nunca se le había conocido relación alguna y no sabían si eso llegaría a suceder pues la Medicina ocupaba todo su tiempo.

Pero desde mi llegada ya no había estado solo. Ahora y visto desde la perspectiva conjunta, éramos un pack. Me había llevado con él porque creía que podría dedicarme a ayudarlo, me había separado de mi familia y amiga y me había dado un cobijo espectacular en el mejor lugar que yo podría estar, dadas mis circunstancias. Trabajábamos juntos, comíamos y cenábamos muchas veces juntos también y ahora me dedicaba alguna cortesía que otra.

La emoción que yo sentía por él era un contraste importante frente a la angustia vital que me perseguía día y noche por no entender aún, qué había pasado con mi vida, la que yo recordaba. Me debatía entre querer volver con mis verdaderos padres y volver a tener mi móvil a mano y soñar quedarme entre los brazos de John.

–No estás comiendo nada, Josephine –dijo paternalmente–. No se debe

desperdiciar la comida y menos de este guiso, que tiene un gusto realmente exquisito.

Él no podía saber cuáles eran todos mis pensamientos, solo podía ver cómo desperdigaba la comida en los laterales del plato para ver si así quizás desaparecía sola. Como hacía de pequeña, cuando mis padres nos llevaban a Santi y a mí a comer fuera, y las cantidades eran mayores que las que me ponía mi madre en casa.

–Sí, es que no tengo mucha hambre –dije mirándole fijamente a ver si caía en que tenía el estómago cerrado por su culpa.

–Bueno, intenta comer algo más. Te necesito fuerte, tenemos mucho que hacer. Llega el tiempo del calor y van a caer como moscas. Tenemos que estar preparados. San Bartolomé necesitará refuerzos.

–¿San Bartolomé? –dije con curiosidad mientras seguía moviendo mi tenedor-. ¿A qué te refieres con San Bartolomé?

–San Bartolomé es un hospital, el centro donde los enfermos de la ciudad pueden ir a buscar ayuda. Y no hay muchos médicos buenos y con los conocimientos que tenemos nosotros en la Corte. Dentro de muy poco, va a estar a rebosar de pacientes y tendremos que ir a ayudar. Tengo unos buenos colegas que trabajan ahí y nunca les dejo en la estacada.

–¿Y dices que yo te podré acompañar? –subí la mirada del plato a sus ojos.

–Claro, bueno, si a ti te parece bien y te apetece, me gustaría que lo conocieras. Puedes ser de mucha ayuda allí.

Algo me decía que volvería a ser enfermera después de todo. Estaba tan contenta que, por primera vez desde que llegué a la Corte, empecé a sentirme a gusto. ¡Recuperar mi profesión!

Al mismo término de nuestro almuerzo, que dio por acabado Anne cuando decidió que ya habíamos pasado demasiado tiempo juntos, decidí ir a ver a la anciana sabia. Le puse ese nombre porque llamarla anciana ciega me parecía despectivo. Y en cambio, la sabiduría que por su edad seguro que tenía, le daba un porte más augusto.

Subí poco a poco las oscuras escaleras hasta llegar a la pequeña puerta con la que ya me había tropezado anteriormente y llamé a la puerta con el nudillo del índice por no hacer más ruido del normal. No quería asustarla.

–Hola niña –dijo una suave voz que ya reconocía.

–Hola anciana sabia –dije sabiendo que provocaría alguna reacción.

–Ja ja ja.... ¿cómo me has llamado, niña mía? –rio.

–Anciana sabia, me parece que ese nombre le pega mucho. ¿No cree usted? –sonreí de vuelta mientras me acercaba un asiento a su butaca.

–Ay niña... me has alegrado la semana. Nadie viene a verme mucho, solo a traerme algo de comida una vez al día. ¿Sabes? no suelo tener mucho apetito. La ceguera se llevó mi ilusión de vivir. Aunque me dio otras cosas...

–Lamento mucho que no pueda ver la luz del sol –dije entristecida–. Me gustaría poder venir a verla más a menudo.

–Pero no lo harás... pequeña mía. No lo harás porque te vas a marchar durante un tiempo. Ambas sabemos que este no es tu sitio –calló.

–¿Por qué siempre me dice que este no es mi sitio? ¿Qué le hace pensar así? Ahora vivo aquí y tengo un trabajo y una vida...

–Sí, pero no es tu vida, tú no deberías estar aquí. Eres uno de esos errores del Señor –dijo mirando hacia una mesa en donde tenía unas piedras desperdigadas y una bolsa de terciopelo al lado.

Me empecé a hacer una idea de quién era. Parecía una especie de adivina que, bien sabía de las cartas del tarot que ya había visto antes en una de las alacenas de su pequeña habitación o bien de las runas adivinatorias, las piedras que estaban sobre la mesa. Quizás también era una bruja de las de verdad, de esas que tenía capacidades para saber cosas. Quise averiguar mucho más, porque si yo no entendía qué había pasado conmigo, ella podría darme más información, como hizo la primera vez que la vi. Ella no lo recuerda porque cayó en trance después de aquel primer encuentro nuestro.

Me puse cómoda y cerca de la mesa que había entre las dos.

–Bien, digamos que tiene usted razón y que no pertenezco aquí. ¿Puede decirme qué ha pasado, por qué estoy aquí y qué debo hacer? –le espeté directamente.

Cogió las piedras de nuevo y con ellas en la mano, me dijo:

–Pequeña, desde el día que llegaste a la Corte, te estoy echando las runas una y otra vez. La primera vez que las tiré, estudiando su posición, me indicaron que no eres quién dices ser. Tampoco eres una mala persona, al contrario, te gusta ayudar a los demás. Vienes de un lugar en el que ayudabas a los demás. Me dicen que estás lejos de tu familia, muy lejos. Que este no es tu sitio, pero no solo hablo de Londres, pequeña. Me dicen que no eres de aquí. Pero no puedo descifrar nada más. Es por eso que cada día a la misma hora, las vuelvo a tirar. Pero no me dicen nada más...

Mi cara debía ser de perplejidad absoluta. No sabía si esas cosas eran reales porque no me gustaba jugar a las adivinanzas con las cartas ni cosas

por el estilo. Y ahora, una anciana que apenas conocía, de otro siglo, me estaba diciendo en grandes rasgos la pura verdad. Esa verdad que yo cada día intentaba olvidar para poder adaptarme a mi nueva realidad.

–Amable y dulce señora... si pudiera contarle la verdad –se me escapó–, de verdad que lo haría. Pero sospecho que me encerrarían si alguien me oye decir lo que ha pasado.

–Está en tu mano querer contármelo. Pero no es necesario. Cada uno sabemos dónde queremos guardar nuestros fantasmas. Si has escapado de algún lugar o de algo y alguien, no seré yo quien te juzgue –dijo mientras dejaba ver su escasa dentadura, con una media sonrisa.

En ese momento, caí que había estado a punto de contárselo todo casi inconscientemente. Pero en su respuesta vi que no estaba preparada para oír la verdad. Lo máximo que aceptaría es que me había escapado de otro país y de gentes que no me querían bien. Cualquiera otra información sería peligrosa, a pesar de que esta mujer no tenía mucho contacto con gente, algo me hacía empezar a sospechar que era la adivina de la Corte, incluso de gentes poderosas de aquel lugar. Demasiado riesgo.

–En ese caso señora, y si me lo permite, me lo guardaré para mí, no son cosas que guste de recordar –mentí.

–No sufras; a pesar de todo, las runas dicen que estarás bien y que estás en buenas manos. Cuando me disponía a levantarme para marchar de nuevo a mi zona del castillo, me tomó de la muñeca fuertemente y me dijo:

–Una única cosa más, pequeña...

–¿Sí? –contesté con algo de curiosidad.

–Procura ponerte siempre a salvo.

–¿Cómo dices? –contesté con el cuerpo repentinamente agarrotado.

–Pequeña, he sido bastante clara. Alguien tratará de llevarte al otro lado. Y esa persona está cerca de ti. Serás perseguida, vigila bien tu espalda y no te fíes de nadie. Y ahora, déjame sola. Necesito descansar que mis viejos pulmones no aguantan mucho hablando –tosió dando por acabada la conversación.

Me hubiera gustado preguntarle si ese sería mi final, pero ya no estaba ella para más preguntas. Me había echado literalmente de su cuarto con menos delicadeza que un cactus. Y yo me sentía literalmente pinchada por todas sus púas. Salí de ahí corriendo con una angustia poco comparable a nada. ¿Se lo debía contar a John? No, es muy posible que me recriminase ir a ver a esa mujer y menos, creerme sus historias. Pero es que él no sabía que todo lo

anterior lo había adivinado.

Llegué a mi cuarto como a media tarde. Sin querer, se me había pasado el tiempo más deprisa de lo esperado y no había acudido a la cita en la consulta. Ahora que me temblaban las piernas y estaba en shock, solo podía llegar hasta mi cama. Y ahí quedé tendida y profundamente dormida hasta bien entrada la noche.

Debían ser las tres de la madrugada cuando desperté. No me había vestido para dormir y por lo que pude ver, tampoco Anne me había traído la cena. Nadie parecía haberme echado de menos. Yo estaba confundida aún y con una sensación de estar en una pesadilla por segunda vez en unos pocos meses. Tenía algo de hambre así que vela en mano me fui pasillo arriba hacia la consulta, por si habían dejado las pastas del té, o algún resto de la cena de John y quizás la mía.

Por debajo de la puerta había luz. Abrí con cuidado y me encontré a John leyendo y escribiendo, anotando dibujos y poniendo números a los lados. Concentrado, pero no tanto como para no sorprenderse de verme.

–Josephine, ¡querida!, ¿dónde has estado toda la tarde? Te he estado esperando para trabajar, Anne me ha dicho que después de comer has ido hacia las cocinas y que ya no te ha visto más hasta que te ha llevado la cena a tu cuarto. Te ha visto rendida y no ha querido despertarte, así que te ha dejado dormir. ¿Te encuentras bien? ¿Tienes fiebre acaso? –dijo levantándose hacia mí.

–Pues sí, he ido a dar una vuelta por los jardines, los que están delante de las cocinas y después he sentido mucho cansancio y me he quedado dormida hasta ahora. Pero ya no tengo más sueño, y pensaba venir a por el libro para seguir leyendo un rato.

–Sí, por supuesto, aquí lo tienes –dijo mientras me señalaba donde estaba el libro–. Pero antes de eso, tienes que ver una nueva idea que se me ha ocurrido para el dolor de la gota.

Durante varias horas estuvimos hablando de diversas enfermedades. Yo le quise empezar a entrenar en los diversos alimentos que podían usar como unos y otros remedios. Básicamente le propuse hacer un recetario de alimentación, según fuese la enfermedad del paciente. Para la gota, eliminar el vino y todo lo que llevase ácido úrico. Para los estreñidos evitar frutas como el plátano y la manzana, añadiendo la ciruela; pero para los que iban demasiado de vientre, manzana y limón. Y así estuve durante toda la noche, explicándole casi sin decirle cómo lo sabía, el porqué de la importancia de

escoger bien lo que comíamos. Le hablé de las intolerancias alimentarias que provocaban otros problemas de salud. Le dije que el ajo era un antibiótico natural y también anti inflamatorio, al igual que la piña.

Me estuvo escuchando y anotando como si yo fuera un gurú del tema. Le pareció perfecto que redactase un recetario para enfermedades concretas, pero también me aseguró que de momento lo mantendríamos en secreto. Si teníamos buenos resultados curando pacientes, tendríamos asegurada la permanencia en la Corte, allí, aunque era una existencia aburrida para nosotros, estábamos a buen recaudo de la dura vida de la ciudad.

Serían las cinco de la mañana cuando por fin, después de varias horas de compartir conocimientos, me miró fijamente y ya sin disimular que algo sentía por mí, me tomó de la mano y la besó. Fue un beso tierno, nada paternal sino más bien pasional. No sabía que un beso en la mano podría ser tan profundo y sentido. Nos miramos durante un largo rato, con la sola luz de las velas que teníamos para leer pero que hacían el momento mucho más especial. En realidad no supe qué hacer, porque nunca me había encontrado en una situación como esta. Mis conatos de relación no me habían hecho sentir nada igual. Ese sentir en el que crees que, de alguna manera, has llegado a casa.

Tan callado siempre, que en su mirada no había podido detectar más que la mezcla de sentimientos encontrados. Sus ojos y su sonrisa pretendían decirme que le parecía guapa y agradable. Pero nunca durante el tiempo que estuvimos compartiendo consultorio y vida, me dio a entender que sentía algo más. Así que ese beso que de vez en cuando me daba en la mano para mí no significaba mucho. Pero no estaba en mi mundo, por lo que quizás eso significaba algo más profundo.

John era de aquellas personas que, por prudentes y educadas, dejan la pasión para otros. De esas personas que no se quieren separar de ti porque se sienten a gusto, pero que sin embargo no se atreven a dar el paso. Así habíamos estado durante semanas, jugando a un juego que yo apenas conocía.

Un día que volvíamos a estar estudiando en silencio, se levantó y sin previo aviso se me acercó muy serio, rozó mis manos hasta llegar a tomarlas, me levantó y me acercó a su cuerpo, tan alto y protector. Era más delgado de lo que aparentaba con sus ropas. Noté sus brazos y cómo estos llegaban y acariciaban los míos, suavemente. Yo estaba en un éxtasis paralizador.

Me abrazó por la cintura y me besó como si no hubiera un amanecer. Así estuvimos besándonos y acariciándonos recatadamente hasta que empezó a

salir el sol. Tendidos en aquel sofá tan poco cómodo, pero que a mí estaba pareciendo una nube en esos momentos. No había besado tanto ni durante tantas horas. En mis tiempos y en mi edad, eso ya no es lo que se llevaba. Así que en realidad, yo estaba feliz pero deseosa de algo más. De notarle a él entero y de verdad dentro de mí.

El día se levantaba azul y soleado, justo como me sentía yo. Podría haber abierto las ventanas de toda la Corte, gritando lo feliz que era, bailando por los pasillos. Las palabras de la anciana todavía estaban incrustadas en mi mente. Las había conseguido apartar de ahí durante un tiempo; pero, en realidad, la imagen de la muerte sería mi compañera de ahora en adelante. Tendría que negociar mi felicidad con mis pensamientos. ¿Hasta dónde podía ser feliz sabiendo lo que sabía?

Todavía en una nube y antes de que una intrépida Anne descubriera el «pastel», le dije a John que quería irme a mi cuarto a darme un baño y cambiarme de ropa. Necesitaba sentirme por fuera igual de bella que me sentía ahora por dentro.

Y volviéndome a aferrar por la cintura, sin casi dejarme ir, me volvió a besar mientras su mano no me dejaba abrir la puerta. Sin pensárselo dos veces, me tomó en brazos y me llevó a mi alcoba. No dejó de mirarme ni un segundo y aún así sus pasos eran firmes en la dirección correcta. Sentía tanta seguridad en el mismo, que eso aún me provocaba más placer. Con cuidado me dejó en el piso y me fue desatando poco a poco los cordeles del corsé sin dejarme de mirar ni una sola vez. Yo le desaté el botón de su traje y fui bajando hasta ver su cuerpo por primera vez, tan musculado y masculino que no pude dejar de acariciarlo. Cuando estuvimos los dos uno frente al otro, desnudos, con la misma seguridad de siempre y controlando la situación con destreza, me besó por todos los rincones de mi cuerpo. Acabó todo con varias embestidas cual caballo salvaje y sin pedir permiso, porque no lo necesitaba. Nunca me había sentido igual. Si eso era estar enamorada y correspondida, ya me podían dejar ahí para siempre. Al acabar, se puso encima de mí, mirando con ese aire misterioso y me dijo: «serás mi esposa». Y me besó tiernamente.

21 de octubre de 2013

La madre de Julia miraba un álbum de fotos con las marcas y facciones de su cara demasiado marcadas. Ya no acostumbraba a pintarse ni arreglarse porque ya no le veía el sentido. «Hoy es su cumpleaños», pensó para sus adentros. Y no la puedo abrazar, tocar ni besar. Y lloró de nuevo desconsoladamente.

Los días «normales», intentaba sobrevivir a los días que lenta e inexorablemente le recordaban que su hija estaba desaparecida. Pero los días especiales, cumpleaños de alguien de la familia o celebraciones, se hacían especialmente oscuros.

De pronto, oyó la puerta cerrarse de golpe. Y la voz de su Santi.

–¡Mamá! –gritó con buena potencia–. ¿Dónde estáis?

–Hola hijo, no hace falta que grites... yo estaba aquí viendo fotos de tu hermana. Ya sabes que hoy es... –calló.

–Sí, mamá, ya sé qué día es hoy. ¿Dónde está papá?

–Estoy aquí, hijo –dijo su padre saliendo del baño en donde claramente también había estado llorando.

Una vez pudo reunirlos en el salón a los dos, les dijo:

–Ya sé que hoy es el cumpleaños de Julia.

–Cielo, gracias pero no vamos a comer juntos como si ella estuviera aquí. Te pongas como te pongas, tu padre y yo no queremos...

–Mamá, no pretendo que celebremos su cumpleaños –aunque seguro que ella lo querría así– lo que vengo a deciros es otra cosa.

–Os voy a hacer un regalo de cumpleaños de parte de Julia, estoy seguro de que ella querría que lo recibierais.

Sus padres se miraban extrañados, mientras Santi sacaba unos billetes de avión a Suecia.

–¿A Suecia?, hijo mío, ¿te has vuelto loco? –exclamó su madre. Tu hermana no hace ni un año que está desaparecida, ¿y tú te quieres ir de viaje? –casi parecía que se ponía de nuevo a llorar.

–Hijo, no entendemos qué pretendes –contestó su padre.

–Escuchadme, si queréis seguir pensando que Julia está secuestrada en una trata de blancas, me parece bien. Pero hace tiempo que quiero compartir con vosotros una información que he conseguido pero que ya no puedo seguir guardándome para mí mismo. Lo que ocurre es que es algo bastante inverosímil. Me ha llevado meses de investigación encontrar algo que pueda relacionar la desaparición de Julita. Hacía tiempo que no la llamaba así, pero hoy era un buen día para hacerlo; y ha llegado el momento de compartirlo con vosotros.

»Podréis creerlo o no, pero en cualquier caso, lo viviréis en persona porque os lo merecéis. Y porque mi vida es más ligera desde que tengo esta información extra. Quisiera que, al menos, tuvieseis la oportunidad de creer lo que os plazca, dentro de dos alternativas –dijo.

Los padres de Julia ahora lo miraban atónitos. No entendían nada, pero veían la seguridad con la que hablaba Santi y por otra parte sabían que se había tomado un tiempo sabático en el trabajo, con lo que ya sospechaban que algo estaba tramando desde hacía tiempo.

–Salimos esta tarde para Suecia, abrigaos bien porque ya empieza el frío por esa zona. Aquí están los billetes, estaréis fuera un par de días, a menos que queráis aprovechar para hacer algo de turismo.

A Santi le costó Dios y ayuda que sus padres salieran de su atonía y que se pusieran de su parte. Como lo que ocurre en estos casos, uno no se quiere ir de casa por si la persona desaparecida llama o viene de repente, como si los que la tuvieran retenida dijeran: «Oye, tú, ¿te parece que la dejemos hoy en la puerta de su casa? Es un buen día para liberarla».

Pero sin saber casi ni cómo, estaban ya en el aeropuerto. Santi había vuelto a convencer a su esposa de que tenía que salir hacia Suecia, lugar que ya había visitado en varias ocasiones.

Los padres de Santi estaban sentados en silencio el uno al lado del otro, delante de una retrasada puerta de embarque. Podría decirse que en lugar de sentirse mal, habían empezado a ver que alrededor suyo, había seres vivos. Gente que seguía viviendo sus vidas, maletas que rodaban sin saber adónde

las llevaban como hacían ellos hace escasos meses. Cuánto habían cambiado las cosas desde entonces. Qué frívolos se sentían ambos ahora, por haber estado viajando sin valorar que lo que más querían estaba lejos. La madre de Julia se sentía tremendamente culpable por no haber estado al lado de su hija más de lo que estaba acostumbrada a hacer. «Quizás si al ser despedida hubiera tenido mi hombro para llorar, la hubiera llevado de compras o a comer, la hubiera podido apoyar quizás aún seguiría con nosotros», había dicho constantemente durante los primeros meses.

Casi sin darse cuenta, estaban descargando maletas en las habitaciones de hotel que Santi había reservado. Cenaron pronto en el restaurante del Hotel, porque sus padres ya no tenían mucho ánimo extra y prefirió que guardasen lo poco que les quedase para el día siguiente, les esperaba una gran reunión.

Al día siguiente, sobre las nueve de la mañana, se encontraron de nuevo en el restaurante del Hotel. Sus padres estaban algo más descansados. Parecía como si el alejarse físicamente del lugar de su pena, les hubiera devuelto un poco de alegría a la cara. Volvían a tener color y algunas arrugas se habían acomodado de nuevo en sus facciones, eliminando el efecto de la vejez.

–Santi, convendrás con nosotros que ya es hora de decirnos qué hemos venido a hacer hasta aquí –dijo su padre mientras untaba una tostada con una mantequilla que seguramente tendría un toque salado.

–Sí, tenéis razón. Os habéis portado estupendamente sin hacer preguntas, que sin duda, tendréis.

Cuando Santi acabó el relato sobre el enfermo psiquiátrico al que había estado haciendo seguimiento, y que seguía teniendo regresiones al pasado, los padres de Santi estaban paralizados. No podían creer que su hijo les hubiera traído hasta ahí para una cosa tan inverosímil.

No estaban enfadados, hacía tiempo que habían olvidado hasta cómo enfadarse. Simplemente no sentían nada, ni bueno ni malo, hacia cualquier otra cosa que no fuese una terrible desazón generalizada.

Después de varios murmullos de su madre y de varios intentos de entender de su padre, Santi acabó la exigua conversación levantándose a por más café. Pero canturreando entre dientes. Él sí estaba animado.

Cuando llegaron de nuevo al hospital psiquiátrico, donde habían continuado las consultas con el enfermo en cuestión, por no poder sacarlo ya de ahí, los padres de Santi seguían en estado de shock. Casi tenían ganas de ver quién era ese sujeto que de alguna manera, les daba alguna conexión con su hija. Estaba todo preparado para ellos. A Santi le había costado varios

viajes, esperando la recuperación de la crisis que tuvo el paciente y mucho dinero para ayudar al hospital a mejorar algunas condiciones; aunque en su opinión, los hospitales psiquiátricos en Suecia eran una maravilla, parece que le habían sacado algo de dinero para «investigaciones» como la suya.

Con los bolsillos ya bastante esquilados por llevar un tiempo sin trabajar, por los constantes viajes y hoteles y por los pagos para «investigación», Santi pretendía con esa sesión, serenar los ánimos de sus padres tal y como estaban los suyos. Es cierto que era irreal, poco común. Pero nadie tenía una sola prueba de su hermana muerta, no había datos de ningún tipo y, por supuesto, no había tampoco cuerpo. En esas circunstancias, la mente humana puede llegar a creerse cualquier cosa que le dé un poco de fe y esperanza.

Y empezó la sesión con los padres de Santi en una sala contigua, como las de los policías, con un espejo de doble sentido, para poder ver todo lo que sucedía sin ser vistos.

Durante la sesión, el paciente de nuevo relató con detalles su encuentro con Josephine, durante el tiempo que estuvo en la cárcel. En aquella ocasión, como ya sucediera en otras posteriores que había tenido Santi con él, había avanzado en el relato.

Lo que contaba ahora era que el día de autos, en el que tenía que matar a Jo por bruja, finalmente algo sucedió. La sacaron de ahí porque cayó enferma y él ya no supo nada más hasta varias semanas después.

–Buenos días, Señor Flint.

–Buenos días –masculló el verdugo.

–Buenas semanas, últimamente, ¿no cree? –le dijo el tendadero de verduras al que se había acercado a comprar algo que comer.

–Sí, aunque no cobro si no mato, casi prefiero no hacerlo.

–Bueno, es un trabajo desagradable pero alguien tiene que hacerlo –rio.

–No tiene gracia, Jonas. No tiene gracia.

–Dicen que la chica que al final no mataste, ahora está viviendo en palacio ¡Lo que puede cambiarle la vida a uno de un momento a otro!

–¿Cómo dices? –dijo Flint con cara de asombro.

–Pues sí, ¿recuerdas cómo me contaste que te angustió mucho esa situación porque te caía bien? ¿Que no creías que fuera una bruja en realidad? Pues a alguien más debió parecerse, puesto que, al caer enferma, alguien la llevó a manos del médico del Rey. Y parece ser que la ha tenido ahí bajo sus

cuidados.

El paciente iba y venía por la sala. Ya no estaba tumbado como en las primeras ocasiones, sino más bien, interpretaba todo como una obra de teatro, representando su papel tan bien como el del tendadero.

Estaba contento, igual que en otras ocasiones. Y acabó hablando para sí mismo: «Chica, ya sabía yo que eras especial, no eres de este tiempo y no eres una bruja. ¡Ojalá podamos volver a coincidir en alguna ocasión!»

Y cayó en mitad de la sala, agotado por lo que se suponía ya por todos, como el final de la extensa y potente sesión.

La madre de Julia quería desmayarse, pero la mano de su esposo aferrada a su brazo la mantenía en la realidad. Estaban estupefactos, y Santi sabía que debía darles unos minutos para explicarles qué entendía él de toda la situación relatada. Esperó a que se encendieran las luces y, cuando finalmente sus padres pudieron mirarle a la cara, aclaró:

–Quiero que conste en acta que la primera vez que oí el relato de esta persona en estado de hipnosis regresiva, yo mismo no le di ningún crédito. Pero también he de decir que cuanto más lo escucho y más cosas cuenta de Jul... de Josephine, más creo que es ella.

Les dio un montón de datos para que sus padres pudieran atar los mismos cabos que había estado atando él desde hacía meses. Como ellos siguieran en silencio, Santi sentía que debía continuar hablando hasta que alguno de sus dos progenitores reaccionase y sus contra argumentaciones acallaran las suyas.

De pronto, el psiquiatra que había estado llevando el caso con Santi, entró en la sala. Se dieron cuenta de que ya no había nadie en la sala contigua, que el enfermo había sido trasladado de nuevo a su habitación y que las luces de la sala estaban ya apagadas. Se sentó mientras interrumpía sin querer la disertación de Santi y la sala quedó unos incómodos minutos en silencio.

En esos momentos el padre de Santi que desde la invitación al viaje había permanecido casi en silencio, se sentó directamente mirando al psiquiatra al que le espetó:

–Doctor, ¿usted qué opina?

El médico no se esperaba en absoluto el giro del encuentro, pero se imaginó desde ese momento que cualquier cosa que dijera podría ser de gran relevancia para esa familia española a la que ya le había empezado a tomar cariño. Generalmente intentaba no empatizar demasiado con las familias porque era lo que lo salvaba de su propio sufrimiento. Pero este caso concreto

le tenía el corazón medio robado y, por qué no decirlo, era uno de los casos de regresión más claros y completos que había escuchado nunca de ningún otro paciente de los miles que había conocido hasta la fecha.

–Señor y señora Grau, soy médico psiquiatra experto en hipnosis y regresiones desde más de veinte años. No espero que crean en este tipo de trabajo con pacientes, pero les diré que es una de las técnicas más antiguas utilizadas en el mundo entero, sobre todo para el trabajo con enfermos mentales.

Con ellas conseguimos avances que no podrían imaginar. Lo que ocurre es que en algunas ocasiones... nos encontramos con algunos casos especialmente complejos.

Tengo un amigo, un investigador sueco que usualmente es llamado a colaborar con programas de televisión sobre casos extraños, y alguna vez ha sido reclamado por la televisión de su país para comentar algunos temas concretos, como en este caso de las regresiones. Después de hablar con su hijo, que quiso llevar este tema hasta unos investigadores del programa, ambos conectaron. Y después de poner unas cuantas cosas en común, mi amigo investigador, decidió contactarme directamente, pues yo ya le había hablado de este caso que nos ocupa con el paciente X.

Así fue como llegamos a la conclusión de que ambos casos, la desaparición de su hija, y la regresión de mi paciente, tenían muchos puntos en común. O así lo quiso ver su hijo, que consiguió convencerme.

Y hasta aquí la historia que ustedes mismos han podido ver con sus propios ojos.

–Su opinión, doctor, por favor –repitió el padre de Julia, bastante serio.

–Mmm bien... como sabrán, no me puedo posicionar demasiado, porque es un paciente mío y todo lo que yo diga debe ser estrictamente confidencial, a pesar de que él mismo ha firmado la conformidad para que ustedes presencien la sesión. Yo soy su médico y por tanto, me debo a mis pacientes.

–Bueno, pero sabiendo la cantidad de casos que ha tenido, tendrá usted algún criterio para evaluar la gravedad del asunto...–intervino Santi.

–Ciertamente, es un caso muy especial. Por lo que cuenta, y el realismo de sus relatos, parece que verdaderamente se haya encontrado con una muchacha con las características similares a lo que podría ser una persona perdida en un tiempo que no le corresponde. Y por la edad y la descripción, también.

–Con eso nos vale –Doctor.

–No, a mí no me vale. No es suficiente, cariño –convino la madre de Santi–. Necesito más información. Necesito saber si esto, físicamente, es posible.

–Señora, con el debido respeto –contestó el doctor, adentrarnos en este complejo mundo de lo paranormal no es algo que esté permitido para todos. Para hacerlo hay que dejar el realismo y el pragmatismo, así como la falta de fe, a un lado. Y no sé si ustedes están dispuestos a hacerlo.

–Yo estoy dispuesta a creer casi cualquier cosa, pero...–calló.

–Mamá, tú siempre has estado en contra de todas estas cosas. Para ti lo que no ves, no existe. Te pido que desde hoy abras tu mente y dejes entrar esta posibilidad.

Ahora había un silencio sepulcral en la sala. Ninguno de los presentes sabía cómo continuar una conversación de esta índole. Así que Santi decidió tomar la palabra, a modo de sentencia final en tribunal supremo.

–Papá, mamá... yo no voy a decirlos que Julia está bien, viva sana y salva. Pero tampoco voy a decirlos que está muerta, porque no lo creo. No hay un solo indicio que lo indique. Es más, su desaparición está completamente al descubierto. No hay cámaras que la hayan visto salir, solo entrar. Y el resto ya lo conocemos. El psicólogo que la durmió, no sabe cómo pudo salir sin ser vista. Y todo lo demás, está ya sabido. Desapareció sin más hablando de un lugar muy parecido al que describía hace un momento el paciente X. Y ni la Policía ni nadie tiene más datos que los que hoy hemos presenciado aquí.

La realidad de lo que presentaba Santi se hizo evidente con el silencio que obtuvo por respuesta. Nadie tenía nada que argumentar o contra argumentar.

–Así pues, yo voy a dejar de investigar en esta línea porque para mí, está cerrada. Julia ha desaparecido volatilizándose. Pero ahora la he reconocido de la boca de una tercera persona. Y como nadie me puede dar más datos ni mejores que él, yo voy a creer a partir de ahora que, a pesar de parecer ciencia ficción, mi hermana está viva.

–Hijo, siempre hemos respetado mucho todo lo que has hecho por tu hermana, el tiempo y dinero dedicados nos enorgullece. Pero entenderás que llegados a este punto, a tu madre y a mí se nos antoja más como volver a la casilla de salida que otra cosa. Ahora mismo estamos descorazonados.

–Habla por ti, cariño –soltó la madre de Santi–. A mí me parece de las cosas más razonables que nos han contado hasta ahora. Dado que todo es totalmente inverosímil, empezando por su desaparición, en estos momentos

me siento mucho mejor que nunca. Creo que de no tener otra opción mejor, me voy a quedar con la idea de que mi hija puede estar viva. Convendréis conmigo que para una madre es mejor esta opción que cualquier otra.

Nadie pudo argumentar nada mejor y Santi se levantó para abrazar a su madre, que por primera vez tenía otra luz de esperanza en la mirada. Como en un susurro le dijo al oído a su hijo:

–Y tal como se fue, cualquier día podría aparecer, ¿verdad?

Abrazando a su madre todavía más fuerte le contestó un dulce:

–No lo sé mamá, no lo sé...

21 de octubre de 1686

Hoy es mi cumpleaños, el verano ya se ha marchado con su calor agradable y volvemos a un frío invierno. A pesar de las temperaturas, me siento contenta pues hoy ha sido mi día especial y lo he podido disfrutar en compañía de a quien amo tanto ya.

Sé que hace tiempo que no me siento a escribir. Han pasado muchas cosas desde la última vez que lo hice. Pero también siento que he de seguir haciéndolo, como si tuviera que dejar rastro de mi paso por la Tierra y poder dejar escrito de dónde vengo y que ha sido de mi vida. He de seguir manteniéndome cuerda sin perder de vista que por mucho que me esté adaptando, alguien en otra parte me estará buscando.

Cada vez me cuesta más buscar los momentos para dedicarme a escribir porque cada vez estoy más ocupada. Ahora son las doce de la noche. Afortunadamente aquí cenamos pronto y, si no vuelvo a mis quehaceres científicos en la consulta, puedo apañarme para ir a descansar justo después de la cena. Como no estamos nunca invitados a las cenas copiosas y largas de la Corte en la que vivimos, no tenemos que rendir cuentas a nadie sobre nuestra presencia, excepto cuando a altas horas de la noche nos llaman con alguna urgencia médica. Suelen avisar solo a John, pero ahora todo el mundo sabe que tenemos una relación y que además trabajamos juntos, por lo que cuando hay más de un enfermo, me dejan ocuparme a mí de las féminas de la Corte.

John y yo estamos consolidando nuestra relación poco a poco. Yo creo que jamás había estado enamorada hasta ahora y es una sensación maravillosa. Pero al punto que las voces de la Corte se extendieron, yo extendí mis precauciones con Anne. Si bien ya no me preocupaba ser envenenada, su actitud había cambiado terriblemente. Estaba mustia y

apagada, como si todo su mundo se hubiera puesto del revés. Tenía la tez muy pálida, casi gris diría yo. Como ella no ha cambiado su actitud para conmigo, aún me siento más culpable. Esa sensación agri dulce de amar habiendo roto un corazón, es bastante desagradable.

Respecto a mis avances en Medicina, he de decir que he estado descubriendo cosas interesantes. Parece que desde hace ya más de un siglo, utilizan ciertos medicamentos naturales que son la mar de efectivos. Nosotros los conocemos también, pero cuando los escuchaba o veía en el Facebook, me sonaban más a recetas de la abuela y en definitiva, es mejor y más rápido tomarse una pastilla que empezar a despedazar un ajo al natural o machacar la cúrcuma y el jengibre. Eran productos complejos de encontrar, algunos incluso venían de la India. Y las que siempre los tenían en sus almacenes, eran unas mujeres en su mayoría bastante mayores, que solían vivir al oeste de Londres, en pequeñas casas que distaban mucho de ser cómodas y lujosas.

Así pues, convine con John que dos veces al mes, me escaparía a verlas, casi en secreto, con la única compañía del conductor de nuestro carromato médico, a recoger todo tipo de ungüentos y plantas medicinales, que después intentaríamos perfeccionar para nuestro trabajo.

Otro de nuestros avances como pareja y como médico-enfermera ha sido el compromiso que le he sacado a John –hay que ver qué dominio tiene la mujer sobre el hombre– de ir otras dos veces al mes, como mínimo, al hospital de San Bartolomé.

De alguna forma, me siento en deuda con mi segunda oportunidad de poder trabajar como enfermera, cosa que si hubiera seguido en mi siglo no hubiera podido hacer en años. Así pues, con nuestro siempre fiel cochero, nos escapamos unas horas dejando a la Corte desprovista de atención médica, a ayudar a verdaderos enfermos.

Lo más común son las picaduras de bichos, tales como pulgas y pulgones. Es más bien normal porque existe bastante suciedad entre las personas que viven en zonas desprovistas de agua cercana y por tanto la limpieza no es una prioridad, sino la supervivencia. También hay gente que viene con unos accesos de tos tremendos, faringitis mal curadas que se convierte en traqueítis con tremendas infecciones; incluso muchas veces, estoy convencida de que tienen neumonías, pero aún no tenemos máquinas de rayos para contrastar, por lo que John tiene que fiarse de mi criterio.

A los más graves les dejamos ingresados hasta que el ajo usado como antibiótico natural, y otras especias combinadas, empiezan a hacer efecto. Y

sobre todo cuando la fiebre empieza a bajar a base de agua muy fría, baños de agua congelada de los pozos y agua de regaliz para calmar la tos.

A los que están mejor, yo les entrego un escrito con unas instrucciones muy claras de orden en el hogar (para poder ver mejor dónde se esconden las ratas y los bichos indeseados) y así hacer unas batidas diarias de limpieza para sacar a los animales de ahí. Me he inventado un producto a base de cítricos y aceite de Árbol de Té, que conseguí en una de mis visitas a una proveedora de hierbas, para que lo extiendan por toda la casa, y por las camas para evitar los chinches y pulgones en las zonas donde dormían.

Parece que mi combinación de productos está funcionando porque ha corrido la voz y cada vez lo usa más gente. Así están disminuyendo las visitas de personas no tan enfermas, dejando paso a los más graves que entonces John podía atender con mayor diligencia y tiempo.

Sus colegas médicos me tienen mucho respeto porque me lo he ganado en poco tiempo. Me llaman doctora, cosa que me molesta porque yo no he dedicado tantos años al estudio de la Medicina como John. Aunque en ese siglo, bien podría haber sido una buena médico con los conocimientos que poseo.

Por otra parte, aprovechando que voy más a menudo a la ciudad, he ido a visitar un par de veces a Caroline y Samuel. El niño se está poniendo enorme y aunque ella no lo dice, le encanta estar al lado de Marius que va a verla a menudo y que le pide insistentemente la mano.

Mis «padres», que bien podría seguir llamando los panaderos, están bien. Dicen que algo tristes porque desde mi desaparición temporal parece que he cambiado mucho. De vez en cuando les llevo cosas de la Corte, cosas bonitas, regalos y comida especial. Pero la realidad es que cada vez que les veo, sigo acordándome mucho de mi familia. Sé que aún ha pasado poco tiempo y que es probable que me tenga que quedar aquí y eso me mata. Me despierto a veces empapada en sudor con unas pesadillas terribles. Les veo llorar y desesperarse y entonces me entra mucha angustia porque al despertar, me doy cuenta de que les he perdido. Lo único que me mantiene con algo de esperanza es continuar escribiendo por si en un futuro, o qué se yo, en otro tiempo, alguien de mi familia pueda ver que no estoy muerta.

Respecto a Anne, está cada vez más marchita. Parece que ya nada le importa y John se ha percatado de que algo le pasa. La estamos tratando con algunas medicinas nuevas que llevan muchas vitaminas, le estamos administrando Ginseng entre otras cosas, pero no es ni la mitad de la persona

que me atemorizaba hace unos meses. Muchos días ni se mueve de la cama y a veces soy yo la que le lleva ahora la comida. Me mira con poco cariño, pero yo no sé cómo consolarla ni tampoco si preguntarle directamente si soy yo la causa de todos sus males. A pesar de que parece una mosquita casi muerta, sigue habiendo algo en ella que no me acaba de encajar. Las pocas veces que está algo más animada y con fuerzas, desaparece muchas horas yendo a Londres. Va y viene y no la veo llevar ni traer nada encima. No me atrevo a seguirla, aunque quizás algún día lo haga.

La realidad política actual nos hace ser muy cautos a todos los que estamos al servicio de la Corte. Nuestro Rey Jacobo ha padecido bastante últimamente. A su estado de salud que es algo débil, se le ha unido un problema con el Parlamento, después del problema que tuvo con su hermanastro en junio y la fama que se ha creado de resultados de los «Juicios Sangrientos». Lo que me asusta es el clima bélico que se respira. Parece muy fácil perder la vida o aparecer una mañana en la torre. A veces, cuando paseo por el centro de Londres porque voy de visita o a comprar lo que necesitamos para nuestro almacén médico, paso con cautela por los lugares en los que hay soldados como vigilantes de posibles revueltas en los mercados o faltas a la Corona. Y a las bibliotecas ya ni me acerco. Seguramente, de no ser por mi salvador, me hubieran tachado de poco menos que hacer brujería. No hubiera durado mucho más en aquella celda. Aún a veces, pienso en mi carcelero, creo que se llamaba Flint. Ojalá pudiera verle y decirle que estoy bien. Un gran muchacho que me acompañó en esos días terribles que llegué a pensar que serían los últimos.

Sigo recordando mucho a mi hermano y mis padres. No tengo ni la menor idea de qué es lo que deben estar pasando o quizás todavía no ha pasado. Pero si yo estoy aquí... allí no me habrán encontrado y eso puede ser una verdadera pesadilla para una madre.

Esta tarde, al llegar de mi paseo de después de comer, me he acercado con cautela a ver a Anne. Volvía a estar en cama y pareciendo dormida, me he acercado y sentado a su lado. Le he tomado por la muñeca para contar sus pulsaciones y con un susto tremendo, ella ha agarrado fuertemente mi mano, dando la vuelta a la suya de golpe. Casi me clavaba las uñas.

–Señora, sé lo suyo –me ha espetado.

–¿A qué te refieres, Anne? –he contestado con cara de inocente.

–Señora, ¿usted sabe por qué estoy yo con el doctor desde hace tanto tiempo?

–No –mentí.

–Pues porque le amo con locura. Y él... él... creía que también me amaba. Muchas veces fue tan dulce conmigo...

Zas, mi estómago se revolvió de celos.

–¿A qué te refieres, Anne? John te quiere a su manera y siempre ha velado por ti.

–Hasta que usted llegó.

El silencio entre ambas fue embarazoso. Así que lo cancelé lo antes que pude.

–Debes odiarme, Anne.

–Sí, señora. No voy a engañarla. La odio porque me ha quitado usted lo que más quería y lo único que me importaba en el mundo.

–Anne, lamento de veras ser la persona que le ha traído pena y desgracia a tu vida. De verdad que nunca había estado en una situación similar. Ni siquiera... –silenció.

–Ni siquiera sabe usted qué está haciendo aquí, ¿verdad, señora?

Levanté la cara mucho y la miré fijamente como si ella tuviera más información que yo misma.

–Exacto, Anne. Ni siquiera sé por qué estoy aquí.

Tenía ganas de contarle todo a alguien aunque fuera a la persona que menos apreciaba mi vida en aquel momento. No por ella especialmente, sino porque parecía saber algo aunque no tuviera sentido. Me contuve, aunque por alguna inexplicable razón, durante el tiempo que nos quedamos mirando, ambas entendimos que las dos sabíamos algo que nadie más podía conocer.

–Anne, una no puede controlar de quién se enamora. A pesar de no ser este mi sitio –confesé– John es mi nuevo hogar y debo quedarme con él.

–Sí, señora. Lo entiendo. He estado indagando sobre usted. ¿Sabe que no he encontrado rastros de su persona antes de los días que estuvo desaparecida? Su familia asegura que no es la misma. Que dejó de lado sus quehaceres, amigos y familiares que apenas reconoce. Y, no sé cómo planteárselo señora, pero prácticamente todos los que la conocen aseguran que no es usted la misma.

Ahora me miraba fijamente con un aire de cierta superioridad. La información es poder y ella lo tenía.

–Bueno, Anne –me defendí– parece que tuve un golpe fuerte en la cabeza. Eso explicaría...

–Eso no explica nada, señora... si me permite –moderó–. Porque he

descubierto unos ropajes con los que fue encontrada.

–Anne, deja que te explique –no sabía qué le iba a decir pero debía ganar segundos para pensar una respuesta.

–Creo que el Rey debería saber quién es usted y de dónde viene. Esas ropas no son ni de aquí ni de ningún país de los que conocemos, señora.

No contesté. No tenía respuesta aún después de mi tiempo extra para pensar en algo. Ya no era creíble la historia inicial. Mi buena amiga Caroline me encontró con ese ropaje, pero no tuvo la intención de hacerme daño por lo que no quiso indagar más. Pero Anne... yo a Anne le sobro de una forma que solo puede vengar una persona dolida por amor. Y eso es lo que piensa hacer. De pronto, me vi atrapada de tal forma y sentí tal miedo que por un momento, pensé en ahogarla con la almohada. Así, rápidamente. En plan película. Pero no... no podía hacerlo así, sin más. Sin pensar en las consecuencias. Sin calcular bien mis movimientos.

Soy una buena persona, pero aquí la gente está constantemente cubriéndose las espaldas. La muerte es mucho más habitual. Y ella me había amenazado claramente. Mi mente empezó a maquinarse, confieso, un método más rápido. Está muy enferma últimamente, no se encuentra bien y todo el mundo lo sabe...

Se me ocurrió entonces ir a visitar a la anciana. Necesitaba un buen consejo ya que ella había visto algo en mí que no le pude confesar y que ambas sabíamos. A pesar de lo fácil que resulta aquí quitar la vida a la gente, yo soy una persona de otro siglo y otros valores y por ende, porque soy tratada como médico de la Corte, y mi misión es salvar vidas. No puedo, por mucho que tema las consecuencias, hacer algo tan cruel.

Me colé en aquel insólito lugar al que he de confesar que no había vuelto desde lo que me parecía una eternidad. Subiendo las escaleras de caracol, incluso antes de llegar hasta arriba, ella ya me estaba llamando.

–Niña, ¿por qué has tardado tanto en volver? –miraba como miran las personas invidentes, a la nada–. Pensaba que vendrías más a menudo a visitarme –se lamentó.

–Señora, no tengo excusa que pueda darle. Aunque sí es cierto que he estado algo ocupada con...

–Sí, niña sí. Lo sé todo. Soy ciega pero no sorda. Se habla de ti por todo el Palacio. Creo que no te ha ido mal, ¿no es cierto? –calló de nuevo mirando al infinito. Supongo que esperaba a que yo le contase todos mis progresos.

Me senté delante de ella en una pequeña banqueta de madera muy gastada por las termitas. Me pareció un error no haber pasado antes a verla y me sentía totalmente culpable. La tomé de las manos, le hablé con cariño.

–Señora, ahora que soy parte del servicio médico, me gustaría verla más a menudo para controlar su salud. Usted bien sabe que no he venido para esto, pero viendo el estado en el que se encuentra, me gustaría poder atenderla mejor, de ahora en adelante.

–Será un placer verte más a menudo, niña –sonrió–. Pero quiero hablarte de algo desde hace tiempo. Tengo la sensación de que estás en problemas. Hay una persona de la Corte, muy cercana a ti que no te quiere aquí. Aunque sospecho que eso ya lo sabes. Quiere acabar contigo. Deberías estar alerta...

–Lo sé.... de eso venía a hablar. No sé qué hacer –confesé como cuando le compartes un secreto a tu madre–. Ahora se encuentra en mal estado, de salud, me refiero.

–Ya. ¿Y crees que eso te libra?

Ahora me tomaba de la mano. Yo no lograba comprender por qué me quería ayudar, pero lo que estaba claro es que había una conexión entre ambas, y así lo sentí desde la primera vez que hablamos. Tenía la sensación de que sabía todo sobre mí. Incluso lo más inverosímil de mi vida, de mi antigua vida.

Sin que me diera casi cuenta me estaba leyendo las líneas de la mano y tirando unas piedras a un cazo. Me preguntaba cómo podría ella verlas, pero resultaron tener unos relieves que ella podía palpar.

Me volvió a decir que mi vida estaba marcada por un gran acontecimiento y que yo no debía estar ahí. Ni siquiera creo que ella lo entendiese pero qué más daba. Mi pasado, por mucho que lo echase de menos en ocasiones, no era lo importante en ese momento. Me estaba jugando mucho más: dejarme en manos de una enemiga o acabar yo antes con ella.

Estaba poniéndome nerviosa cuando vaticinó:

–Serás feliz con tu médico y tendrás muchos hijos que te darán mucha dicha. Él se marchará antes que tú, pero la felicidad que os habrá colmado será un bálsamo para tus días.

–Hijos... ¿yo? Yo no puedo tener hijos señora, no sé cómo explicarle. Pero no puedo –mi ginecólogo me había asegurado millones de veces que mi útero no funcionaba.

–Chiquilla, no juegues con los designios de Dios. Si él dice que vas a ser madre, serás madre. No sé cuáles serían tus circunstancias anteriores pero en

las actuales, tendrás camada.

–Pero, ¿cómo puede ser?

–Josephine, no me hagas explicarte los detalles. Me parece que los conoces de sobra. No obstante, pequeña... tengo que advertirte de nuevo. Tienes un alma negra que te persigue y que nada le causaría más felicidad de deshacerse de ti. Debes acabar con ella, antes de que ella acabe contigo. ¿Sabes de quién te hablo, verdad?

–Sí, claro que lo sé. Precisamente quería consultarle qué me pasaría si... acabo con su vida.

Las palabras se me antojaban extrañas pero estaba tan adaptada a mi nueva vida que las dije sin más.

–Sí, las consecuencias serán terribles. Es posible, casi seguro que sospechen de ti, pues eres su rival desde que llegaste. No auguro nada bueno para ti si tomas esa iniciativa.

–¿Y si no la tomo? ¿Me matará ella a mí?

–Lo intentará. Con todas sus fuerzas. Parece enferma, pero no lo está tanto. Está bajando la guardia en apariencia, pero tiene malas intenciones con ello. Pretende que tú te relajés y no mires tres veces lo que comes.

–¿Puedo pedirle consejo, sabia mujer?

–Mi consejo es que confíes en mí. Y de momento no hagas nada hasta que recibas un mensaje que te haré llegar de una forma u otra. ¿Podrás hacerlo?

–Sí. Pero mientras tanto tengo que guardarme las espaldas, ¿verdad?

–Procura que no te vean mucho en sus aposentos. No se lo pongas a mano. Yo te indicaré lo que has de hacer cuando sea el momento oportuno. Sigue con tu vida normal hasta entonces y sobre todo, que nadie te vea salir de aquí. Eso sí podría ser tu perdición.

Bajé con más cautela que nunca, incluso echándome en la cabeza el pañuelo que llevaba en el cuello, un regalo que me había hecho un cortesano cuando le paré una infección de una pierna.

Oía ruidos por la cocina, que estaba justo al bajar del torreón. No quería que nadie me viera salir y ahora dudaba si al entrar, alguien me había reconocido. Habían hecho cambios en la cocina y excepto la cocinera, yo ya no reconocía a nadie. Lo único que tenía que hacer era esquivar a Sarah, la cocinera.

Tuve que esperar unos veinte minutos hasta que no hubo nadie en las cocinas. Ya no tenía excusa para pasar por ahí pues con mi nueva condición tenía más de lo que podía desear, a mano. Y solo tenía que hacer sonar una

pequeña campana para que mi ayudante personal me trajera cualquier cosa que se me antojase.

Cuando llegué arriba, John estaba haciendo la ronda por las dependencias de los grandes nobles. Al no haberme encontrado es posible que hubiera decidido ir solo. Al fin y al cabo no había nadie enfermo que requiriese de dos personas para ninguna cura.

Me fui a mis aposentos y me senté en la cama a reflexionar sobre cómo podía esquivar a Anne, cuando la verdad era que yo la había estado cuidando y todo el mundo lo sabía.

De pronto, se me ocurrió una idea. Hacía muchísimo tiempo que no veía a Caroline y seguramente Sammy estaría muy mayor. Tenía ganas de verlos. Además, de vez en cuando tenía que ir a ver a mis padres y hermana, qué mejor excusa que esa para desaparecer de ahí unos días y alejarme de Anne. Me reventaba dejar a John solo y en manos, aunque enfermas, de mi contrincante; pero ese día de mi cumpleaños, decidí darme una bonita excursión de regalo. Así haría.

Octubre, Londres 2049

Alejandro miraba entusiasmado aquel lugar que le parecía sacado de una novela. Le había costado una barbaridad que le dieran permiso para buscar en aquel lugar los legajos que necesitaba para su tesis doctoral. Su sueño de dar clases en una gran Universidad, lo notaba cada vez más cerca. Incluso se veía a sí mismo en la London University, en aquellas clases magistrales que tanto le habían gustado el día que se coló con un amigo como oyente.

Ensimismado en sus pensamientos, mientras miraba aquella inmensa librería, con escaleras de madera para llegar a las estanterías más altas, no se quitaba la imagen de sí mismo ante un gran grupo de elegantes estudiantes.

Le gustaba aquella ciudad, aunque el tiempo fuera tan desapacible.

–Señor Álvarez, ¿me podría enseñar su pase? –preguntó el encargado de la vigilancia de la Biblioteca Nacional.

–Por supuesto, aquí la tiene –contestó Alejandro en su mejor inglés–. Puedo moverme con total libertad, ¿verdad? –dijo.

–Sí, este pase le da dos días completos para encontrar lo que sea que esté buscando. Podrá hacer las fotocopias aquí mismo porque, como entenderá, no está permitido sacar ningún documento ni por supuesto ningún libro fuera de este lugar.

–Sí, por supuesto, lo comprendo. ¡Jamás se me ocurriría semejante idea! –contestó indignado. Siempre le había gustado ser muy correcto y escasas veces se saltaba las normas.

–De acuerdo –le escudriñó de arriba abajo, con mirada de desaprobación.

Alejandro se alejó lentamente del caballero que seguramente le había cogido algo de manía porque llevaba meses intentando entrar y ya se habían enfrentado telefónicamente en varias ocasiones. Pensaba que por ser español y, no tan educado como él, inglés de Oxford, sentía cierta superioridad aún

siendo un simple bibliotecario, o como a Alejandro le gustaba llamarlo, el carcelero de libros.

Estaba como en un sueño. Aquella nueva biblioteca que habían reconstruido en Oxford, era el paraíso de los estudiosos, que no estudiantes, que pretendían llenar sus tesis doctorales con inmensa información del pasado. No sabía ni por dónde empezar, porque a pesar de tener un tema muy claro, sus tentaciones eran enormes y los temas por los que sentía curiosidad, bastante más variados que la específica tesis doctoral que había escogido.

Cuando ya llevaba muchas horas de búsqueda, moviendo las escaleras de un lado a otro, subiendo y bajando con un ansia poco propia en él, descubrió en una zona trasera de una de las estanterías principales, unos libros que parecían más viejos de lo normal. Muy, muy antiguos. Demasiado antiguos para haberse conservado bien. Casi se cae de la escalera al intentar mirar mejor, para ver de qué se trataba y sobre todo, porque quería saber si podría llegar hasta ellos. Quizás al día siguiente cuando ya hubiera terminado de recoger su información, podría echarle un vistazo a esa zona tan oscura y llena de polvo pero que ya no podía quitarse de la cabeza.

Se fue al hotel aquella tarde, con un montón de copias realizadas sobre su temática que ya le estaba pareciendo monótona pero que necesitaba para terminar su ansiada tesis.

Llamó a su padre desde su móvil holograma nuevo que estaba enganchado a su muñeca. Estaba preocupado por él, ya que desde bien pequeño, lo único que recordaba de su padre era que los médicos siempre hablaban de «depresión endógena». Su madre se había limitado a decirle que «papá no podía trabajar más en lo suyo» y poco a poco, Alejandro se fue dando cuenta de que apenas tenía ganas de vivir. Desde entonces, se acostumbró a estar pendiente de él y no pasaba más de dos días sin llamarle para saber su estado de salud mental.

Le habían contado una historia bastante inverosímil, y nunca la procesó suficiente como para tratarla con sus padres. Simplemente había aprendido a vivir con ello.

Cuando colgó el teléfono y se aseguró de que todo estaba bien, bajó a tomar algo al restaurante del hotel. No le apetecía pasar más frío y aquella noche ya predecía el inicio de un incipiente invierno. El cambio que el clima había experimentado en los últimos años también había afectado a Europa y había avanzado las temperaturas, de sus estaciones.

Casi cenó sin darse cuenta, pidió sin pensar y acabó con una infusión que

tampoco había escogido él. Como buen amante de los libros, estaba pensando cómo llegar hasta la librería escondida de la biblioteca en la que apenas le quedaban unas horas al día siguiente para investigar.

Con los brazos detrás de la cabeza y mirando al techo, siguió pensando en esos libros tan viejos que había descubierto. Y así, se durmió.

Al día siguiente sobre las ocho de la mañana, ya estaba en la puerta de la biblioteca. Pensó que si solo le quedaba ese día, y aún no había terminado con su búsqueda, difícilmente podría dedicarle algo de tiempo a echar un vistazo en la parte de atrás.

Cuando el carcelero le abrió, parecía más despejado de lo que una persona puede estar a esas horas. Pensó en la vida tan tranquila que debía tener ese hombre. Y sin dudarle, le ofreció el té que le había traído del Starbucks, para ganarse su confianza un poco más.

Cuando se puso a buscar de nuevo sus legajos e información varia, encontró detrás de la fotocopidora una escalera vieja y raída, pero que parecía estable. Pensó que eso bastaría para llegar a la parte alta de estantería que contenía otro tipo de libros, mucho más antiguos y que sin duda no estaba al alcance de nadie que entrase en el lugar. No tenía zona de fácil acceso, y eso aún le daba un punto de misterio que Alejandro no pensaba dejar pasar. Lo único que podía hacerle saltarse las normas, eran sin duda alguna, los libros.

Miró de reojo al carcelero y vio que aún seguía deleitándose con el té que le había traído. Cogió la escalera, dejando antes sus papeles, y sigilosamente se acercó a la estantería escondida. La abrió y subió lentamente por las tablas de madera que crujían a cada movimiento de sus pies. Pero no quiso parar. Siempre podría buscar una excusa rápida, su pase temporal le proporcionaba cierta seguridad.

Llegó a los libros llenos de polvo, preciosos a su vista, como pequeños tesoros. No daba crédito de que aún sus páginas no se hubieran deshecho. Algunos estaban plastificados pero otros mantenían su mal estado.

Sin que ni él mismo se diera cuenta de qué estaba mirando exactamente, su mano se acercó a un gran libro de tapa semidura, que estaba atado con una cuerda de esparto, con varias vueltas. Le llamó la atención que fuera tan gordo y por eso sus manos fueron directas hasta él.

Lo cogió y, sin pensárselo dos veces, volvió a bajar de la escalera con mucho cuidado de no caer, con el libro viejo y empolvado, en una de sus manos. Con la otra, asía el borde de la escalera.

Estaba tan emocionado que se sintió cual niño abriendo su primer regalo de Reyes. Se sentó en el suelo para evitar ser visto por el vigilante y con sumo cuidado, empezó a desenredar las cuerdas que lo mantenían cerrado. Poco a poco, llegó al final y la cuerda se partió en dos. Se quedó con el libro abierto y mucha angustia por haber roto una parte del pasado.

No pudo más que empezar a leer:

13 de abril de 2013

«Justo en el mismo instante en el que creí que mi vida tenía un sentido relativo –por no decir ninguno– me crucé con algo que cambió mi vida.

Para los Mayas, en diciembre del año 2012 el mundo tendría que haberse acabado según las incontables profecías encontradas entre sus ruinas...»

Alejandro no salía de su estupor. La simple vista de esas hojas amarillentas, rotas, en algunas partes casi ilegibles, combinadas con una fecha y una escritura del siglo XXI, le dejó totalmente paralizado.

Tenía que llevarse ese escrito. No podía leerlo allí porque no lo acabaría rápidamente y porque tenía que analizar los detalles de ambas circunstancias que no tenían ningún sentido. Absolutamente ninguno. Esa fecha más cercana a la suya, con unos documentos que parecían salidos de la mismísima Edad Media. Empezó a temblar, le bajó la temperatura corporal y casi se le resbaló el libro de las manos. Se apoyó en el suelo, sentado, sin darse cuenta se había escurrido hasta abajo y así se quedó unos minutos sin apenas saber qué hacer.

Sabía que no iba a desmayarse pero sí notaba cómo recobraba poco a poco el sentido, como si lo hubiera perdido unos segundos. Las manos, menos entumecidas que antes, se aferraban ya al escrito de una forma cuidadosa pero segura. Tenía que pensar rápido cómo podía llevarse el documento de ese lugar sagrado y sumamente custodiado.

Se acercó a la fotocopidora una vez pudo ponerse en pie, pero ya no se acordaba de los papeles que se tenía que llevar para su tesis. Ni tampoco le importaban ya demasiado, dadas las nuevas circunstancias. Recogió todo lo que tenía y con mucho cuidado introdujo el escrito en su bolsa verde oscuro, de estudiante universitario. Estaba temblando pues para entrar había tenido que pasar todas sus pertenencias por una máquina de rayos X, regla que se había puesto en el mundo entero después de los atentados acontecidos

durante los años anteriores, incluso para entrar en los grandes supermercados y grandes superficies. Estaba seguro que el carcelero de libros, que se tomaba muy en serio su trabajo, encontraría fácilmente lo que se estaba llevando, que podía tener más valor incluso que un cuadro de Velázquez.

Se le ocurrió, antes de meter el documento en su bolsa, sacar la cinta de esparto así que acabó de romperla. Si en la máquina se veían papeles podría justificarlo con sus fotocopias, pero si se vislumbraba algo que no tenía que ver con un simple papel copiado, el riesgo era mucho mayor. Y él no era hombre de riesgos, por eso, notó que volvía a temblar.

Intentó hacer algo más de tiempo pues no había estado suplicando un pase para una recopilación de datos de dos días, para marcharse en apenas un día y medio.

Después de una hora, con un disimulado interés por otras estanterías y libros, decidió que ya era hora de irse al hotel. Fingió un dolor repentino de cabeza y empezó a masajearse la sien a la vista del vigilante. Así, la excusa cobraría más realismo cuando se despidiese antes de tiempo.

Lentamente, se acercó a la salida.

–¿Ya se marcha, caballero? –dijo el vigilante con cara de asombro.

–Sí, es que me ha venido una de mis migrañas legendarias y no me puedo quedar más. No obstante, creo que ya tengo documentación suficiente para mi tesis, no sabe cuánto le agradezco la ayuda prestada...

–Sí, perdone, si es tan amable de poner la bolsa en la cinta –dijo el carcelero de libros mientras seguía con atención la historia de la migraña de Alejandro.

Alejandro contenía la respiración y se tocaba la cabeza con más fuerza e insistencia como para llamar la atención del vigilante y que no mirase el contenido de la bolsa con demasiado interés.

El vigilante dejó de mirarle unos instantes para fijar la vista en la televisión del escáner. Pareció detenerse unos segundos y cuando Alejandro pensó que sería algo rutinario, le dio al botón de parada.

Miró a Alejandro fijamente y de nuevo a la máquina.

–Chico, se diría que te has llevado un buen montón de papeles. Pero no he oído la fotocopidora tanto tiempo –observó.

Alejandro no había contado con eso y no pudo más que intentar dejar de temblar. Ni siquiera contestó, le miró con cara de pena o de dolor de cabeza fingido, y levantó los hombros como si no fuera problema suyo el que no

hubiera oído la máquina aquel hombre.

–Está bien. Te llevas un buen fajo de papeles, aunque también veo que hay un libro...

–No es un libro, es un diario de mi tesis. Lo he entrado esta mañana, pero con el té, no se habrá dado cuenta. Si quiere, se la enseño –contestó de pronto Alejandro, resuelto a que esa estrategia era la que mejor le funcionaba con la policía cuando iba en coche. Si bajaba la ventanilla y miraba a los agentes a los ojos directamente sin nada que esconder, ellos le dejaban pasar siempre sin llegar a mayores–. Si se me pasa un poco la migraña, volveré un rato esta tarde –sonrió.

El carcelero de libros pareció medio convencido, pues esa mañana era cierto que no había puesto mucho interés en revisar el escáner. Volvió a mirar a Alejandro escudriñando su mirada como si estuviera haciendo un tercer grado pero sin mediar palabra. Hasta que finalmente, convencido de su inocencia porque un culpable no volvería al lugar del crimen, le hizo un gesto con la mirada, que indicaba que podía recoger su bolsa y salir.

Alejandro nunca supo si sus sospechas eran reales, porque notó en la mirada del carcelero vigilante, cierta mueca de camaradería. Quizás sabía que se estaba llevando algo, pero que tenía intención de devolverlo más tarde.

Volaba, que no caminaba, por las calles de Oxford. Sus zancadas hacia el hotel estaban llenas de una energía que superaba a su entendimiento, pues él siempre había sido una persona calmada y tranquila. El corazón le iba más rápido incluso que sus piernas.

Llegó al hotel, subió rápidamente a su habitación sin darse apenas cuenta de lo que sucedía a su alrededor y, tiró su chaqueta al suelo y se sentó en la cama, con su tesoro en los brazos.

Cuando abrió de nuevo el libro, se metió de lleno en esos papeles que apenas se aguantaban hilados de una forma muy antigua, pero que se sostenían juntos:

« Sr. Álvarez –quise saber como simple curiosidad–. ¿Sabe usted algo de las regresiones? ¿Es cierto que se hacen a través de hipnosis? ¿Ha hecho usted regresiones alguna vez?...»

Según avanzaba en la lectura se le iba paralizando el cuerpo, sus latidos y sus pensamientos. No daba crédito a lo que estaba leyendo, pero sí, en el fondo de su corazón, estaba empezando a entenderlo todo. Su padre, el doctor

Álvarez, un joven psicólogo que estaba en lo mejor de su carrera, se había visto envuelto en un terrible suceso. Lo sabía porque a pesar de no querer preguntar mucho, la historia en su casa les había atormentado a todos durante muchos años. Y aunque se lo habían escondido, con el paso de los años, había acabado conociendo la historia. Primero, de una forma lejana. Una paciente joven, una desaparición. Posteriormente había sabido que su padre estaba involucrado de alguna forma, pues era paciente suya. Recordaba años de entrar y salir señores de uniforme, que a él le parecían policías y aunque al principio tenía miedo de verlos en su casa, se le fueron haciendo cada vez más conocidos, porque venían en son de paz. Hasta se tomaban café en casa con su madre, sentada en la mesa de la cocina.

La historia que estaba leyendo se le hacía tremendamente familiar, y el nombre de su padre aparecía de la misma forma que el resto de la historia que, poco a poco iba recordando mejor.

Por un momento pensó que era una broma. Que en realidad ese libro no tenía más de quinientos años y que alguien que había conocido por la televisión esa historia, podía haber escrito un libro de ella. Pero a tenor de lo que estaba viendo con sus propios ojos, los papeles que parecían deshacerse en sus manos cuanto más los tocaba, la tinta y el color amarillento anaranjado del papel, la tapa del cuaderno hecha con cuero de animal... así poco a poco fue entendiendo que eso no podía haber sido escrito a posteriori.

No recordaba cómo había salido del hotel cual rayo para coger un taxi hacia la estación de tren de Oxford y llegar a Londres en unas horas. Tomar de nuevo un taxi al aeropuerto y plantarse el mismo día, a las once y cincuenta de la noche, en Barcelona.

No pasó por su casa, guardaba siempre entre sus pertenencias más estrechas, unas llaves de casa de sus padres. Fue directo hacia allí y se quedó dormido en el sofá del salón para no hacer ruido y despertar a sus progenitores con más susto que otra cosa.

Aquella mañana, una vez hubo preparado café y tostadas, la cara de su madre estaba llena de asombro y perplejidad pues sabía que Alejandro tenía la intención de quedarse unos días más en Londres, después de sus incursiones por diversas bibliotecas del país para avanzar en su tesis.

–¡Cariño! ¿Qué haces aquí?

–Buenos días, mamá. Se ha dado un giro inesperado de acontecimientos y he tenido que volver antes de lo previsto. ¿Café? He hecho tostadas.

–Sí gracias, ponme un poco de café.

–¿Papá aún duerme? –dijo Alejandro mientras servía café a su madre.

–Sí cielo, ya sabes que se duerme tarde. Sigue sin poder conciliar el sueño hasta altas horas de la madrugada. Lo que me extraña es que ayer no te oyese llegar.

–Bueno, procuré no hacer nada de ruido, pero sí, yo también pensé que le encontraría despierto.

–Cariño, ¿qué es eso?

Alejandro había dejado el libro viejo encima de la mesa, al lado del café y las tostadas, suficientemente alejado para que no se manchara.

–Mamá, antes de contarte lo que es, debo hacerte algunas preguntas sobre papá.

–Uy hijo, yo ya estoy muy cansada de tu padre. Es como tener un bebé que no ha querido crecer. ¿Qué quieres saber exactamente? Si te lo quieres llevar a tu casa a vivir, sabes que no has de preguntar –dijo con cierta sorna y media sonrisa.

–He encontrado algo que puede devolverle a papá la esperanza. No obstante, es tan inverosímil que no sé ni cómo explicártelo. Pero claro, necesito saber más sobre aquella paciente que desapareció. El día en el que a papá se le acabó la vida.

El doctor Álvarez apenas había podido volver a tratar a nadie. Después de varios años de depresión, le habían dado la baja permanente y desde entonces había pasado sus días acostado en la cama y sin apenas salir. Alejandro había crecido viendo a su padre así, por lo que pensó que podía ser algo normal de los padres. Hasta que conocía al padre de algún amigo que viajaba por negocios, llegaba tarde a casa y tenía una vida la mar de interesante, y entonces entendía que su padre no estaba bien.

Su madre había vivido un infierno, que le había ocultado bastante bien hasta que fue un adolescente, y siempre le estaría agradecido a ella por eso. Había tenido que cambiar de trabajo, de media jornada a jornada completa en unas oficinas de abogados de alto standing, en las que ejercía de secretaria pero que pagaban mucho mejor... a cambio de estar disponible hasta altas horas de la noche y muchos fines de semana.

Él se había puesto a trabajar desde bien joven, dando clases a niños e incluso como azafato de congresos, porque sabía que no le podía pedir nada a su madre. Se costeó sus propios estudios en una universidad pública, siendo su sueño poder acabar dando clases en una universidad privada, para lo que se estaba preparando desde hacía años con su doctorado.

El acontecimiento de Julia, la paciente desaparecida, había cambiado no solo la vida de los padres de esta y su entorno, sino también a su propia familia. Alejandro había sido consciente de ello cuanto más crecía. Ahora, tenía en sus manos algo que no por inverosímil impedía que fuera cierto.

Al terminar de contar a su madre la historia que había leído y que traía consigo, la madre de Alejandro rompió a llorar en silencio. Aferrada a su taza de café, no sabía qué pensar. Para que pudiera verlo con sus propios ojos, su hijo había abierto las primeras páginas y le había enseñado las fechas de las que hablaba la chica, la hipnosis que hizo y el nombre del terapeuta.

El corazón le iba a mil por hora y Alejandro la cogió de las manos con fuerza y se levantó para acercarse y abrazarla.

–Buenos días, hijo. ¿No se suponía que estabas en Londres o en Oxford? ¿Qué haces aquí y tan temprano?

Cuando el padre de Alejandro, sentado en el sofá en el que le habían acomodado entre los dos, acabó de leer el libro que tenía entre manos, se quedó durante un buen rato en estado de shock. Su familia, esa mujer hermosa que le había aguantado tantos años de penurias materiales y emocionales, lo miraba con el mismo cariño de siempre. Alejandro esperaba que él dijera la primera palabra.

–Así que no desapareció del todo, al fin y al cabo. Cambió de dimensión.

–Lo dices como si fuera algo sencillo, papá.

–Hijo, lo que ocurrió allí ese día solo lo sé yo. Esa mujer se volatilizó. Y punto. No se la llevó nadie. No salió por la puerta, no la vieron las cámaras y yo la tenía delante justo antes de desaparecer. Lo que acabo de leer es lo que tiene más sentido de todo lo que he oído en estos cuarenta años de infierno. Ya soy un viejo, pero si esto es cierto, los padres de Julia deben estar aún vivos. Debemos encontrarlos cuanto antes.

Y así fue cómo aquel día, un martes cualquiera, por primera vez en años, Alejandro vio cómo su padre se arreglaba por decisión propia y buscaba su ropa eligiéndola con cautela, para parecer menos mayor y una persona respetable. Después de una hora de acicalamiento familiar, salieron los tres en busca de la familia de Julia.

Tenían los datos guardados de todo el proceso en una caja de cartón que la madre de Julia había resguardado del paso del tiempo, cuando la Policía se había cansado de visitarlos para hacerles siempre las mismas preguntas. Mientras los hombres de la casa se duchaban, ella había buscado los nombres de los policías que llevaron el caso, probablemente jubilados, los detectives

privados contratados por los padres de Julia y, finalmente, los teléfonos y direcciones de Santiago, el hermano mayor de Julia y sus padres.

Alejandro decidió que sería más fácil hablar con Santiago, porque la noticia podía ser del todo impactante para dos personas que si aún vivían, podrían ser muy mayores. El sabía la mejor manera de transmitir a sus padres la nueva situación. Quedaron con él en una cafetería cercana, pues Santiago se había mostrado reticente a volver a remover el pasado.

Apareció unos minutos más tarde de lo acordado, con lo que debía ser una de sus nietas, en un cochecito de bebé.

–Lo siento, me tocaba cuidarla a mí. La prejubilación me está saliendo cara.

Alejandro calculó que debía tener unos sesenta y cuatro años aproximadamente. Una nueva juventud decían, porque ahora lo normal era vivir hasta los cien desde que el cáncer había sido prácticamente erradicado gracias a una detección precoz en sangre descubierta en 2018.

–Se levantaron todos para darse los saludos de rigor y compromiso; aunque Santiago no pudo evitar abrazar a la madre de Alejandro, porque en su cara se notaba que su sufrimiento había estado de alguna forma, muy unido.

–Os presento a la pequeña de la casa. Su nombre es Julia. Aunque mi mujer francesa la llama Juliette, los niños July y sus padres, Julieta. Pero es Julia, ya sabéis... en honor a mi hermana.

Los tres se miraron los unos a los otros y Santiago se quedó algo preocupado.

–Tenemos algo que queremos que tengas en tu poder. Es tuyo y te pertenece.

–¿De qué se trata?

–No va a ser fácil que lo comprendas y por eso no te vamos a explicar nada ahora ni aquí.

Mientras su padre hablaba, Alejandro sacó de una bonita carpeta, que su madre le había dado, el escrito que había encontrado en Oxford. Y continuó:

–Estuve ayer y anteayer en una biblioteca nueva que han construido, la mayor y mejor que existe hoy en día en el mundo y que recopila prácticamente todas las maravillas de la escritura. Estaba buscando legajos y documentación para mi tesis doctoral cuando me encontré con una librería escondida y a la que no se podía llegar normalmente. Fuera del alcance de los curiosos. Pero conseguí alzarme y llegar a ver las maravillas que ahí se veían.

No me preguntes cómo pero mis manos fueron prácticamente solas a parar encima de esta hermosura, que estaba atada con una cuerda de esparto. Espero que me perdones porque tuve que cortarla para poder escapar con el documento en mi bolsa. Los escáneres... ya sabes.

–Santiago ya tenía el libro delante y cuando quiso abrirlo, la niña se puso a llorar repentinamente, lo que le hizo dejar de tocar la tapa y poner ambas manos en el carrito para moverlo.

–Como ya te hemos comentado, preferiríamos que te lo llevaras a tu casa y que cuando tengas un rato largo y tranquilo para ti, lo leas. Nos gustaría que se lo hagas llegar a tus padres, que esperamos que vivan aún, cuándo y cómo lo consideres oportuno.

–Está bien, parece que la pequeña Julia no me va a dejar ver nada ahora, debe ser su tiempo para comer. Si no os importa, me llevo el libro y la niña ya a casa que tengo muchas cosas que hacer hoy. Me toca hacer la comida para todos los nietos que vienen a comer.

Y así, se acabó la historia para la familia Álvarez, que por primera vez se sentía entera y animada. Brindaron con los cafés con un: «¡Por Julia!». Al salir de la cafetería, Alejandro vio como sus padres se cogían de la mano, él la besaba en la mejilla y le decía algo al oído.

–Alex, cariño –hacía tiempo que su padre no le llamaba Alex, sino simplemente «hijo»–, si no te importa, tu madre y yo vamos a ir a dar un paseo por ese parque tan bonito que han hecho nuevo y luego quiero ir a ver la Sagrada Familia, parece que han terminado otra de las partes y me apetece verla.

Él sonrió a sus padres, que de repente se habían convertido en dos adolescentes y paró en seco, para seguir por otro camino. Pero por primera vez en la vida, se sentía feliz.

Santiago seguía leyendo sin apenas parar para pensar. Estaba atónito, como pegado a esas páginas, a su hermana. Jamás había dudado de que eso había sido así, aunque con el paso de los años, las investigaciones y sus visitas a Suecia se fueron espaciando hasta desaparecer. Por mucho que siguiera oyendo al paciente X, las noticias que volvió a tener de ella fueron escasas. Si ese hombre vivió en otra vida en la misma época que su hermana, nunca volvió a coincidir con ella.

Los padres de Santi nunca acabaron de creer la historia, eran cristianos que no aceptaban que las almas pudieran volver a la Tierra a lo que algunos

consideraban como una purificación del alma. Pero él, joven y de pensamiento abierto, nunca dudó.

Levantó la vista un segundo para descansarla y de nuevo se volvió a quedar inmerso en la lectura:

23 de octubre de 1686

«John ya sabe que me voy varias semanas a la ciudad con los míos y le ha parecido bien. Dice que me echará de menos pero está demasiado ocupado para eso. Y yo demasiado obsesionada por salir de ahí, haciendo caso a la vieja invidente. Algo me decía que mi vida corría peligro así que el día de mi marcha me hizo llegar una pequeña nota a través de una de las chicas nuevas de la cocina alegando que se encontraba enferma y era algo íntimo. Sabiendo que esta niña no sabía leer, ambas estábamos más tranquilas. La nota decía: «haces bien en partir de aquí. Ni yo misma hubiera podido escoger mejor excusa. Ve con cuidado y no te metas en problemas. No vuelvas hasta que las cosas sucedan».

Tu abuela invidente

No entiendo bien sus palabras. ¿Qué tenía que suceder para que yo volviera? Sin más dilación me preparé un bonito baúl y le envié una nota a Caroline para que me dejase pasar unos días en su casa. Así tendría también la posibilidad de pasarme por los centros hospitalarios, si se les podía llamar así, que he habíamos fundado John y yo. Necesitan siempre cierto control porque en este siglo las cosas no son nada fáciles. Si se acaban los vendajes o ciertos medicamentos, a veces no nos avisan para que organicemos que les puedan volver a llegar.

Me auto-convencí que mi viaje era necesario.

Al despedirme de Anne, ya con mi ropa de viaje puesta, se quedó bastante sorprendida. Aún estaba muy débil, pero después de lo que me dijo mi anciana, yo no me acababa de creer que tuviera algo serio. Aun así, me miró y me dijo que si estaba huyendo de la realidad. No la contesté. Le acaricié la mano y me marché.

La semana que pasé con Caroline y Sammy fue fantástica. Recordamos nuestras aventuras de los primeros días juntas y ella era la única persona que sabía en qué estado me encontraba yo cuando aparecí aquí. Esa especie de secreto nos hacía íntimas. Sammy estaba ya hecho todo un niño, debido a que

era más alto de lo normal. Ya caminaba y lo hacía con una gracia espectacular. Curiosamente me reconocía bastante bien a pesar de que no nos habíamos visto demasiado.

Estuve haciendo ronda por nuestros hospitales, los dos que habíamos abierto nosotros, y me gustaba ver cómo se me respetaba cuando los trabajadores que ahí teníamos contratados, me veían llegar. Me pusieron al día de las novedades, ni rastro de peste, más infecciones de oído de lo normal y los catarros de siempre, que en la mayoría de los casos se convertían en neumonía. Eso causaba estragos entre nuestros mayores, porque el antibiótico no es algo que aquí podamos usar.

Después de varios días de rondas hospitalarias, algún curso de formación que les di (sobre las novedades que habíamos descubierto en nuestro laboratorio sobre curas y vendajes) y las risas de mi amiga Caroline, los días fueron pasando alegremente. Fui a comer a casa de «Padres», avisando con dos días de antelación. Mi hermana ya a cargo de la panadería había optado por casarse con un vecino que conocíamos, por lo visto, de toda la vida. Entre los dos llevaban la panadería.

Tardé algo más en volver a Palacio, a mi vida de lujos con John. No sé por qué me sentía mucho más a gusto en la ciudad. A pesar de haber sido apresada no muy lejos de ahí (todavía se me retuercen las tripas al pensarlo), me sentía más segura con Caroline. En Palacio todo eran intrigas y, a pesar de querer mantenerme al margen dedicándome a mi amado y a la Medicina, me di cuenta de que durante un año entero y eterno, mi vida había estado corriendo peligro. La amable Anne, por lo que había ido sabiendo de ella, había sido una niña bastante malvada y finalmente sus padres la abandonaron siendo aún ella muy niña. Aprendió a portarse bien con su benefactor pero me decían las malas lenguas de las cocinas de Palacio, que era en dónde mejor se sabía todo, que no era una mujer en la que se pudiera confiar. Que tenía mucho rencor acumulado. Y yo me había puesto demasiado en medio de su camino.

Cuando pasados dos meses volví a Palacio, el panorama que me encontré fue devastador.

Anne había aparecido muerta y no precisamente en su cama plácidamente. Al parecer, a mi marcha recuperó la salud casi al instante. Y al enterarse de mis retrasos constantes en volver, fue tejiendo su hilo frente a John cada vez más enredado. Así fue como, al necesitar John ayuda en el consultorio con

los pacientes, la había dejado entrar y ayudar en varias ocasiones; y fue en una de esos momentos en los que después de un largo día de trabajo, el doctor John se la encontró tirada en el suelo a la mañana siguiente. Parece que había sido envenenada.

Supe instantáneamente que, de haber estado yo ahí, mis huesos ya habrían dado con la celda de nuevo. El entorno era el mío y el desamor que nos profesábamos esa mujer y yo, obvio a la vista del más ciego.

El primero que fue acusado fue John. En cuanto el carruaje que me llevó de vuelta paró en el centro del patio, una de las sirvientas la que mejor y más me quería, vino a ponerme sobre aviso de todo lo acontecido. Me entró miedo y una taquicardia terrible, creía que me desmayaba ahí mismo. Luego pensé con claridad. ¿Qué pueden tener contra él?

Después de un juicio interno en Palacio, de largos meses de espera y sufrimiento y sin pruebas incriminatorias en su contra, los Lords ingleses decidieron dejarle libre y volver a ejercer su profesión. No obstante, recibió un severo castigo, por permitir que alguien muriese ya bien fuese un descuido o una venganza, en sus dependencias médicas, por no tener sus medicinas bajo llave y a la vista de cualquiera. El Rey no pudo oponerse a pesar de que siempre había mantenido a John bajo su protección. Los Lords eran muy persuasivos y en esos tiempos en los que el poder cambiaba de mano cual caprichoso destino, la realidad era que no podía contrariar a nadie. Contrató a otro médico y John y yo tuvimos que preparar nuestra marcha.

Así que aquí me hallo, en unas dependencias de nuestra pequeña casita en el centro de Londres. Estoy ilusionada porque por el momento y, aunque lo utilizamos como consulta para la gente del pueblo, en la parte de arriba hemos habilitado dos habitaciones para nosotros. Son algo pequeñas en comparación con las dependencias de Palacio, pero yo me siento muy a gusto.

Antes de mi marcha, volví a ver a mi abuela invidente, como me había acostumbrado a llamarla. Durante el tiempo que duró el juicio de John la fui a ver a menudo, con excusas relativas a su salud. En una de las veces, le pregunté quién, a parte de mí misma, querría quitarle la vida a una persona inocente.

–Querida niña –todavía me llamaba niña– a veces, uno tiene que hacer cosas que deben ser hechas. Yo no creo en el infierno, pero si he de ir allí por mis actos, así sea.

Me quedé atónita. Me estaba declarando su culpabilidad.

–¿Pero qué has hecho? –espeté de golpe–. ¿Has sido... tú?

–Mi vida ya poco sentido tiene, cariño. Siempre he sido repudiada por ciega y Anne era una de las personas que peor me trataba. Así que digamos que lo he hecho por ambas. Me trataba mal y no venía nunca a curarme, a pesar de que yo mandaba mensaje al doctor. Supongo que interceptaba mis misivas de alguna forma y nunca le llegaban mis reclamos a John. Debido a esa circunstancia, he estado muchas veces enferma y cuando finalmente quise saber más cosas, la cocinera me confesó que Anne le había dicho que solo me subieran las sobras. Que me iría bien comer menos para mejorar mi ceguera. Así lo hizo durante un tiempo, creyéndose el embuste; más finalmente acababa trayéndome comida en mejor estado y más abundante. Siempre me decía:

–Señora, como ya está ciega no creo que un poco de comida más le haga ningún daño.

–Y así pude sobrevivir. Y esa muchacha tenía más planes para ti, mi niña. De lo contrario, no me habría aventurado a morir bajo una hoja afilada. O quemada por bruja –en ese momento se me pusieron los pelos como escarpas.

–Y, ¿cómo fue?, ¡sí puedo saberlo!

–Muchacha, no sois solo vosotros los que tenéis ungüentos y bebidas que pueden matar caballos –rio.

–¿Cómo le diste el brebaje? ¿Sufrió? –quise saber.

–Eso no te concierne. Lo hecho, hecho está y no has de saber más pues podría poner en riesgo tu vida más de lo que ya he hecho confesándote la verdad.

–¡Pero si me concierne si culpan a John!

–John saldrá inocente. Lo dicen mis piedras. Así que no sufras más y ve tranquila.

Y así, entre charla y charla sobre el por qué, el cuándo y el cómo, pasaba algunas de mis tardes mientras duraba el juicio de John, que a su vez permanecía en una de las mazmorras del castillo hasta que finalizase su juicio.

Con el tiempo y por algunas incongruencias obvias del relato, llegué a pensar que John sí que había tenido algo que ver con la muerte de Anne. Pero como fuera absuelto finalmente, no quise ser yo quién pusiera una barrera de desconfianza entre nosotros.

Santiago no se levantaba ni para beber agua, a pesar de que tenía la

garganta muy seca y el corazón acelerado.

De vez en cuando cambiaba de postura pero no soltaba el escrito ni por un momento.

Septiembre de 1720

«Estoy enferma. Muy enferma. Creo que debe ser una pulmonía y aún no tengo los remedios suficientes para superarla. Desde que vine aquí, sabía que el frío, que nunca había tolerado bien, acabaría conmigo.

–Hijos míos –vuestro padre murió hace ya tiempo, pero no habéis dejado de crecer y haceros grandes personas. Tengo que hablaros de algo importante.

–Dinos, madre –dijeron casi al unísono–. Tenía dos chicos tan guapos como su padre y una chica hermosa por dentro, ya que por fuera la belleza era la mía, bastante vulgar pero suficiente.

–Pretendía continuar con este escrito, que no se ni cuándo lo comencé, para poder conectar de alguna forma con los míos, en algún momento.

Se miraron intrigados.

–Madre, ¿este es el escrito que tan fervientemente has guardado entre tus pertenencias? ¿Aquel que en nuestros juegos intentábamos conquistar cual mapa del tesoro?

–Sí, ¡y cuántas veces os castigué cuando os acercabais a él! –reímos todos.

–Os tengo que contar quién soy, hijos míos. Y os dejaré el legado más importante de toda mi vida. Y debería serlo también de la vuestra.

Cuando acabé el relato, mis hijos se habían quedado petrificados. Marjory, John Jr. y Nicholas parecía estatuas. Nunca las había referido nada sobre mi vida anterior pues parecía tan inverosímil que nunca encontré el momento. Igual que a su padre, aunque no entendía por qué tenía yo tanta información sobre medicina novedosa que no se había descubierto aún. Con esa ventaja jugábamos ambos a la hora de tratar a los pacientes y así nuestra consulta se había llenado siempre hasta los topes. Los ricos pagaban y los pobres no. Así lo habíamos decidido, por lo que siempre fuimos una familia muy querida.

–No os estoy pidiendo que lo entendáis, pues es hartó difícil. Únicamente os pido guardéis estas letras a buen recaudo como he estado haciendo yo toda la vida, y que cuando sea la hora, la traspaséis a vuestros hijos. Y estos, a su vez, a sus hijos. Y así sucesivamente. No sé lo que acabará ocurriendo con él pero necesito saber que aún guardo cierta conexión con el futuro. Esos son mis últimos deseos y por eso os pido que me juréis aquí y ahora, que así se

cumplirá mi última voluntad.

–Madre... –dijo finalmente Marjory–, ¡no diga eso!, usted no va a morir aún.

–Hija mía, llevo ya varios días postrada en esta cama y me conozco los síntomas y cómo acaban. Ya me he tratado con todo lo que sé, de este tiempo, y de mi tiempo. Y nada ha dado resultado. He tenido una vida plena, vuestro padre me ha hecho muy feliz y vosotros habéis sido mis desvelos y mis alegrías al mismo tiempo. Os digo que no sé si hubiera sido tan feliz de haber continuado en mi siglo.

–¿Por qué lo dice, madre? –dijo Nicolás, el más pequeño y el más sensible e inteligente.

–Pues porque en mi siglo aún no había conocido varón. Mi médico me aseguró que no podría tener hijos porque no tenía bien el útero y mi vida era realmente insulsa. Aquí he conocido el amor puro y verdadero y la maternidad, cosa que seguramente no hubiera podido conseguir allí. Y, aunque solo Dios sabe por qué me sucedió esta cruel chanza, no me arrepiento de nada pues vosotros sois la muestra viviente de que mi vida ha sido hermosa.

–Madre, ¿y su familia? Quiero decir, sus padres de verdad... –Marjory era fuerte y resuelta pero también muy sensible. Le caía una tímida lágrima por las mejillas.

–Nunca he querido ni podido pensar demasiado en ellos porque la pena ha sido siempre inmensa. En algunos tiempos hubiera dado un ojo por tenerlos a mi lado y poder abrazarlos. Tenía un hermano, ¿sabíais?

–¿En serio? –dijeron casi al unísono.

–Sí, ¡por supuesto! Su nombre era Santiago. Estuve a punto de ponerlos su nombre a alguno de vosotros pero era demasiado doloroso. Así que alejé todo lo que pude su recuerdo. Pero ahora que estoy al borde de encontrarme con el Divino, ya puedo volver a pensar en él. Quizás nos encontremos algún día en algún lugar.

Ahora les he pedido que me dejen descansar. Mis acongojados hijos han firmado un papel con el único testimonio del crucifijo que desde hacía años tengo encima de la cama. Han jurado con la mano en la Biblia que cumplirían el legado que les había encomendado y yo puedo descansar tranquila. Les he pedido que me dejen descansar, pero en realidad quiero apuntalar algunos datos que a buen seguro me he saltado pues los años más bonitos, me han hecho olvidarme de la pluma y el papel. No obstante, ya es tiempo de que

acabe de contar mi pequeña historia.»

Santiago volvió a cambiar de postura, quizás porque esa fase final de la historia quería disfrutarla de otra manera. Poco a poco su mente había aceptado la realidad de lo que leía y eso le hacía sentirse mejor. Seguía encerrado en su despacho ajeno al alboroto que sus pequeños y redondos nietos hacían en la salita. Sus padres habían venido a recogerlos después de trabajar y como algunas veces pasaba, querían quedarse a cenar. Marianne, su ya no tan joven pero igual de bella esposa, se encargaba de todos como si nada. Con su habilidad para seguir camelandando a cualquier persona con la que trataba, con su buen humor y su sonrisa. La oyó canturrear a uno de los niños, mientras preguntaba quién quería quedarse a cenar. Mientras tanto, iba dando evasivas a la pregunta de «¿Dónde está papá?», para que nadie le interrumpiera pues, como siempre, había intuido que algo importante sucedía.

Cerró los ojos antes de continuar, imaginaba a su hermana con unos sesenta años, en su lecho de muerte.

La pedida

«El mismo año que nos trasladamos a la ciudad, John y yo teníamos una relación muy bonita. Sabíamos que nuestro amor era mutuo y en cualquier momento en que teníamos ocasión, acercábamos nuestras manos, nuestro cuerpo, para notar que seguía existiendo una llama. Al empezar a vivir en el mismo lugar sin estar unidos en matrimonio, los primeros meses fuimos la comidilla de esa parte de la ciudad. No obstante a nosotros nos parecía una aventura. Yo me había declarado protestante desde que se estableció de nuevo como la religión mayoritaria; pero John, que tenía raíces moriscas muy claras, tuvo que bautizarse. Así pues, con la ayuda del sacerdote de nuestra iglesia, pudimos realizar ambos trámites el mismo día.

Afortunadamente, Londres por aquella época ya estaba muy avanzada, y tanto la industria como mejoras como el ferrocarril, estaban claramente a la orden del día. La ciudad avanzaba incansable hacia lo que todos denominaban como «modernidad».

El día de la pedida, estábamos acabando de trabajar en la consulta. Había sido un día muy duro con más pacientes de lo normal. Aun así, a los dos nos llenaba mucho el trabajo y ni siquiera nos dimos cuenta de la hora. Apenas teníamos tiempo de estar juntos a solas. A la hora de comer nuestra Aya nos

tenía la comida caliente y lista en la mesa, pero apenas nos daba tiempo para dar unos rápidos bocados y volver al trabajo porque había gente esperando.

Cuando acabamos me propuso salir a cenar a una pequeña taberna que había cerca. Me puse un chal que me había regalado el servicio de cocinas del castillo, antes de partir y unas medias dobles, pues hacía bastante fresco a esa horas.

Caminábamos del brazo y, de vez en cuando, nos mirábamos furtivamente. La realidad era que aún no se había declarado en serio, así que no estábamos haciendo las cosas del modo formal para la época... Él era hombre de pocas palabras y yo tenía que llevar la mayor parte de las conversaciones excepto si se trataba de algún caso con pacientes. Ahí John se convertía en un parlanchín de primera.

–Josephine, hace días que quiero preguntarte si echas de menos el Palacio y las comodidades que allí teníamos.

–De ninguna manera. ¿Cómo podría echarlo de menos? Estoy bien donde estamos y tenemos más independencia.

–Sí pero, ¿te arrepientes de haber venido conmigo?

–Por supuesto que no me arrepiento, ¿crees que podría estar mejor en algún otro lugar?

–Pues no lo sé, pero eres una mujer hermosa y podrías haber sucumbido a cualquier Lord de la Corte, que en muchas ocasiones habrías podido.

Era cierto, en alguna ocasión nos dejaron aparecer en alguna de las cenas importantes, sentados en una zona alejada de la mesa larga del comedor principal. Nos presentaban como los médicos de la Corte y con ese título podíamos competir con cualquier título nobiliario. A nadie le parecía extraño ver a una mujer con una profesión, sentada en la mesa. Era una época en la que el papel de la mujer en el hogar era de total sumisión, así que el hecho de que me vieran como un médico, avalada por mi tutor, me daba un prestigio interesante. Ciertamente como que hoy estoy aquí al borde de la muerte, que durante una de aquellas cenas se había presentado un pretendiente. Yo iba muy bien ataviada con un vestido precioso verde que me mejoraba la figura. Y tuve que esquivar toda la noche los acercamientos del caballero de noble cuna, del que apenas recuerdo ni su nombre. Durante toda la noche John no me había dirigido la mirada, por lo que creí que no se había dado cuenta de la situación, o que no tenía ningún interés por continuar con nuestro romance. Ahora resulta que no, que se había dado buena cuenta y que aún no podía creer que yo no hubiera preferido el dinero y la pompa de un título de

condesa a permanecer recluida en un consultorio curando enfermos.

–Me sorprende que te fijases, en aquella época, apenas nos rozábamos.

–Josephine, el día que te vi, el corazón me dio un vuelco. Parecías venida de muy lejos, y creía firmemente en la historia de tu pérdida de memoria. Tus ojos conquistaron los míos y tu inteligencia conquistó la mía.

John no era de decir cosas muy románticas, y cuando lo hizo, sonreí al oírle pronunciar estas palabras.

–Mira, ahora que lo mencionas, me salvaste la vida. Me llevaste lejos de aquel lugar y cambiaste mi destino.

–Cuando descubrí que ya sabías cosas de nuestra profesión sin haber podido estudiar, no daba crédito. Que una mujer así pudiera estar bajo mi custodia. Todavía espero que me cuentes por qué eres tan erudita en temas de Medicina...

–No lo haré. Hay cosas que es mejor que permanezcan en el silencio. Todos tenemos nuestros secretos, ¿no es así?

No me contestó y así entendí que tampoco él me contaría nunca de dónde vino y cuál fue su historia antes de llegar ahí. De pronto, se paró en seco y tomó mis manos poniéndome en frente suyo. Estábamos a punto de llegar al local y yo tenía más hambre que amor en ese momento. Sin embargo, él parecía sudar y tenía las mejillas más sonrosadas que de costumbre.

–Mi querida Jo, no tengo nada que ofrecerte ahora que ya no estamos en la Corte. Pero todo lo que soy y todo lo que tengo, te lo entrego a ti, Josephine Jones. De hoy en adelante, no daré un paso desoyendo sabios consejos, ni iré a ningún lugar a menos que sea de tu mano».

La boda

«Nos casamos un 21 de junio del año del señor 1688 en la pequeña capilla de un buen amigo de John. En la misma finca celebramos un pequeño banquete para los más allegados que habían querido preparar desde la misma Corte. Las cocineras, que se habían enterado de nuestro enlace, hicieron turnos con los nuevos pinches para poder marchar para preparar nuestro almuerzo. No tengo idea de cómo consiguieron zafarse de sus obligaciones, pero lo cierto es que tenían en tan gran estima a John que no dudaron en arriesgarse para tal ocasión.

No faltaron todos mis seres más queridos, desde el pequeño Sammy, Caroline con el bueno de Marius con el que se había casado discretamente en

una ceremonia sencilla un año antes, mis padres panaderos y mi bonita hermana Catty, con su ya flamante esposo y cuñado. Un chico encantador que nunca dejó de quererla.

Muchos pacientes se acercaron a darnos sus bendiciones y me sentí muy amada por todos ellos. Incluso los invitados que había tenido que traer John por compromiso, parecían encantados con el enlace. He de decir que aparecieron amigos que yo no había conocido antes, y que parece ser que durante muchos años habían sido compañeros de mí ya esposo. Me complació mucho verle feliz, sonriente y rodeado también por gente que le apreciaba. De su familia, ni un solo atisbo. Ese era su secreto y yo lo iba a respetar.

Mi vestido fue blanco pero no porque fuese la moda, que no lo era, sino porque yo lo quería así. Discreto pero elegante, con una pequeña capa que salía de los hombros. Las mangas bien tupidas porque en junio aún hace algo de frío. Los bordados de las mangas, dorados como los pliegues de la falda, que tenían hilo dorado al comienzo de cada doblado. Es curioso porque a muchas personas les pareció extraño que me vistiera de blanco y me lo hicieron saber. Al año siguiente empecé a ser imitada por algunas novias, que comenzaron a usar el mismo color para sus esponsales.

La ceremonia fue algo larga para mi gusto, pero así son las cosas de palacio. Nos repartimos unos bonitos votos y el sacerdote que oficiaba el evento nos declaró ya, casados en Santo matrimonio. Recuerdo ese primer beso como esposos, como lo más bonito que había experimentado nunca. No dijimos nada y nos lo dijimos todo.

Comimos y bebimos hasta bien entrada la tarde y recuerdo ese día como el mejor de mis dos vidas, de mis dos mundos. Tuve un momento para pensar en mi familia, en ti mamá, en ti papá, en ti, Santi. Nunca he dejado de pensar en ellos, ni un solo día. No quiero pensar el sufrimiento que habrán pasado todos estos años creyéndome probablemente muerta. Siempre en mis oraciones».

Santi no pudo más y se puso a llorar. Parecía un niño pequeño, pero ya no podía contenerse más. El ver su nombre escrito haciendo referencia directa a él, por más que ya sabía que esas líneas estaban escritas por su hermana, le hizo desbordar el vaso.

Desde fuera, se hizo el silencio. Los niños dejaron de llorar, jugar o reír y Marianne con su habilidad natural para hacer pequeños los problemas, dijo en

voz alta:

–Familia, se acabó la jornada y los abuelitos necesitan descansar. ¿Os parece?

Los adultos cogieron rápidamente a sus respectivos hijos del suelo en donde jugaban y correteaban y los empezaron a colocar en sus carritos. Marianne ponía bufandas a destajo, sin saber si las estaba colocando a sus dueños.

–Mamá, esa no es la... en fin, da igual, ya las cambiaremos abajo.

–Gracias cielo –se miraron madre e hija con la complicidad que solo tienen las mujeres.

Salieron como el rayo, y la casa se quedó vacía y silenciosa. Ahora solo quedaban sollozos ahogados que a Marianne no sabía reconocer. Hacía años que no le oía llorar de esa forma. Cuando su hermana desapareció.

–Santi cariño, ¿estás bien? –dijo una asustada Marianne a través de la puerta.

Como no obtuvo respuesta, abrió. Vio a Santi con las manos entre la cara, las gafas habían sido apartadas convenientemente para no interceder con el llanto. Y él parecía no poder dejar de sollozar.

Marianne se sentó a su lado y le tomó el libro de las manos. Él le dejó cogerlo y notó cómo sus dedos se le habían quedado acartonados por el tiempo que llevaba atrapado leyendo. Cuando ella comprendió qué estaba sucediendo, empezó también a llorar. Eran muchos años conteniendo sus sentimientos para que su marido no cayese en un profundo mar de tristeza. Ocultando la existencia de una persona que no dejó rastro a sus hijos, su tía. La tía que nunca habían tenido sus hijos y que tanto habían deseado conocer. Hablaron de ella hasta bien entrada la juventud, momento en el que quedó su recuerdo congelado pues los adolescentes solo piensan en sí mismos. Pero su recuerdo había vuelto años más tarde cuando sus hijos, ya adultos, querían saber todo lo posible sobre lo sucedido. Marianne había jugado al despiste durante muchos años, por no abrir heridas que nunca llegaron a cerrar.

Aquel día, era el final de una vida de sufrimiento, de dolor, de pena, pero sobre todo, de verdad. La verdad que Santi había mantenido durante años, sin que apenas le creyera nadie más que ella misma. Ni siquiera sus padres.

Ahora todo tenía sentido y, en el fondo, Marianne lloraba de felicidad; porque su cuñada Julia, había estado viva. Siempre lo estuvo y además, fue feliz.

Con cuidado de no molestarle demasiado, le tomó de las manos ofreciéndole a la vez un pequeño clínex.

–Cariño, es maravilloso. Siempre supe que tenías razón, pero esto es mucho más de lo que podíamos haber soñado. Tener la certeza.

–¿Cómo se lo voy a decir a mis padres? –dijo un lloroso Santi–. Mamá tiene el Alzheimer muy avanzado y papá apenas se sostiene. Tendré que hablar con la residencia para ver cómo enfrentamos esta situación.

Desde hacía varios años, bien entrados ambos en la noventa, la madre de Julia había empezado a sufrir de esa terrible enfermedad que te hace olvidarte hasta de tu sombra. Y su padre, en un ataque de realismo, quiso marchar a una buena residencia delante del mar de un pueblecito de la costa. Ahí, en una habitación privada para los dos, su mujer estaría bien atendida y él tendría toda la ayuda del mundo con sus piernas, que ya no le funcionaban bien por culpa de la cadera. Por lo demás, su vida transcurría tranquila, jugando a cartas con varios amigos de la residencia que, al ser privada y cara, tenía más personal que ancianos.

–Iremos este fin de semana, sin falta –decidió Marianne–. Y una vez ahí, veremos cómo están. Decidiremos sobre la marcha.

Se acurrucó con él bajo una mullida manta, y colocaron el legajo encima de sus piernas. Continuaron leyendo juntos.

Mis hijos

«Cuando nació John Jr. fue un bonito día. El mejor que recuerdo desde la boda. Mi embarazo me pasó rápido y desapercibido pues el trabajo no me dejaba tiempo para más. Me gustaba sentir que un ser diminuto iba formándose dentro de mis entrañas, pero eso solo me lo podía permitir pensar durante la noche. John estaba tan emocionado que cada noche hablaba al pequeño como si ya hubiera nacido. Eran nuestros pequeños momentos de felicidad. Después y, no tardando mucho, llegó Marjory. La hubiera querido llamar como mi madre, pero tampoco tuve el coraje de pensar en ella cada vez que nombrase a mi hija.

Era desenvuelta y descarada ya desde pequeña, quería aprenderlo todo y para ello miraba los libros de Medicina que teníamos por la casa. Sobre todo le encantaban los dibujos que luego intentaba plasmar con su pluma en cualquier cosa que encontraba para usar de lienzo. Todavía recuerdo cuándo nos pintó un páncreas en una de las paredes del pequeño salón. Ella solo

copiaba, pero John y yo, en lugar de reprenderla, le explicamos lo que era, dónde se encontraba y qué funciones hacía. Ese día supimos cuál sería su profesión.

La sorpresa fue el pequeño Nicolás. Fue un bebé pequeñito, con más cara de adulto que de bebé. De facciones finas y delicadas y unos dedos de pianista. Sensible como el que más. Me recordaba a mi padre. Un artista de ojos tristes al que siempre parecía que le faltase algo. Era prácticamente superdotado. Tanto se le podía retar a cualquier ejercicio de álgebra matemática como pedirle que te tocara una pieza al piano. Pero su sonrisa nunca estaba completa. Me especialicé en hacerle sentir querido y feliz, en hacerle reír con cualquier patochada, y él me daba esa risa para que yo creyera que lo había conseguido. Pero cuando volvía a verle para darle un último beso antes de dormir, su mirada relajada y triste seguía apoderándose de él. Aun ahora de adulto, es el más sensible de los tres, se dedica a la música pues canta como los ángeles y terminó pronto su carrera de piano. Su esposa es menuda, como él, pero es un ángel y le quiere con locura.

Entre los tres, mis hijos hacen un buen equipo. Su padre y yo les hemos dejado una buena herencia tanto en estudios como en dinero. No les faltará de nada, aunque pretendo que siempre sean hombres y mujer de provecho. Marjory se quedó con la consulta y hace años que ella sola atiende a los pacientes. John Jr. que se dedica a los negocios de importación de productos, ha montado su propia empresa que le va estupendamente. Está casado y su mujer encinta».

Santiago y su esposa conducían en silencio. Desde que acabaron de leer el texto de Julia, se habían sumido ambos en una especie de sopor extraño. Quizás de tanto llorar, tenían los ojos con tonos lilas alrededor. Apenas habían podido dormir aquella noche. Cancelaron las citas que tenían con sus nietos ese día, alegando visitas médicas, y partieron hacia la residencia en donde se encontraban sus padres.

–Tu madre no podrá entender lo que le vamos a contar –dijo Marianne sin dejar de mirar a la carretera.

–Los médicos dicen que tiene algunos momentos lúcidos. Están seguros que es más demencia que Alzheimer, que según las pruebas no está tan avanzado. Esperemos que, al igual que hicimos con el cáncer hace ya unos años, podamos acabar también con esta losa.

Hacía tiempo ya que el cáncer había sido prácticamente erradicado. Por

este motivo la gente vivía muchos más años que antes. Sin embargo el Alzheimer se había apoderado de una gran parte de la gente de la tercera edad. Su madre había sucumbido a un Alzheimer tardío y así pasaba sus días, entre la cordura y el limbo del no recuerdo.

Llegaron a media mañana, a la hora que sabían que estarían en su tiempo de descanso entre actividad y actividad. Hacía fresco y, como estaban delante del mar, ambos quisieron dar un corto paseo hacia la orilla, para respirar la brisa marina. De la mano y sin hablar, se sentaron en la arena de aquel lugar que les traía tan gratos recuerdos de la infancia. La residencia estaba justo delante de donde estaban sentados; pero dada la importancia de lo que iban a hacer, ninguno de los dos se sentía fuerte como para dar la vuelta y entrar en el centro.

Cuando finalmente entraron por la verja, el jardín parecía un poco descuidado. La hierba algo quemada o desaparecida por las lluvias de abril y no les gustó el aspecto del lugar.

Entraron y se les apoderó ese olor característico de los centros hospitalarios o que albergaban a ancianos. Aunque era un lugar bonito, una torre antigua que había sido lugar de veraneo de alguna familia burguesa en el pasado, se veía en general algo descuidada.

Su padre jugaba al dominó con unos compañeros, mientras su madre miraba absorta por la ventana. Se miraron y otra vez de la mano, se acercaron a una de las enfermeras.

Al verles, esta rápidamente llamó a los padres de Santi con un: –Señor Grau, ¿tienen ustedes visita sorpresa!

Al poco, los cuatro estaban sentados en butacas de no muy buena calidad y un color azul bastante feo, pero cómodas. Su madre ese día parecía estar contenta, incluso pareció recordar a su hijo sin problemas; pero a Marianne la miró con cierta desconfianza como si fuera la primera vez que la veía.

–Papá, ¿recuerdas cuál fue mi teoría sobre la desaparición de Julia?

–Tu teoría, sí, la recuerdo perfectamente. Pero Santi hijo, ¿de verdad te creíste esa patraña? –el tiempo había vuelto a sus padres a la realidad y sus creencias cristianas les impedían entender nada que no fuera lo que habían aprendido–. No quiero volver a hablar del tema. A tu hermana le secuestraron.

–Si. Finalmente la secuestraron, papá. La secuestró el tiempo.

Al mismo tiempo que decía estas palabras, le acercaba el manuscrito y se

lo depositaba en sus viejas manos. Su padre lo abrió lentamente sin entender, hasta que empezó a leer.

–Papá, léelo en alto. Si mamá es capaz aún de entender algo, no quiero que deje de saber la verdad.

Los cuatro permanecieron más de dos horas absortos escuchando las palabras de su padre, que apenas podía contener las lágrimas. Su madre, que había permanecido los primeros minutos mirando todavía al mar, empezó a dirigir la mirada a su esposo y cuando se dio cuenta de que las palabras eran las de su hija, rompió a llorar desesperadamente. Marianne acudió a su lado de cuclillas para consolarla y mantener su mano aferrada hasta que el relato llegaba a sus últimas líneas.

La muerte de John

«Mi querido esposo murió hace ya mucho. Fue un cáncer, aunque aquí no se llama así. No tienen muy claro lo que ocurre ni cómo, pero saben que en un momento dado, una parte del cuerpo no siempre a la vista, recibe la visita de un tumor. A veces, hasta que no empiezan a fallar otros órganos vitales, nadie sabe bien qué ocurre. Yo sí. Le expliqué a John que si estaba localizado se podía extirpar y así lo hacíamos con algunos pacientes. Pero al no haber biopsias ni tampoco tratamiento, solo podíamos esperar que el tumor fuera benigno y que en caso de no serlo, al menos no hiciera metástasis.

Una mañana John dijo no encontrarse bien. Le dolían los huesos enormemente y poco a poco el dolor fue incrementándose. No se le pasaba con nada y se le iba extendiendo a todas las partes de su cuerpo. Solo podíamos mitigar su sufrimiento con bebidas preparadas con láudano que le adormecían y le permitían dormir algunas horas seguidas. La enfermedad se propagó rápidamente y en menos de dos años, dio su último aliento. Sentí esa mezcla de paz por todos nosotros, que le cuidábamos y sufríamos con él y una soledad inmensa, parecida a la que sentí el día que aparecí tan lejos de mi hogar. Me aferré a mis hijos, a mi buena amiga Caroline y a su familia; además de mi hermana, que venía a diario a traerme el pan. Porque seguía siendo una mujer chisposa y alegre y ella sabía bien que su presencia me levantaba el ánimo. Pero sobre todo, me aferré a mi trabajo, que ya compartía con Marjory.

Al final me acostumbré a vivir sin él, como una vez aprendí a hacer con

gente que amaba mucho.

No obstante, antes de fallecer, me confesó un terrible suceso. La muerte de Anne. Resultó ser que él sí tuvo algo que ver con la muerte de la doncella que juró proteger. Me contó que una anciana que tenían aposentada en la zona alta de las cocinas, le había mandado llamar. Le contó que sabía a ciencia cierta que alguien estaba intentando acabar conmigo. Al parecer había encontrado ciertas pruebas y había escuchado ciertas conversaciones que Anne tenía con ella misma por los jardines. Tenía preparado hacerme desaparecer. No pudo contarme los detalles porque la culpa lo atormentaba; pero de alguna manera, ella le dio un brebaje que tenía que ir administrándole a Anne progresivamente que le harían ir debilitándose hasta que finalmente, le provocarían la muerte. Le aseguró que ella misma lo haría, pero sin manera de moverse ágilmente y la dificultad para acercarse a esa persona, le sería muy difícil hacerlo. John me dijo que le costó mucho creerla, hasta que vio el mismo con sus propios ojos una carta que había escrito Anne a una amiga suya pero que él supo interceptar. En ella le confesaba que estaba a punto de casarse con el doctor de la Corte y muchas otras mentiras más. De no haber pensado en acabar conmigo, no podría estar escribiendo eso con tanta certeza. John tuvo que decidir entre el amor que ya sentía por mí y la promesa de, cómo médico, ayudar siempre al prójimo. Pero finalmente no lo dudó. Él solo fue, me aseguró, la mano ejecutora; mientras que fue la anciana la verdadera culpable y agitadora de tal suceso.

Aún no sabe cómo salió del entuerto, pero el caso es que, debieron pensar que no podían prescindir de un médico como él. Y tampoco tenían pruebas reales.

Ahora que ya estoy más cerca de marcharme de la Tierra, hago recuento de las dos vidas que viví. Muchas veces pienso en lo que hubiera sido de mí de haber continuado en mi siglo de nacimiento. Durante muchos años, me rebanaba los sesos pensando cómo podría volver. Cuántas veces durante mis primeros meses fui hasta el lugar en el que me encontró mi amiga Caroline para ver si sentándome en aquel lugar conseguía que alguna fuerza suprema me llevase de vuelta. Recuerdo cómo me solían caer las lágrimas de ira cuando pasadas varias horas yo seguía ahí, mientras el viento se movía arrancando las hojas de los árboles, impávidas ante mi llanto. Con el tiempo y sobre todo con el amor de John, me fui dando cuenta de algo. Siempre me sentí un poco sola e insatisfecha. A veces salía a caminar por la Diagonal, desde el hospital donde hacía las prácticas de enfermera y maldecía no haber

podido sacar más nota en la selectividad para poder entrar en Medicina. Ese había sido mi sueño desde que me interesó algún estudio, pero me tuve que quedar cambiando vías porque no tuve el valor de enfrentarme de nuevo a un examen pues me hubiera costado uno o dos años más conseguirlo. Mi hermano por su parte, tenía una vida muy lejana a mí. Se casó muy joven y tuvo niños muy pronto con la mujer perfecta. Y mis padres siempre estaban viajando. Sin un novio formal a los veinticinco años y pocas probabilidades de encontrarlo; porque mi entorno era muy pequeño, pensándolo bien, mi futuro estaba un poco borroso, si tenía que ser franca conmigo misma.

Y en cambio, si, a pesar de vivir sin televisión y móvil (casi se me hace extraño decir esta palabra), en aquel lugar que ya considero mi hogar y mi siglo, he logrado todo lo que cualquier persona podría desear. Aún recuerdo a mi médico con cara muy seria diciéndome que no podría tener hijos, que mi útero tenía adherencias además de endometriosis y ovarios poliquísticos. Vamos, un conjunto claro de sucesos intrauterinos que me hacían ser considerada por la ciencia como estéril. ¿Qué hombre iba a querer casarse con una mujer como yo, no muy bella y sin posibilidad de darle una familia? Una enfermera venida a menos en cualquier hospital, haciendo guardias hasta altas horas de la madrugada. La persona a la que las compañeras le piden cambio de turno en San Valentín o Sant Jordi o Navidades.

Si lo pienso bien, una vez pude aceptar que ya no volvería, todo fue más fácil. Yo me convertí en médico sin necesidad de tener una puntuación en ningún examen y conseguí una excelente reputación por mi cuenta, de la mano de John y posteriormente por mí misma. Salvé cientos de vidas y mejoré la vida de muchas otras personas. Construimos varios pequeños hospitales que eran más unas casas de socorro por zonas de la ciudad y formábamos al personal en las cuestiones básicas, para que cuando hubiera una emergencia nos viniesen a avisar. Así, se podría decir que fuimos pioneros en los primeros centros de asistencia primaria. No pudimos mantenerlos mucho tiempo pues requerían de un coste muy elevado. Espero que en el futuro a alguien se le ocurra volver a ponerlo en marcha. Quizás mi hija lo haga.

Lo que más bien recuerdo de esta reputación que hoy en día aún tengo es aquel día en el que, cuando John y yo ya estábamos casados y empezábamos a organizar nuestra nueva consulta, nos hicieron llamar de la Corte. Resuena en mi memoria como si fuera ayer, el repiqueteo de los cascotes de un coche de caballos tan característico de los carromatos de Palacio. Las campanas que

llevaban en las cinchas sonaban alegres como anunciando una importante presencia y las herraduras sonaban en los adoquines con fuerza, como si las herraduras hubieran sido herradas esa misma mañana. Me sorprendió ver cómo paraban delante de nuestra casa, con gran pompa. Nuestros vecinos asomaban curiosos sus cabezas a pesar del frío que hacía, pues ya era octubre. Nadie era inmune a la curiosidad, que parece un mal de todos los siglos.

Bajó del carromato un lacayo del Rey, que debía ser nuevo porque no lo conocíamos, y llamó a nuestra puerta con fuerza, con la fuerza de un chiquillo que tiene su primer trabajo y quiere hacerlo diligentemente. Iba bien vestido y ni un solo botón se salía de su sitio con su impecable sombrero negro, que no se quitó para saludar a una dama. Demasiado joven aún, pensé.

–Se requiere la presencia de Sir John Calgary en el Castillo, de forma inmediata –anunció solemnemente.

–John –dije sin alzar demasiado la voz– este caballero te reclama.

John salió de su despacho con sus utensilios en la mano. Le habían interrumpido en plena limpieza de una especie de estetoscopio que nos habíamos inventado. Le dije a John que si poníamos un papel enrollado en el pecho de los pacientes, podíamos oír mucho mejor el latido del corazón y el sonido de los pulmones. Al principio me miró con cara extrañado como si viera un extraterrestre; pero como confiaba mucho en mí, lo probó. Conmigo concretamente. Desde el primer minuto se quedó prendado del invento, de tal manera que nos la compusimos para hacer que nos tallasen un tubo de madera con los dos extremos en forma de cono. Solo le dije que ese debía ser un secreto nuestro y que al usarlo no debíamos explicar para qué era.

–¿Qué se te ofrece, chiquillo?

–Señor, con todos mis respetos, necesitamos llevarle al palacio de Saint James de inmediato. La Reina María ha caído muy enferma. Necesitamos de sus servicios inmediatamente.

John me miró y luego miró al chico.

–Iré con mi esposa. Cariño –dijo mirándome a mí con esos ojos que todavía podían conmigo– prepara el material necesario y todo lo que tú –subrayó el tú– creas que nos va a ser necesario. Lo dejo a tu criterio –y me guiñó un ojo.

A esas alturas creo que ya entendía que yo tenía un don cual Mozart y ya no me discutía demasiado.

–Con todos mis respetos –volvió a decir el joven– la señora no ha sido

invitada. Necesitamos únicamente la presencia del doctor.

–Caballero –espetó con tono firme mi esposo– mi mujer también es médico. Y le recomiendo que no entorpezca nuestra labor, pues ella sabe mucho mejor que yo cómo curar enfermedades.

El jovencito no tuvo más que decir, bajó la cabeza sin acordarse de que llevaba el sombrero y se quedó mirando al suelo mientras nosotros preparábamos nuestros equipajes. En verdad no sabíamos cuánto tiempo estaríamos fuera.

Cuando el carromato cambió de calle por dónde se iba a Windsor nos dimos cuenta de que nos llevaba a St. James, que al lado de Windsor nos parecía pequeño pero en dónde le gustaba residir a Jacobo desde hacía poco. Se dice que se trasladó porque era su esposa la que se encontraba más a gusto allí, mucho más cerca de la ciudad. Estaba al Norte de Londres y no tardamos en llegar.

–Rápido, ¡dense prisa! –vino a buscarnos la ayuda de cámara de la Reina.

–¿Qué ha sucedido? –dijimos John y yo prácticamente al unísono.

–No lo sabemos, lleva tiempo enferma, pero no ha querido avisar a su médico habitual. Esta mañana al despertar algo más tarde de lo normal, ha mostrado síntomas de ahogo. No respirando bien, finalmente ha empezado a ponerse de color morado. Le cuesta que le entre aire y tememos que pueda morir en unos minutos –nos contaba mientras caminábamos aprisa por los pasillos del pequeño castillo que yo no conocía.

–Transmítale al Rey mi agradecimiento en la confianza depositada en mi persona –hacía tiempo que John hablaba en plural por lo que me sorprendió que no mencionara nuestro equipo de trabajo.

–Alguien mencionó que Usted estaba ejerciendo en la ciudad, en una pequeña consulta con su esposa. Y sinceramente, el mismo Rey mandó llamarle. No se fía de nadie más. Y ya saben ustedes que las cosas andan revueltas por Palacio últimamente. Él ya no sabe muy bien en quién puede confiar, pero con usted es diferente. No he visto atisbo de duda sobre su fidelidad hacia su persona.

Ambos iban en avanzadilla, las faldas de la mujer ondeaban cual olas, en un acompasado ir y venir. John, con su habitual capa que le daba ese aspecto místico que tienen los árabes, la seguía tan de cerca que parecía adelantarla a veces. Yo iba detrás, intentando alcanzarles. Me estaba sintiendo fuera de lugar, pero sin embargo, me preocupaba más lo que iba a tener que hacer al llegar. Había visto hacer millones de veces el procedimiento pero como

enfermera, obviamente no había realizado nunca uno. Mi estómago se debatía entre el pánico, los nervios y la excitación de poder salvar la vida de la Reina, porque sabía cómo hacerlo y ellos no.

Finalmente llegamos a la antecámara de la Reina y ya se la oía respirar con grandes esfuerzos y un fino pitido gutural. Hicimos sendas reverencias a Jacobo al que yo había visto en escasas ocasiones en mi corta vida en Palacio y mientras ellos se ofrecían saludos más cordiales, yo entré directamente en la cámara de la Reina. Sabiendo que era cuestión de minutos que dejase de respirar, yo no tenía tiempo para parafernalias reales... y la Reina mucho menos.

Con toda la seriedad que me fue posible, aparté a todos los matasanos que rodeaban a la pobre infeliz así como a sus jóvenes ayudas de cámara, que las había por decenas. La habitación parecía más bien el camarote de los hermanos Marx. Me puse delante de la cama y grité:

–Atención, les ruego encarecidamente que todos y cada uno de ustedes salga de la habitación, que se quede únicamente su ayuda de cámara personal que nos ha acompañado hasta aquí y el doctor –que ya estaba entrando por la puerta y rápidamente apoyó mi moción de censura hacia el gentío.

Una vez a solas, le pasé el estetoscopio y escuchó durante unos segundos. Yo estaba sintiéndome muy incómoda porque en esos casos, la vida del paciente se juega en unos segundos.

–Josephine, no tenemos mucho tiempo, prácticamente no le entra oxígeno –se acercó a mi oído y me dijo: hay que hacer una técnica que se usa en mi... país –tardó en decir– pero que no está nada avanzada y muy pocos se han atrevido a realizar a lo largo de los tiempos. Yo particularmente solo la he visto en libros y no creo que pueda ser capaz de realizarla.

–John, hoy debes fiarte de mí más que nunca. ¿Lo harás? –le interrogué mientras él tomaba el pulso a la paciente.

Era un hombre bastante desconfiado en general, pero conmigo tenía ya cierta experiencia y sabía que yo era un caso especial en cuanto a conocimientos médicos se refería. Siempre intentaba sonsacarme de dónde sabía yo tantos detalles de pequeños procedimientos y curas, pero a pesar de ser mi esposo, nunca claudiqué a sus encantos. No me convenía contar la verdad, ni siquiera a él.

–Madame...

–Mary Anne, mi nombre es Mary Anne, señora.

–Bien, Mary Anne, tráeme la pluma más larga que encuentres. Si es de

ganso mejor. También tráeme un cubo lleno de agua hirviendo, que te lo den en las cocinas que deben tener ya agua calentando –era habitual que cuando los médicos entraban en acción siempre pidieran agua hirviendo y en las cocinas ya sabían que les iba a tocar correr, por eso muchas veces ya se adelantaban a la habitual petición.

–John, saca el escalpelo más fino que tengamos –se me escapó.

–¿El qué? –dijo sorprendido.

–El cuchillo más fino que tengamos. Lo he esterilizado todo esta mañana y lo he dejado en el maletín. Cuando Mary Anne traiga la pluma, recorta todas las plumas que queden pegadas a ella, quémalas si es necesario. Una vez tengas la pluma totalmente pelada, lávala con el agua hirviendo y frótala bien para asegurar que esté bien fina, sin ningún trozo de nada que pueda dañar una tráquea.

En ese momento me miró con una cara entre asombro y preocupación, como si se hubiera sentido casado en ese momento con una extraña.

–John, no tenemos tiempo, no te quedes mirándome como si viniera de la luna. Ve a por la pluma, rápido. Se nos va –sentenció para que reaccionase.

En lo que me parecieron largos minutos durante los cuales le realicé un breve boca a boca a la Reina para que le entrase un mínimo de aire en los pulmones, aparecieron Mary Anne y John con los deberes hechos. La pluma era larga, lo suficiente como para que si se me rompía en mitad del procedimiento, pudiera tener más trozo para volver a empezar. La corté por una de las puntas intentando que ambas también tuvieran forma más redonda y la dejé lista al lado de aquella inmensa cama adosada en la que yo me había situado prácticamente encima de la paciente. John me pasó el escalpelo más pequeño que encontró.

–Una, dos, tres, cuatro –contaba los anillos traqueales sin que me temblase el pulso. Mi intención era hacer una traqueotomía mínimamente invasiva o de urgencia, para dejar las menores secuelas en nuestra gobernante. Ciertamente que la cánula que tenía en forma de pluma de ganso era bastante más estrecha de lo deseado, pero no tenía más opciones.

La cara de John era un poema. Intentaba estar a mi lado pero el no tener el control, se le notaba muy nervioso. Le caía el sudor por la frente y sus ojos no podían estar más abiertos y expectantes.

Hice un corte limpio y pequeño –total, para la cánula que tenía no hacía falta más– y al tiempo, Mary Anne cayó desmayada haciendo un ruido estruendoso. Bien, pensé, así John se encarga de ella y me deja de poner

nerviosa. Sangró un poco aunque no mucho porque yo tenía gasas preparadas y untadas con una mezcla de alcohol y ungüentos que usábamos para desinfectar heridas y bloquear la salida de sangre. Cogí la cánula y la doblé ligeramente pidiendo a Dios que no se me partiese por la mitad. Por fortuna, la pluma era resistente y mi fuerza escasa, así que conseguí que se doblara ligeramente, lo justo para entrar bien en la tráquea.

Nada más realizar el procedimiento, la tráquea de la Reina realizó un gran suspiro. Estaba al fin recibiendo una porción de aire más que la que había recibido desde al menos, calculé, una hora. Soplé al principio un poco para que entrase más aire y cuando vi que el color de su cara volvía a una tonalidad más de vivos que de muertos, dejé de hacerlo. Mantenía yo aún la mano presionando la gasa del corte para que la cánula se aguantase, pero tuve que ingeniármelas para que durante la media hora siguiente se aguantase sola. Y no tenía esparadrapo, por supuesto.

Llamé a John que ya estaba poniendo en una silla a nuestra super ayudante y le pedí encarecidamente que sujetase la cánula, mientras yo ponía un cordel alrededor del cuello de la Reina María en diferentes direcciones y alrededor de la cánula. No se mantenía muy estable pero solo debía mantenerla así durante, calculé, una hora más. Luego podríamos volver a sacarla. Le tomamos el pulso que empezó a recobrar rápidamente y John la auscultó para ver si los pulmones se recobraban vida, cosa que sí hicieron. Cuando la Reina abrió los ojos, le pedí que con mucho cuidado abriera la boca. Vi, acercando una pequeña vela, que tenía una irritación enorme en la garganta que probablemente le había provocado una inflamación de la faringe, llegando rápidamente a la tráquea.

–John, es una inflamación importante. Deberíamos administrarle nuestro «invento».

John sacó obedientemente el bote que yo preparaba cada semana a base de jengibre, cúrcuma, aceite de oliva y aceite de coco, traído recientemente del «nuevo mundo». Era uno de los preparados antiinflamatorios que teníamos y, como en esa época los cuerpos no tenían por costumbre medicarse, nuestro preparado tenía un efecto rápido y muy efectivo en poco tiempo desde su administración.

Con mucho cuidado y sin saber si iba a funcionar lo que tenía pensado, tomé una cuchara con la cantidad que consideré necesaria y, apretando bien la gasa de la cánula le introduje a la Reina mi antiinflamatorio natural. Como la cánula era estrecha no tenía mucho miedo de que se filtrase el preparado

hacia fuera, así que sin saber apenas lo que estaba haciendo.

María de Módena, que así se llamaba, me miraba atentamente e intentaba hablar con la mirada, en la que yo veía sobre todo, agradecimiento.

Mientras yo me quedaba con ella, esperando su ligera mejoría, John salió a dar el parte al Rey y a todos aquellos súbditos, que con mejor o peor gracia, rondaban la zona para estar atentos al desenlace en primera fila. Después de unos minutos, las puertas se abrieron y entraron ambos, con dos ayudas de cámara más, ya que John les había referido el desmayo de nuestra ayudante y seguramente creyó que yo necesitaría más manos, de lo cual no iba nada errado. Afortunadamente no dejaron entrar a nadie más.

Hice un amago de levantarme a saludar con la reverencia acostumbrada pero Jacobo me lo impidió de un gesto sutil de su mano derecha. No tenía la menor idea de qué le habría contado John sobre el procedimiento, sobre si había sido cosecha mía o se habría dado los méritos él mismo para evitar que se corriera la voz de que una mujer andaba en juegos de hombres. No me importaba mucho, porque María y yo lo sabíamos. Era una mujer bastante linda y aunque en aquellos momentos su belleza estaba marchita, no dudé de que podría recomponerse bien con buenos cuidados.

El Rey se acercó a su amada esposa y la besó en la frente. Profirió un gemido ahogado al ver que algo salía del cuello de María e intentó no mostrar mucha angustia. Intuí que John le había avanzado lo que se había producido con todo lujo de detalles.

Después, John me hizo un gesto para ocupar mi lugar y mandarme atrás para que Jacobo pudiera dirigirse a mí, como había pedido. Jamás olvidaré la cara de orgullo de mi esposo, como me miraba y como me miró desde aquel momento. Aquello era más que amor, aquello lo era y lo decía todo. La admiración se puede convertir en una de las armas más poderosas del amor. Si hay admiración por ambas partes, el amor se retroalimenta. Él ya tenía la mía y desde ese día yo obtuve la suya, firme y definitiva. Aquel día sellamos unos votos más profundos que el día que nos casamos.

Lo que me dijo el Monarca básicamente fue que, de ahora en adelante, nos iba a dar una paga extraordinaria todos los meses para que pudiéramos mantener las casas de socorro a costa de Palacio. Él sería nuestro fiel servidor eternamente agradecido por haber salvado la vida de su esposa, porque sabía que la realidad es que en estos casos en que nadie se atreve a hacer el procedimiento, los médicos dejan morir a los que enferman de este mal, por no crear un mal mayor.

Nuestra mala suerte fue que al año siguiente, su yerno Guillermo o «Billy» como le llaman aquí, depuso a Jacobo sin que este pusiera apenas resistencia y huyera del país hacia el exilio. Es posible que, conociendo como pude conocer a posteriori a María de Módena algo mejor, con la excusa de pasar a revisarla una vez al mes yo personalmente, fuera ella quién convenciese al Rey, en marchar y dejar vía libre a su hija Anne, de su primer matrimonio con Anne Hyde y a su yerno. María se encontraba en general bastante deprimida por la cantidad de abortos que había tenido e hijos muertos al poco tiempo de nacer y sabía que no iba a dejar descendencia. Como era una muy buena mujer, yo sospecho que no quiso empezar y azuzar una guerra que sabía que no podía manejar por su estado mental de salud.

A pesar de todo, este acontecimiento marcó mi vida. Pasé de ser considerada como una ayudante, a ser llamada «la médico de la Reina». La leyenda sobre mi reacción ante una compleja situación, me llevó a ser considerada como la primera cirujana mujer de aquellos tiempos. ¡Cirujana! ¡Ni siquiera mi esposo tenía ese título!

Tales fueron las confianzas que la gente nos profesaba, que desde aquel momento, tuvimos que hacer un quirófano improvisado con todo lo que teníamos a mano. La casa tenía un gran sótano que manteníamos impecable y esterilizado y ahí dispusimos de una mesa de operaciones; pequeñas lámparas de aceite para operar lugares oscuros dentro del cuerpo y lámparas gigantes de aceite alrededor para poder ver bien todo lo que teníamos alrededor, escalpelos, gasas, ungüentos...

Tuve que empezar a estudiar mucho, cualquier libro que caía en manos de John sobre Medicina Antigua, yo me lo leía con fruición para intentar entender y saber cosas que se me pudieran escapar. Con todo y con eso, me fui dando cuenta de que mis conocimientos sobre la materia, eran, sin haber estudiado la carrera en mi siglo, mucho mayores allí de los que pudiera tener cualquier matasanos.

También fuimos los pioneros en practicar las primeras operaciones con anestesia. Se me ocurrió que, en lugar de usar el opio para adormecer al paciente, sería mucho más efectivo introducirlo en la venas, calculado la cantidad exacta según el peso del paciente. Por el mismo sistema de la pluma, mi gran aliada desde entonces, pinchábamos la mejor vena visible y a través el cañón de la misma, íbamos añadiendo el opio hasta que el paciente quedaba plácidamente dormido. Por supuesto, utilicé a mi linda hermanita como cobaya ya que ella siempre estaba dispuesta a ayudarme y era muy

valiente. Se fiaba tanto de mí desde el acontecimiento de la Reina que me bastó pedírselo solo una vez.

Mejoré mis técnicas de sutura, consiguiendo un hilo muy bueno que me dejaba Caroline cada semana de sus tareas con la ropa, no recuerdo de qué animal y también tenía cabello humano muy resistente porque había leído que podía funcionar bien.

Con el tiempo y el rápido volar de las noticias, venían a mi consulta personas con males mayores de los que tenían que ser operados. John aprendió conmigo todas las técnicas que yo iba haciendo, porque apenas las había leído de los libros. Nunca se había atrevido a montar un quirófano como tal. Más tarde me confesó que hubo un tiempo en el que lo practicaba todo en su escuela de Medicina de Mesopotamia; pero que al llegar a Inglaterra, no estaba visto con buenos ojos hacer más de lo que los matasanos hacían y lo único que pudo hacer es labrarse una reputación como un buen médico. A la hora de la verdad, le habían cortado las alas para muchas cosas.

A veces, se necesita una situación de emergencia para que las cosas cambien, y yo sí tuve esa oportunidad y la aproveché.

Me hice experta en sacar apéndices, operar estómagos reventados por hojas de cuchilla y extirpar algunos tipos de cáncer de tumores localizados. La realidad de esta última parte es que en muchas ocasiones el tumor se reproducía rápidamente hacia otras zonas y poco se podía hacer por estos pacientes. Lo que sí que pude hacer es cambiar una dieta para estas personas reduciendo el consumo del azúcar, y dejándoles únicamente con proteínas, frutas y verduras, además de bebidas a base de cúrcuma, jengibre y pimienta negra.

El éxito que tuve en esta vida ha llenado mi vacío existencial. Las rabietas cada vez se daban menos a menudo y yo iba comprendiendo que los designios de nuestro destino no están bajo nuestro control, sino bajo el control de algo mucho mayor.

A día de hoy, soy considerada la cirujana más joven y la primera de la Historia y a parte de mi hija, dudo que hasta dentro de muchos siglos, alguna mujer se quiera enfrentar a lo duro de esta profesión de hombres. No las culpo. Yo tuve un golpe de suerte y el aval de estar protegida por un gran médico que me cubrió las espaldas. Es muy posible que con el tiempo, mi nombre quede borrado de la historia, pero yo sé quién fui aquí y lo que logré. Con eso me ha bastado siempre.

Cuando Jacobo y María de Módena huyeron, ambos temimos por nuestro

futuro. Económicamente tuvimos que cerrar los centros de atención primaria e intentar sobrevivir de nuestro trabajo únicamente. Tuvimos que reducir nuestra presencia gratuita en los hospitales, que habíamos ayudado a crecer en otros tiempos y quedamos bastante a la intemperie.

La religión volvió a cambiar de manos, puesto que las hijas de Jacobo habían sido criadas como protestantes por orden de su hermano Carlos. Así que cuando su hija María casó con Guillermo, la religión cambió otra vez de manos.

De alguna forma, aunque no como benefactor nuestro, fuimos respetados por Guillermo. No fuimos especialmente perseguidos por nuestra preferencia religiosa y cuando alguna enfermedad importante aparecía en alguno de sus súbditos más queridos, nos hacía llamar. De alguna forma, nuestra fama nos precedía.

Estoy orgullosa de haber cumplido mi sueño de ser médico, una de las mejores de este –mi otro tiempo–. Orgullosa de haber conocido a un hombre honrado y bueno, además de caballeroso y guapo que supo cautivarme desde el primer segundo en el que descubrí sus ojos y su posterior admiración. Pero de lo que más orgullosa estoy es de que he podido tener tres hijos maravillosos que he disfrutado y amado más que a mi vida misma.

Estoy cansada y ya noto mi respiración como se va quedando en nada. No puedo escribir más.

Aquí dejo lo que fue de mi vida, un secuestro que el tiempo llevó a cabo de la forma más dolorosa y cruel que pudo, pero que al fin y al cabo, me llevó a la completa felicidad.

A veces, hay que salir a buscar la felicidad a otro lugar».

Julia Grau 1988 – Josephine Jones 1720

«Nuestra madre, Josephine Jones viuda de John Mohamed Al Hassan, murió a los tres días de finalizar estas letras, a los sesenta años de edad, en el año del señor 1720. Sus hijos, aquí presentes, John Jr., Marjory y Nicolás somos testigos de su fallecimiento y juramos poner a buen recaudo este documento».

Requiescat in pace

La madre de Julia, con sus viejas manos aún aferradas al sillón, tenía las mejillas empapadas de lágrimas. Su memoria había vuelto por unos minutos, los suficientes para sentir el dolor de su corazón.

Entonces, cerró los ojos por última vez saliendo libre al fin de su cuerpo. Cogió la mano de Julia y ambas se alejaron.

Tenían tanto que contarse...